HEIL HITLER, EL CERDO ESTÁ MUERTO



REÍR BAJO HITLER:
COMICIDAD Y HUMOR EN EL TERCER REICH

RUDOLPH HERZOG

Debido a la trágica dimensión de los horrores cometidos por el régimen nazi mucha gente tiene dificultades para adoptar una mirada cómica sobre Hitler y el nazismo. Cada vez que alguien lo hace es acusado de restar importancia y trivializar el Holocausto, pero lo cierto es que hay una larga historia de chistes al respecto. En este libro, el primero sobre la comedia y la sátira en el Tercer Reich, Herzog reúne todas las manifestaciones del humor: caricaturas, cabaret, espectáculos de variedades, entretenimiento, películas, canciones pop y musicales. De esta manera nos muestra cómo la imagen ridícula del Führer no fue en absoluto una invención de la posguerra.

En los primeros años del régimen muchos alemanes se burlaron de Hitler y otros altos funcionarios, una historia fascinante y aterradora: la supresión de la escena de cabaret antifascista de la década de 1930, las bromas durante la Segunda Guerra Mundial, las colecciones de «chistes susurrados» publicadas en los medios al terminar la guerra, los numerosos alemanes encarcelados y ejecutados por contar chistes sobre el Führer y su entorno. Las bromas aquí recogidas también muestran que no todos los alemanes fueron hipnotizados por la propaganda nazi.



Rudolph Herzog

Heil Hitler, el cerdo está muerto

Reír bajo Hitler: comicidad y humor en el Tercer Reich

ePub r1.0
Titivillus 16.01.2019

Título original: *Heil Hitler, das Schwein ist tot!*
Rudolph Herzog, 2009
Traducción: Begoña Llovet Barquero
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0




01
El humor político bajo Hitler. Una mirada al interior del Tercer Reich

La leyenda del «chiste político»

¿Es lícito hacer bromas sobre Hitler? Cada cierto tiempo esta pregunta surge en el debate público como un fuego fatuo. No cabe duda: a la vista de la dimensión del horror y del Holocausto, resulta difícil lanzar una mirada satírica sobre el Tercer Reich. Enseguida uno puede levantar la sospecha de estar minimizando o restando importancia al asunto. Sin embargo, en repetidas ocasiones los humoristas se han atrevido a aproximarse a este escabroso tema. El humor antinazi surte el mayor efecto cuando es lacónico y revelador. Así pues, ¿es legítimo aproximarse a Auschwitz también con los medios de la sátira?, ¿o de esta manera se trivializa aquello que en realidad es inenarrable? En cualquier caso, lo que está fuera de toda duda es que la gente se reía de Hitler, y además tampoco dejó de hacerlo durante los doce años que duró el Tercer Reich. En plena dictadura había chistes políticos a mares. Algunos resultan graciosos incluso hoy en día, otros resultan banales, insulsos, inofensivos. Lo que tienen en común es, sobre todo, que nos proporcionan una visión del verdadero estado de ánimo de la *Volksgemeinschaft*[1] hitleriana. Los comentarios sarcásticos y burlones hacían referencia la mayoría de las veces a asuntos que revestían un

verdadero interés para el pueblo. También los cómicos hicieron uso del humor político durante el nazismo; entre ellos se encontraban opositores de izquierdas, pero también aquellos que con sus chistes proporcionaban apoyo a los dirigentes nacionalsocialistas. A través del análisis de los chistes políticos uno se aproxima de manera insólita a lo que las personas del desmoronado «Imperio de los Mil Años[2]» pensaban realmente, lo que les disgustaba, lo que les hacía reír; también a lo que sabían y a lo que ocultaban adrede. Al mismo tiempo, la reacción del poder estatal, desafiado una y otra vez por los cómicos y los bromistas, revela cuáles eran los chistes que los gobernantes más temían. Así pues, este libro pretende ser un viaje a una época presuntamente desprovista de humor; no para hacer reír al lector, sino para contemplar a la sociedad alemana de aquellos terribles años desde una nueva perspectiva. No dejaremos de lado la discusión moral de la posguerra, pero no constituirá el núcleo de esta reflexión.

Las fuentes a las que recurre este libro son las manifestaciones de veinte testigos de la época procedentes de diferentes ciudades, que fueron consultados en el marco de un proyecto cinematográfico surgido paralelamente. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, los compañeros de un sacerdote asesinado por los nazis, el hijo de un famoso amaestrador de chimpancés y el cabaretista Dieter Hildebrandt. También han jugado un papel importante las biografías de célebres cómicos y las llamadas «antologías de chistes políticos[3]» de la posguerra: tras la guerra aparecieron más de media docena de libros con chistes políticos de los años de la dictadura nacionalsocialista. Los editores de tales compilaciones cómicas querían hacer creer a la gente que el que se burlaba de Hitler entre las cuatro paredes de su casa era en el fondo un enemigo de los nazis o incluso un miembro de la resistencia. La más reciente investigación ha puesto de manifiesto que esa idea hermosa, pero más bien fruto de un deseo, era tan solo una leyenda[4]. Los chistes políticos no eran una forma de resistencia activa, sino más bien vías de escape para la rabia acumulada del pueblo. Se contaban en las tertulias, en el bar, en la calle, para desahogarse al menos durante un instante haciendo de la risa una forma de liberación. Y eso solo podía estar bien visto por el régimen nazi, que carecía del más mínimo sentido del humor. Aunque muchos alemanes eran

conscientes de los aspectos tenebrosos de la sociedad nacionalsocialista, aunque se sentían furiosos por las medidas coercitivas, por los «mandamases» y la arbitrariedad del Estado, sin embargo nadie rechistaba. Para expresarlo de manera muy gráfica: aquel que ventilaba su rabia con bromas mordaces no se echaba a la calle ni desafiaba a la autoridad de otra manera. Curiosamente, la mayor parte de los narradores de chistes que fueron denunciados y arrastrados a los tribunales recibieron castigos más bien leves, incluso a veces los dejaron marchar con una simple sanción. Los así llamados «chistes políticos» no constituían una manifestación de coraje civil, sino un sucedáneo del mismo. También las manifestaciones de los testigos coetáneos preguntados al respecto contradicen la leyenda de que los chistes políticos de la época nazi solo se podían contar entre susurros y en secreto. En la atmósfera envenenada de los últimos años de la contienda, sin embargo, se dieron algunos casos aislados de juicios draconianos de los que más tarde hablaremos. En esa fase de agonía durante la cual el sistema nacionalsocialista se resistía a su inevitable derrumbamiento, circulaban curiosamente muchos chistes «mordaces». Desde luego no se puede calcular exactamente hasta qué punto se difundían.

Pero la gran mayoría de los chistes políticos de la época de Hitler eran en el fondo poco críticos y señalaban más las flaquezas humanas de los dirigentes que sus crímenes. Había, por ejemplo, numerosos chistes sobre Hermann Göring, que con su aspecto barroco y su predilección por el boato y las condecoraciones daba alas a la imaginación de la gente. Así pues, lo que transmiten muchos de estos chistes no es una crítica severa, sino un pueril afecto.

> Göring lleva últimamente sobre la hebilla de su condecoración una flecha que indica la dirección: «Continúa por la espalda».

El hecho de que Göring fuera un sádico que degeneró en asesino de masas no constituía un tema interesante para el humor político. En el contexto satírico, Göring se nos aparece la mayoría de las veces como un vanidoso pero, al mismo tiempo, encantador gordinflón. Precisamente esas debilidades humanas de las que él alardeaba fueron las que hicieron del segundo hombre del Estado nazi una persona muy apreciada por el pueblo.

El hecho de que actuase con sangre fría, con cinismo y absoluto desprecio por los seres humanos no hizo mella en la simpatía que la gente le profesó hasta el momento de su suicidio.

«¡Führer, ordena, nosotros cargamos con las consecuencias!» El chiste político entre la crítica y el fatalismo

Así pues, tal y como ya hemos mencionado, también existía otro tipo de chistes que rezumaban puro odio y repugnancia. Se trata de esa categoría de chistes que, según un coetáneo berlinés, se conocían por el nombre de «chistes seguros», no porque provocasen la hilaridad en la gente con toda seguridad, sino porque conducían al bromista «con seguridad al campo de concentración». Sin embargo, existen argumentos a favor de la idea de que incluso los chistes más críticos de la época nazi tenían un efecto estabilizador en el sistema. Esta tesis se ve reforzada sobre todo por su tono, por su paralizante fatalismo. Aunque esos chistes eran abiertamente críticos con el régimen, la mayoría de las veces reflejaban que no había nada que hacer contra esa penosa situación. Así, por ejemplo, el lema «Führer, ordena; nosotros te seguimos» se parafraseaba diciendo: «Führer, ordena; nosotros cargamos con las consecuencias[5]», como si de todas maneras aquel infortunio provocado desde arriba no se pudiera evitar. Un tono similar presenta el siguiente chiste que se contaba en Viena:

> Cartel del *Winterhilfswerk*[6] en el invierno de 1943/44: «No permitiremos que nadie pase hambre ni que nadie pase frío». Un obrero le dice a otro: «Anda, ¿tampoco nos permiten hacer eso?».

Por cierto que esta actitud resignada no solo se expresa humorísticamente en el chiste «alemán». Es también una característica típica del humor judío que, en cualquier caso, resulta más drástico, más intransigente e irónico:

> La Alemania nazi. Un suizo visita a un amigo judío: «¿Cómo te sientes con los nazis?». «Como una tenia: me voy arrastrando día tras día a través de las masas de

color pardo y espero a que me purguen».

La diferencia fundamental entre estos dos tipos de chistes no reside tanto en su tono o causticidad, sino en su función. Mientras que el chiste político supone ante todo un desahogo para la frustración acumulada de la población, el chiste judío se puede interpretar como una forma de darse ánimos, tal y como lo formula con agudeza Salcia Landmann, como una expresión de la voluntad de supervivencia de los judíos, de su afán de seguir adelante a pesar de todas las adversidades[7]. En el chiste judío se compensa el horror cotidiano. De esta manera, incluso en el humor judío más negro se adivina una voluntad obstinada, como si el que cuenta el chiste quisiera decir: me río, luego estoy vivo. Estoy entre la espada y la pared, pero no perderé mi humor. En el siguiente ejemplo de los últimos años de la contienda esta actitud se llevó a un extremo aún más macabro:

> Dos judíos van a ser fusilados. Pero de repente les comunican que los van a ahorcar. Entonces uno le dice al otro: «¿Lo ves? ¡Ya ni siquiera les quedan cartuchos!».

Si bien en ese chiste la situación de los dos hombres es desesperada, para el pueblo judío siempre queda la esperanza de que el imperio nazi esté a punto de desmoronarse. Así de lacónico, sombrío y lúcido al mismo tiempo se nos aparece el humor judío. El hecho de que el ejemplo citado se diferencie tan claramente en su contenido y en su tono del desdentado gag sobre Göring anteriormente mencionado, nos muestra también con dolorosa nitidez las diversas maneras en que se percibió el Tercer Reich en el seno de la sociedad alemana y cuán claramente se diferencian las perspectivas de las víctimas y de los simpatizantes.

Lo que los chistes nos pueden revelar

Pero el humor no solo está vinculado al sentimiento de pertenencia a un grupo que comparten narradores y oyentes, sino que también se comprende en su totalidad a partir del contexto social de la época. Muchas de las gracias, precisamente las de los cómicos profesionales de la época nazi,

apenas se pueden reconocer como tales desde la perspectiva actual. A veces es incluso inimaginable que la gente se pudiera divertir a lo grande con chistecitos que para el observador actual resultan insípidos, triviales y burdos. Estudiarlos e interpretarlos, no obstante, resulta útil porque en el chiste se refleja lo que verdaderamente ocupaba, divertía y disgustaba a la gente. La visión íntima del Tercer Reich que nos deparan posee una autenticidad que la mayoría de las veces se echa de menos en el estudio de otros documentos de la misma época.

Nuestra percepción de la época de Hitler se basa en gran parte, aunque no nos guste reconocerlo, en las películas propagandísticas de la época. Entre ellas, las crónicas semanales, esos filmes de Riefenstahl que se citan una y otra vez en la investigación histórica y que consistían en montajes falseados y envenenados ideológicamente por sus creadores. Nunca son un reflejo de la realidad, nunca son expresión de que lo realmente estaba sucediendo en aquel sistema. Todavía hoy en día despliegan un efecto engañoso, un poder visual que ni siquiera el comentarista más prudente puede anular.

No son solo los documentos fílmicos los que deforman nuestra perspectiva; también nuestro propio punto de vista juega un papel importante. Contemplamos todo retrospectivamente, sabiendo dónde fue a desembocar aquel sistema diabólico. El horror del Holocausto y de la guerra de exterminio está tan presente en la conciencia actual que los años previos que condujeron hasta ese punto quedan en segundo plano. Las miles de vueltas de tuerca que asfixiaron primero al Estado de derecho y luego finalmente a casi cualquier forma de acción humana se nos escapan. Al principio, los camisas pardas no las tenían todas consigo. Primero tuvo lugar la fase de la *Gleichschaltung*[8] ideológica, en la que los nacionalsocialistas se quitaron de en medio a sus enemigos tapándoles la boca o asesinándolos. A pesar de toda esa brutalidad no consiguieron transformar la sociedad de Weimar en una *Volksgemeinschaft* nacionalsocialista de un día para otro. Los chistes de aquel tiempo, también los de los cómicos profesionales, nos proporcionan informaciones muy valiosas sobre el estado de ánimo de la población durante los primeros años de la hegemonía nacionalsocialista. Comentaban y parodiaban el acontecer

político y llamaban la atención sobre algunos acontecimientos, mientras que otros que desde el punto de vista actual nos parecen mucho más significativos, nunca o casi nunca llegaron a contarse. En general, tal y como lo demuestran los informes del SD[9], en los años previos a la conflagración la población apoyaba a Hitler a pesar de la línea dura de su gobierno, si bien no se puede hablar de esa fascinación desbordante que sugerían los noticiarios. Los alemanes se sentían satisfechos mayoritariamente con su actuación política, que parecía estar dando tan buenos resultados en política exterior. Naturalmente, esto también se reflejaba en los chistes políticos que, como hemos explicado anteriormente, la mayoría de las veces resultan bastante inofensivos y pueriles. Solo cuando estalla la Segunda Guerra Mundial el ánimo de la población comienza a tambalearse de forma alarmante. Como muy tarde con la derrota de Stalingrado y las primeras oleadas de bombardeos contra las ciudades alemanes, el humor político se convierte en humor negro y la puerilidad cede el paso al más puro sarcasmo.

Así pues, al describir cómo y por qué en Alemania se reía bajo Hitler, este libro pretende lanzar una mirada a los cambiantes estados de ánimo de los alemanes durante los doce años de dictadura nazi. Y al hacerlo también veremos con meridiana claridad que el Tercer Reich no era tan monolítico como quería aparentar en los noticiarios; la sociedad nacionalsocialista siguió siendo heterogénea y estuvo plagada de intereses, frustraciones, preocupaciones y temores de los más diversos signos, que se fueron reflejando en el humor de aquella época.

02
Origen y evolución del humor político

¿Desde cuándo existen los chistes políticos?

La mayoría de los chistes políticos son ataques a los que ostentan el poder o a las circunstancias políticas reinantes, que se llevan a cabo a través de recursos humorísticos. Tienen como objetivo poner en ridículo al Estado y a sus representantes por medio de la exageración y de la comicidad. Algunos chistes lo logran de forma lúdica y apelando a la complicidad y otros en cambio rezuman literalmente amargura. Tal y como indicábamos al principio, todo ello no significa ni mucho menos que los que contaban chistes quisieran oponerse al sistema. El humor político no constituye necesariamente una forma de resistencia. Más bien aquí viene al caso el famoso refrán de «Perro ladrador, poco mordedor».

El humor político se ha interpretado como un fenómeno moderno. Se argumentaba que en épocas pasadas el poder estatal no estaba legitimado por el pueblo, sino por Dios. Cualquier crítica a los gobernantes se interpretaba como una blasfemia y por lo tanto se anatemizaba; por lo tanto, según esta interpretación, el chiste político tan solo podía surgir en el mundo moderno y secular[10]. Lo cierto de esta teoría es seguramente que la

forma política del humor no se desarrolló totalmente hasta la época moderna. Pero ello no depende solo de la secularización del mundo occidental, sino que sobre todo se puede achacar a la complejidad del reparto de poderes, ya que desde la Revolución Francesa las relaciones entre el pueblo y sus representantes se tornaron más intrincadas. Con ello se amplió el espacio para la sátira y al mismo tiempo se multiplicaron las posibilidades de los ciudadanos a la hora de expresar sus críticas. Esto no significa que en un Estado de legitimación divina no pueda existir el chiste político. En las modernas teocracias, como por ejemplo la de Irán, vemos un ejemplo idéntico al de los Estados de la Antigüedad. Aquel que afirme lo contrario estará negando el componente universalmente humano del humor político, que poco tiene que ver con la imagen ideal que cualquier sistema legitimado por Dios quiere proyectar. Al pueblo le gusta reírse de los poderosos, esto siempre ha sido así y siempre lo será. Que esté permitido o no, que se considere un «delito de lesa majestad» o blasfemo, no reviste la menor importancia.

Precisamente las imágenes de la época romana nos demuestran que en la Antigüedad se trataban incluso de manera muy ofensiva las debilidades de los poderosos. Los bustos de los gobernantes destilan el más despiadado realismo, el emperador luce bocio, el senador papada. Nada en esos seres es ideal; por el contrario, todos sus defectos y sus debilidades han quedado perpetuados en el mármol. Al contrario de los griegos, los romanos sufrían de una llamativa obsesión por los defectos corporales que también se reflejaba en los nombres y sobrenombres. ¿Era el infeliz Barbus un barbudo? Les gustaba poner etiquetas a los cojos, los calvos y los de labio leporino; su fantasía no parecía tener límites. Los romanos desplegaban su creatividad concibiendo todo tipo de improperios y, como es sabido, mostraban una marcada preferencia por la grosería y la vulgaridad. Los políticos se insultaban mutuamente y el pueblo contribuía a las disputas con anécdotas obscenas. La mayoría de las veces, los poderosos no perdían la calma, tal y como lo demuestra la siguiente anécdota que no tuvo mayores consecuencias para el gracioso de turno:

En algún lugar del Imperio encontraron a un hombre que mostraba un impresionante parecido con el emperador Augusto. Lo conducen ante el

emperador, el cual, sorprendido al hallarse ante su doble, pregunta: «Dime, ¿ha estado tu madre alguna vez en Roma?». «Mi madre nunca, pero mi padre muy a menudo», fue la respuesta.

El chiste político de aquel entonces, igual que el actual, prende allí donde encuentra un flanco abierto. Y funciona especialmente bien cuando los hombres de Estado están situados en un alto pedestal. El emperador, el dictador, el fanfarrón que gobierna desde las alturas apoyándose en todo tipo de sublimes principios, se ha situado a una peligrosa distancia del suelo y puede convertirse rápidamente en el blanco de las más mordientes burlas. Naturalmente, el gobernante que encarna ciertos ideales tiene que dejarse medir por sus propias exigencias. Y eso no siempre es fácil, porque ningún ser humano carece de defectos. Cuando existe una gran discrepancia entre el ideal y la realidad, entonces el poderoso ha puesto el listón demasiado alto y ha abierto las puertas al humor. De esta manera, el emperador divino se convierte en un petimetre de origen dudoso y el tribuno en un anciano con nariz aguileña. Podemos encontrar este tipo de burla tanto en la Antigüedad como en la Edad Media y en la Edad Moderna.

El humor y la superación de los traumas históricos

El hecho de que uno de los primeros libros que se publicaron en Alemania tras la Segunda Guerra Mundial fuera una recopilación de chistes es muy significativo. Ello estaba motivado no solo por un afán de justificación, sino por una necesidad profundamente humana. El mecanismo de asimilar las vivencias traumáticas a través de la risa no es ni sorprendente ni novedoso. Se produce en la historia un gran número de veces, también en la de Alemania. No hay que escarbar mucho para encontrar ejemplos.

Este fenómeno se presenta en la literatura de manera especialmente representativa en la temprana Edad Moderna. Tras la Guerra de los Treinta Años, Europa estaba en ruinas, comarcas enteras habían quedado despobladas. En el sur de Alemania, la región más severamente destruida,

apenas había sobrevivido un tercio de la población. El que no había muerto en la guerra, había sucumbido miserablemente al hambre y las epidemias. Todo había quedado sumido en una gran parálisis en esos primeros años posteriores a aquel furor aniquilador, hasta entonces sin parangón, que había barrido como un vendaval todo el continente. Sin embargo fue entonces, en el año 1669, cuando se escuchó de repente una voz, la del poeta Grimmelshausen, el autor de la primera novela de aventuras significativa de la literatura alemana. Ya ese absurdo seudónimo con el que se presenta el autor, *German Schleifheim von Susfort*[11], nos proporciona una idea de los contenidos que nos aguardan. La primera gran obra literaria tras el apocalipsis… ¡Un libro satírico!

En el *Simplicius Simplicissimus* un pastor va dando tumbos por los escenarios de la Guerra de los Treinta Años, a veces como curandero y a veces como bufón vestido con piel de ternera. Todo lo que le rodea, los saqueos, los asesinatos y las violaciones, constituyen al mismo tiempo el bastidor de sus actos picarescos. A través de los ojos de un necio que ha crecido como un animal salvaje vemos la realidad como un grotesco esperpento. El joven *Simplicissimus* sufre enormes desgracias, pero la descripción del horror que experimenta en sus propias carnes es graciosa, de una ironía que te desarma: incluso cuando una tropa de soldados en desbandada arrasa el hogar del joven héroe y lo separa brutalmente de sus padres, la narración tiene un aire grotesco y lacónico:

> Lo primero que hicieron los jinetes fue atar sus caballos, luego se dedicó cada uno a su tarea, que equivalía siempre a la ruina y perdición de algo. Mientras unos empezaron a degollar, freír y asar ganado, como si allí fuese a celebrarse un ocioso banquete, los otros invadieron la casa, registrándola de abajo arriba; ni siquiera el excusado quedó exento de su curiosidad, ni que en él fueran a encontrar el vellocino de oro de la Cólquide […].

El propio Grimmelshausen había tomado parte en la Guerra de los Treinta Años y su novela presenta rasgos autobiográficos. La terrible carnicería a la que el autor había sobrevivido se convierte en *Simplicissimus* en una tremenda locura. ¿Una novela picaresca sobre un baño de sangre que duró decenas de años? Este pensamiento parece absurdo a primera vista. ¿Por qué Grimmelshausen no escribió simplemente una crónica? La respuesta

reside en la ya mencionada necesidad humana, en la esperanza de superar un trauma. El miedo y el terror, así nos lo enseña *Simplicissimus*, son la mitad de grandes cuando uno se los toma a risa.

En consecuencia, en los orígenes de la novela alemana encontramos exactamente aquello que todavía nos proporciona material de discusión en el contexto de la comedia hitleriana. Lo terrible parece desafiar a la comicidad, incluso podríamos decir que cuando se recuerda una catástrofe la comicidad es a menudo el único antídoto eficaz contra el horror. El hecho de que los más profundos precipicios produzcan risa se puede documentar con docenas de ejemplos. Detrás de todo ello se encuentra una inclinación que encontrarnos tanto en Grimmelshausen como en el humor judío.

El humor político en Alemania desde finales del siglo XIX

Así como la idealización de los antiguos emperadores había provocado la burla, los dirigentes del Imperio nazi también sufrieron en variaciones infinitas la comparación con el ideal ario por ellos preconizado: «Dios mío, que me quede ciego si a Goebbels como un ario veo», era uno de los dichos más corrientes. Queda por ver si la citada jaculatoria era una expresión derrotista o un chiste inofensivo. En cualquier caso llama la atención el hecho de que el humor político florezca especialmente en los sistemas totalitarios y que, por el contrario, apenas se desarrolle en las sociedades abiertas, libres y democráticas. Ni en la época de Weimar ni en la actualidad se pueden encontrar ni por asomo tantos chistes sobre los poderosos como en el Tercer Reich y en la República Democrática Alemana. Por supuesto, en nuestra sociedad actúan numerosos cabaretistas que critican abiertamente a los políticos, pero su crítica no es comparable con los chistes que surgieron espontáneamente en boca del pueblo en las épocas de las dos dictaduras alemanas.

En retrospectiva, el Segundo Reich o Periodo Guillermino (para nosotros, la Alemania de Bismarck) ocupa una posición intermedia. Existen

pocos chistes políticos documentados, lo cual tiene más que ver con el desinterés de la investigación que con una ausencia total de sátira crítica hacia el poder. Ralph Wiener ha señalado unos cuantos ejemplos, simpáticas réplicas humorísticas y pequeñas anécdotas que son tan cargantes como la retrógrada monarquía en la que surgieron. Esos chistes tan solo resultan absurdos y mordientes cuando captan la desafortunada estrechez de miras de la época. La obediencia ciega en el ejército prusiano, el creciente burocratismo, la insensibilidad de las autoridades y de los militares… Esos eran los temas más agradecidos para los chistosos de la época. El siguiente chiste se cuenta entre los ejemplares más logrados:

> Durante las revueltas indígenas del África oriental alemana el Real Ministerio de Berlín envía la siguiente indicación a los organismos correspondientes: «¡Se ruega comunicar sin mayor dilación a los indígenas que tienen la obligación de anunciar cada revuelta por escrito con seis semanas de antelación y que el incumplimiento de esta norma conllevará severos castigos!».

Si bien el chiste tan solo resulta moderadamente gracioso desde nuestro punto de vista, toca al mismo tiempo varios fenómenos específicos de la época. Por un lado hace referencia al comportamiento brutal del poder colonial tardío, y por otro lado también refleja la obsoleta y perifrástica jerga administrativa de las autoridades imperiales, de la que ni siquiera se libraron los indígenas del continente negro. Para el ciudadano de la Alemania de Bismarck el chiste puede tener cierto encanto insolente, un efecto que hoy en día tan solo se puede intuir, ya que nos encontramos a una gran distancia generacional de la vida y la idiosincrasia del Imperio Guillermino.

El sistema de gobierno de aquella época era despiadado y autocomplaciente; en el cosmos de aquel mundo ya estaba claramente definido quién mandaba desde arriba y quién era un «súbdito». Y un omnipresente burocratismo regía, a veces de manera sutil, a veces de manera penetrante, la vida de la gente. Los alemanes habían conformado su vida al anquilosado orden social guillermino. Mientras tanto, aquel káiser regía desde las alturas los destinos del Estado, que parecía estar paralizado por el respeto que le imponía su propia magnitud. Guillermo II, ajeno a la realidad terrenal y con su imponente mostacho, semejaba más bien una

estatua de sí mismo que una persona de carne y hueso. Al pueblo no le pasó desapercibida la pose de su káiser, y por esta razón en los chistes políticos de la época se caricaturiza ese aire ensimismado y narcisista que le rodeaba. Pero los ataques humorísticos no eran cáusticos ni ofensivos. Incluso el siguiente chiste, que arremete contra el culto personal a Guillermo II, nos parece hoy en día inofensivo:

> Un cliente entra en el departamento de objetos artísticos de unos grandes almacenes para comprarse un *souvenir*, pero no ve más que bustos del káiser, bustos y más bustos. Todos son de escayola, todos son idénticos. El cliente se queda anonadado ante esa abrumadora oferta. Un dependiente se dirige hacia él, tose y le pregunta amablemente: «¿Ya se ha decidido usted?».

No se advierte una gran insolencia. El chiste es soso, e incluso echándole mucha imaginación no resulta cómico, ni mordiente ni abiertamente crítico con el sistema. La omnipresencia del káiser convertido en monumento se censura, pero obviamente el chiste no conseguirá más que hacer esbozar una leve sonrisa al interlocutor. Igualmente inofensiva, si bien un poco más insolente, resulta la primera publicación de un cierto escolar llamado Kurt Tucholsky[12], que había repetido curso en 1907 por sus malos resultados en los ejercicios de redacción en lengua alemana. El 22 de noviembre de 1907 el escritor, que por aquel entonces apenas contaba diecisiete años, publicó en la revista satírica *Ulk* una glosa titulada «Cuento de hadas»:

> Érase una vez un emperador que reinaba sobre un país inconmensurable, rico y hermoso. Y como todos los emperadores, poseía una Cámara del Tesoro en la que en medio de todas las alhajas brillantes y relucientes también se podía ver una flauta. Pero aquel era un extraño instrumento: cuando se miraba a través de uno de los cuatro agujeros de la flauta… ¡Oh, todo lo que se podía ver! Dentro había un paisaje pequeño pero rebosante de vida: un paisaje de Thomas con nubes de Böcklin y lagos de Leistikow. Damitas de Reznicek arrugaban la naricilla ante las figuras de Zille, y una muchacha campesina de Meunier llevaba en sus brazos un ramo de flores de Orlik… En resumen, toda la corriente «moderna» estaba dentro de la flauta. ¿Y qué hacía el káiser con ella? No le importaba un pito.

En el texto de Tucholsky se presenta el anticuado gusto artístico del monarca: Guillermo II no tiene interés ni por las figuras de Constantin Meunier ni por Emil Orkil, amigo de Rilke. Todo lo nuevo y moderno que tanto fascina al muchacho de diecisiete años le resbala a ese káiser encadenado al pasado. El monarca de este «cuento de hadas» está

verdaderamente anestesiado por la rutina, no adivina la plétora de grandes talentos que se ocultan en su reino.

Y sin embargo, el hecho de que aquel severo monarca condujese a los alemanes a una guerra mundial atroz cuyas dimensiones ni siquiera él podía intuir, no se convirtió en tema del chiste político. Al principio, la fascinación y la sensiblería patrióticas eran demasiado ingenuas, y luego llegó abruptamente el desencanto. Guillermo no les regaló a los alemanes «un paseo a París», sino una guerra de trincheras extraordinariamente brutal que culminó con la derrota del Reich. Hasta la posguerra, los satíricos no descubrieron el tema, como por ejemplo Kurt Tucholsky, cuya carrera periodística se había visto truncada por su largo servicio en el frente.

Las transformaciones del siglo XX y el chiste político

Si bien el káiser fue expulsado del país tras la derrota, la gomina, el casco de pincho y el espíritu destructivo prusiano continuaron entre los alemanes. Tras la huida de Guillermo II en noviembre de 1918, Paul von Hindenburg, que en 1925 sería elegido presidente del Reich, se convirtió a los ojos de los conservadores en una especie de «sucedáneo del káiser». Aquel extraño caballero no casaba con la democracia, con el Estado moderno, pues tanto su pensamiento, como su forma de actuar y su apariencia eran demasiado retrógrados. Por lo tanto, no es de extrañar que a la gente le gustarse reírse y mofarse especialmente de esa reliquia del pasado. Y de nuevo los chistes eran mansos, carentes de un tono ofensivo. También la siguiente mofa inofensiva, en el fondo no es otra cosa que un alambicado testimonio de afecto:

> Tras la batalla de Tannenberg de 1914, Hindenburg, jefe del Ejército, visita Frankfurt am Main. Se detiene ante un edificio que no conoce y pregunta qué es. «¡Es la *Paulskirche*!», le responden. A lo que Paul von Hindenburg replica con ostentosa modestia: «¡Oh, no era necesario hacer algo así para un par de días!».

Si bien en el chiste se pone de manifiesto que Hindenburg no sabía nada de la democracia —no tiene ni idea de que en la *Paulskirche* tuvo lugar la primera Asamblea Nacional alemana—, ello es tan solo un síntoma de esa simplonería que el pueblo le perdona. Pero el chiste es sobre todo interesante porque resurge de nuevo en el Tercer Reich en un formato mínimamente modificado. En un chiste muy conocido, Hermann Göring visita el Monumento a Hermann**[13]** del Teutoburger Wald. Y aquí viene la gracia: «¡De verdad que no era necesario que me construyerais un monumento!». De hecho hay un gran número de chistes sobre Hindenburg que diez años más tarde se transformaron en chistes sobre Göring. La razón es evidente, ya que ambos hombres compartían una debilidad por la puesta en escena, la pompa bizantina y las pecheras cuajadas de condecoraciones. Así lo podemos comprobar en un chiste popular que probablemente es más antiguo que la República de Weimar:

> San Pedro maldice furioso: «¡Cada vez que Hindenburg viene aquí a pasar el fin de semana, echo en falta una estrella!».

El mismo chiste insulso resucita literalmente en el Tercer Reich refiriéndose a Göring. Ni siquiera echándole mucha fantasía podemos adivinar en esta pequeña broma una crítica seria; por el contrario, parece como si se tratara de una reverencia verbal ante Hindenburg/Göring, los cuales, a pesar de, o precisamente a causa de ese afán de notoriedad tan pueril, despertaban admiración en el pueblo. No podemos comprobar si chistes como este expresaban odio a los «mandamases», aunque algún editor de las «colecciones de chistes políticos» lo diera a entender tras la caída del Tercer Reich. Ambos chistes no son ni espontáneos ni sarcásticos y probablemente ya existían mucho antes de la llegada del siglo XX. Pertenecen a un género de humor político que en el fondo tan solo es un molde en el que en cada ocasión se puede introducir un nuevo contenido. La mayoría de esos chistes siguen un modelo tan fácil de recordar que pudieron sobrevivir a varios sistemas políticos. En el fondo son apolíticos aunque se sirven de las personalidades políticas. El siguiente chiste, por ejemplo, originalmente referido a Göring, resultó increíblemente longevo:

> En Alemania se debe introducir una nueva unidad de medida: 1 *Gör* = suma de las condecoraciones que se pueden llevar colgadas en el pecho.

En la República Democrática Alemana (RDA), el chiste se transformó y tras aquella pequeña modificación se aplicó a Ulbricht y al presentador de *Der Schwarze Kanal*[14], Eduard von Schnitzler:

> En la RDA se introdujo a finales de los años sesenta una nueva unidad de medida: ¡el *Ulb*!
>
> Un *Ulb* es el tiempo que un ciudadano de la RDA necesita para levantarse de su sillón, acercarse al televisor y cambiar de canal cuando habla Ulbricht.
>
> —¿Y cómo se llama la centésima parte de un *Ulb*?
>
> —Un *Schnitz*[15].

Tras la guerra, este chiste no solo se había adaptado a los nuevos tiempos, sino que se había ampliado con una continuación que no acrecienta la gracia, sino que se limita a repetirla de otra forma. La variante de la RDA es más pesada, más redundante que el chiste original, lo que provoca una disminución de su potencial cómico. Sin embargo, el hecho de que el chiste siga funcionando se debe a su estructura, que despierta la curiosidad, crea tensión y culmina con una hábil resolución. Como mucho, se podría decir que ambos chistes son políticos en el sentido de que caracterizan a representantes de la casta dominante como personas vanidosas o débiles. Y como no hacen referencia alguna ni a vulneración de normas ni a un comportamiento incorrecto, su fuerza explosiva, desde un punto de vista político, es muy escasa. Se trata simplemente de amables figuras verbales que pretenden provocar una leve sonrisa en el interlocutor, ni más ni menos.

Algo más intenso resulta el siguiente juego de pregunta y respuesta que aparece por primera vez al final de la Primera Guerra Mundial:

> «¿Quién se salvará si el káiser, su canciller y sus generales van navegando por el mar y su barco se hunde?». Respuesta: «Alemania».

Exactamente el mismo chiste nos lo encontramos al final de la Segunda Guerra Mundial, pero en lugar del káiser, su canciller y los generales aparecen ahora Hitler, Göring y Goebbels, que se señalan como los responsables de la inminente derrota de Alemania. Durante diecisiete años ese juego de pregunta y respuesta abiertamente crítico con el régimen había caído en el olvido, pero durante los bombardeos nocturnos del Tercer Reich,

en los últimos estertores del imperio del terror, lo sacaron del baúl de los recuerdos. Y aunque el chiste llega tan lejos que desea abiertamente la muerte a los dirigentes, advertimos en él un rasgo fatalista: es una feliz casualidad, la fuerza mortal del océano, lo que salva a Alemania, y no una revuelta. El pueblo espera que lo liberen de la tiranía, pero ese pensamiento no provoca una llamada a la acción, una rebelión contra el sistema. Esto también se puede aplicar a la variante del chiste en la que los dirigentes nazis están sentados en un búnker y mueren alcanzados por una bomba. En este caso, los causantes de la muerte de los tiranos son los enemigos en vez de la fuerza de la naturaleza.

Otro modelo que se remonta mucho más atrás se expresa sin el amargo sarcasmo del ejemplo anterior. El siguiente juego de palabras se refería en su forma original al canciller y posterior ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann, que siempre era blanco de las críticas debido a la firma de controvertidos tratados internacionales:

> Stresemann está de viaje en un tren especial. En una pequeña estación se forma un gran revuelo porque el tren debe parar debido a una avería en las vías. La policía detiene de forma inmediata al jefe de estación porque grita en el andén con todas sus fuerzas: «¡Desistan[16], por favor!».

Si bien la velada petición de dimisión de Stresemann que contiene este chiste supone tan solo un leve alfilerazo que se le puede perdonar a un gracioso en un sistema democrático, en el contexto de una dictadura tal petición contiene un mayor poder corrosivo. El cabaretista berlinés Werner Finck, tal y como nos relata el testigo Cari Schulz, se inventó poco después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial un *sketch* sobre Hitler siguiendo este mismo modelo, y lo representó en presencia de algunos recelosos policías secretos en el *Kabarett der Komiker*[17]

> Tras la toma de poder se dio la orden de colgar un retrato de Hitler en todos los despachos. Con este motivo, Werner Finck se inventó enseguida un número […]. En él Willi Schaeffer [el director del *Kabarett der Komiker*], subía al escenario con un cuadro, pero lo llevaba de tal manera que solo se veía la parte posterior. Todos lo intuían enseguida: se trataba de un retrato de Hitler. De repente, Schaeffer daba un traspiés y el cuadro casi se le caía al suelo. Finck se le acercaba corriendo y gritaba horrorizado: «¡No lo haga caer, no lo haga caer!», y el público estallaba en carcajadas.

Desde el punto de vista actual puede que nos haga poca gracia, pero en el ambiente caldeado que reinaba en la Alemania nacionalsocialista antes del comienzo de la guerra no carecía de fuerza subversiva. Nadie podía quedar impune tras haber reflexionado en voz alta y en pleno escenario sobre la caída del dictador. Por eso, el insolente número de Finck vive de lo que no se pronuncia, de lo que tiene lugar en la cabeza de los espectadores. En cualquier caso, el hecho de que el público se riera demuestra que cogían al vuelo el doble sentido.

Cuando al final de la República de Weimar el pueblo se burlaba de su anciano presidente, tales sutilezas no eran necesarias. La detestada democracia daba sus últimas bocanadas y con ella el representante del Estado. Poco antes de su muerte, Paul von Hindenburg se había ido retirando paulatinamente de la vida pública. Vivía aislado en su finca, rodeado de favoritos y aduladores. El autoritario mariscal prusiano había entregado el gobierno de la nación a un gabinete de aficionados que hacía y deshacía a sus anchas en la gran política. Pero aquella vanidosa camarilla no estaba a la altura del pujante *Führer* del NSDAP[18]. El secretario de Estado de Hindenburg, Meissner, y su hijo Oskar no tenían ninguna posibilidad frente a Hitler, que se había abierto paso hacia Berlín proveniente de la política local bávara. Hindenburg habría sido el único que hubiera podido poner freno al demagogo de provincias. Pero en sus últimos años de vida aquel anciano decrépito parecía tener tan poco interés en el mantenimiento del Estado de Weimar como los propios ciudadanos. El pueblo seguía con gran interés la merma de poder del presidente del Reich. En Berlín circulaba el siguiente rumor, no desprovisto de humor:

> Un día Oskar, el hijo de Hindenburg, se peleó con el secretario de Estado Meissner por una cuestión que querían dilucidar en nombre del presidente del Reich.
>
> Finalmente el secretario de Estado Meissner dijo: «Escuche, ¿quién es en realidad el presidente, usted o yo?».

Seguramente a nadie le pasaba desapercibido que Oskar von Hindenburg y Meissner no estaban a la altura del senil mandatario. Al mismo tiempo, se cuchicheaba y se bromeaba abiertamente sobre la progresiva demencia del presidente del Reich. Se contaba que, tras una visita que le hizo Hitler en su

residencia en Neudeck, preguntó desde cuándo llevaba bigote el antiguo canciller Brüning. Si bien la anécdota es inventada, pronto se vio superada de manera siniestra por la realidad. En cualquier caso, Hitler contaba que, en su última audiencia, el moribundo mariscal le había llamado varias veces «Majestad».

Otro chiste sobre la demencia de Hindenburg que circulaba en diferentes versiones a finales de la República de Weimar era el siguiente:

> Un paseante le pregunta a un barrendero que está barriendo ya por décima vez en un día las hojas a la entrada del palacio presidencial: «Pero ¿por qué está usted barriendo de nuevo?». «Porque si no lo hago, el presidente se pone a firmar todas las hojas».

Humor y cultura en la República de Weimar

El final de la historia ya anticipada por el chiste anterior, es decir, la firma de Hindenburg que aupó a Hitler a la Cancillería del Reich, es bien conocido. Se ha escrito mucho sobre los estertores finales de la democracia y la llegada al poder de los nazis; por eso no haremos referencia a los acontecimientos históricos. Con la dictadura nazi desapareció también aquella sociedad que en los «dorados años veinte» había engendrado una floreciente vida cultural, un paraíso al menos para aquellos que tenían las posibilidades y el poder adquisitivo para participar en ella.

Para los satíricos y los cómicos, los años de la República de Weimar fueron una época relativamente despreocupada. Sobre todo en la chispeante metrópolis berlinesa, florecían los escenarios y los teatros estudio, y la UFA[19] rodaba innumerables comedias con la ciudad como escenario. El director del mayor estudio cinematográfico alemán era el repulsivo y engreído extremista de derechas Alfred Hugenberg, que con sus banales comedias se dedicaba a distraer de la gris rutina a un pueblo castigado por el paro y la inflación. La mayoría de esos productos totalmente apolíticos de la época ha caído con razón en el olvido. Una de las excepciones la constituye el éxito de taquilla del año 1930 que ayudó a Heinz Rühmann a alcanzar la fama: *Die drei von der Tankstelle*[20]. Todavía en la actualidad es

una película que gusta. El éxito suprageneracional de esta comedia hilarante e ingenua no se explica a partir de su simplón argumento. La película despliega su pueril encanto ante todo a través de los acertados números musicales, que en sus tiempos llegaron a estar en boca de todo el mundo. «Ein Freund, ein guter Freund, das ist das beste, was es gibt auf der Welt…»[21]. Esta pegadiza canción tarareada alegremente todavía nos suena hoy en día. Además, el excelente reparto le proporcionó a la película una gran difusión. Los gags engorrosos y tontorrones que ocupan más espacio que el propio argumento son excusables, y en cualquier caso debemos considerarlos productos de su época. En esta comedia no encontramos el ritmo frenético de la postmodernidad, sino el encanto vitalista y cándido de los *Roaring Twenties*.

Con *Die Drei von der Tankstelle* comenzó el ascenso meteórico de la joven promesa del cine cómico Heinz Rühmann, que llegó a convertirse gracias a Goebbels en el «actor del Estado» en la Alemania nacionalsocialista. Un destino bien distinto le esperaba a su compañero, el cabaretista judío Kurt Gerron. En *Die Drei von der Tankstelle*, Gerron hace el papel de un abogado muy distinguido que les explica a los héroes de una manera inconfundiblemente absurda que están en la más absoluta bancarrota. La conversación telefónica de corte dadaísta que tiene lugar entre Rühmann y Gerron constituye uno de los puntos álgidos de la película. Es el encuentro de dos talentos, el más joven con un gran futuro por delante, el mayor ya en el cénit de su carrera artística. Gerron, que ya había brillado con luz propia haciendo el papel de mago ambiguo en *El ángel azul*, tuvo una breve y ascendente carrera como director en los años treinta; pero en nuestra memoria permanece ante todo como actor característico, como entrañable gordinflón. Él y los cómicos judíos que eran sus colegas caracterizaron la época de entreguerras. El humor de los locos años veinte se alimentaba de cabaretistas, payasos y satíricos como Gerron u Otto Wallburg, aquel hombre que interpretó en más de cincuenta películas a personajes vitalistas, desde el de más humilde extracción hasta el de un cónsul. Wallburg era muy apreciado sobre todo por su extraña y farfullera forma de hablar, el «burbujeo» que luego habría de ser imitado docenas de veces. También estaba Willy Rosen, cuyos divertidos arreglos musicales en

los más diversos escenarios, como la Scala berlinesa y el *Kabarett der Komiker*, gozaban de una entusiasta acogida. Su repertorio de cuplés era casi infinito. En Viena —junto a Berlín, la capital del humor judío— brillaba Fritz Grünbaum, un hombre bajito y de movimientos ágiles, con una lengua muy afilada. Y la guinda del pastel la constituía el espigado *partenaire* de Grünbaum, Karl Farkas, aquel tipo de nariz aguileña dotado de un gran talento para la improvisación. En un abrir y cerrar de ojos podía improvisar una rima con cualquier palabra que le dijesen.

> Una vez, un intrigante antisemita que se encontraba entre el público le retó a encontrar una rima con la expresión «bellaco judío». Cogió una rosa del florero e hizo la siguiente rima: «Aquí está la rosa, ahí está el tallo. ¡Aquí está el judío, y ahí está el bellaco!».

Grünbaum y Farkas eran una pareja similar a la que formaban Pat y Patachon**[22]**, y en Viena eran igualmente apreciados y conocidos. Paul Morgan también hacía de bobo en las comedias, mientras que Friedrich Hollaender se hacía cargo de la música… Podríamos seguir con esta enumeración indefinidamente. En pocas palabras, era una época gloriosa para el humor judío y toda la nación se reía con él. En el transcurso de unos pocos años las cosas iban a cambiar drásticamente. Las reflexiones chistosas sobre la actualidad, los cuplés irónicos y los sutiles monólogos enmudecieron. A muchos cómicos judíos les esperaba el exilio; a Kurt Gerron, Otto Wallburg, Willy Rosen, Fritz Grünbaum y muchos otros les esperaba la muerte en la maquinaria de destrucción hitleriana.

03
La fase del ascenso al poder

Na, Suchst Du auch Pöstchen[23]?
El chiste popular y las reacciones al ascenso al poder

Los nazis llegaron al poder en un momento en el que ya habían superado el cénit de su popularidad. Es cierto que en las elecciones del 6 de noviembre de 1932 el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) fue el más votado, pero tuvo que encajar la devastadora pérdida de dos millones de votos, esto es, de 34 escaños, mientras que la competencia de izquierdas, pero también los nacionalistas, subían considerablemente. Con ello el camino hacia el poder parecía obstruido, pero las construcciones defectuosas en el seno del sistema de Weimar y la constelación extremadamente desafortunada de personas en la cúspide del Estado hicieron posible que, a pesar de todo, la maniobra de Hitler para alcanzar el poder finalizara con éxito poco después. Hoy en día sabemos cuánto subestimó la burguesía a Adolf Hitler y cómo los Schleicher, Hugenberg y Papen permitieron que aquel demagogo de provincias se aprovechase sin ningún esfuerzo de sus rivalidades. Mirando hacia atrás, resulta muy difícil comprender por qué los políticos burgueses se dejaron manipular tan fácilmente por Hitler. Tal vez se debió a la apariencia de aquel hombre que

se presentaba a veces con torpeza, a veces con arrogancia, y se desgañitaba en las cervecerías. Las celebraciones del partido eran extravagantes y circenses; su *Führer* se comportaba de una manera extraña, se deshacía en peroratas interminables sobre los judíos y los «bolcheviques», predicaba el *Deutschtum*[24] y escribía embrollados libros en un alemán lastimoso. Toda esta locura y desmesura de la ideología nazi no pudieron pasarles desapercibidas a los dignatarios de Weimar. Pero no por ello consideraron peligroso a Hitler. Por el contrario, creían que podrían tener bajo control al agitador integrándolo en el sistema. Muy pocos contemporáneos se dieron cuenta de que aquel hombre no solo era un demagogo de taberna, sino también un político muy astuto que sabía maniobrar e ir contracorriente hábilmente. La mayor parte de los ciudadanos identificaban el NSDAP con los gamberros de las SA que desfilaban por las calles con bombachos y cornetas. Su autoproclamado *Führer*, con ese bigotito recortado, fue infravalorado de manera imperdonable. Así juzgaba un informe policial de 1927 la oratoria de Hitler:

> [Hitler] habla con soltura, primero articulando las frases lentamente; luego las palabras se atropellan y, durante los párrafos, pronunciados con un dramatismo exagerado, la voz se le ahoga, y no se le entiende claramente. Gesticula con los brazos y las manos, salta nervioso de un lado para otro e intenta continuamente fascinar al numeroso público que le escucha con atención. Cuando le interrumpen los aplausos, extiende las manos con un gesto teatral. El «no» que pronuncia frecuentemente a lo largo del discurso posterior también resulta teatral y él lo acentúa intencionadamente. Su oratoria en sí […] no es nada del otro mundo en opinión del informante[25].

¿Hitler un tipo ridículo? Cuando las estrafalarias columnas de camisas pardas desfilaban con las canciones «germánicas» en los labios, seguro que algunos intelectuales de izquierdas que les miraban desde la acera no sabían si echarse a reír o llorar. Aquella nueva fuerza política tan autoritaria resultaba grotesca. La subida al poder de Hitler les debió parecer una broma de mal gusto a algunos de sus enemigos. Un testigo de la época recuerda los desfiles de los alborotadores de camisa parda:

> Al brillo de las antorchas aquellos rostros bajo las gorras de las SA eran iguales a los de esos guerreros marciales que «Mjölnir[26]» dibujaba en *Der Angriff*[27]. Nos habíamos reído a menudo de esos perfiles nórdicos, conocíamos bien los toscos rostros de nuestros enemigos. Y ahora resulta que pasaban desfilando en

> carne y hueso, embriagados por la victoria y cantando a voz en grito su miserable canción predilecta: «¡Cuando la sangre judía comience a chorrear de nuestro cuchillo, nos irá bien de nuevo!».

Uno no se podía andar con tonterías con esas tropas de camorristas, y sus cabecillas tenían intenciones asesinas. «Ahora empezaremos a hacer limpieza en todas partes», tal y como lo formulaba el ideólogo principal del *Führer*, Alfred Rosenberg, poco después de la llegada al poder. En enero de 1933 se reunió por primera vez el gabinete de Hitler; el nuevo canciller del Reich estaba «flanqueado» por los compañeros de coalición Von Papen, Hugenberg y Blomberg. Los representantes del sector burgués sucumbieron al encanto lupino de Hitler, se dejaron cegar por los desfiles y las abigarradas puestas en escena de los primeros días, y pronto se convirtieron en simples marionetas en manos del ambicioso *Führer* nazi. Al parecer, el espíritu de la época era favorable a los nacionalsocialistas. En un breve espacio de tiempo lograron minar el sistema de Weimar. El plan de Hitler de derribar la democracia de partidos por vía «legal» se hizo realidad con una pasmosa celeridad. Eso no solo fue posible por el modo de actuar exento de escrúpulos e increíblemente efectivo de los nazis, sino también por la tibia resistencia que ofrecieron las fuerzas políticas restantes. Además, las defensas del Estado de Weimar se vieron debilitadas por el estado de ánimo de sus ciudadanos. Hitler consiguió traducir las energías liberadas en el asalto al poder en una excitación generalizada. El nuevo entusiasmo que se creó en el *mainstream* social iba aparejado a un gran alivio, incluso a una gran alegría por el fin inminente de la democracia. La gente consideraba el anterior sistema inefectivo, anticuado e incapaz de resolver los problemas. Lo que no habían logrado quince años de República de Weimar le fue posible a Hitler de la noche al día: se ganó el corazón de la gente. Con el vuelco general, con el anhelo de una mano fuerte, la crítica a Hitler quedó en un segundo plano. También el humor se adaptó a los nuevos tiempos y se puso del lado de los vencedores, lo que sin duda no le sentaba muy bien. El artista de cabaret Dieter Hildebrandt, que vivió su juventud durante el Tercer Reich, describe una velada de entretenimiento de las Juventudes Hitlerianas en la que los niños mayores jugaban al cabaret:

> ¿De qué se trataba? Aquello que movía a la gente en Alemania, lo que les hacía desternillarse de risa era esa vieja y enmohecida República de Weimar, la democracia. Eso le pasaba al todo el mundo, se partían de risa. Por la tarde la gente joven jugaba al Reichstag. Algunos de los muchachos se disfrazaban de diputados, uno se quedaba dormido todo el tiempo, de repente sonaba un despertador, entonces el público estallaba en gritos de entusiasmo; otro tenía un defecto en el habla, el tercero se tiraba un pedo: se guaseaban sin parar de toda esa democracia enmohecida, durante toda la tarde. El público no se hartaba de reír. Ese era el ambiente que reinaba. En aquel entonces ya se solía decir: los alemanes no solo rechazaban la democracia, es que la odiaban literalmente. Pero tampoco querían regresar a la Monarquía, también les contrariaba. Así que los nazis les venían al pelo.

En todo caso, el grosero comportamiento de los caciques del partido, que se hicieron sin ningún tipo de miramientos con los puestos de poder de la sociedad, provocó la indignación del pueblo. En la policía y en los ministerios, en todos los frentes desbancaron a los responsables y los sustituyeron por hombres de confianza fieles a la línea del partido. Todo ello sucedió a un ritmo vertiginoso. En el mayor aparato administrativo de Alemania, el Ministerio del Interior prusiano, colocaron a docenas de «comisarios honoríficos» para que llevaran a cabo una «purga» política que comenzó inmediatamente con despidos y nuevos nombramientos. Por supuesto no todo el mundo se alegró al ver llegar a los advenedizos de camisa parda. En los chistes de la época se encuentran muchas indirectas contra los arribistas. La gente estaba preocupaba sobre todo por sus propias prebendas, que de repente parecían estar en peligro. El nuevo director, alto comisario, jefe de departamento… ¿un nazi? ¿Qué consecuencias tendría todo aquello? ¿Se llevarían bien con los jefes de camisa parda? Esos eran los temores de muchas personas que se expresaban en chistes sarcásticos:

> «¿Qué significa la abreviatura NSDAP?» Respuesta: «*Na? Suchst Du auch Pöstchen*?».

El miedo a perder poder y prebendas con los nazis no era infundado. Ese miedo hacía que la cabeza de la gente estuviera más plagada de incertidumbre por su futuro que de preocupación por sus prójimos, los judíos o los disidentes a quienes los nazis ya habían pronosticado un fatal destino antes del ascenso al poder. Cada uno pensaba en sí mismo, también en lo que se refería a la preocupación por su futuro. Cuando uno habla con

los testigos de la época y estudia los chistes sobre los *Amtswalter*[28] y los *Blockwart*[29], uno llega a la conclusión de que los ciudadanos de la Alemania de Hitler no se tomaban especialmente en serio a los caciques nazis de categoría inferior. El pueblo no los consideraba ejecutores de un régimen profundamente criminal, sino zafios fantoches que se abrían paso en la vida pública de malas maneras:

> «¿Qué es un reaccionario?». Respuesta: «¡El ocupante de un puesto bien remunerado que le cae bien a un nazi!».

Hay otro chiste parecido, aunque más original, que estaba en boca de mucha gente:

> Una cocinera que no tenía manteca para saltear unas patatas cocidas, comenzó a ondear la bandera con la cruz gamada sobre el fuego de la cocina. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, contestó lo siguiente: «¡Bajo esta bandera ya hay muchos que han echado grasa!».

Un mandamás que exageró especialmente la nota fue Joachim Ribbentrop[30]. Un ejemplo de su búsqueda continua del propio beneficio fue el caso del barón Remiz, de cuya lujosa villa, llamada *Fuchsl*, Ribbentrop se había enamorado tras el *Anschluss* de Austria. Ribbentrop, ni corto ni perezoso, expropió al barón. Muy pronto todo el mundo se enteró de que *Ribbensnob* (el mote que le pusieron) se había incautado por las buenas de aquella joya[31]. El grosero comportamiento de Ribbentrop y de los demás dirigentes nazis despertó una considerable inquietud en la población, mucha más que los terribles pogromos. Las dudas sobre esos nazis que estaban haciéndose con el poder se expresaban en el siguiente chiste político:

> Un hombre llama por teléfono: «Hola, ¿está Müller?». «¿Quién?». «¿Müller, está Müller?». «¡No, aquí habla Schmidt!». «¡Ay, perdone usted, me he equivocado!»[32] Schmidt contesta resignado: «¡No se preocupe, eso nos ha pasado a todos!».

Sin embargo, en los primeros años no existía entre la población una mayoría contraria a Hitler, incluso aunque su gobierno no hubiera llegado al poder por medio de unas elecciones democráticas sino más bien a causa del comportamiento irresponsable del presidente del Reich. Por el contrario, los

testigos interrogados al respecto contestan unánimemente que recordaban los años anteriores a la guerra como los «años buenos» del Tercer Reich, como una fase en la que el desempleo disminuyó y la confianza de los alemanes, tras un decenio de profundísimo desconcierto y depresión, aumentó de nuevo. En vista de las medidas de fuerza que se estaban implantando, del ataque indiscriminado a los derechos civiles y la violencia ejercida contra los opositores y los judíos, esa actitud puede parecer cínica. Pero curiosamente estaba muy generalizada. En esa nueva *Volksgemeinschaft* cada cual iba a lo suyo. El repunte de la economía que se hizo notar inmediatamente y el optimismo juvenil que los nazis extendieron, ocultaron las facetas tenebrosas del régimen. Además, Hitler supo adornar ese asalto desconsiderado al poder, que se instaló hasta en el despacho más insignificante, con los ropajes de una «sublevación nacional». Se puede decir que no tuvo lugar una protesta abierta contra ese «resurgimiento» proclamado por el Ministerio de Propaganda de nueva creación. El espejismo ideológico puesto en escena por Joseph Goebbels era tremendamente eficaz. En Italia, Mussolini había necesitado siete años para alcanzar el pleno poder que los nazis acumularon en tan solo unos pocos meses. Las fuerzas parlamentarias restantes se dejaron doblegar sin oponer resistencia alguna, seguramente también porque carecían del apoyo de una población cansada de la democracia. La gente de la calle reprimió los malos presentimientos que despertaba el proceder brutal y apresurado de Hitler, y se dejó llevar por el espíritu supuestamente irrefrenable de los nuevos tiempos. Las atroces consecuencias que sufrían muchos de sus conciudadanos fueron enmascaradas, ignoradas. Un aspecto sintomático de los meses posteriores a la llegada al poder fue la afluencia masiva de nuevos miembros al NSDAP. A los nazis les llegaban simpatizantes desde todos los sectores políticos; se produjo un gran trasvase precisamente desde las filas comunistas. La población, pero también el propio Hitler, tomaba nota, no sin un divertido asombro, de la creciente masa de «caídos de marzo[33]». Circulaban numerosos chistes populares que se mofaban de los caídos:

> El Dr. Ley, dirigente obrero del Reich, visita una fábrica y le pregunta al director por las tendencias políticas de los trabajadores. «¿Tiene usted aún

socialdemócratas?». «Sí, un 8o%». «¿Y también tiene usted aquí gente de centro?». «Desde luego, un 20%». «Ya, pero ¿entonces no tiene usted a ningún nacionalsocialista?». «Claro que sí, ¡ahora lo son todos!».

Pero en general los chistes de la primera época hitleriana no pasaban de insignificantes pullas. Se contaban despreocupadamente, como los chistes actuales sobre los habitantes de Frisia Oriental[34]. «No teníamos miedo, pero había retornado a Alemania una especie de corrección política que no desembocó en evidentes represalias hasta que llegó la guerra». Así lo describe el testigo Carl-Ludwig Schulz, de Berlín. Raramente los chistes se referían a las brutales aberraciones del régimen.

«¡Sálvale tú!»
Chistes sobre el «saludo alemán»

La gente se reía muy a menudo de los nuevos usos nacionalsocialistas, que resultaban francamente ridículos. Un ejemplo era la insistencia en el «saludo alemán», ese extraño gesto que Hitler había copiado de los fascistas italianos. «Si entras como alemán, con “Heil Hitler has de saludar”», ese era el estribillo con el que en todas partes se exigía esta manifestación de lealtad. Pero verdaderamente solo los nacionalsocialistas “al ciento cincuenta por ciento” se sentían verdaderamente a gusto con esa nueva “mala costumbre” de alzar y estirar el brazo a la altura de los ojos. Sin embargo, en menos que canta un gallo se impuso obligatoriamente en todos los ministerios, incluso en todos los servicios públicos. Los habitantes de Colonia reaccionaron a la introducción del saludo alemán con un chiste muy ocurrente; los protagonistas son los dos personajes cómicos locales llamados Tünnes y Schäl[35].

Tünnes y Schäl van caminando por el campo y de repente Tünnes resbala en una inmundicia y está a punto de caer. Alza la mano derecha con brío y grita con todas sus fuerzas: «*Heil Hitler!*». «¿Estás *chalao*?», pregunta Schäl con preocupación. «¿Qué chorrada estás haciendo? ¡Si no hay ni un alma por aquí!». «Lo hago exactamente como está *mandao*», contesta Tünnes muy modoso; «porque se dice»: «Si pisas en cualquier lugar, con *Heil Hitler* has de saludar».

Menos divertido era el sentido oculto de este nuevo hábito impuesto a la fuerza. Para los nazis, el «saludo alemán» servía de prueba de tornasol con la que se podía saber inmediatamente si uno se encontraba ante un correligionario o ante un enemigo político. Como es lógico, no todo antiguo socialdemócrata o comunista sentía entusiasmo por aquel estrafalario gesto. Pero aquel que no lo imitaba sumisamente debía cargar con las consecuencias. En el caso de un niño que en la escuela se había negado repetidamente a responder al saludo, las autoridades llegaron hasta el punto de arrebatarles la custodia a los padres. Esto ocurrió, por cierto, en el año 1940, cuando la situación política ya se había agravado significativamente. Mientras que en esa fecha la gente ya se había acostumbrado al saludo, la extrañeza era considerable en los primeros años del nazismo. Por esta razón, en esos primeros años el «saludo alemán» constituye, no sin razón, un tema fijo del chiste político. Mientras todos griten *Heil Hitler*, en Alemania ya no se dirá nunca «buenos días», decía la gente con sorna. Desde el punto de vista humorístico, el siguiente chiste está más logrado que la mayoría de los de su época:

> Hitler visita un manicomio. Los pacientes hacen sumisamente el «saludo alemán». Pero de repente Hitler descubre a un hombre que no lo hace. «¿Por qué no saluda usted como los demás?», le increpa. Y el hombre le contesta: «*Mein Führer*, es que yo soy el enfermero, ¡yo no estoy loco!».

Algo más desprovisto de fantasía es el chiste del psiquiatra que al saludo de «¡Salve, Hitler!» contestó: «¡Sálvale tú!». Siguiendo este modelo se construía la mayor parte de los chistes sobre este insufrible tema. El siguiente chiste se atribuye erróneamente al cómico muniqués Karl Valentín:

> Un borracho pasa delante de un herbolario y lee en el escaparate: «Heilkräuter[36]». «*Heil Kräuter*», filosofa, «*Heil Kräuter*. ¡Por fin tenemos un nuevo gobierno!».

Había muchas desfiguraciones del saludo en circulación, sobre todo entre los que no se identificaban con la ideología nazi y querían evitar el repugnante saludo. Las variantes más populares eran el saludo de taberna *Drei Liter*[37], una imitación fonológica del «saludo alemán» y la transformación de *Heil Hitler* en *Heitler*. La desfiguración más original

procede de los *Swing-Heinis*, jóvenes que se dejaban el pelo largo, contrariando de esta manera el espíritu de los camisas pardas, y escuchaban la música *swing* prohibida (según los nazis, «música de negros»). Estos jóvenes anarcos se saludaban con el brazo en alto y la fórmula *Swing Heil*[38]*!* Dado que el «saludo alemán», como ya hemos mencionado, era en realidad de origen italiano, se decía por la calle que Mussolini, durante una recepción oficial, había extendido el brazo en dirección a Hitler y le había gritado: «Ave, Imitator».

Pero la mejor respuesta al saludo hitleriano la tenía un feriante de Paderborn que hacía levantar el brazo derecho a sus chimpancés amaestrados, lo cuales, como relata su hijo, lo hacían con gusto y con mucha frecuencia. Cada vez que divisaban un uniforme, incluso aunque fuera el del cartero, los animales hacían inmediatamente el saludo hitleriano. Pero no todos los integrantes del partido veían con buenos ojos a los monos nazis. La acción de carácter dadaísta del feriante, un socialdemócrata convencido, fue denunciada a la autoridad por diligentes «camaradas del pueblo». Poco después fue publicada una orden que prohibía el saludo hitleriano a los monos. Y al que no respetara la orden se le amenazaba con el «sacrificio[39]». Cuando se trataba del culto al *Führer*, los nazis no tenían ni pizca de humor.

«¿Quién ha incendiado el Reichstag?»

El 27 de febrero de 1933 el Reichstag se incendió. Los nacionalsocialistas vieron en este acontecimiento una ocasión sumamente propicia de la que hicieron uso con gran aplomo e intuición. El incendio del Reichstag les proporcionó una excusa perfecta para la eliminación forzosa de sus oponentes políticos y para el desmantelamiento del orden democrático. Göring fue el primer dirigente nazi que se personó en el lugar de los hechos, Hitler llegó un poco después. Todavía ante el Parlamento en llamas, ambos acordaron echar la culpa a los comunistas y a los socialdemócratas. Interpretaron el incendio inmediatamente como el comienzo de una revuelta

comunista. En realidad, en aquella época los comunistas estaban hasta tal punto debilitados por los errores flagrantes de su dirección y por el menguante apoyo popular, que apenas habrían sido capaces de poner en marcha una revuelta concertada a nivel nacional. Pero la diferencia entre un peligro verdadero y uno inventado era irrelevante para Hitler y Göring. Con una enorme presencia de ánimo supieron aprovechar el momento para encarcelar sin vacilación alguna a 4000 funcionarios comunistas, entre ellos al líder del partido, Ernst Thälmann. Asestaron otro golpe a los escritores, médicos y abogados de otro signo, entre los que se contaban grandes nombres como los de Erich Mühsam y Cari von Ossietzki[40]. Ya al día siguiente, Hitler se presentó ante Hindenburg y le explicó al anciano presidente la extrema gravedad de la situación. Hindenburg se dejó impresionar por las vividas imágenes de horror que Hitler le describió y firmó un decreto ley que, de hecho, suprimía los derechos fundamentales de la Constitución de Weimar. Con ello, Hitler dio un paso decisivo hacia la instauración de la dictadura. El decreto ley del incendio del Reichstag posibilitó detenciones caprichosas que no podían ser recurridas ante ninguna instancia jurídica. Amplió la aplicabilidad de la pena de muerte. Además, permitía al Reich responsabilizarse en todas partes del «orden» público y la «seguridad», lo cual constituía una intromisión muy significativa en las competencias de los *Länder*.

La celeridad y sistematicidad con las que los nazis tomaron esas medidas tras el incendio del Reichstag han dado lugar hasta el día de hoy a numerosas especulaciones sobre quiénes fueron los verdaderos incendiarios. Mientras que en la posguerra estaba generalizada la opinión de que Göring había sido en realidad el responsable de aquel delito, inmediatamente después del suceso los ciudadanos albergaron muchas incertidumbres. La opinión de cada uno dependía, la mayor parte de las veces, más de la propia convicción política que de los escasos datos disponibles. Esto también se puede aplicar a la prensa extranjera. Mientras algunos periódicos opinaron inmediatamente que los nazis habían prendido fuego al Reichstag, otros hacían constar simplemente la confusión generalizada que existía sobre la verdadera autoría del incendio[41].

Que el holandés Marinus van der Lubbe, un hombre medio ciego y desorientado que fue detenido en el lugar de los hechos, hubiera sido capaz él solo, y únicamente con la ayuda de unos encendedores, de prender fuego al pesado mobiliario del Reichstag no lo podía creer ningún ciudadano de signo contrario. Viktor Klemperer[42] anotó en su diario: «Ocho días antes de las elecciones el torpe asunto del incendio del Reichstag; no puedo pensar que alguien crea de verdad que han sido los comunistas en vez de un trabajo pagado por la cruz gamada[43]». Otro contemporáneo, Rolf Rothe, lo expresa de este modo:

> El muchacho Van der Lubbe, ¿cómo hubiera podido incendiar él solito el Reichstag? ¡Eso no lo puede hacer nadie, incendiar un edificio tan enorme de piedra! ¡Nadie se lo ha creído, es que sería totalmente absurdo!

El incendio del Reichstag con ese trasfondo tan turbio les venía de perilla a los graciosos. Pronto circularon entre la gente innumerables chistes que acusaban a los nazis sin disimulo y con desigual acierto de haber causado el incendio. Estos chistes se pueden dividir en dos grupos: en el primero se hace responsable a las temidas y odiadas SA o SS del delito:

> Un padre y un hijo están sentados a la mesa. Entonces el hijo pregunta: «Papá, ¿quién ha incendiado el Reichstag?»; a lo que el padre contesta malhumorado: «¡Ssigue comiendo, ssigue comiendo y no preguntes más!».

> —¿Quién ha incendiado el Reichstag?
> —Los hermanos Sass[44].

> ¿Cuál es la diferencia entre un comando de defensa del Reich y un comando de las SA?
> El Comando del Reich dice: «¡Apunten, fuego!»; en la SA se dice: «Prendan fuego».

En el segundo grupo de chistes no se inculpa a las bandas de camorristas de las SA sino a Hermann Göring. El hecho de que se le atribuyese el delito a Göring se debe a varias razones. En primer lugar, su sangre fría durante el suceso y su rápida reacción le habían puesto en evidencia. Como presidente del Consejo de Ministros prusiano tenía acceso directo al poder ejecutivo, lo cual aprovechó con todos los medios a su alcance. En segundo lugar, durante el proceso judicial del incendio del Reichstag, que en realidad debía

convertirse en un espectáculo contra los comunistas, tuvo una actuación tan patética que el pueblo comenzó a dudar de su credibilidad. Permanece en la memoria la ofensiva estrategia de defensa del funcionario comunista acusado, Georgi Dimitrov, que puso contra la pared a Göring en su discurso. El proceso terminó con la absolución de los comunistas, una penosa derrota para los nazis. El genio que rondaba por allí no permitió de ninguna manera que lo devolvieran a la botella. Dimitrov había expresado durante el juicio la sospecha de que los propios camisas pardas hubieran provocado el incendio. Esta acusación fue retransmitida en directo por la radio, nada podía hacerla desaparecer. Hasta en el último cuarto de estar se conocía ahora esa sospecha nunca corroborada pero sostenida con obstinación. Sin duda, eso constituía una gran ocasión para los más socarrones:

> La tarde del 27 de febrero, el asistente de Göring se precipita jadeante en el despacho de su jefe: «¡Señor ministro!», grita. «¡El Reichstag está ardiendo!». Göring mira su reloj y menea la cabeza con asombro: «¿Ya?».

> —Ayer vi a Göring en la Leipziger Strasse.
> —¿Ah, sí? ¿Pues dónde había un incendio?

Si Göring fue responsable verdaderamente del incendio del Reichstag, es algo que probablemente nunca se podrá dilucidar a la vista de las huellas borradas hace ya largo tiempo y las contradicciones de los testimonios de la época. Simplemente podemos suponer que ni Goebbels ni Hitler sabían nada del atentado. Ambos reaccionaron con sorpresa, incluso con incredulidad al enterarse de la noticia de que el Reichstag se había incendiado. La hipótesis más probable, si bien la menos espectacular según el estado actual de la investigación, es que Van der Lubbe provocó el incendio en solitario. La cuestión es si alguien le indujo a hacerlo. Los comunistas no tenían ningún motivo para hacerlo; no existe ninguna prueba fundada de la complicidad o el conocimiento de los nazis. Lo único que se puede constatar es que, a partir del 27 de febrero, las SA y Göring, el presidente prusiano en funciones, fueron víctimas de una terrible sospecha que circulaba por las calles en numerosos chistes. A pesar de la rabia por el penoso desenlace del proceso judicial y los daños que sufrió su reputación, los nazis habían dado un paso decisivo en el camino hacia la consolidación

de su poder gracias al incendio del Reichstag. Durante la supresión de la Constitución de Weimar se agarraron, de cara al exterior, a «la estrategia de legalidad» de Hitler, mientras de hecho seguían la máxima eficaz, pero no por ello menos repulsiva, de someter al pueblo a la mayor cantidad de crueldades posible para dar comienzo a una nueva dominación.

La «Gleichschaltung» en el espejo del humor político

En los meses posteriores a la llegada al poder se fue cercenando con increíble determinación el Estado de derecho. El objetivo de aquella acción destructiva era la *Gleichschaltung*[45] de la sociedad alemana. Así, ya el 4 de febrero de 1933 se publicó el decreto «Para la protección del pueblo alemán», con cuya ayuda el nuevo Gobierno podía prohibir arbitrariamente las publicaciones y los actos de los adversarios políticos. Hitler animó a los periodistas a no cometer «errores» en la información. Este buen «consejo» fue acompañado al mismo tiempo por todo tipo de oscuras amenazas. Después todo siguió de corrido: la bandera negra, roja y dorada de la República de Weimar fue sustituida por la cruz gamada, la estructura federal de la vieja Alemania quedó destruida en un abrir y cerrar de ojos. Sin escrúpulos se llevó a cabo esa «unificación de los *Länder* con el Reich». En Baviera, Himmler y Röhm obligaron a dimitir a Held, el presidente en funciones. Göring hacía aporrear a todo aquel que se opusiera a la «sublevación nacional». El apresurado ritmo de la unificación, la acción desatada de las SA, la combinación de chovinismo germánico y desnuda brutalidad surtieron su efecto sobre la población. El nuevo Gobierno surgió como una cabeza de Jano, con un perfil rebosante de euforia nacional y otro lúgubre y amenazante. Aquel que no se dejaba contagiar por el alborozo de los camisas pardas era sistemáticamente intimidado. Un desconocido autor de chistes encontró las siguientes palabras para definir el estado de ánimo de la población:

> Tras la unificación de los *Länder* somos como un pueblo; ya no hay una Prusia, una Baviera, una Turingia y una Sajonia, solo existen *Braun-Schweiger*[46].

El chiste tiene un doble sentido. Por una parte expresa que la unificación servía para callarles la boca a los alemanes; por otra parte contiene una pulla contra el antiguo *Land* de Braunschweig, cuyo primer Gobierno nacionalsocialista le concedió a Hitler la nacionalidad alemana. Sin nacionalización, el *Führer* no hubiera podido ser nombrado canciller.

Braunschweig ya estaba gobernado por los nacionalsocialistas desde las elecciones al Parlamento del *Land* en septiembre de 1930. El gobierno pardo no solamente jugó un papel decisivo en la elección del canciller, sino también en la unificación de la Iglesia Evangélica. En la época de Weimar, el Estado había sido secularizado, la Iglesia solo recibía algunas subvenciones públicas reducidas y en algunas regiones le habían retirado la supervisión de las escuelas populares. Ello había provocado una gran amargura entre el clero. En cuanto los nazis se hicieron con el poder, en Braunschweig comenzó una acción sin precedentes para ganarse su voluntad. El nuevo Gobierno introdujo de nuevo la oración en las escuelas y pagó los subsidios estatales pendientes. Esas medidas produjeron el efecto deseado: un tercio de los pastores de Braunschweig se afilió al Partido Nacionalsocialista, y en el boletín oficial cristiano pronto se pudo ver la cruz de Jesucristo junto a la cruz gamada. Tras la llegada al poder, aquella campaña de acercamiento a la Iglesia prosiguió por todo el Reich a gran escala. Se celebraba un acto de Estado con aire eclesial tras otro y Hitler no desaprovechaba ninguna ocasión para agradecerle a Dios su plenitud de poder en sus discursos. Naturalmente, todo aquello no eran más que fuegos de artificio concebidos para atraer a las iglesias hacia las líneas nacionalsocialistas. El éxito de esta obra maestra propagandística no se hizo esperar mucho tiempo. Pronto hicieron su aparición en el servicio litúrgico clérigos ataviados con camisa parda y botas de montar. La gente siempre había dicho con un guiño de ojos: «Hitler no podrá ni con el incienso ni con el ajo», pero ahora se hacía patente que los profetas estaban equivocados. Especialmente en la Iglesia Evangélica, que no estaba sometida a una disciplina interna tan férrea, tuvieron lugar terribles luchas entre los «cristianos alemanes» de signo nacionalsocialista y la «Liga de Emergencia

de Pastores[47]» del pastor berlinés Martín Niemöller. A la cabeza de los protestantes nazis estaba el capellán militar de Prusia Oriental, Ludwig Müller, al que Hitler había conocido en Königsberg y al que había nombrado *Reichbischof*[48]. Müller era un individuo turbio y no estaba a la altura intelectual de sus enemigos de la *Bekennende Kirche*[49], Niemöller y Wurm. El pueblo se mofaba del obispo del Reich llamándole *Reibi*[50] y se inventaban innumerables anécdotas, más o menos cómicas, sobre él:

> Cuando Goebbels publicó su libro *Del Kaiserhof a la Cancillería*, aquel éxito literario no dejaba dormir tranquilo al *Reichbischof*. Así que él también escribió un libro. El título rezaba: «De las pocas luces a las tinieblas[51]».

Los pastores, al menos eso se decía, tendrían que llevar a partir de ahora trajes talares de color blanco, puesto que eran siervos de *Müller*, esto es, del molinero. También se decía que el Obispo del Reich tenía una piel tan dura que no necesitaba columna vertebral.

A pesar del desacertado nombramiento a la cabeza de los «cristianos alemanes», los nazis consiguieron llegar a un acuerdo con las dos Iglesias, que en cualquier caso solo se pudo mantener en pie por medio de la aplicación continua del terror. Mientras tanto, los clérigos críticos con el régimen gozaban de simpatías entre el pueblo, puesto que eran los únicos que, incluso después de la *Gleichschaltung* y de las purgas de los primeros años, seguían compitiendo con el nacionalsocialismo. En un chiste se nombraba expresamente a un miembro de la oposición, el obispo católico de Münster[52]:

> El obispo de Münster, Graf Galen, está criticando en una de sus homilías la educación que las Juventudes Hitlerianas imparten a los jóvenes. Entonces alguien grita de repente: «¡Cómo va a hablar un hombre sin hijos de manera adecuada sobre la educación de los niños!». A lo que Galen responde: «¡No puedo tolerar una crítica tan personal al *Führer* dentro de mi iglesia!».

Lo que causó una enorme impresión entre la población alemana no fue solo su trabajo con los jóvenes, sino el coraje con el que el obispo de Münster, a pesar de tener la espada de Damocles sobre su cabeza, luchó contra el «Programa de eutanasia» de los nazis. Fue terrible el espanto que provocó el asesinato de deficientes mentales que un secretario de Estado de

Würtemberg defendía con los siguientes argumentos pseudoteológicos y absurdos:

> El quinto mandamiento, «no matarás», no es un mandamiento de Dios, sino un invento judío con el que los judíos, los más grandes asesinos de la historia universal, intentan una y otra vez impedir a sus enemigos que ofrezcan una enérgica resistencia, para así poder liquidarlos más fácilmente[53].

Mientras Clemens August Graf von Galen, apodado por el pueblo «El león de Münster», sobrevivía al Tercer Reich, innumerables clérigos fueron arrastrados al *Pfaffenblock*[54] de Dachau y asesinados. La persecución de hombres de Iglesia de signo contrario al régimen debió inspirar al pueblo para inventarse las siguientes festividades religiosas en el calendario:

> María de la Cárcel
> María Denunciata
> María del Registro Domiciliario

El padrenuestro en latín también se adaptó a los nuevos tiempos. En lugar de *et ne nos inducas in temptationem* («no nos dejes caer en la tentación») ahora se decía *et ne nos inducas in concentrationem*, en alusión a los campos de concentración.

La injusticia de los años del nazismo también fue posible gracias a la *Gleichschaltung* de la Justicia. En 1935, el poder judicial de los *Länder* pasó al Reich. Desde la subida al poder se fue preparando de forma sistemática al gremio de los juristas, tradicionalmente de orientación política conservadora, para que realizaran su trabajo en un Estado desprovisto de derechos. A tal efecto, la «Liga de Juristas Nacionalsocialistas» fue formando a jóvenes jueces, fiscales y abogados. La nueva doctrina rezaba de la siguiente manera: las sentencias deben ser falladas de acuerdo al Gobierno, en ningún caso hay que aferrarse a la ley. En lugar de la seguridad jurídica se propagó el «sentido común», una fórmula eufemística que abría las puertas de par en par a la justicia nazi del terror. El desprecio resultante hacia la Constitución alemana fue percibido con preocupación también por sectores de la ciudadanía, como nos hacen intuir los siguientes parágrafos, que al parecer debían ser introducidos:

> 1. Quien emprenda o se abstenga de hacer algo será castigado.
> 2. La pena se aplicará según el sentido común.

> 3. El sentido común será fijado por el jefe de cada circunscripción territorial.

Lo que muchos tampoco comprendían durante el Tercer Reich era por qué los nazis seguían manteniendo un sistema judicial. La injusticia clamaba al cielo y el terror era desde el principio demasiado extremo y arbitrario. En realidad el siguiente chiste no tiene nada de divertido, porque la gracia muestra una lógica desesperada:

> En Suiza, un mandamás nazi se informa sobre la función de un edificio público. «Es nuestro Ministerio de Marina», le explica un suizo. El nazi se ríe y dice en tono burlón: «Vosotros con vuestros dos o tres barcos, ¿para qué necesitáis un Ministerio de Marina?». El suizo replica: «Ya, ¿y para qué necesitáis vosotros en Alemania un Ministerio de Justicia?».

Incluso en los últimos años de la guerra, cuando en el este eran asesinados miles de judíos, los nazis no quisieron renunciar a la apariencia de un Estado de derecho; de las draconianas sentencias del tristemente célebre Tribunal del Pueblo hablaremos más tarde. En el año de la llegada al poder, que aún estaba bajo el signo de la «revolución legal» concebida por Hitler, los nazis prepararon el terreno para el nuevo *Unrechtsstaat*[55] con un gran despliegue de energía criminal. Ininterrumpidamente se fueron decretando leyes que convertían a los ciudadanos en sumisas víctimas de las autoridades. Ya el 28 de febrero se introdujo el famoso «arresto preventivo», por medio del cual podían encerrar a sus enemigos políticos sin que mediara un proceso judicial. El principio jurídico, así se bromeaba sombríamente, rezaba ahora: «La brutalidad precede a la legalidad».

La *Gleichschaltung* de la Administración, la Iglesia y la Justicia fue acompañada de una purga nacionalsocialista de la vida cultural. Ya en los primeros meses posteriores a la llegada al poder, Joseph Goebbels, con su recién creado Ministerio de Propaganda, se apoderó de la soberanía cultural en Alemania. Ahora quien quisiera trabajar como escritor, artista plástico o actor tenía que hacerse miembro de la *Reichskulturkammer*[56] o de una de sus organizaciones dependientes. Estar excluido de la *Kulturbund*[57] estatal significaba *de facto* tener prohibido el ejercicio de la profesión. De todos modos, no se anduvieron con contemplaciones con los artistas que detestaban. Hasta la primavera del año 1933 fueron desterrados 250 escritores alemanes de renombre, entre ellos Thomas Mann, Lion

Feuchtwanger y Stefan Zweig. A bombo y platillo y al grito de extravagantes «decretos de fuego contra el espíritu antialemán[58]» se quemaron públicamente las obras de los autores caídos en desgracia. En lugar de protestar contra la quema de libros, prominentes artistas como Gustaf Gründgens y Gerhart Hauptmann, amigos incluso de los escritores proscritos, anunciaron su lealtad a los nuevos gobernantes. Si bien entre bastidores se quejaban con vehemencia de que la *Reichskulturkammer*[59] midiese a todos por el mismo rasero, la mayoría de los artistas obedeció sin rechistar y se adaptó a los nuevos tiempos.

Con la misma celeridad y sin encontrar ninguna resistencia Goebbels llevó a cabo la *Gleichschaltung* en la prensa. Prohibieron las publicaciones de signo contrario y asfixiaron económicamente a otras mediante una guerra a los abonados subvencionada por el Estado. Al hacerlo, el nuevo ministro de Propaganda fue escrupulosamente cuidadoso para que continuase existiendo una cierta variedad periodística en las publicaciones restantes. Naturalmente, esto se refería tan solo al aspecto formal de los artículos, en ningún caso al contenido estrictamente nacionalsocialista que se definía de manera centralizada. Por muy curioso que hoy en día nos pueda parecer, por aquel entonces la supresión de la libertad de prensa fue recibida con júbilo por una parte de los coetáneos. El cabaretista cómico muniqués Weiss Ferdl, un simpatizante nazi de los primeros tiempos, llegó incluso a escribir una graciosa cancioncilla en la que alababa la *Gleichschaltung*. No era casual que la prensa nazi tributase reconocimiento a su bardo. Si el popular cantante se metía contra la «música de negros» y la libertad de prensa con unos «divertidos» versos, había que entenderlo como una manifestación totalmente desprovista de ironía:

> Antes había muchos partidos,
> y también muchos litigios.
> Hasta que habló un ingeniero:
> Alemanes, esto es un gallinero.
> Dejemos las alternancias de corriente.
> ¡Volvamos a la corriente de siempre!
> Él ha apagado y la corriente ha cambiado,
> unificado, unificado.

Leíamos los periódicos,
porque antes éramos tontos.
Uno escribía: «Heil! Muy bien, bravo»,
el otro «Uf», justo lo contrario.
Ahora te puedes ahorrar la pasta,
con leer uno puedes decir «basta».
Todos están igualados.
Unificados, unificados.

[…]

Ya no se oyen saxofones,
no hay rumbas ni charlestones.
Fuera el jazz y el baile de los negros,
ya no estamos chiflados como ellos.
Escuchamos de nuevo viejas melodías,
marchas y canciones alemanas cada día
que se oyen con agrado.
Unificados, unificados.

[…]

Si el marido tiene una fulana,
y es infiel a su esposa amada,
la mujer alemana tiene valor
y a Dachau lo manda sin pudor:
«Veinte años sin cansarte
has gozado de mi carne.
Ahí te quedas, estás acabado».
Unificado, unificado.

En las conferencias de desarme
los franceses comienzan a quejarse:
«¡Ay, Alemania nos amenaza!».
Pero ya nadie se cree esta patraña.
Nuestro canciller habló con claridad:
«Solo puede esperar la paz
quien de verdad se ha desarmado».
Unificado, unificado.

Baviera y Prusia unidas están,
ya no se pueden separar.
En vez de irnos a la montaña
a Berlín vamos el fin de semana.
En el parque de atracciones nos divertiremos
y con los prusianos aires tiroleses cantaremos.
¡Hombre, qué unidos estamos!
Unificados, unificados,

Si estamos unidos firmemente
juntos iremos hacia el frente.
Campesinos, obreros y siervos,
nobles, burgueses, los mismos derechos.
En el país que hemos defendido
y en el que tanto tiempo hemos sufrido,
viviremos siempre bien atados.
Unificados, unificados.

Lo interesante del cuplé de Weiss Ferdl es, como apunta Volker Kühn, que esa muestra de afección a los gobernantes nacionalsocialistas surgiera tan tempranamente; el cabaretista muniqués la escribió ya en el año de la subida al poder[60]. Por aquella época todavía había muchos enemigos de la *Gleichschaltung*. Los periódicos estridentes y drásticamente antisemitas de los nazis eran recibidos con desaprobación por parte de muchos ciudadanos. Desde luego, entre los escritores y pensadores no tuvo lugar una gran rebelión contra la *Gleichschaltung* nacionalsocialista de la prensa y de la cultura. Mientras los libros de los grandes escritores judíos desaparecían en la segunda hilera de las estanterías, en la intimidad la gente se permitía algún que otro chistecito sarcástico sobre el espíritu destructivo que se había impuesto en el periodismo:

> Un profesor practica con sus alumnos la comparación: «Garlitos, construye una frase con “querido” y “valioso”». Carlitos: «La “Heildelberger Volksgemeinschaft” me es querida y valiosa». «Y tú, Fritz, ¡forma el comparativo!». Fritz: «El *Völkischer Beobachter* me resulta más querido y valioso». Y Moritz, forma el superlativo: «¡Der *Stürmer* es el más querido y el más valioso para mi culo!»[61].

Este chiste también resulta inocuo porque está en boca de unos niños. Ese modelo es típico de la época nazi. Un niño dice cosas de manera ingenua e irreflexiva; la ofensa que contiene el chiste, en este caso que el periódico demagógico *Der Stürmer* solo sirve de papel higiénico, se desactiva por medio de ese truco. El narrador de chistes se ha creado una cómoda posición de retirada. Además, es característico el hecho de que solo se señale negativamente al periódico abiertamente pornográfico *Der Stürmer*, y no la publicación partidista convertida en periódico de masas, *Der Völkischer Beobachter*. Más escandalosas que ese chiste eran las pullas del

cabaretista berlinés Werner Finck, que a menudo se quejaba públicamente de que ya en primavera las *hojas* se pusieran marrones.

Paralelamente a la *Gleichschaltung*, la sociedad alemana fue militarizada sistemáticamente. Para ello, los nazis crearon numerosas organizaciones que a veces se solapaban, que incluían y a menudo también uniformaban a los miembros de cada profesión y cada grupo de edad. El resultado fue una confusión kafkiana de uniformes que inundaban las calles ya poco después de la subida al poder. En la calle se decía con sorna que el ejército del Reich iría vestido de civil en el futuro para que se pudiera distinguir a los soldados del pueblo llano. También eran absurdas las abreviaturas de las organizaciones nacionalsocialistas, empezando por las SA y la SS, hasta la BDM, Flieger-HJ, Motor-HJ, NSKK[62], etcétera. En los chistes se hacía referencia con sorna y sin criticarlo a la predilección de los nazis por las abreviaturas:

> La organización sigue creciendo. Antes de las SA y las SS, a los más jóvenes se les incluye en la HJ, a los aún más jóvenes en el Jungvolk, y lo más jóvenes aún en los NS-Kindergärten, y ahora también quieren organizar a los lactantes. Llevan el título de «Hombres-AA»[63].

Igual de inofensivo resulta también el siguiente chiste que, como el ejemplo anterior, no critica la orientación paramilitar de las organizaciones nazis. En lugar de eso, en él se desaprueba tibiamente que la vida familiar se vea perjudicada por el servicio a la patria nacionalsocialista.

> «Mi padre es de las SA, mi hermano mayor está en las SS, mi hermano pequeño en las Juventudes Hitlerianas, mi madre en la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas y yo estoy en la Liga de Muchachas Alemanas». «Vaya, ¿y con todo ese lío os veis alguna vez?». «Oh, sí. ¡Nos vemos todos los años en el Congreso del Partido en Núremberg!».

También había algunos chistes sobre la abreviatura del *Bund Deutscher Mädel*, la mayor parte de las veces obscenidades baratas que ni siquiera echándole mucha fantasía llegaban a tener un contenido político. A veces se decía que BDM significaba *Bald Deutsche Mutter* (Pronto Madres Alemanas), después se le dio un giro obsceno diciendo que significaba *Bedarfsartikel Deutscher Männer* (Artículo de Necesidad de los Hombres Alemanes). Algunos deseos se expresaban a través de la interpretación de

BDM como *Bubi, drück' mich* (Chica, abrázame). En resumen: existen numerosos chistes de la primera época del nazismo que no son más que juegos sin carga política, que apenas se podrían interpretar como manifestación de la actitud básicamente escéptica del pueblo alemán frente al régimen.

Las primeras caricaturas políticas sobre los nazis

A la gente le gustaba reírse de las curiosas peculiaridades del nacionalsocialismo, pero el nuevo sistema —con toda la crítica que lo acompañaba— pronto se afianzó en la sociedad alemana. La dirección política se lo agradeció al pueblo con una liberalidad aparente que al principio se ponía siempre en evidencia de forma demostrativa. «Nosotros no somos así», era la divisa que usaban. Evidentemente, a los nazis les preocupaba que la población los pudiera percibir exclusivamente como estúpidas bestias pardas, carentes de sentido del humor. Muy pronto la corrección de imagen dio como resultado extrañas fosforescencias. Así, como parte de la encantadora ofensiva, en el año 1933 se publicó en Alemania una colección de caricaturas extranjeras que retrataban a Hitler como un mentiroso y un belicista. Ese volumen lujosamente diseñado fue editado ni más ni menos que por el jefe de prensa extranjera del NSDAP, «Putzi» Hanfstaengl[64], que era un camarada y admirador del *Führer*. En el prólogo, Hanfstaengl explica esta extraña obra de la siguiente manera:

> Las esperpénticas imágenes de escarnio con las que ha sido representado Adolf Hitler en su devenir histórico por una prensa degenerada, nos causan hoy la misma impresión que una estridente música de jazz. A día de hoy esos escarnecedores y difamadores han quedado cubiertos de vergüenza y puestos en evidencia por sus propias chapuzas […] El valor de esta compilación de caricaturas del *Führer* consiste precisamente en que ellas testifican a favor del *Führer* más que todas las voces hostiles. Porque cada una de estas imágenes pone en evidencia cuán erróneamente ha juzgado el mundo a Adolf Hitler. Aquel que contemple el libro detenidamente, se reirá con ganas de cada imagen, pero no precisamente de su pretendida burla, sino de la palmaria equivocación de los caricaturistas[65].

Pero no vayamos a creer que el editor tenía una confianza ciega en sus lectores. A fin de que cada uno de ellos se riera en el lugar adecuado y sobre todo por los motivos adecuados, Hanfstaengl acompañó las caricaturas de rectificaciones conformes a la línea del partido. Una imagen publicada en el periódico neoyorquino *The Nation* representaba a Hitler como la Muerte, con un ejército de esqueletos marchando a sus pies. Las guadañas que sostiene en las manos forman una cruz gamada y de sus filos resbalan gotas de sangre. En la página de al lado, Hanfstaengl aporta su interpretación de la caricatura:

> Caricatura: la imagen quiere decir que Hitler quería la guerra.
>
> Hecho: el 15 de julio de 1933 Hitler firmó a través del embajador alemán en Roma el «Pacto de los cuatro[66]», por medio del cual se aseguraba la paz en Europa para diez años con la firma de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania[67].

En la colección también se podían ver algunas caricaturas alemanas, entre ellas una procedente de la mencionada revista satírica *Ulk*. De nuevo se ve a Hitler, esta vez vestido de indio, con una cabellera en las manos. El pie de foto reza: «El jefe de la tribu de los salvajes cazadores de cabezas tras la matanza de Leipzig, ataviado con su indumentaria de guerra». De nuevo Hanfstaengl no podía dejar de contribuir con un comentario:

> Caricatura: el 25 de septiembre de 1930 y ante el Tribunal del Reich en Leipzig, Hitler declaró que tras la llegada al poder del nacionalsocialismo en Alemania «rodarían cabezas». Este comentario dio pie a que la revista *Ulk* publicase esta caricatura verdaderamente cómica.
>
> Hecho: tras su llegada al poder, Hitler hizo «rodar» un gran número de antiguas «cabezas» hacia los campos de concentración. Eso fue así porque estaba firmemente decidido a ser un vencedor magnánimo y porque tenía el deseo de ahorrar a la masa sana y constructiva del pueblo alemán los horrores de un ajuste de cuentas sangriento con los enemigos[68].

A cinismo no hay quien le gane a esta «rectificación». La prensa marrón aplaudió dócilmente la chapuza del jefe de prensa extranjera nacionalsocialista. El alpinista Luis Trenker afirmaba en el texto de la solapa que con ese libro se «mantendría en el recuerdo de forma renovada la lucha heroica de nuestro Führer». Pero, a fin de cuentas, aquella muestra de devoción a Hitler no le sirvió de mucho a Hanfstaengl. En 1937 tuvo que huir a América a causa de un conflicto con Joseph Goebbels que se iba

agravando cada vez más. Ahora, aquel hombre que había agitado los ánimos contra los judíos y los oponentes políticos se había convertido en un proscrito del régimen nazi. Ello, sin embargo, no hizo mella en su carrera. Hanfstaengl fue contratado por Franklin D. Roosevelt como consejero político y psicológico en la guerra contra Alemania. Tras la caída del imperio nazi regresó a Alemania y escribió allí sus memorias. Hanfstaengl murió en 1975 en su patria sin que el pasado le diera nunca alcance.

Un destino más cruel, por el contrario, le aguardaba a un hombre que ya desde muy temprano se había posicionado contra los nazis. El caricaturista Erich Ohser, nacido en 1903, ya había irritado a los nazis a comienzos de los años treinta por sus caricaturas contra Hitler. Había, por ejemplo, un dibujo a pluma en el que veía a un paseante con sombrero orinando sobre una cruz gamada. En otra caricatura se representaba a Hitler como un guerrero: el rostro con bigote recortado y mechón lateral aparece desfigurado, como una máscara de mueca maligna. La osadía de Ohser no quedó sin respuesta. Tras la subida al poder de los nazis, al satírico se le denegó la entrada en la Cámara de Cultura del Reich. El 17 de enero de 1934 encontró en su buzón la siguiente comunicación, que equivalía a una prohibición de ejercer su profesión: «La comisión de la Federación Regional de Berlín de la Prensa Alemana ha rechazado su solicitud de ingreso en el Comité de Dibujantes de Prensa de la Federación del Reich de la Prensa alemana y su inscripción en la lista profesional debido al carácter marcadamente marxista de su anterior actividad periodística». Presa del pánico, quemó en un huerto los dibujos originales de sus caricaturas *progresistas*. Una empresa sin sentido, puesto que aquellas imágenes antinazis habían sido publicadas innumerables veces. Esperar que Goebbels y sus compinches se olvidasen del trabajo antifascista de Ohser no era realista[69]. Tras aquellos momentos de pánico inicial, Ohser se adaptó a regañadientes a los nuevos tiempos de cara a la galería. Se dedicó a publicar tiras cómicas apolíticas con el seudónimo E. O. Plauen. Las tiras de Padre e Hijo[70], dibujadas con gran esmero, pronto se convirtieron en una publicación de culto. Y le abrieron a Ohser de nuevo las puertas del periódico *Das Reich*, que por aquel entonces gozaba de una cierta fama de ideología liberal. Pronto le permitieron publicar caricaturas políticas, pero

debían acomodarse al espíritu de los nazis. Así pues, Ohser dibujó caricaturas antisoviéticas y antibritánicas, pero en su círculo privado no ocultaba sus verdaderas convicciones políticas. Y eso fue su perdición en el penúltimo año de la guerra. Un vecino denunció ante la Gestapo una conversación entre Ohser y su amigo Erich Knauf. Ohser se libró del proceso ante un Tribunal del Pueblo suicidándose; Knauf fue ejecutado en mayo de 1944.

El cabaret político en los años de la aparente liberalidad. El caso de Werner Finck

Curiosamente, y al contrario que en el caso de Ohser, la violencia del Estado tardó mucho tiempo en manifestarse contra Werner Finck. El osado cómico se convirtió en una figura de culto clandestino en los primeros años del nazismo debido a sus arriesgados chistes políticos. Noche tras noche actuaba en el *Katakombe*, su cabaret, un establecimiento lóbrego situado en el número 3 de la Bellevuestrasse de Berlín. En la posguerra circulaban muchas leyendas sobre aquel pequeño teatro. Al contrario de lo que se afirmó posteriormente, el *Katakombe* no era un cabaret político, sino un teatro de variedades con un programa de diversos números. Había una cantante de *chanson* francesa, después un número de pantomima, el llamado devorador de fruta. Al final venía la actuación de Finck con un monólogo político, como un artista más. Él era en cierta medida la sección política del *Katakombe*, un local que sobre todo era conocido por su programa de variedades y entretenimiento. Para algunos camaradas, aquel cabaret resultaba incluso demasiado apolítico; a comienzos de los años treinta lo abandonaron y fundaron un cabaret propio con un mayor compromiso político. Pero mientras los intransigentes marchaban al exilio tras la toma de poder, Werner Finck supo ejercer el arte de las medias tintas. Sus números de cabaret eran conocidos precisamente por lo que *no* se decía, por lo que se podía leer entre líneas. Cada actuación del intrépido humorista semejaba un número de equilibrio sobre el filo de la navaja. Finck lo sabía:

si su crítica era demasiado concreta, lo retirarían de la circulación inmediatamente y lo arrastrarían a un campo de concentración como si fuera un enemigo político. Así que se sacó de la manga algunos trucos inteligentes para adornar su mensaje político con un ropaje de aspecto inofensivo. Para los espectadores, que sabían exactamente lo que estaba sucediendo en el escenario, la arriesgada acrobacia verbal constituía un atractivo adicional, la tensión emocional que sientes cuando contemplas a un equilibrista que trabaja sin red. La gente se reía porque sabía leer entre líneas. Después de la guerra, Finck lo describió magníficamente con una imagen: en la época nazi había que tañer una campana diminuta con un pequeño badajo para producir un ruido ensordecedor, mientras que hoy en día hay que golpear una gigantesca campana con un inmenso badajo y sin embargo tan solo se produce un pequeño sonido. En la época nazi, la gente estaba extremadamente sensibilizada, percibían de forma precisa cuándo se transgredían barreras invisibles. Finck, el gran maestro de los límites humorísticos, también era un astuto zorro, por lo que en 1933 fundó, siguiendo las más puras tendencias nazis y con un inocente parpadeo, una «Alianza por un humor inofensivo» (*Kampfbund für harmlosen Humor, KfhH*). La «Alianza» publicó en el programa del *Katakombe* el texto de los siguientes cuplés de Finck:

¡Sopla una brisa fresca, dos, tres!

Sopla una brisa fresca, dos, tres,
queremos volver a reír.
Abrid paso al humor otra vez,
ahora tiene que resurgir.

El león rige la actualidad,
Marte rige el momento,
mas nuestra querida hilaridad
desaparece en nuestro tiempo.

No ha de lograrlo el diablo,
ni ningún ser del montón,
quitarnos la diversión.

Vamos a desternillarnos
y a reír con ocurrencias.

El que no quiera aguantarnos
que se vaya a hacer puñetas.

Que la fuerza del diafragma,
en el tímpano resuene,
y al que eso no le plazca,
que en el trasero nos bese.

Pero, al final, ese llamamiento a abrir paso al humor y a hacer del «despertar del pueblo» un despertar humorístico fue demasiado para las autoridades. La forma en que Finck creaba todo tipo de rimas humorísticas haciendo uso de la jerga nazi, evidentemente tocaba un punto débil de los nacionalsocialistas. El programa que contenía la cancioncilla fue prohibido; sin embargo, a Finck le permitieron seguir actuando a su aire. En la atmósfera aparentemente tolerante de los primeros años se pasaba por alto el espíritu crítico e incluso se le hacía algún que otro cumplido a Finck desde las filas nacionalsocialistas. En el *Völkischer Beobachter* se publicó una cándida crítica del programa de primavera del *Katakombe* escrita por un adjunto al ministro de Propaganda. En ella se alababa a Finck por su «humor a veces alado, a veces sorprendentemente certero». El redactor jefe del célebre periódico demagógico *Der Angriff* incluso escribió en el libro de visitas del *Katakombe* las siguientes palabras de aliento: «Sea peligroso o no, ¡sigan por el mismo camino!».

En los años sesenta Werner Finck le contó a un admirador llamado Dieter Hildebrandt una anécdota que pone de manifiesto de forma incisiva lo absurdo de su situación durante la fase presuntamente liberal del nazismo: según le contó, una noche se dirigió a él amablemente un hombre vestido de civil. Tras algunos titubeos le reveló que era un *Standartenführer*[71] de las SA y que le gustaría invitarle a sus oficinas. ¡Le dijo que allí podría hacer chistes aún más corrosivos y que la gente se lo pasaría en grande! Aquella propuesta estaba hecha con la mayor seriedad, sin embargo Finck la rechazó.

Pero pronto llegaron a su fin las extrañas gentilezas y los amables cumplidos. Y es que, para la subida al poder, las amables acciones de los primeros meses eran meros peldaños en el asesino plan global de los nazis.

El régimen todavía intentaba disimular por motivos de política exterior. Pero pronto comenzaron a apretar las clavijas. Ahora el gracioso del *Katakombe* se enfrentaba a una caída en el más profundo abismo.

«¿Qué chistes nuevos circulan por ahí?: ¡Tres meses en Dachau!» El humor político y la instauración del sistema de terror nazi

Una de las medidas con mayores consecuencias que pusieron en marcha los nacionalsocialistas en los meses posteriores al incendio del Reichstag fue la apertura de los primeros campos de concentración en Alemania. El campo modelo de Dachau, en las inmediaciones de Múnich, bajo el mando del despiadado comandante Theodor Eicke, adquirió en poco tiempo una triste celebridad, y no solo en Baviera. Al principio encerraron allí principalmente a comunistas, sindicalistas y socialdemócratas, y los torturaron con todos los medios disponibles; posteriormente, cuando la política terrorista nazi acosó a capas más amplias de la población, llegaron los gitanos, los judíos, los testigos de Jehová, los homosexuales y los delincuentes. Dachau nunca llegó a convertirse en un campo de exterminio como el de Auschwitz, pero allí fueron fusiladas y martirizadas hasta la muerte miles de personas a lo largo de los años. En los primeros tiempos hicieron pasar aquel lugar terrible por un campo de «reeducación». En aquella época uno podía salir del campo. En cualquier caso, el hecho de que Dachau fuera un lugar sin ley en el que se torturaba y se asesinaba a la gente, era un secreto a voces. Testimonios de la época nos cuentan que a algunos niños maleducados se les amenazaba, medio en broma, con llevarlos a Dachau si se comportaban mal. En pocas palabras, el campo de la Alta Baviera fue pronto conocido en toda Alemania como un escenario de crueldad y de arbitrariedad. La rebelión que hubiera debido tener lugar contra ese espacio de terror no existió. El testigo Fritz Muliar recuerda que en el año 1937 circulaban fotos de Dachau en la prensa austríaca en las que

se podía ver a prisioneros del campo con heridas en la cabeza. La gente intuía la dimensión del horror, pero no la querían aceptar porque, si lo hubieran hecho, tendrían que haberse rebelado contra ella. La reacción fue el silencio: cerraban la boca y miraban hacia otro lado. El hecho de que Dachau se convirtiera en un concepto del sistema de campos de concentración se puso de manifiesto en que también se convirtió en un tema fijo en los chistes de la época: «Dios mío, ¡antes enmudecido que en Dachau recluido!», decía una jaculatoria de la época muy extendida. Pero los chistes sobre Dachau servían más bien para arreglárselas con el terror antes que para expresar una crítica seria. Por ejemplo, el siguiente chiste se le atribuía al cabaretista Weiss Ferdl, que de seguro no era un enemigo de los nazis:

> He hecho una pequeña excursión, he ido a Dachau. Bueno…
>
> ¡Aquello tiene una pinta! ¡Alambres de espino, ametralladoras, alambres de espino, de nuevo ametralladoras y de nuevo alambre de espino! Pero os digo una cosa: ¡cuando yo quiera me meto allí dentro!

Es difícil comprender por qué precisamente Weiss Ferdl, que ya en el *Kampfzeit*[72] había actuado de telonero antes de Hitler, apareciera en los chistes como un enemigo del régimen. A Weiss Ferdl le gustaba mostrar una cierta ambivalencia, pero no hay duda alguna respecto a sus convicciones políticas. Su fama de enemigo de Hitler era injusta, seguramente porque su público sacó consecuencias erróneas de los textos de sus ambiguas canciones políticas.

El campo de concentración de Dachau existía desde marzo de 1933 y todo el mundo sabía que no se trataba de un sanatorio. La afirmación de la generación de la guerra de que «no sabían nada», esa estrategia defensiva de los primeros decenios de la posguerra, es simple y llanamente insostenible cuando uno escucha las frases hechas y los chistes sobre el campo de Dachau. Por ejemplo, en el siguiente chiste se puede apreciar claramente que los campos de concentración eran nidos de arbitrariedades en los que cualquiera podía terminar sus días por haberse expresado de manera contraria al régimen:

> Dos hombres se encuentran por la calle. Uno va y le dice al otro: «¡Qué bueno, me alegro de verte en libertad! ¿Qué tal te fue en el campo de concentración?».

> Y el otro contesta: «¡Estupendamente! Por la mañana te llevaban el desayuno a la cama. Café o cacao a elegir. Después un poco de deporte. A mediodía sopa, carne y postre. Y antes del café y el bizcocho, juegos de mesa. Después una pequeña cabezadita. Y después de cenar veíamos películas».
>
> El hombre se queda muy sorprendido: «¡Fantástico! ¡La de mentiras que se cuentan! Hace poco estuve hablando con Meyer, que también estuvo allí. ¡Y me contó unas cosas…!».
>
> Entonces el otro asiente con seriedad y dice: «A ese ya se lo han llevado de nuevo».

Ya en los primeros tiempos del régimen nazi se extendió el rumor de que si uno decía algo inapropiado lo arrestaban y lo llevaban a Dachau. Esto pronto se convirtió en el tema de algunos chistes:

> Pregunta: ¿Qué chistes nuevos hay por ahí?
> Respuesta: ¡Tres meses en Dachau!

Así pues, el establecimiento de campos de concentración y la introducción de medidas coercitivas como el «arresto preventivo» surtió su efecto en la población alemana. Desde el incendio del Reichstag, en Alemania reinaba, en lo que se refiere a la esfera del Derecho, un estado permanente de excepción. Los presuntos enemigos del Estado, que servían a este de excusa para sus desmanes y arbitrariedades, ya no podían ser frenados con los medios regulares de la legislación de Weimar, tal y como se proclamaba. Aquel que era acusado de realizar actividades subversivas contra el Estado tenía muy malas cartas, ya que no se podía interponer ninguna acción jurídica contra las sentencias, inmediatamente efectivas, de los tribunales extraordinarios. Incluso cuando uno era absuelto, no podía sentirse seguro, porque la Gestapo, que actuaba independientemente de la Justicia, podía liquidar de manera caprichosa y en cualquier momento a los sospechosos. Los que eran liberados del arresto preventivo tenían que vivir con el estigma del criminal, la gente los evitaba como si fueran apestados. Las autoridades podían determinar a discreción lo que estaba permitido y lo que no. Las leyes promulgadas por los nazis eran tan solo la decoración de un seudoestado de derecho. Las manifestaciones contrarias al régimen fueron recogidas por el «Decreto del presidente del Reich para la defensa de los ataques alevosos contra el Gobierno del alzamiento nacional», según el cual la divulgación de afirmaciones «falsas» podía ser castigada con la cárcel o

la reclusión. Ya durante el primer año se sancionaron 3744 infracciones contra este nuevo decreto. Sin embargo, para las autoridades, aquella ley no era lo suficientemente severa. Apenas un año después fue sustituida por la «Ley contra los ataques alevosos al Estado y al Partido y para la protección de los uniformes del Partido». Incluso la crítica privada al régimen era ahora susceptible de ser castigada con la cárcel. En el *Reichsgesetzblatt*[73] se decía:

1

— Aquel que pronuncie o divulgue premeditadamente una afirmación falsa o gravemente tergiversada que sea susceptible de poner en peligro el bienestar del Reich o de perjudicar gravemente la reputación del Gobierno del Reich o del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o de su estructura, será condenado a reclusión de hasta dos años, y si ha pronunciado o difundido la afirmación públicamente, con cárcel no inferior a tres meses, siempre y cuando no esté prevista una pena aún más severa en otros reglamentos.
— Quien cometa esta falta de manera gravemente negligente será condenado hasta a tres meses de cárcel o a pagar una multa.
— Si el delito se dirige exclusivamente contra la reputación del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o sus estructuras, será perseguido solo con el consentimiento del representante del *Führer* y de la instancia por él designada.

2

— Aquel que pronuncie opiniones hostiles, difamadoras o de mala fe sobre personalidades destacadas del Estado o del NSDAP, sobre su mandato o sobre las instituciones por ellos creadas, que sean susceptibles de socavar la confianza del pueblo en sus dirigentes políticos, será condenado a prisión.
— Las manifestaciones no públicas se consideran iguales a las manifestaciones alevosas públicas, cuando el autor del delito sabe o debe saber que dicha manifestación puede llegar a oídos de la opinión pública.
— El delito será perseguido solamente por orden del ministro de Justicia del Reich; si el delito se dirige contra un representante prominente del NSDAP, el ministro de Justicia adoptará la disposición de común acuerdo con el representante del *Führer*.
— El ministro de Justicia del Reich determina con la aquiescencia del representante del *Führer* quiénes conforman el círculo de las personalidades destacadas en el sentido del párrafo 1.

Esa «protección de la especie» para el NSDAP y sus representantes, que pretende situarlos fuera del alcance de cualquier crítica, constituía al mismo tiempo una ocasión de oro para los delatores. Pero el pueblo no se dejó

amedrentar por ese nuevo tono tan zafio. A fin de cuentas, no es posible explicar de manera inequívoca cómo repercutió ese nuevo clima político en la costumbre de contar chistes políticos. Al fin y al cabo, el sistema represivo nunca funcionó de manera tan perfecta como hubieran deseado los nazis. No era posible vigilar a todos y cada uno de los ciudadanos, no era posible controlar lo que sucedía en cada hogar y en cada esquina. Y seguramente los alemanes eran conscientes de ello en su vida diaria.

A pesar de todo, los editores de las recopilaciones de chistes de la posguerra estaban convencidos de que los que contaban chistes ponían en peligro sus vidas. Uno de ellos, Kurt Sellin, escribió en la introducción a su libro *Die Hitlerei im Volksmund*[74], una obra publicada en 1946 con el «Permiso número 17 del control de noticias del gobierno militar»:

> A menudo se ha considerado el chiste como algo mortal y se ha hablado de una ironía mortal. El Tercer Reich no murió por los chistes que se hicieron sobre él. La demostración de que el chiste también puede convertirse en algo mortal para el narrador no es exclusiva del Tercer Reich. Pero sí nos ha proporcionado muchos ejemplos de ello[75].

Sellin informaba detalladamente sobre los «peligros personales» que podía suponer el acto de contar un chiste. Además, afirmaba que la gente contaba chistes políticos tan solo en la intimidad por miedo a sufrir las más severas penas, entre susurros y acompañándolos de la «mirada alemana», con la que primero se comprobaba si podía haber alguien que estuviera a la escucha. Pero esta opinión no coincide con las afirmaciones de los testimonios contemporáneos a los que consultamos para escribir este libro. La mayor parte de ellos contaba que se podían contar chistes políticos libremente, en público y sin miedo a ser castigado. De hecho, esto confirma los resultados de la investigación más reciente. Meike Wöhlert ha analizado y comparado las sentencias de los tribunales especiales que se ocupaban de la «alevosía» en cinco ciudades alemanas. Nótese que el estudio incluye solo casos archivados, no las enormes cifras grises. Al fin y al cabo, contar chistes políticos era un fenómeno de masas apenas controlable. En el 61 % de los casos estudiados por vía judicial, los narradores de chistes fueron absueltos con una simple sanción. Sobre todo se consideraba un atenuante la influencia del alcohol. Se consideraba que quien en plena borrachera se

pasaba de la raya, no estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Y como los chistes consignados se contaban la mayoría de las veces en las tabernas, había consiguientemente muchas sentencias indulgentes. En algunos casos extraordinarios se imponía una multa y solo en el 22 % de las sentencias se ordenaba una pena de prisión. Curiosamente, las sentencias más severas contra la alevosía se pronunciaron en tiempos de paz; pero la mayor parte no superaba los cinco meses de prisión[76].

La suposición de que en la guerra habían tenido lugar sentencias de muerte en serie para personas que contaron chistes apenas puede sostenerse en pie tras un estudio de los documentos de aquella época. Por supuesto existieron tales casos en la fase final del Tercer Reich, pero se trataba de excepciones extremas de las que más tarde hablaremos con mayor detalle. «Risa mortal», «Cuando reírse era peligroso»: podemos encontrar estos títulos y capítulos en las colecciones de chistes de la posguerra. Sin embargo, la tesis de la peligrosidad de contar chistes no se ha podido confirmar.

Indudablemente, la cosa empezó a ponerse extremadamente fea para los enemigos del régimen a partir de la aprobación de la Ley Habilitante de 1933. Incluso el mismo Werner Finck, el intrépido transgresor del *Katakombe*, entró en barrena de manera preocupante. Noche tras noche los «controladores culturales» del partido acudían a sus actuaciones y tomaban nota diligentemente de cada una de sus palabras. Aunque querían pasar desapercibidos, sus sombreros de ala ancha los delataban, así que Finck se sacó de la manga un chiste insolente sobre su presencia en la sala. A mitad de su discurso se dirigía directamente a ellos y les preguntaba guiñando un ojo: «¿Quiere que hable más despacio? ¿Me sigue?… ¿O tengo que seguirle yo a usted?». Pero los nazis que se encontraban entre el público no les veían la gracia a esos chistes. En un informe con el kafkiano título de Nº 41551/35 II 2 C 8057/35, los espías nazis hacían la siguiente valoración:

> El público del «Katakombe» está compuesto en su mayor parte por judíos que tributan una admiración fanática a las maldades y a la crítica mordaz y desmoralizadora del cabaretista Werner Finck [sic]. Finck [¡] es el típico bolchevique cultural anticuado que evidentemente no ha entendido los nuevos tiempos o en cualquier caso no quiere entenderlos y que intenta, a la manera de los

> antiguos literatos judíos, ensuciar las ideas del nacionalsocialismo y todo lo que es sagrado para un nacionalsocialista[77].

Dos años después de la toma de poder, a la autoridad se le agotó definitivamente la paciencia. La liberalidad aparente que habían practicado con Finck llegó a su fin en un abrir y cerrar de ojos. Si bien hasta 1935 le habían consentido interpretar algunos papeles en diferentes comedias de la UFA, siempre se trataba de papeles insignificantes como el de un *paparazzo* en *Frischer Wind aus Kanada. Con* la película siguiente, *April, April*, todo terminó de forma definitiva. Finck fue arrestado en el plato y conducido al temido cuartel general de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse. Finck contó que al principio pensaba que aquella pesadilla terminaría en media hora. Pero cuando el interrogatorio se fue prolongando y la hora de su actuación en el Katakombe se acercaba, hasta que finalmente pasó, comenzó a intuir que la cosa iba en serio. Desde luego no sospechaba que habían clausurado su lugar de trabajo aquella misma tarde, y además para siempre. Tras algunas vacilaciones —los funcionarios eran en su fuero interno admiradores de Werner Finck— le comunicaron que lo iban a «retener». Finck describió la escena, no desprovista de un cierto aire tragicómico, de la siguiente manera:

> Entonces los oficiales de guardia tuvieron que desembuchar. Verdaderamente abochornados —y con extremada cortesía—, lamentaron tener que arrestarme. Después me acompañaron a la cárcel que estaba situada enfrente. Cuando entré, un hombre de las SS tan alto como la copa de un pino se me echó encima y me preguntó:
>
> «¿Lleva usted armas?». «¿Por qué?», le pregunté yo. «¿Es que aquí son necesarias?»[78].

La prensa nacionalsocialista sacó provecho del arresto de Finck como correspondía; en el Boletín de las SS, *Das Schwarze Korps*, el *Katakombe* fue retratado como una «escombrera intelectual». Al mismo tiempo se puso de manifiesto que a otros cabaretistas les había sucedido lo mismo. Un cabaret hermanado con el *Katakombe*, el Larifari de Günther Lüder, también fue desocupado, y el célebre *Tingel-Tangel* tuvo que cerrar definitivamente sus puertas. El arresto de Finck era parte de una acción concertada de grandes dimensiones contra los cabaretistas indeseables, que había sido planificada hasta en el más mínimo detalle. Así se lo había

recomendado el mayor Rettelsky, un íntimo confidente de Goebbels, a su patrón, diciéndole que debía «cerrar esos focos de propaganda judía y marxista durante la representación y llevarse en arresto preventivo a todos los presentes, incluido el público»[79].

No todos los cómicos arrestados terminaron en una celda. Ekkehard Arendt sacó su carné de miembro del Partido Nacionalsocialista, Rudolf Platte demostró su arrepentimiento y prometió corregirse; los dos quedaron en libertad. Pero hubo otros que no salieron tan bien parados: Werner Finck, Walter Gross, Walter Trautschold, Günther Lüder y Heinrich Giesen, todos ellos terminaron en el campo de concentración de Esterwegen en la frontera holandesa. En las salas del *Katakombe* se instaló en septiembre el cabaret *Tatzelwurm*. A partir de aquel momento, los nuevos directores, Tatjana Sais y Bruno Fritz, presentaron números de un humor inofensivo y adaptado a las circunstancias que ya no ofrecía ninguna ocasión para la intervención estatal. Mientras tanto, para Finck y sus compañeros comenzó una terrible época de sufrimientos. Si bien Esterwegen no era comparable a los campos de exterminación de los años cuarenta, allí tampoco trataban con consideración a los prisioneros. No debemos infravalorar la torturante incertidumbre que suponía no saber si algún día ibas a salir de allí. Finck tuvo suerte, ya que al ser una personalidad y un célebre cabaretista no tuvo que soportar la brutalidad del personal de vigilancia. Incluso le permitieron celebrar una velada de cabaret en el campo de concentración. Su número «¡No tengáis miedo! Ya estamos aquí dentro» se ha conservado literalmente. Es una obra maestra del humor negro de Finck:

> Camaradas, hoy vamos a intentar animaros un poco. Nuestro humor nos ayudará a hacerlo. Lo hemos conservado. Aunque nunca hemos experimentado el humor y lo negro tan cercanos el uno al otro. Las circunstancias externas no nos ayudan precisamente en nuestro cometido. Solo tenemos que alzar la vista a las altas vallas de alambre de espino, electrificadas y con alta tensión. Como vuestras expectativas. Y luego las torres de vigilancia, que registran nuestros movimientos en cada momento. Con ametralladoras con el seguro quitado. Pero esas ametralladoras no pueden amedrentarnos, camaradas. ¡Porque tenemos cañones con nosotros, sí señor! ¡Cañones de humor!
>
> Os sorprenderá lo alegres y animados que estamos. Pues bien, camaradas, esto tiene su razón de ser: en Berlín ya no lo estábamos desde hacía mucho tiempo. Todo lo contrario. Siempre que actuábamos sentíamos una extraña sensación en la

espalda. Era el temor a terminar en un campo de concentración. Y mirad, ahora ya no necesitamos sentir miedo nunca más: ¡ya estamos dentro[80]!

Al final, Finck y sus colegas «solo» tuvieron que permanecer seis semanas en el campo de concentración. No se lo tenían que agradecer a la indulgencia de Goebbels, sino a la feliz circunstancia de que la actriz Käthe Dorsch intervino en el asunto. Dorsch, que había estado prometida con Hermann Göring, intercedió ante su antiguo amante. Este la escuchó con gran atención, porque el vanidoso Göring estaba por supuesto encantado de hacerle una mala jugada a Goebbels, su eterno rival. Sin embargo, la acción de salvamento no supuso carta blanca para Finck. Los cabaretistas del *Katakombe* y del *Tingel-Tangel* tuvieron que justificarse ante un tribunal ordinario tras ser puestos en libertad.

La vista oral ante el Tribunal Especial de la Audiencia Provincial de Berlín por infracción de la Ley de Alevosía hizo historia en el mundo del cabaret. Ya solo la lectura del sumario, que casi exclusivamente se componía de chistes políticos y canciones, provocó una gran hilaridad entre el público. Después el juez le pidió al acusado Finck que interpretase delante de todo el mundo su número más escandaloso, *Das Fragment von Schneider*. En ese número se escondían innumerables alusiones que Finck suavizó en aquel momento por precaución. El *sketch* sin censura era así:

Un cliente (Werner Finck) va al sastre (Ivo Veit).

SASTRE: ¿En qué puede servirle?
CLIENTE [*a un lado*]: ¡Ya me está hablando de servicio! [*En voz alta*] Quisiera encargar un buen traje a medida… [*Pausa significativa, después sigue pensativo*] Porque me parece que se nos viene encima algún desastre.
SASTRE: Muy bien.
CLIENTE: ¿Muy bien? Bueno, yo no estoy seguro.
SASTRE: [*un poco impaciente*]: ¿Pues entonces qué va a ser? Últimamente tengo muchos en el almacén.
CLIENTE: Todos terminaremos almacenados[81].
SASTRE: ¿Tiene que ser de color uniforme o estampado?
CLIENTE: Uniformes ya tenemos bastantes. ¡Pero que en ningún caso me estampen!
SASTRE: ¿Tal vez algo con rayas?
CLIENTE: Las rayas vienen por si solas cuando te estampan. [*Resignado.*] En los pantalones no podremos evitar una raya…
SASTRE: Empecemos lo primero con la chaqueta. ¿Qué tal si la forramos y le ponemos unas hebillas?

CLIENTE: ¡Ah!, ¿se refiere a una camisa de fuerza?
SASTRE: Como usted quiera. ¿De una raya o de dos?
CLIENTE: Me da igual. ¡Pero por Dios que no haya una tercera[82]!
SASTRE: ¿Cómo prefiere la solapa?
CLIENTE: Muy ancha, para que puedan prender en ella lo que quieran. Tal vez nos prendan a todos.
SASTRE: ¿Entonces puedo tomar medidas?
CLIENTE: Claro, ya estamos acostumbrados. [*El cliente se coloca, el sastre se sitúa a su lado con el metro. Toma medidas mientras el cliente pone las manos en la costura del pantalón*].
SASTRE: [*mirando el metro*]: ¿14/18? Por favor, póngase firme.
CLIENTE: ¿Para quién?
SASTRE: Y ahora por favor levante el brazo derecho… Con el puño cerrado. 18/19. Y ahora con la mano estirada; 33. Pero bueno, ¿por qué no baja el brazo derecho? ¿Qué significa esto[83]?
CLIENTE: Que el derecho está anulado.

Ante el tribunal, Finck transformó hábilmente el chiste que se refería a los derechos anulados. En vez de anulado dijo «derecho levantado», a lo que el fiscal replicó indignado que en realidad él decía siempre «derecho anulado». Finck replicó con gran presencia de ánimo: «¡Eso lo ha dicho ahora *usted*!», a lo que el público de la sala reaccionó estallando en carcajadas. El proceso terminó con la absolución por falta de pruebas. Finck se había librado de aquella pesadilla, pero en cualquier caso le habían prohibido ejercer su profesión durante un año. Y además su puesto de trabajo había sucumbido a la purga. Si bien el valeroso cómico era de nuevo un hombre libre, la estancia en el campo de concentración había significado un antes y un después en su biografía.

El «affaire Röhm»

El fin de la liberalidad aparente, el recrudecimiento de la manera de actuar contra los verdaderos o los presuntos enemigos políticos no fue una casualidad ni producto del momento. Llevaban largo tiempo anunciándolo. Las represalias habían sido precedidas de un arrebato caníbal de lujuria asesina en el que los nazis se habían abalanzado unos sobre otros. Las víctimas de aquella ola de violencia fueron en primer lugar el jefe del

Estado Mayor de las SA, Ernst Röhm, y su camarilla. Röhm, en realidad un amigo íntimo de Hitler, había urgido a lo largo del año de 1934, en el que el impulso inicial del Gobierno nacionalsocialista empezaba a declinar, a iniciar una «segunda revolución» a favor de los más débiles socialmente y, unido a ello, a favor de una mayor influencia de las SA. El viejo veterano se encontraba entre la espada y la pared, ya que capitaneaba una milicia revolucionaria que, debido a la estrategia desarrollada por Hitler para acceder legalmente al poder, había visto truncados sus planes de llevar a cabo una revolución violenta. Así pues, Röhm intentó una y otra vez proporcionarles a sus SA un mayor peso en Alemania con nuevos desfiles y compras estratégicas de armas. Aquello se dio de bruces con intereses encontrados en el seno del NSDAP. Röhm se ganó la enemistad de la cúspide del ejército del Reich, que continuaba ocupada por generales prusianos, al defender su plan de supeditar el ejército a las SA. Por otra parte, la ciudadanía temía a las SA por sus incontroladas intrusiones y su zafia disposición a la violencia. En pocas palabras, Röhm y su ejército privado, compuesto de rufianes profundamente frustrados en su espíritu de lucha, tenían pocos valedores en Alemania. El propio Röhm, con su actitud beligerante y oscuramente amenazadora, contribuyó bien poco a mejorar la reputación de las SA.

El propio Hitler había pronunciado, al principio en su círculo más íntimo y después ante sus *Gauleiter*[84], numerosas advertencias dirigidas a Röhm. El contenido de aquellos discursos llegó a oídos del pueblo, el cual supo interpretar las amenazas que contenían. De nuevo había material para nuevos chistes. Es significativo que en los chistes sobre el jefe de las SA siempre se hiciera referencia en primer lugar a la debilidad humana, esto es, a la —según la versión del régimen nazi— pervertida orientación sexual y no a los excesos violentos de las unidades de combate nazis:

> Desde que Hitler se lamentó públicamente en sus doce puntos de las perversidades ocultas en las filas de las SA, el pueblo comenzó a comprender a qué se refería Röhm en sus discursos a los jóvenes de manera tan gráfica: en el interior de cada joven hitleriano se esconde un dirigente de las SA.

A los ojos de los nazis no había nada más ultrajante que ser homosexual. En ese ordenamiento social dominado por hombres, y militarizado hasta la

médula, no había lugar para el «afeminamiento». Röhm, de cuya disoluta vida sexual corrían muchos rumores, proporcionaba material interminable para crear «chistes de maricas» con modificaciones adaptadas a la situación del momento:

> Aviso en el despacho de Röhm: a las cuatro deja el trabajo en paz y prepárate para el Afternoon[85].
>
> —Röhm pasará sus próximas vacaciones en Italia.
> —¿Ah, sí?
> —Sí, es que quiere pasar algunos días calentito junto al Po[86].

Este listado podría continuar indefinidamente, son chistes estandarizados, que en el fondo no tenían nada que ver con Röhm. Aparecen de nuevo en versiones similares en cada época y en cada sistema, siempre refiriéndose a diferentes personas. Son políticos tan solo a causa del contexto, puesto que nombran la característica que hace a Röhm vulnerable a los ojos de sus cómplices nazis.

En la Alemania del año 1934, los enemigos de Röhm no jugaron, en contra de todas las previsiones, la carta de la moral. Los enemigos acérrimos del dirigente de las SA, con Himmler a la cabeza y Heydrich, su impetuoso colaborador ansioso de protagonismo, tejieron una complicada leyenda de conspiración según la cual era inminente un golpe de Estado bajo la dirección de Röhm. El 30 de junio, Hitler arremetió finalmente con extrema dureza contra los supuestos «contrarrevolucionarios». A Röhm, el presunto responsable del golpe de Estado, lo sacó del más profundo sueño el propio Hitler, acompañado por dos agentes de la brigada criminal con pistolas desenfundadas. Edmund Heines, un dirigente silesiano de las SA, tampoco se encontraba tejiendo un complot cuando lo arrestaron, sino en la cama con un amante[87].

Lo que siguió fueron horas de asesinatos y estragos incontrolados. Como en un fogonazo quedó al descubierto para el mundo entero la disposición terrorista del nuevo Estado nacionalsocialista. La alegría que provocó el hecho de que por fin hubieran puesto coto al populacho de las SA quedó ensombrecida por la explosión de la violencia. Para cualquier ciudadano de la Alemania de Hitler una cosa quedó clara tras el asesinato

de la cúspide de las SA: ese régimen no retrocedía ante nada. Muy pronto la gente se puso a bromear diciendo que la constitución del Reich contenía un nuevo parágrafo: «El Führer designa y fusila a los Ministros».

El propio Hitler dio muestras de crispación tras haber liquidado a su amigo del alma. En los días y semanas posteriores al *affaire* Röhm argumentaba con cierta inseguridad; de vez en cuando describía la acción violenta como «legítima defensa del Estado» contra un golpe de Estado de las SA, pero después introducía, apartándose del tema, razones morales para justificarla. El 13 de julio, Hitler pronunció ante el Reichstag un discurso que llamó la atención, sobre todo por sus numerosas incongruencias. En un pasaje hizo referencia explícita a la homosexualidad de Röhm:

> Pero lo peor era que poco a poco se había comenzado a formar en las SA una secta con una inclinación común que constituía el núcleo de una conspiración, no solo contra la mentalidad de un pueblo sano, sino también contra la seguridad del Estado[88].

El pueblo recogió con regocijo la pelota que le había lanzado Hitler de forma imprudente e inventó diferentes chistes tremendamente macabros sobre la vergonzosa defunción de Röhm. Así por ejemplo, corría el rumor de que el chófer de Röhm había solicitado la pensión de viudedad. Además se bromeaba diciendo que desde que Röhm estaba en el cielo, los ángeles llevaban las hojas de higuera por detrás. El hecho de que el jefe de las SA estuviera muerto, tal y como se desprende de estos chistes, parecía serle totalmente indiferente a los que bromeaban:

> —¡Qué pena que hayan fusilado a Röhm!
> —¿Por qué?
> —Dicen que tenía buenas intenciones. Que en breve quería ir de frente.

En uno de los escasos juegos de palabras sobre Röhm que no hacen referencia a su homosexualidad, se les desea a los restantes dirigentes nazis la muerte en un tono atípicamente duro para aquella época:

> Que Dios guarde a Hitler. Que Dios guarde también a Göring y a Goebbels. A Röhm ya se lo ha guardado.

Hasta qué punto estaba difundido este chiste y si verdaderamente comenzó a circular entre la gente directamente después del *affaire* Röhm es algo que

hoy en día ya no se puede dilucidar. Pero lo que sí se puede constatar con toda seguridad es que desde los asesinatos del 30 de junio de 1934, de los que también fueron víctimas, junto a los dirigentes de las SA, varios políticos conservadores, ya no se podía seguir ocultando lo que era evidente desde el establecimiento del campo de concentración de Dachau en marzo de 1933: el país había caído en manos de un régimen terrorista que no se arredraba ante la arbitrariedad y la tortura, ni ante la violencia más sanguinaria. La generación de la guerra aún siguió afirmando obstinadamente durante mucho tiempo tras la caída del Tercer Reich que no había sospechado nada. Los chistes de la fase de la subida al poder nacionalsocialista, por el contrario, dan fe de que esto no era así incluso ya en los primeros años del nazismo.



Cubierta de *Hitler in der Karikatur der Welt*.
Fuente: Putzi Hanfstaengl, *Hitler in der Karikatur der Welt*.

Fuente: Putzi Hanfstaengl: *Hitler in der Karikatur der Welt*,
Verlag Braune Bücher, Berlín 1933.



Caricatura de Hitler como muerte con la guadaña y explicación de Hanfstaengl.
Fuente: Putzi Hanfstaengl: *Hitler in der Karikatur der Welt*,
Verlag Braune Bücher, Berlín 1933

Verlag Braune Bücher, Berlin 1933.

Todas las caricaturas van acompañadas de una «rectificación»:

CARICATURA

La imagen quiere decir que Hitler perseguía la guerra.

HECHO

El 15 de julio de 1933 Hitler firmó a través de embajador alemán en Roma el «Pacto de los Cuatro», por medio del cual se aseguraba la paz en Europa para diez años con la firma de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania.

CARICATURA

El 25 de septiembre de 1930 y ante el Tribunal del Reich en Leipzig, Hitler declaró que tras la llegada al poder del nacionalsocialismo en Alemania «rodarían cabezas». Este comentario dio pie a que la revista Ulk publicase esta caricatura verdaderamente cómica.

HECHO

Tras su llegada al poder, Hitler hizo «rodar» un gran número de antiguas «cabezas» hacia los campos de concentración. Eso fue así porque estaba firmemente decidido a ser un vencedor magnánimo y porque tenía el deseo de ahorrar a la masa sana y constructiva del pueblo alemán los horrores de un ajuste de cuentas sangriento con los enemigos.

Adolf



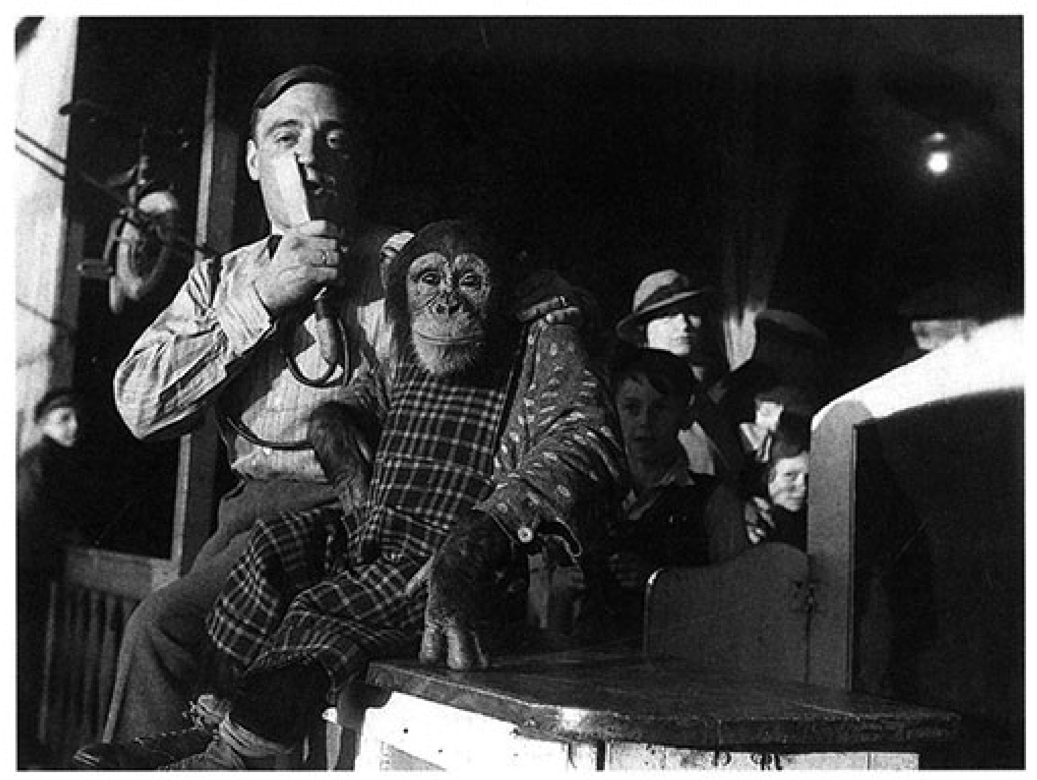
Der Häuptling vom Stamm der wilden Kopfjäger nach der Schlacht von Leipzig — in vollem Kriegsschmuck

Caricatura de Hitler como jefe indio y explicación de Hanfstaengl.

Fuente: Putzi Hanfstaengl: *Hitler in der Karikatur der Welt*, Verlag Braune Bücher, Berlín 1933.

Caricatura de E. O. Plauen, 1931.





Fritz Petter les enseñó a sus monos el «saludo alemán».
© Fritz Petter.

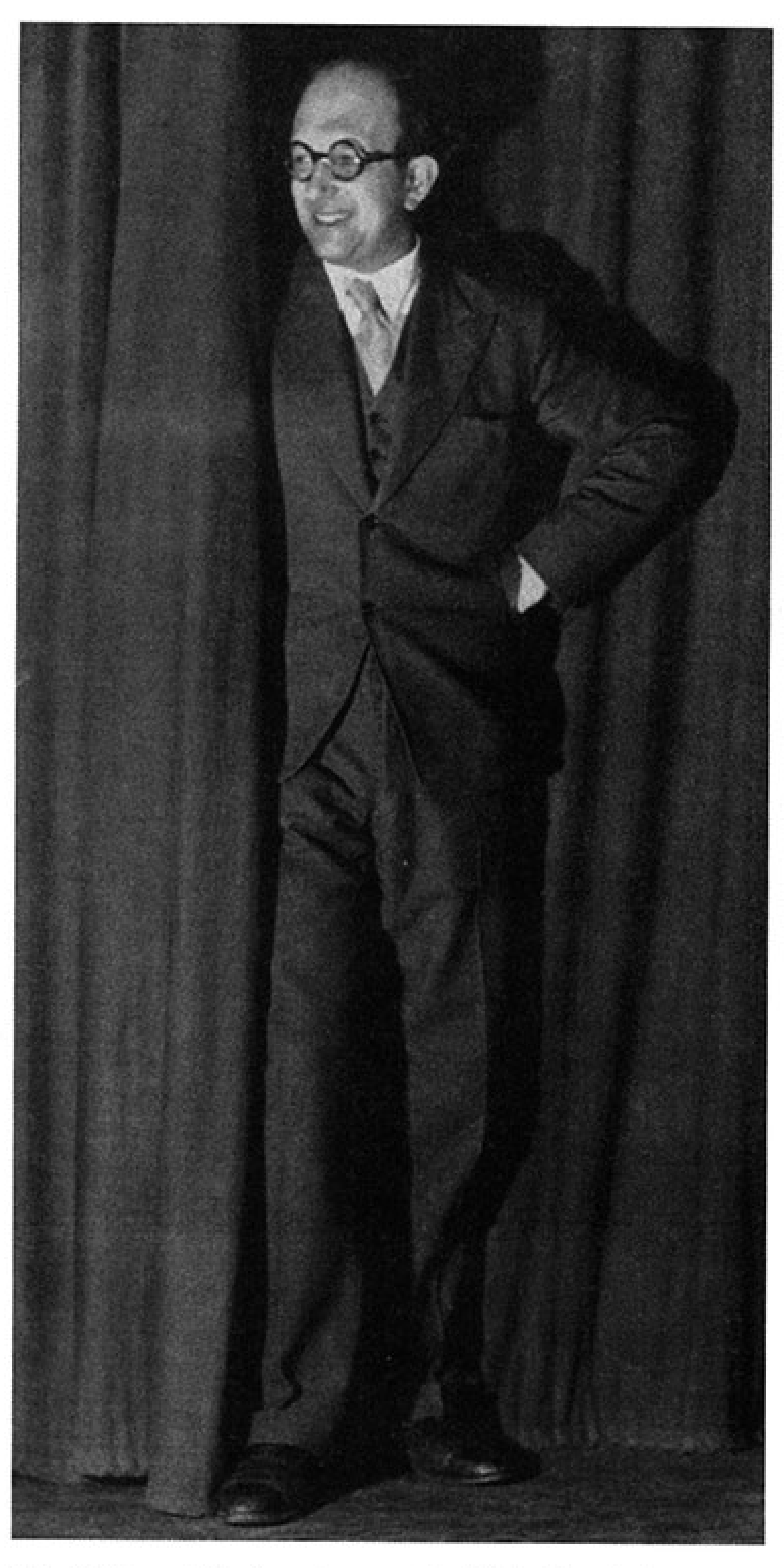
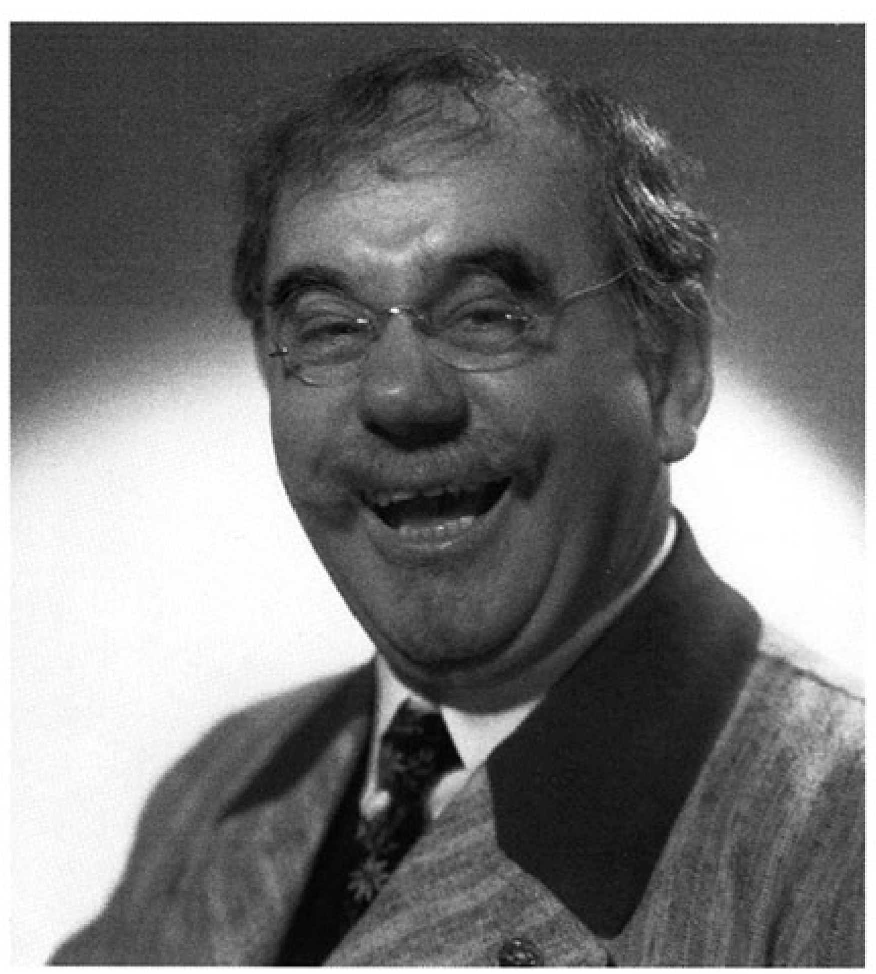


Foto de Werner Finck en el escenario del Katakombe, hacia 1935.
© Deutsches Kabarettarchiv de Mainz

La compañía de teatro de Die Katakombe.
© Deutsches Kabarettarchiv de Mainz.





Weiss Ferdl.
Con permiso del *Filmmuseum* de Berlín: Filmoteca alemana.



Karl Valentin.
Con permiso del *Filmmuseum* de Berlín: Filmoteca alemana.

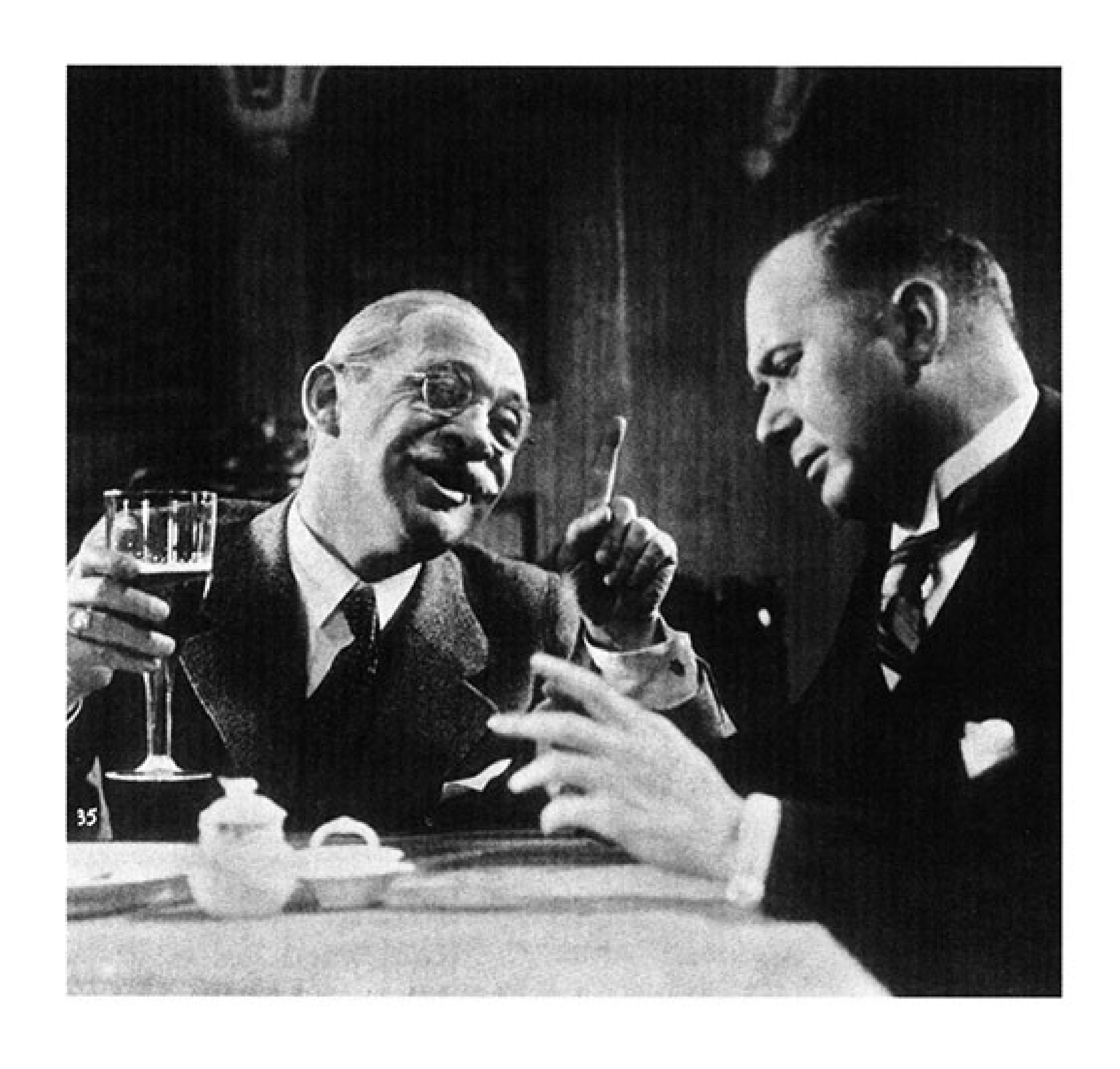


Vista exterior del Kabarett der Komiker de Willi Schaeffer.

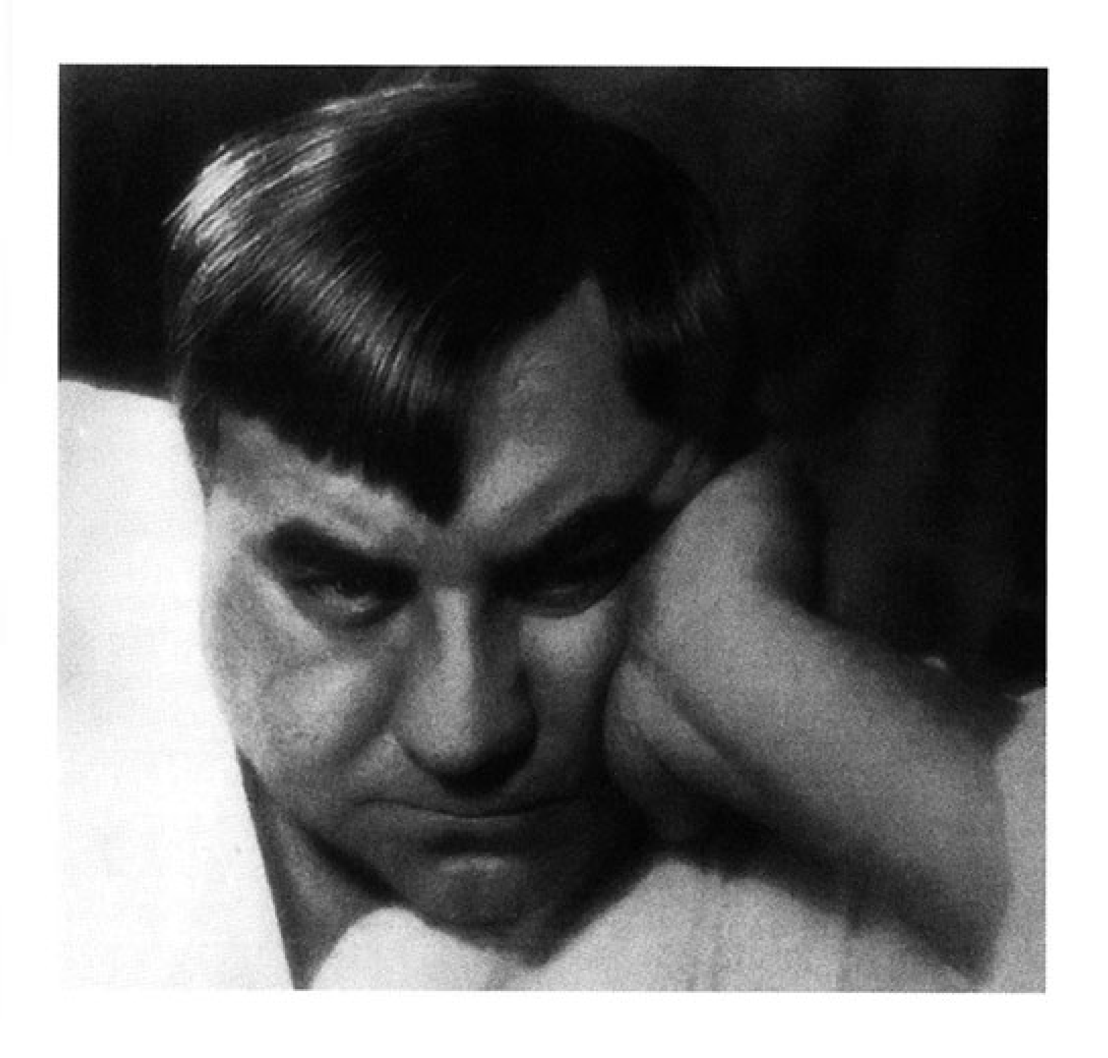


Programa, 1933. Ilustración del *Pfeffermühle* de Erika Mann.

Fuente: Reinhard Hippen: *Satire gegen Hitler — Kabarett im Exil*, Pendo Verlag, Zúrich 1986.



Fritz Grünbaum (izq.) con Oskar Sima en *Ein Lied, ein Kuss, ein Mädel*, 1932.
Fuente: Ulrich Liebe: *Verehrt, verfolgt, vergessen*,
Beltz Verlag, Weinheim, Berlín 1992.



Kurt Gerron en 1927, con 30 años.
Fuente: Ulrich Liebe: *Verehrt, verfolgt, vergessen*,
Beltz Verlag, Weinheim, Berlín 1992.

Etwas zum Lachen

Erst das Geschäft

[illegible]ysohn, Pinkus und Marcus wollten sich taufen [illegible]en. Levysohn betritt als erster das Pfarrhaus. Außen [illegible] die anderen schon eine halbe Stunde. Levy[illegible] kam nicht zurück. Endlich streckt er grinsend [illegible] Fratze aus der Türe.

[illegible]", schreien die beiden anderen, „Biste end[illegible] Goi?"

[illegible] haben noch garnich gefangen an", erklärt [illegible], „hab ihm zuerst verkauft en [illegible]sauger!"

[illegible]rinnerung an die Inflation

[illegible] im heurigen Sommer. Isidor und Abraham [illegible] zur Badeanstalt. An der Kasse mußten sie [illegible]nig Eintritt bezahlen.

[illegible] wie billig", staunte Isidor. „Wie ich ge[illegible] habe das letzte Mal, mußte ich be[illegible]len tausend Mark."

Er zahlt drauf

[illegible] ist sehr traurig:

[illegible] 3 Jahren zahle ich ununterbrochen auf mein [illegible] drauf!"

[illegible] ein anderer:

[illegible] warum sperren Sie denn dann nicht zu?"

[illegible] ist empört!

[illegible] Gott, wovon soll ich dann leben!"

Das Darlehen

[illegible] und ein Nichtjude sind im Walde von [illegible] worden. Eben schicken sich die Wegelagerer an, die beiden auszuplündern. Da zieht Pinkus schnell seine Brieftasche heraus und sagt zu seinem Leidensgenossen:

„Ja, richtig, ich bin Ihnen noch 500 Schilling schuldig, da haben Sie sie zurück!"

In der Straßenbahn

Levy und Moses unterhalten sich.

„Gestern hat mich der Schaffner in der Straßenbahn angeschaut, wie wenn ich noch nicht bezahlt hätte."

„Und was hast du da gemacht?"

„Ich habe ihn zurückangeschaut, wie wenn ich doch bezahlt gehabt hätte!"

[illegible] Rasse ist auf di[illegible]

Kleine Nachrichten

Was das Volk nicht verstehen kann

[illegible]

Etwas zum Lachen

[illegible]

„Nu, wie heißt?"

[illegible]

La columna de *Der Stürmer*,
«Etwas zum Lachen» («Algo para reír»).



Caricatura de *Der Stürmer*.

Fuente: *Lieber Stürmer — Leserbriefe an das NS-Kampfblatt*

Fuente: *Lieber Stürmer — Leserbriefe* an das NS-Kampfblatt,
Seewald Verlag, Stuttgart 1978.



Kurt Gerron en el campo de concentración de Theresienstadt, otoño de 1944.
Fuente: Ulrich Liebe: *Verehrt, verfolgt, vergessen*,
Beltz Verlag, Weinheim, Berlín 1992.

04
Humor y persecución

Las primeras medidas antisemitas en los chistes

Mientras que las medidas coercitivas y los asesinatos de los primeros meses tras la subida al poder tenían como objetivo liquidar a los adversarios políticos, ya poco después fueron los judíos alemanes los que se convirtieron en el blanco de la persecución nacionalsocialista. Cuanto más se estabilizaba el sistema, cuanto más seguros se sentían los nazis frente a los comunistas, los socialdemócratas y los poderes burgueses, más fuerzas destructivas se dirigían contra esa minoría firmemente arraigada en la sociedad. Ya en marzo de 1933 se sucedieron graves disturbios antisemitas de la mano de algunas unidades descontroladas de las SA, pero en un primer momento los nazis se dejaron amedrentar por la enérgica crítica que llegó del extranjero. Mientras Joseph Goebbels y el mayor antisemita del partido, Julius Streicher, insistían en poner en marcha grandes pogromos, Hitler titubeaba. Finalmente la dirección del partido nazi acordó ordenar un boicot a escala nacional contra los comerciantes, los abogados y los médicos judíos. El 1 de abril, hombres armados de las SA se plantaron delante de los negocios e intentaron impedir a los clientes que comprasen allí. Pintarrajearon los escaparates con eslóganes antisemitas y dibujaron en las fachadas estrellas de David. Algunos se contentaron con mantener en

alto carteles con incitaciones al boicot y con insultos a los comerciantes judíos, otros llevaron a cabo saqueos e intrusiones. En general, la impresión que aquella acción dejó tras de sí fue devastadora. Los zafios guardias de las SA, con su burdo proceder, se ganaron aún mayores antipatías entre la población. Aunque las expresiones de solidaridad eran poco frecuentes, en lugar de poner al pueblo en contra de los judíos lo que el boicot consiguió fue todo lo contrario: la gente se compadecía de las víctimas y las ventas de los negocios judíos no disminuyeron, si damos crédito a los informes sobre la opinión pública escritos por los nazis, claramente decepcionados por la reacción del pueblo[89].

El chiste judío de aquella época hizo referencia en repetidas ocasiones a ese boicot que constituyó la primera acción antisemita orquestada a nivel nacional por el régimen. El tema de los chistes era, lo que no es de sorprender, la arbitrariedad del Estado. A pesar del espanto por los abusos cometidos por las SA siguiendo órdenes de arriba, todo el mundo era plenamente consciente de lo absurdo de aquella acción:

> Una ciudad de Renania durante el boicot: delante de las tiendas judías están los miembros de las SA y «advierten» a todos los transeúntes que no pisen la tienda. Una mujer quiere entrar en una mercería. El guardia la detiene: «¡Usted! ¡Quédese fuera! ¡Esta es una tienda judía!». «¿Y qué? ¡Yo también soy judía!».
>
> Entonces el SA la aparta de un empujón y le grita: «¡Sí, claro! ¡Eso lo puede decir cualquiera!».

El boicot puso de manifiesto que la pretensión tantas veces expresada por los nazis de expulsar de la sociedad alemana a los judíos asimilados iba muy en serio. Una minoría relativamente pequeña se convirtió, por iniciativa del Estado, en el pararrayos del resentimiento racista profundamente arraigado en el seno de la sociedad. Además, durante aquel boicot, jaleado ampliamente por la propaganda, los judíos fueron oficialmente declarados el chivo expiatorio de todas las desgracias (aunque no tuvieran nada que ver con ellas). Y además en muchas zonas rurales no había judíos, una circunstancia que este chiste judío coge al vuelo:

> Julius Streicher, el instigador del boicot a los negocios judíos, recibió el siguiente telegrama enviado desde una pequeña ciudad del norte de Alemania: «Enviad inmediatamente judíos STOP ¡Si no el boicot será imposible!».

El boicot fue el preludio de una serie interminable de medidas antijudías, que fueron descritas de manera impresionante por Viktor Klemperer y otros. El Tercer Reich no comenzó con Auschwitz, sino que fue cogiendo impulso durante años hasta llegar a esa abominable culminación. Las primeras medidas perseguían la expulsión de Alemania de tantos judíos como fuera posible, puesto que el Estado nazi codiciaba las propiedades de los «desarraigados» (denominación que les dieron los nazis). El comienzo de las disposiciones antisemitas se puso en marcha con la «Ley para la restauración de la función pública» de 7 de abril de 1935. Esta preveía la jubilación forzosa de los «funcionarios no arios». Decía que los no arios eran aquellos de padres o abuelos judíos. Poco después se aplicó el «Certificado de raza aria» también a otras profesiones: notarios, matronas, farmacéuticos, etc. Todos esos grupos profesionales tenían que demostrar la «pureza» de su sangre. Este absurdo documento también era necesario para la concesión de préstamos e incluso para recibir una medalla deportiva. Los judíos que se quedaron en el país se consolaban con humor negro:

> «¿Quién es la mujer más deseada?». «¡La abuela aria, naturalmente!». «¡No!». «¿Pues entonces quién?». «La bisabuela judía. ¡Aportó el dinero a la familia y ya no perjudica a nadie!».

Todo aquello culminó con la «Ley para la protección de la sangre alemana y del honor alemán», llamada *Blutschutzgesetz*, en virtud de la cual quedaba prohibido el casamiento entre no judíos y judíos (§1) así como las relaciones sexuales extramatrimoniales entre ellos (§2). En el parágrafo 5 se amenazaba con castigos draconianos en caso de infracción. Un burdo juego de palabras quería hacer creer a la gente que la «deshonra racial» había llegado a su fin en Alemania. ¿La razón? Pues que los judíos ricos ya estaban en el extranjero, solo quedaban los pobres, ¡y la pobreza no deshonraba!

Comediantes y cabaretistas camino al exilio. Kurt Gerron y los hermanos Klaus y Erika Mann

No solamente se inmiscuyeron en la vida sexual de la gente: los ciudadanos judíos ya apenas podían zafarse de las innumerables prohibiciones. No podían tener empleados «arios», les quitaron sus automóviles, les prohibieron enarbolar la bandera alemana y sus hijos fueron expulsados de las escuelas. Las numerosas e injustificadas afrentas se convirtieron en el tema principal de los chistes judíos:

> Un inspector entra en clase y ve a una muchacha rubia completamente sola en un banco. El inspector le pregunta en tono bondadoso: «¿Por qué estás aquí sentada tan sola, criatura?». La niña solloza: «¡Por culpa de la abuelita!».
>
> Un niño judío que tiene que soportar la sarta de improperios del profesor contra los judíos, vuelve a casa atemorizado y les pregunta a sus padres: «Mamá, ¿no me podéis cambiar por otro?».

Puede que parte de la población compadeciera a los judíos, incluso algunos abogaron por ellos. Sin embargo, la gran mayoría miró hacia otro lado o incluso participó con entusiasmo en las humillaciones cotidianas. Una idea de cómo los judíos quedaron expuestos a la vergüenza pública ya en los tiempos anteriores a la guerra nos la proporciona la amargura del siguiente chiste:

> Una distinguida dama no encuentra asiento en el tranvía. No hay ni un solo caballero que se levante para cederle el suyo. Tan solo una pequeña y humilde muchacha judía le ofrece su lugar. Pero la dama se resiste horrorizada a aceptar el asiento «judío». Entonces un anciano se levanta con lentitud y le indica que su asiento es puramente «ario».

Casi nadie movió un dedo por los judíos. Por el contrario, aprovechados sin escrúpulos se lanzaron a ocupar los puestos de los destituidos y expulsados. El 30 de septiembre de 1933 ya habían perdido su habilitación miles de abogados judíos; los colegas «arios» se hacían cargo de sus clientes y casos, encantados de la vida. En un chiste judío alguien preguntaba: «¿Cómo te va?» y la contestación era: «Como a un abogado judío… no puedo presentar ninguna queja».

Las vejaciones de los nazis fueron adoptando con el tiempo formas más severas: los judíos no podían sentarse en los bancos de los parques ni ir al cine… y sí, incluso se les prohibió tener canarios en casa. Muchos de los perseguidos reconocieron el signo de la época y pusieron rumbo al exilio.

Las propiedades que dejaron fueron subastadas a agradecidos «arios» a precios irrisorios y sin ninguna compensación para el propietario. La gente se agolpaba en las subastas, siempre ansiosa por encontrar una ganga. Pero los judíos que se habían quedado en Alemania pronto habrían de temer no solo por sus posesiones, sino por sus propias vidas. Y, sin embargo, las víctimas del nazismo continuaban bromeando sobre su precaria situación:

> En la selva de Sudán se encuentran Levi y Hirsch casualmente, cada uno de ellos con una pesada caja sobre los hombros y a la cabeza de una fila de porteadores. ¡Una gran alegría! «¿Qué tal, qué haces tú por aquí?». «Es que tengo un taller de talla de marfil en Alejandría y para ahorrar en la compra de la materia prima yo mismo me ocupo de cazar a los elefantes. ¿Y tú?». «Algo parecido, yo fabrico artículos de piel de cocodrilo en Port Said y cazo aquí los cocodrilos». «¿Y qué tal le va a nuestro común amigo Simón?». «Ah, ese sí que se ha convertido en un auténtico aventurero. ¡Se ha quedado en Berlín!».

Para los emigrantes, la vida tampoco era precisamente un jardín de rosas. Solo en contadas ocasiones los refugiados eran vistos con buenos ojos. Durante la primera ola de emigración, una gran parte de la inteligencia judía se refugió en el pequeño país austríaco. A pesar de la evidente ventaja de la lengua común, solo unos cuantos afortunados pudieron iniciar una carrera profesional en el Estado alpino. A comienzos de los años treinta el desempleo en Austria había adquirido unas catastróficas dimensiones, en cada esquina haraganeaban grupos de desempleados; se calculaba que eran más de medio millón. El Gobierno del austrofascista Dollfuss fracasó penosamente en su lucha contra el desastre económico. En el caso de los cabaretistas y cómicos emigrados se daba además la circunstancia agravante de que Viena ya poseía una escena cabaretística de larga tradición y firmemente arraigada, con grandes figuras como Grünbaum, Farkas y Jura Soyfer. Y aquel que a pesar de todo conseguía uno de los codiciados contratos, a menudo tenía que actuar ante una sala vacía. En resumen: muchos inmigrantes se dirigían a un país que ya se encontraba en un estado lamentable. La situación política era inestable. Dollfuss fue asesinado; su sucesor, Schuschnigg, era un hombre sin carácter y no contaba con el favor del pueblo. Incitados por el Gobierno alemán, los nazis austríacos comenzaron a echar leña al fuego. Aparte de sus estridentes acciones propagandísticas, cada vez llamaban más la atención sus frecuentes ataques

antisemitas. La situación estaba envenenada, pero a pesar de todo Austria seguía siendo el destino principal para los emigrantes de comienzos de los años treinta.

También el corpulento actor característico Kurt Gerron fue a parar en 1934 a la ciudad del Danubio. Apenas seis años antes había interpretado la canción de Mackie Messer en Berlín durante el aclamado estreno mundial de la *Ópera de tres peniques.* Se le podía ver junto a Marlene Dietrich en *El ángel azul* y había comenzado una prometedora carrera como director teatral. Pero ahora de repente era un apestado más. El día del boicot a los establecimientos judíos del 1 de abril de 1933, el director de producción de la película de Gerron titulada *Amor an der Leine* llegó a los estudios de Babelsberg y anunció en voz alta: «Quien no sea de pura sangre aria que abandone inmediatamente el estudio». Magda Schneider, la protagonista femenina, recordó tras la guerra la reacción de Gerron ante aquella expulsión: al parecer aquel hombre corpulento empalideció y abandonó el estudio cabizbajo. Nadie movió ni un dedo para defenderle frente al director de producción[90].

Sin embargo, Otto Wallburg, su colega judío con esa forma de hablar tan farfullera, pudo quedarse. Había conseguido a tiempo un permiso de trabajo que, de todas maneras, solo era «provisional». Las acciones contra los actores judíos todavía no estaban amparadas por ninguna ley. Pero la protesta no servía para nada. Cualquier querella judicial era desestimada. Kurt Gerron resolvió no proceder contra su empleador. Se había dado cuenta enseguida de que su situación en ese nuevo Reich era desesperada. «Si todo esto sale bien, me pueden llamar Moritz», le dijo a Otto Wallburg. El rodaje de su película fue finalizado por Hans Steinhoff, uno de esos convencidos al «ciento cincuenta por ciento» en quienes los nazis confiaban ciegamente. El ascenso hacia el éxito de Steinhoff fue imparable en la Alemania de Hitler. Pronto rodó el éxito de taquilla *Hitlerjugend Quex*; en cambio, para su colega Gerron había comenzado un calvario que lo condujo en el transcurso de los diez años siguientes hacia abismos insondables y finalmente hacia la muerte.

En Viena, la concurrida y caldeada metrópolis, Gerron llevó a cabo la gran proeza que solo lograban poquísimos emigrantes: encontró trabajo

enseguida. Por encargo de Tobis-Film surgió la comedia amorosa *Bretter, die die Welt bedeuten*, con Otto Wallburg, que entre tanto también había tenido que huir, en el papel de protagonista. Pero la producción fue un fiasco económico a pesar del espléndido reparto. Las películas rodadas por judíos no se podían vender en Alemania y el mercado austríaco era demasiado pequeño para cubrir los costes. Muy pronto los jefes del estudio vienés dieron la espalda a Gerron, con lo que sus ingresos disminuyeron considerablemente. Entretanto, además de su mujer también habían huido a Viena sus padres, lo cual complicó aún más la situación financiera de la familia. Un año y medio después de su llegada, Gerron decidió abandonar Austria. La siguiente estación de su huida fue La Haya, en la Holanda neutral, donde recibían a los emigrantes con los brazos abiertos. Los judíos que permanecieron en Viena, como Grünbaum y Soyfer, iban a sufrir muy pronto una desagradable sorpresa. Hitler ya comenzaba a dirigir su codiciosa mirada hacia su antigua patria.

La segunda república alpina debería haber sido un puerto seguro durante todo el Tercer Reich. Pero la política de asilo suiza era dura y la relación con la Alemania nazi ambivalente. El Gobierno confederado no tomó una posición clara contra la inhumana política del gran vecino. Su posición oscilaba entre la prudencia diplomática y la más pura indiferencia ante al sufrimiento de los fugitivos. El silencio de las autoridades estaba en franca contradicción con el estrepitoso movimiento fascista que imperceptiblemente iba ganando más y más influencia en la política suiza.

Los frontistas**[91]** de Zúrich, afines a los nazis, situaron enseguida en su punto de mira al cabaret político *Cornichon*. Walter Lesch, el intrépido fundador de aquella institución político-literaria, se fue convirtiendo en un enemigo acérrimo de los ultraderechistas. Todo lo que el Gobierno suizo evitaba decir escrupulosamente, se expresaba noche tras noche en el cabaret de Lesch ante un público que pagaba por asistir. Se representaban unas sátiras tan corrosivas que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ribbentrop envió notas de protesta en varias ocasiones a las autoridades suizas. Pero las protestas y los alborotos de los frontistas no sirvieron de nada. El *Cornichon* permaneció abierto a pesar de las numerosas peticiones de censura y prohibición. Se convirtió en una pista de aterrizaje para el

devastado cabaret alemán, que aquí, ante el público de Zúrich, podía derramar su mofa y su sarcasmo hacia los nazis sin miedo a perecer bajo sus rayos fulminantes. El propio Lesch agitaba los ánimos con canciones antialemanas cuyos textos eran los más intransigentes que se podían escuchar en el territorio alpino. Para el cabaretista, Alemania era el malvado imperio de Nacedonia, tal y como dice su cuplé del año 1938:

Él tiene la culpa de todo.

En Nacedonia, en Nacedonia,
donde los «tatara-arios» moran,
en el imperio de los mil años,
de las parejas de origen ario,
un enorme y fuerte guía,
cuida la sangre, el queso y la mantequilla.
Mas cuando este segundo Wotan
truena y relampaguea a Notan[92],
y gobierna a voz en grito, más escasea el tocino.
Y el *Führer* tiene amenazado
al malvado autor del atentado.
Porque la menor duda no hay,
alguien es culpable de este ¡ay!
Y claro que sí, mira esto:
ya lo hemos descubierto.
Isidor, el degenerado
también esto ha amañado.
Y como castigo a su maldad
le quitan el dinero y la credencial.
Y el pueblo, aunque ha adelgazado,
se sigue sintiendo salvado.

Y la moraleja esta aquí,
en pocas palabras se puede decir:
si el malvado judío no existiese
¡cuán difícil gobernar fuese!

En Italia, en Italia,
el país de la fanfarria,
lo pían los malvados gorriones
desde los palacios con sus balcones:
Que la lira ya no rueda
y que el *Duce* se exaspera,
porque en la lejana Abisinia,
bajo palmeras o bajo encinas

nadie pasea ya tranquilamente
y no dejan en paz a la gente.
Pero como el gran dirigente,
la razón ostenta siempre,
resulta que los renegados,
los famosos conjurados,
en el Po también son culpables
al igual que en todas partes.
Ya encontraron al malvado:
el signor Cohn ha resultado.
Y por esta alta traición
le degüellan con razón,
y aunque el pueblo está saqueado
cree que el mal se ha controlado.

Y la moraleja del caso
¿no es la misma acaso?
Si el malvado judío no existiese,
¿quién el culpable fuese?

En Rumanía, en Rumanía
(¿Y por que no en Rumanía?)
quieren tener controlado,
a su judío malvado.
Si no lo pueden utilizar,
¿a quién van a engañar?
Algo tienen que hacer
para que la verdad no se pueda ver.
Necesitan cabezas de turco,
a las que poner en apuros.
Alemán y romano y japonés,
fresco y bondadoso e hispano-francés.
Solo se puede aniquilar al pueblo
si se le entrega un señuelo,
un judío o comunista,
un sacerdote, un jurista,
usan a cualquier desgraciado
para que no odiemos al verdadero malvado.
Y así va pasando el tiempo
y ya todos tienen el cuchillo al cuello,
y el pueblo, aunque traicionado,
no se entera del engaño.

Y la moraleja en perpetuidad,
hasta siempre, hasta la eternidad:
si no existiesen los malvados hebreos,
¡cuánto les echaríamos de menos!

En el *Pfeffermühle* de Zúrich también se ofrecían contenidos críticos y políticos de manera algo más discreta, envueltos en alusiones y metáforas de todo tipo. Este pequeño cabaret situado en el hotel Hirschen había sido fundado en 1933 por Klaus y Erika Mann. Klaus Mann describía el intrépido proyecto de la siguiente manera:

> Un programa de cabaret literario con un carácter marcadamente político; una protesta amena y lúdica y al mismo tiempo apasionadamente amarga contra la vergüenza nazi. Los textos de la mayoría de los números —*chansons*, recitaciones, *sketchs*— eran de Erika (algunos eran míos); Erika era la presentadora, la directora, la organizadora. Erika cantaba, actuaba, contrataba, inspiraba; en pocas palabras, era el alma de todo aquello**[93]**.

La primera ubicación del *Pfeffermühle* fue en Múnich, pero allí los espías de los nazis se infiltraban entre el público, y la prensa marrón llevaba a cabo una incansable campaña de acoso y derribo contra el pequeño teatro. Tras el incendio del Reichstag, el clima político se hizo demasiado peligroso para el cabaret de izquierdas. Pero también después de trasladarse a Suiza, su trabajo crítico y humorístico siguió conllevando sus riesgos. Gran parte de la opinión pública reaccionó con rechazo a la sátira política camuflada en alegorías. Unas veces Robert Triesch era el cocinero de una gran sopa de *Gleichschaltung*, después Erika Mann cantaba el cuplé del Príncipe del País de las Mentiras, con el que evidentemente hacía referencia a Adolf Hitler:

> Soy el Príncipe del País de las Mentiras,
> miento cuando digo que los robles se tronchan.
> Ay, Dios mío, cómo sé mentir,
> supero a todos los mentirosos.
>
> Miento con tanta fantasía,
> Miento como un bellaco.
> ¿Veis cómo se agita el aire con mis mentiras?
> El viento sopla desde el lago de las mentiras.
>
> Se acerca el hermoso verano,
> ya los árboles echan yemas,
> las violetas cubren los campos de amarillo,
> en la guerra ningún hombre sufre heridas.

¡Ja, ja! Os lo creéis, me doy cuenta.
Lo puedo leer en vuestros rostros.
Aunque haya sido una mentira,
ante vosotros aparece como una verdad.
Mentir es bello,
mentir es bueno,
mentir nos hace felices,
mentir nos hace valerosos,
las mentiras tienen preciosas piernas largas.
Mentir te hace rico,
las mentiras son elegantes,
parecen verdad,
te exculpan,
te siguen como perrillos atados a la correa.

En mi País de las Mentiras
nadie puede decir la verdad,
una red multicolor de hilos de mentiras
rodea nuestro gran imperio sujetándolo.

Estamos muy a gusto, nos lo pasamos bien,
podemos matar a nuestros enemigos.
Nos concedemos las más altas condecoraciones
llenas del brillo de las mentiras y del valor de las mentiras.

A quien miente una vez, no se le cree,
a quien miente siempre, se le cree.
Al final el mundo entero afirma convencido,
que él no dice más que la verdad.

[…]
Mentir es fácil,
todo está bien
cuando se consigue.
Las mentiras son los medios para lograr nuestro objetivo.
Mentir proporciona fama
al País de las Mentiras.
Las mentiras son multicolores
y elegantes;
la estúpida verdad lleva un delantal gris.

Soy un Príncipe del País de las Mentiras
[…]
Mezclo el veneno, atizo el fuego,
solo así protejo a mi imperio de las guerras.
A quien no me crea, lo cojo en un renuncio,
¡yo mismo, el Príncipe del País de las Mentiras!
[…]

El altercado escenificado por los frontistas fascistas en la Zürcher Kursaal donde estaba actuando el *Pfeffermühle* pasó a los anales de la historia del cabaret. Los vasos y las sillas volaban por los aires, y al mismo tiempo los derechistas vociferaban: «¡Fuera los judíos!» y «No necesitamos judíos en Suiza». En lugar de recibir protección de las autoridades, los Mann tuvieron que defender públicamente su comprometido proyecto. Pero entre tanto los representantes de la Alemania hitleriana habían enseñado los músculos al Gobierno suizo, con el resultado de que se prohibió a los extranjeros hacer manifestaciones de carácter político. En Europa apostaron por una política de apaciguamiento[94], los estados vecinos querían calmar a Hitler con una actitud conciliadora. Esta ciega política de avestruz supuso también el fin para el cabaret político de Klaus y Erika Mann. Tras la prohibición, Erika Mann se dirigió a los redactores de los principales periódicos suizos por medio de una carta abierta en la que justificaba su trabajo prolijamente.

> El *Pfeffermühle* no es un «escenario demagógico», no es un «escenario partidista» y no es un «teatro de emigrantes». Es una asociación de personas jóvenes de las más diferentes nacionalidades (suizos, alemanes, rusos, austríacos) que se esfuerza en ofrecer un entretenimiento de buen nivel y en estimular la reflexión de manera entretenida. «El Pfeffermühle induce a la reflexión», podría poner en nuestros programas e invitaciones. De esta manera ligera que hemos elegido intentamos decir las cosas difíciles que hoy tienen que ser dichas, y tendríamos toda la razón para avergonzarnos si alguna vez dejásemos de hacerlo[95].

Aunque los Mann intentaron despegar por segunda vez en 1937 en Nueva York, allí no había interés por el cabaret político ni tampoco por las preocupaciones de los europeos continentales[96]. A pesar de su fracaso, el *Pfeffermühle* fue el cabaret exiliado más exitoso y eficaz de la época nazi. El fin del proyecto fue un síntoma de la situación de los exiliados políticamente activos de la época anterior a la guerra. En la mayor parte de los países les pusieron un bozal. En Suiza la situación de los refugiados era doblemente precaria, porque allí tenían miedo de la «extranjerización» y muchos suizos eran xenófobos en grado sumo. A Erika Mann, que desde su casamiento con W. H. Auden tenía pasaporte británico, no le afectaban las estrictas leyes de visado. Pero para los emigrantes judíos que ni siquiera

alcanzaban el estatus de refugiados políticos, el paso por la frontera suiza a menudo solo representaba un aplazamiento del camino que les llevaría hacia un campo de concentración alemán. «Expulsión» era el término utilizado para la deportación forzosa que a menudo no era más que una condena a muerte encubierta[97].

¡Sois judíos! La repugnante mueca del humor

En Alemania, la situación cada vez se iba haciendo más precaria para los judíos. Las numerosas afrentas, las intrusiones y los ultrajes fomentados por el Gobierno iban acompañados por la repugnante campaña de difamación de *Der Stürmer*. El periódico del antisemita de Franconia Julius Streicher publicaba caricaturas de un primitivismo sin parangón. En los titulares se declinaban todos los clichés imaginables sobre los judíos. *Der Stürmer* trataba a menudo la idea obsesiva de que los judíos querían deshonrar a las muchachas «arias». Los dibujos bochornosamente pornográficos que acompañaban a los artículos sobre este tema, reflejaban de la manera más grotesca la manía fisionómica de la época. La nariz aguileña, el así llamado *Judensechser*[98], constituía según ellos el signo exterior más llamativo de los hebreos, así al menos lo mostraba *Der Stürmer*. Mientras que el profanador judío de la raza aria llevaba el pelo engominado al estilo del meridional Romeo, Streicher representaba al banquero judío como un seboso repugnante con mirada aviesa. En la edición siguiente, un banquero estaba desatornillando una caja de caudales, otro aparecía sentado con su voluminoso trasero sobre una bola del mundo y, en el colmo de la fijación anal, se cagaba sobre ella. El mundo y la percepción de *Der Stürmer* eran perversos, concebidos por esos cerebros enfermos que ahora gobernaban Alemania en nombre del pueblo. Las caricaturas antisemitas reflejaban de una manera espeluznante el universo visual del más alto *Führer* nazi, el cual ya había ilustrado su odio a los judíos en *Mein Kampf* con unas alucinaciones similares:

> El joven judío de pelo negro acecha durante horas, con un reflejo de satánico goce en su rostro, a la desprevenida muchacha, para vejarla con su sangre y arrancarla así de su propio pueblo[99].

En las cartas de los lectores dirigidas a *Der Stürmer* también se podía encontrar un impresionante número de testimonios similares de envidia sexual propia de adolescentes, pero también chistes antisemitas. Un tema predilecto de este humor pervertido era la presunta avaricia y la «cicatería» de los judíos. A los lectores de *Der Stürmer* se les ocurrían variaciones infinitas sobre este tema[100]:

> Pinkus y un gentil son víctimas de un atraco en el bosque. Enseguida los salteadores se disponen a vaciar los bolsillos de ambos. Entonces Pinkus saca su cartera rápidamente y le dice a su compañero de infortunio: «Sí, es verdad, yo le debía a usted todavía 500 chelines, ¡aquí los tiene!».

En boca del pueblo circulaban chistes como este, y a través de ellos se fueron extendiendo y confirmando los prejuicios. Aunque los lectores de *Der Stürmer* los coleccionaban, los chistes sobre judíos eran contados igualmente por personas totalmente apolíticas. Y eso era el síntoma del antisemitismo latente que había arraigado ya mucho antes del nazismo en la sociedad alemana y que preparaba el camino para la persecución de los judíos en el Tercer Reich. La frontera entre las inocentes bromas y los chistes difamadores y resentidos era muy difusa. No todo aquel que contaba un chiste era consciente de cuándo se había traspasado la frontera del mal gusto y de la ofensa hiriente. Pero los clichés que se repetían de boca en boca inocentemente también contribuyeron a la exclusión de la minoría judía, que hasta entonces había estado totalmente integrada en la sociedad. Y con aquel que quedaba fuera, con aquel que ya solo era percibido como un cuerpo extraño, la autoridad podía hacer lo que le viniera en gana. Así pues, los chistes sobre judíos no eran en absoluto inofensivos. Mofarse de la supuesta avaricia de los judíos en unas circunstancias de desposeimiento, expulsión y persecución era despiadado y cínico, y prestaba a la injusticia una apariencia de legitimidad. Los chistes de posguerra sobre la tacañería de los escoceses, que no eran más que chistes sobre judíos provisionalmente modificados, no tienen ese defecto. Ni los escoceses son una minoría perseguida ni existe un resentimiento generalizado contra ellos. Por cierto

que la tacañería de los escoceses solo se ridiculiza en los chistes alemanes; en Gran Bretaña no existen chistes sobre esa «proverbial» característica de los escoceses.

Junto a las innumerables chanzas sobre el tema de la avaricia, en la época nazi también existían chistes sobre judíos de tinte más ideológico que se servían de clichés muy específicos. El siguiente chiste contado por un ama de casa de Westfalia hace referencia a la supuesta complicidad entre el judaísmo y el comunismo. Aunque se difundió oralmente, es probable que su mensaje político surgiera originalmente de la pluma de un redactor nazi:

> Trotski, Lenin y Lítvinov van paseando por una pequeña ciudad de Rusia. Los niños les gritan al pasar: «¡Sabemos quiénes sois, sabemos quiénes sois!». Trotski, lleno de orgullo, les dice a sus acompañantes: «Ya veis lo célebres que somos, hasta los niños nos conocen». Entonces los niños echan a correr y les gritan: «¡Sois judíos, sois judíos!».

Lítvinov, el ministro soviético de Asuntos Exteriores y protagonista de este chiste, era una de las figuras más odiadas de la propaganda alemana. En la prensa le llamaban «el judío Finkelstein»**[101]**. Él tenía la culpa de todas las cosas malas que sucedían en el mundo y era un testimonio viviente de la unión entre el «bolchevismo» y el judaísmo. En Alemania no era un ser humano, sino una máscara, un esperpento.

Por último, había chistes en los que se amenazaba a los judíos de forma abiertamente violenta. Los contaban a la ligera no solo los nazis empedernidos sino también la gran masa de dóciles simpatizantes. Por ejemplo, se puede documentar en varias fuentes ese repugnante chiste según el cual RADIO es una abreviatura de *Rein Arischer Darf Itzig Ohrfeigen***[102]**. Los nazis «al ciento cincuenta por ciento» no tenían el monopolio del cinismo y la grosería, incluso las fantasías antisemitas más violentas estaban muy extendidas entre los alemanes apolíticos. Naturalmente, la cortina de fuego de la propaganda nazi debió contribuir a azuzar el odio contra los judíos, pero en la mayoría de los chistes antisemitas fue el pueblo el que tomó la iniciativa… Una señal sospechosa de la actitud básicamente antisemita de los alemanes.

Así pues, sería muy parcial reducir el humor en el Tercer Reich a los chistes críticos con el régimen. El grueso de las mofas que contenían una

referencia a la actualidad eran —como describíamos al principio— absolutamente inofensivas y no se podían atribuir a una determinada corriente política. A esta categoría pertenecían sobre todo los numerosos chistes sobre la vanidad de Göring (¿Qué es lo que rasga el aire y tintinea? Respuesta: Hermann.),[103] así como numerosos juegos pueriles de palabras (¿Quién paga nuestras excursiones con la KdF[104]? Respuesta: *Dänemark: Dä ne Mark und dä ne Mark*)[105]. En lo que se refiere a los chistes con un tinte nacionalsocialista, hay que decir que existían; lo que sucede es que tras la guerra nadie quería acordarse de ellos. Por eso el humor político claramente alineado con el sistema aparece raras veces en los informes de los coetáneos. No obstante, se han conservado unos pocos chistes que solo se pueden comprender desde su contexto histórico. La fantasía del pueblo, por ejemplo, se vio espoleada por la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones, un temprano golpe de efecto de la política exterior de Hitler. Durante años, las negociaciones internacionales sobre el desarme habían tenido lugar en Ginebra, muy en perjuicio de los alemanes, tal y como pensaban muchos ciudadanos nacionalistas. El Gobierno nacionalsocialista se mostró profundamente ofendido por el periodo de prueba que querían imponer a Alemania las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial. Esas naciones, encabezadas por Francia, pretendían que Alemania no pudiera igualarse en potencia militar al resto de potencias europeas hasta pasados cuatro años. Hitler legitimó con una provocación y retiró a Alemania de la organización predecesora de la ONU, a la que él consideraba un enojoso club de debate. Hitler aseguró ulteriormente aquella decisión tan inesperada para todos los actores a través de un plebiscito. El Gobierno nazi ganó la votación por una gran mayoría, ya que en los alemanes seguía estando hondamente anclada la humillación de la derrota y de tener que pagar unas reparaciones que les parecían absolutamente desmesuradas. Nadie derramó ni una triste lágrima por la Sociedad de Naciones, que para muchos era un sinónimo de la subyugación de Alemania. En el siguiente chiste se les desea la muerte a los diputados de la Asamblea General:

> Durante una sesión de la Sociedad de Naciones en Ginebra se entrega un paquete con la siguiente inscripción: «Listo para su uso». El paquete contenía…

sogas.

Durante años, el Estado de Weimar había luchado por pertenecer a esta institución, pero todas las negociaciones internacionales tan solo habían traído consigo frustraciones. El gesto enérgico de Hitler se recibió como una liberación. Un chiste totalmente alineado con el nacionalsocialismo aseguraba que recientemente se había creado un nuevo queso en la Sociedad de Naciones. A la pregunta de en qué consistía aquel nuevo manjar, el camarero respondía: «El queso se deshace por sí solo». En estas burlas sobre la Sociedad de Naciones se percibe una mezcla de obstinación y fanfarronería. Los alemanes se sentían a gusto con esa nueva fortaleza e independencia propiciadas por su *Führer*. Cuando el país comenzó con los enormes programas armamentísticos contrarios a los tratados internacionales, la gente bromeaba no sin una pizca de presunción teutónica:

> ¿Qué significa que el cielo esté completamente negro? Respuesta: que hay tantos aviones en el aire que los pájaros tienen que ir a pie.

Más tarde, durante esa fase inicial de la guerra tan afortunada para la Alemania nacionalsocialista, triunfaban los enérgicos chistes de soldados del siguiente estilo: «El Papa ha llegado a Varsovia. Va a darles la extremaunción a los polacos». En el humor del Tercer Reich, en el chiste de los vencedores, se refleja esa autocomplacencia que nace del sentimiento de estar en posesión de la verdad. Todos los sentimientos de inferioridad que se habían acumulado durante la época de Weimar se desprendieron de los alemanes en el éxtasis de la victoria y cedieron el paso a unas estridentes maneras de raza superior que se alimenta de denigrar a los seres inferiores. En muchos chistes se rinde pleitesía al más alto representante del Imperio que quería durar mil años, mientras que los vencidos solo merecen comentarios burlescos:

> ¿Quién es el mejor técnico electricista de Alemania? Adolf Hitler. Ha encendido Austria, ha apagado Rusia, ha puesto al mundo entero en alta tensión y sigue teniendo el interruptor en sus manos.

> ¿Quiénes son los tres mejores fotógrafos? Hitler, Mussolini y [el presidente checoslovaco] Beneš. ¿Por qué? Hitler dispara, Mussolini revela y Beneš saca

copias.

Exactamente igual de engreído era el humor de muchos graciosos profesionales. En la televisión pública nazi, que nunca superó la fase experimental, un presentador se dejó convencer de amenazar con el campo de concentración a los disidentes políticos haciendo uso de un juego de palabras. Hoy en día nos es imposible saber si el monólogo pronunciado con gesto felino hizo reír a los espectadores:

> Para hablar de nuevo sobre música: en realidad me alegro de que hoy en día todo marche tan maravillosamente al *compás*, ¿no es cierto? Aunque también haya entre nosotros por aquí y por allá algunos que tocan la *flauta atravesada* y tal vez algunos a los que les gustaría tocar el *tambor central*, los así llamados *músicos de divisas*. Ay, ahí no nos andamos con rodeos: para continuar con su formación los llevamos a un *campo de conciertos* donde les enseñan durante tanto tiempo *los tonos de la flauta* que al final se acostumbran a una colaboración *con mucho tacto*.

El cabaret concebido como una cachiporra contra los que piensan de otra manera, eso es lo que les gustaba a Hitler y a sus camaradas. A pesar de esa pose de emperador que adoptaba hacia fuera, al dictador le encantaban la diversión banal y los chistes vulgares. Se podía desternillar con las ingeniosas ocurrencias de su camarada muniqués, el fotógrafo Hoffmann, al que invitaba regularmente junto con Goebbels a veladas humorísticas[106]. La cúpula nazi, que ordenaba actuar a sus esbirros implacablemente contra los cómicos judíos y los cabaretistas críticos con el régimen, no despreciaba en absoluto el humor. Tan solo debía estar en su línea. Cuando en el cabaret popular llamado *Die Acht Entfesselten*, Rudi Godden ridiculizaba la perversión del arte moderno, el propio ministro de Propaganda, siempre tan receloso, no ponía ningún reparo. La Gestapo tampoco ponía ninguna objeción a las actuaciones del *Tatzelwurm*, que se había instalado en los locales del clausurado *Katakombe*[107]. A Hitler y a Goebbels les gustaba dejarse ver en los templos del entretenimiento ligero; incluso en la fase final de la guerra estaban permitidas las variedades, y los artistas y actores favoritos quedaban liberados del servicio militar obligatorio gracias a una «lista del Führer» escrita por su propia mano. Para entretener al *Führer*, el diligente ministro de Propaganda organizaba galas privadas en las que actuaban atractivas bailarinas y durante las que se representaban comedias

nazis. Hitler y su séquito se reían hasta altas horas de la madrugada con los complacientes chistes de los ingeniosos cabaretistas Jupp Hussels y Manfred Lommel. Y luego en los noticiarios los dirigentes nazis aparecían de nuevo como los severos seres supremos que les gustaba aparentar. Solo cuando se trataba de ridiculizar a los enemigos, Hitler desplegaba ese humor tan suyo que se alimentaba de la denigración del otro. El Premier británico Chamberlain era para él el «tipo del paraguas», Roosevelt un «paralítico» y Churchill un «borrachín»[108]. En el Palacio de Deportes, Hitler gritó:

> En nuestro idioma alemán culto no existe ninguna palabra adecuada para definir el aspecto de Duff Cooper. Hay que echar mano del habla popular y solo existe una palabra en bávaro que caracteriza a un hombre tal: *Krampfhenne*[109].

Favor y disfavor del régimen. Weiss Ferdl y Karl Valentín

El dictador no entendía de sutilezas, eso también lo ponía de manifiesto su estrafalario sentido del humor. Y esa característica no la tenía solo él en la Alemania nazi. También a algunos cómicos de la escena cinematográfica les gustaba contar chistes mezquinos. El niño bonito de los camisas pardas era el ya mencionado cantante y actor muniqués Weiss Ferdl, que llevaba cuidando sus contactos con la cúpula nacionalsocialista ya desde los años veinte. En el Tercer Reich se convirtió en una gran estrella. Además de sus complacientes canciones, el bardo bávaro interpretó varias comedias populares atroces, cuya vulgaridad era insuperable. El colmo de la estupidez fue su película *Der Lachdoktor*[110] del año 1939, en la que hace de médico rural en un desatinado y necio argumento. Las penosas y burdas chuflas iban acompañadas de folclore bávaro y del inevitable reparto de actores rubios y arios que parecían salidos de una endogamia alpina secular. La prensa afín al régimen se complacía en aquellas majaderías bávaras y convirtió a Weiss Ferdl en su gran favorito. También la simpatía que le profesaba el *Führer* impulsó al cantor popular bávaro en su ascendiente

carrera al estrellato. Hitler quiso ver *Der Lachdoktor* en una sesión privada en su residencia de Obersalzberg[111].

Un colega de Weiss Ferdl incomparablemente mejor dotado, el cómico Karl Valentín, no gozaba sin embargo de las simpatías de los mandamases nazis. Su humor fino y anarquista no era lo suficientemente gazmoño para los gobernantes. Además, Valentín tenía fama de ser «un pájaro de izquierdas», aunque él no se pronunciaba políticamente e incluso le hizo llegar a la *Reichskulturkammer* su opinión sobre los chistes despectivos que el pueblo ponía en su boca. Pero desmentir su actitud crítica al régimen no le sirvió de nada. En 1936 la película totalmente apolítica de Karl Valentín titulada *Die Erbschaft* fue prohibida a causa de sus «tendencias viles». Valentín y su compañera, Liesl Karlstadt, que habían rodado juntos clásicas astracanadas como *Die Orchesterprobe* e *Im Fotoatelier*, ahora tenían *de facto* la prohibición de ejercer su profesión. Se trataba de un vergonzoso y profundamente indigno final de carrera para el mejor dúo cómico de toda la historia de Alemania. Valentín, la gran figura carismática del humor, se retiró de la vida pública profundamente resentido.

La comedias de la UFA al servicio de la ideología nacionalsocialista

Tal y como querían Goebbels y sus segundones, de ahora en adelante en el cine, en lugar de gags inteligentes, solo se podían consumir uniformes películas nazis filmadas por un equipo de directores diletantes e impúdicos del estilo de Cari Froelich y Wolfgang Liebeneiner. Aquel que se acomodaba a la situación con carné del partido y unas manifiestas convicciones de derechas, podía llegar muy lejos en el glamuroso mundo de la UFA aunque no tuviera un gran talento… Al fin y al cabo había que ocupar los puestos vacantes de los artistas judíos que habían sido despedidos. Las rigurosas purgas políticas condujeron a situaciones absurdas. Así, por ejemplo, en 1934 todavía se proyectaban películas con célebres actores judíos a los que los nazis ya habían expulsado del país

hacía tiempo, y el público silbaba coplillas de los músicos emigrados Willy Rosen y Friedrich Hollaender. La economía cinematográfica, todavía en gran parte en manos privadas, defendía su política esquizofrénica; decían que no iban simplemente a tirar a la basura las películas con actores judíos. Sin embargo, no más tarde de 1935, la *Gleichschaltung* del cine alemán había sido llevada a término y las películas con actores judíos desaparecieron de los cines. La *Reichskulturkammer* se cuidó bien de que los actores poco fiables políticamente como Werner Finck o Karl Valentín no asomaran de nuevo la cabeza. Además, el sistema de adjudicación de fondos públicos fue estrictamente reglamentado. De esta manera podían poner fuera de juego a los productores indeseables sin armar mucho ruido. Ya a finales de los años treinta la industria cinematográfica estaba prácticamente nacionalizada. Todos los guiones debían pasar por el escritorio del receloso ministro de Propaganda. A través de la rigurosa censura previa de los guiones, Goebbels podía orientar los proyectos, ya antes del comienzo del rodaje, a la línea nacionalsocialista. Es obvio que en este sistema tan solo podían surgir obras infames e infinitamente estúpidas. Más de un 90 % de las películas producidas durante el Tercer Reich eran comedietas incomparablemente frívolas que tenían como objetivo distraer a la gente del terror cotidiano ejercido por los nazis, y más tarde del horror de la guerra. Casi nunca se veía el saludo alemán en esas comedias, en ningún sitio ondeaba una bandera con la cruz gamada, la realidad era sistemáticamente enmascarada. La mayoría de las veces, el argumento giraba en torno a una historia de amor salpicada de rebuscados embrollos y protagonizadas hasta el inevitable *Happy End* por actores arios segundones. Hoy en día es imposible comprender cómo la gente podía encontrar divertidas y entretenidas las estúpidas cursilerías de la UFA. Aunque el humor ordenado desde arriba era insípido y vulgar, el pueblo lo apreciaba. Seguramente a casi ningún espectador le llamó la atención que las comedias pretendidamente apolíticas estuvieran adornadas con contenidos propagandísticos sutilmente entretejidos con el argumento.

Heinz Ruhman, el comediante estrella de la época nazi

Tal y como ha demostrado la investigación más reciente, incluso las películas más bobaliconas de Heinz Rühmann como *Quax, der Bruchpilot* eran de todo menos inofensivas ideológicamente. A veces se trataba de hacer apetecible a los jóvenes la profesión de piloto de manera disimulada —la Luftwaffe necesitaba urgentemente «material humano» en el frente oriental—, otras veces Goebbels quería animar a los alemanes a procrear. *Hurra, ich bin Papa!* era el título de uno de los peliculones más célebres de Rühmann. «El Führer necesita soldados», comentó el ministro de Propaganda cínicamente sobre el filme. «No es una película especialmente buena de Rühmann, pero para la guerra nos sirve[112]».

El propio Rühmann nunca se posicionó respecto a los contenidos políticos subliminales de sus películas. En su insulsa autobiografía, *Das war's*, evitó el espinoso tema. Una película como *Quax, der Bruchpilot* era para él sencillamente «[…] una película perfecta para mi alma de piloto[113]». A pesar de todo, el reproche una y otra vez repetido de que Rühman había sido un nazi convencido, es sin duda alguna falso. Él no aduló a los dirigentes nazis, pero tampoco mantuvo una escrupulosa equidistancia tal y como lo hizo por ejemplo Hans Albers. En la posguerra, el comité de desnazificación correspondiente lo clasificó como «simpatizante», una sentencia que —a pesar de toda su ambivalencia— correspondía con la pasiva actitud política de Rühman. El hecho de que siguiese rodando en la Alemania nazi a pesar del hostigamiento que sufrió, debido a que su mujer, María, fuese judía, el hecho de que hiciese la vista gorda cuando mandaron al exilio y finalmente asesinaron a su amigo Otto Wallburg, todo esto se puede atribuir más bien a una mezcla de temor, estrechez de miras y obsesión por su carrera que a una afinidad con el nacionalsocialismo. Tal y como el biógrafo de Rühmann, Torsten Körner, ha constatado acertadamente, el actor no dependía de ninguna manera de un sistema político determinado. Ya en la época de Weimar era una estrella, una encarnación amable del «pobre hombre» que va saliendo adelante en la

vida[114]. También tras los doce años de Hitler siguió gozando de una amplia popularidad. Con Goebbels y Hitler, que le protegían con su actitud pasiva, tenía una relación ambivalente. Seguramente le horrorizó que el ministro de Propaganda le exigiese romper el vínculo con su esposa. También el artículo demagógico dirigido contra Rühman en la publicación de las SS, *Das Schwarze Korps*, que denunciaba su matrimonio con una judía, no propició precisamente que el cómico oficial sintiera simpatía por la ideología nazi. A la vista del amenazador escenario que habían montado, se decidió por una solución de compromiso; no se atrevía a romper con ese régimen que quería mangonear en su vida privada. Siguiendo los consejos de Göring, Rühman se decidió a divorciarse de Maria Bernheim y a arreglar un matrimonio de conveniencia entre ella y el actor sueco Rolf von Nauckhoff, al que le puso un automóvil deportivo delante de la puerta como generoso agradecimiento por la poco ortodoxa acción de socorro. Maria pudo huir a Suecia y pasó allí los años de la guerra sin sufrir ningún daño. Como de todas maneras el matrimonio con Maria estaba ya en las últimas, no se le puede hacer ningún reproche moral a Rühmann; siguió lealmente vinculado a ella tras el divorcio, le pagaba una generosa renta mensual e incluso la invitó a su boda con la actriz Hertha Feiler. El hecho de que la nueva compañera del querido cómico fuera *Vierteljüdin*[115] según la nomenclatura nazi, tuvo que causar malestar entre algunos mandamases. Pero esta vez la cosa no tuvo mayores consecuencias, la autoridad calló a regañadientes. No obstante, hubo muchas peculiaridades y contradicciones en la vida y obra de Rühmann. Por un lado tomó partido —sin éxito— por un candidato a la pena de muerte, por otro lado actuó en algunas películas más que sospechosas, como por ejemplo la producción *Der Gasmann* del año 1939, en la que hace el papel de un insignificante funcionario que cae en el laberinto del Estado totalitario nazi. El antipático mensaje de la película, que se anunciaba como una divertida comedia, se puede resumir con estas palabras: el que no obedece sin rechistar, será castigado. En la primera parte de la película, un extraño le regala al honesto funcionario Knittel, interpretado por Heinz Rühmann, una elevada cantidad de dinero. Knittel quiere denunciar al extraño porque le resulta sospechoso. No puede hacer la denuncia porque se dirige erróneamente a la oficina responsable de

expedir los certificados de raza aria. Knittel se decide a gastar el dinero, pero debido al lujoso y repentino tren de vida que lleva, él mismo se convierte en blanco de las sospechas. La cinta continúa con una serie de desagradables interrogatorios de la Gestapo, hasta que el asunto llega a los tribunales nazis y finalmente resulta ser una intriga totalmente inofensiva. En lugar de recibir la habitual condena a muerte por traición, Knittel es absuelto. Esta película, pensada en su momento para divertir y entretener a la gente, resulta opresiva desde el punto de vista actual. La insólita cercanía de la película a la rutina nacionalsocialista resultaba sospechosa incluso para los mandamases del partido, así que *Der Gasmann* se proyectó muy pocas veces y, por orden de Rudolf Hess, la UFA tuvo que cortar una escena en la que Rühmann hacía el saludo alemán de una manera escandalosamente chapucera. Es evidente que Rühmann no se sentía a gusto en misiones propagandísticas y que intentaba zafarse de llevarlas a cabo en su trabajo de actor «para influir en la opinión pública». Siempre que se trataba de propagar abiertamente la ideología nazi, intentaba ser muy breve en su actuación. Pero, a pesar de todos los esfuerzos para que no lo sometiesen, mantenía una amistad íntima con el prominente nazi Ernst Udet, con el que compartía su pasión por la aviación. En plena guerra, a Rühmann le permitieron darse unos paseítos pilotando un avión privado, un privilegio del que solo podían gozar algunos pocos escogidos. Así que la relación del más célebre cómico del Tercer Reich fue extrañamente ambigua; los reproches que tuvo que soportar en la posguerra se los había ganado a pulso.

El cine antisemita

En el ámbito de la comedia había películas que eran absolutamente repugnantes, como *Der Gasmann* o el filme de entretenimiento para la Wehrmacht titulado *Wunschkonzert*, en el que Rühmann aparecía durante unos breves segundos como artista invitado. El punto absolutamente más bajo en la historia de la comedia cinematográfica lo constituye sin duda el

musical antisemita de Hans H. Zerlett titulado *Robert und Bertram*, basado en la farsa de Gustav Raeder. El argumento de la producción, cuyo proyecto original no era de ninguna manera antisemita, gira en torno a las aventuras de dos vagabundos interpretados por los cómicos Rudi Godden y Kurt Seifert. Los vagabundos Robert y Bertram encuentran a una muchacha llamada Lenchen, a la que van a casar contra su voluntad con el acreedor de su padres. Pero Lenchen ama al atractivo Michel. Para salvar a la muchacha, los dos picaros vagabundos se cuelan en la fiesta de disfraces de un comerciante judío llamado Ipelmeyer y le roban sus joyas de familia. Como Ipelmeyer, de todas maneras, ha ganado su dinero con estafas, no hay nada de reprochable en el robo; con el dinero liberan de la deuda al padre de Lenchen y la afortunada muchacha puede casarse con Michel.

En el transcurso de este pobrísimo argumento se tocan todos los consabidos clichés antisemitas. Ipelmeyer, que con su nariz aguileña parece salido de las caricaturas de *Der Stürmer*, va continuamente tras las faldas de bellas bailarinas a las que aborda con obscenidades. Su sirviente, interpretado por Robert Dorsay, acompaña sus andanzas con estúpidos comentarios pronunciados en un extraño galimatías parecido al *yiddish*. También está la regordeta esposa de Ipelmeyer, que anda patosamente por el ostentoso palacio de su marido, decorado con muy mal gusto, así como diferentes colegas banqueros con un aspecto no menos repugnante. Hans Zerlett, el director, se preció en una entrevista de que las escenas de los Ipelmeyer tenían conscientemente «[…] una tendencia fuertemente antisemita. Es evidente que los seis papeles judíos que aparecen tenían que ser interpretados por no judíos, pero las máscaras están tan bien hechas que nadie dudará de que son judíos de pura cepa**[116]**». Esta manifestación fue publicada en el *Film-Kurier* del 17 de enero de 1939, a un paso tan solo de la gran noche del pogromo. El historiador del cine Klaus Kreimeier habla con razón de «propaganda para la muerte», de otra manera no se puede interpretar la chapuza de Zerlett. *Robert und Bertram* surgió casi al mismo tiempo que otras cintas antisemitas, como por ejemplo el éxito de taquilla *Jud Süss*. Solo un poco después los vagones para ganado que se utilizaron para las deportaciones rodaban ya hacia el este, la obra diabólica de la

«solución final» había comenzado. La relación entre la enorme oferta de películas antisemitas y el genocidio es evidente:

> «El hecho de que en 1942 este género se hubiese agotado sustancialmente se puede atribuir a que la maquinaria asesina ya estaba trabajando a toda marcha en los campos; la propaganda había cumplido con su deber. La dirección nacionalsocialista tenía que contar con que las deportaciones en masa no habían pasado desapercibidas de ninguna manera para la población, y que también el exterminio masivo era presumiblemente tan solo un secreto a voces acallado con la mayor efectividad; pero el pueblo había sido preparado psicológicamente, no en última instancia con la ayuda de algunas películas muy exitosas. Así lo veían en cualquier caso la cúpula política y sus cómplices encubridores en la industria cinematográfica[117]».

La caricatura del judaísmo que aparece en *Robert und Bertram* en el centro de un argumento cómico no nació de un antisemitismo de tertulia, sino de una estrategia global fríamente calculada. Oculto en una comedia aparentemente inofensiva, el veneno de la propaganda podía tener un efecto más contundente que en los noticiarios. Los espectadores reían y no se esperaban ningún contenido político. Pero el humor los hacía receptivos para aquella campaña de difamación que hizo posible primero la persecución y la marginación y luego el exterminio de los judíos.

05
Humor y guerra

El fin de la liberalidad aparente y el camino hacia la guerra

Tras algún tiempo de engañosa tranquilidad durante el cual el Gobierno alemán había proclamado una y otra vez su voluntad de mantener la paz, los acontecimientos se precipitaron. En la primera fase de la expansión, Hitler consiguió victorias incruentas que reforzaron sus fantasías de omnipotencia. Pudo anexionarse Austria sin mayor resistencia; las aceras estaban rebosantes de jubilosas muchachas con ramos de flores y de eufóricos *Ostmärker*[118]. Los ciudadanos solemnemente «alemanizados» en la Wiener Heldenplatz mostraban un enorme entusiasmo por participar en la aventura nacionalsocialista. Pero muy pronto la actitud desdeñosa con la que Austria fue gobernada desde el lejano Berlín tras el *Anschluss* despertó viejos sentimientos de inferioridad frente al poderoso vecino. El colmo de la humillación infligida por los nazis lo constituyó el nombramiento de un alcohólico renano llamado Bürckel como *Gauleiter*[119] de Viena, un tipo que ni entendía la mentalidad austríaca ni tenía la menor voluntad de adaptarse a ella. Los vieneses le colgaron el sobrenombre poco amable pero muy certero de *Bierleiter Gaukel*[120] y llamaban a escondidas a los alemanes «cabezas cuadradas». En un plebiscito sobre la anexión al Imperio alemán, los alemanes alcanzaron, a pesar del descontento, un resultado de

ensueño para cualquier régimen totalitario: 99 % de votos a favor. El recopilador de chistes Danimann cuenta que, tras la dudosa votación, aparecieron pintadas en las que se podía leer: «Solo las terneras más estúpidas eligen a sus propios verdugos[121]». Pero, a pesar del recelo hacia los cabezas cuadradas, el amplio consenso sobre el *Anschluss* no fue de ninguna manera una invención de la propaganda nazi. La mayoría de los austríacos asumía que su patria —tal y como la entendían tras la creación del Estado en 1918— era sacrificada en el altar del sentimentalismo panalemán. Pero el duro despertar llegó para la mayoría con la guerra, a la vista del desastre. Sin embargo, han llegado hasta nuestros días chistes que dan testimonio del orgullo nacional herido de los *Ostmärker*, el tema dominante del humor político austríaco en aquellos días:

> Tras la anexión, el *Gauleiter* del Oberdonau inspecciona una escuela en Linz. Las preguntas del distinguido señor y las respuestas de los colegiales están preparadas de antemano con toda exactitud: «¿Quién es tu padre?». «Adolf Hitler». «¿Quién es tu madre?». «¡La Gran Alemania!». Ahora le toca el turno al pequeño Ebeseder. «¿Quién es tu padre?». «Adolf Hitler». «¿Quién es tu madre?». «¡La Gran Alemania!». «¿Qué quieres ser de mayor?». «¡Huérfano de padre y madre, *Herr Gauleiter*!».

En cambio, los furiosos pogromos que comenzaron a causar estragos inmediatamente no se mencionaban en los chistes. En las calles se obligaba a los profesores universitarios judíos a limpiar las aceras con cepillos de dientes. El sector sensible de la población no podía reírse de tamaño dislate, pero el sector embrutecido tomó parte de forma activa en el acoso antisemita. Aquello se convirtió en un atroz espectáculo que se dirigía precisamente contra aquellos conciudadanos que habían alcanzado los más altos méritos en la sociedad austríaca. La crema y nata del cabaret austríaco también fue víctima de los desmanes y las oleadas de detenciones. Tan solo un día antes de la entrada de las tropas alemanas, Fritz Grünbaum había pisado el escenario del *Simpl*, en ese momento sumido en la oscuridad por un cortocircuito, y había gritado espontáneamente: «No veo nada, absolutamente nada, ¡debe de ser que me he extraviado en la política cultural nacionalsocialista!». Veinticuatro horas más tarde, las tropas alemanas pisaban suelo austríaco y Grünbaum se disponía a huir. Pero el plan de escapar a Checoslovaquia fracasó porque la frontera estaba cerrada.

En Viena, su antiguo compañero de tablas, Farkas, le insistía para que hiciese una segunda intentona, pero Grünbaum hizo oídos sordos. El 7 de mayo de 1938, *Der Völkischer Beobachter* anunciaba triunfante: «¡Tenemos a Grünbaum!». Después continuaba diciendo que Grünbaum tendría ahora ocasión de «releer todos sus degenerados chistes», lo cual no era sino un cínico circunloquio para comunicar que el cabaretista había sido enviado a Dachau. Por el contrario, su colega Farkas, el de la nariz aguileña, consiguió burlar a los esbirros nazis.

Mientras el cerco se iba estrechando poco a poco en torno a los judíos, en Berlín se concebían con gran celeridad nuevos y diabólicos planes. Paralelamente a las primeras empresas expansionistas de la Alemania nazi, la economía alemana se iba preparando sistemáticamente para la segunda y cruenta fase del plan para obtener espacio vital. Los gobernantes consiguieron el dinero para iniciar la carrera armamentística haciendo creer a la gente que lo invertían en programas coyunturales y obras sociales. Los alemanes ahorraron en sus Volkswagen y Hitler construyó tanques con sus ahorros. Göring recibió el encargo de llevar a cabo el plan cuatrienal, pero en lugar de reactivar el sector civil, mandó construir 3300 aviones de combate. Los continuos sacrificios económicos que le exigían al pueblo no tenían ninguna contrapartida palpable por parte del Estado. Los chistes de la época ponen de manifiesto que la gente estaba con la mosca detrás de la oreja. Había algo que no cuadraba en las medidas que fueron anunciadas a bombo y platillo, eso lo tenía claro todo el mundo:

> ¿Con qué se va a calentar el pueblo alemán, según el plan cuatrienal, si también la madera se necesita para cosas más importantes? Muy sencillo, con materiales fabricados con los desvaríos de Hitler, las mentiras de Goebbels y la paciencia del pueblo alemán.

Ponían a prueba la paciencia de los alemanes una y otra vez con campañas de donativos. El dinero que se recaudaba con huchas para el *Winterhilfswerk* y organizaciones similares, haciendo uso de todo tipo de nobles pretextos, desaparecía de manera inexplicable. El pueblo ironizaba diciendo que por fin el catolicismo y el nacionalsocialismo se habían puesto de acuerdo en algo:

> Los católicos dicen: «Orad por la mañana, orad a mediodía, orad por la tarde». Los nacionalsocialistas en cambio dicen: «Dad por la mañana, dad a mediodía, dad por la tarde»[122].

Además, corría el rumor de que al Volkswagen le iban a montar unas huchas del *Winterhilfswerk* en lugar de intermitentes, así la gente se podría apartar y evitarlas fácilmente.

A pesar de esa política armamentística desconsiderada, tan solo posible gracias al más descarado vampirismo, Hitler conducía a su país a la guerra en condiciones precarias. Un solo ataque de modestas dimensiones que se hubiera llevado a cabo en el oeste habría podido significar la derrota del Reich nazi. La fuerza de la que se hacía ostentación hacia fuera estaba en claro contraste con la verdadera relación de fuerzas en la Europa del año 1939. Pero la capacidad de sugestión de Hitler surtió el efecto deseado. Ninguno de los actores políticos se dio cuenta de que aquella demostración de fuerza era una mera fanfarronada. El único signo de la enorme presión que soportaba Hitler, de la inseguridad que le causaba la posibilidad de haber ido demasiado lejos en el engaño, fue la repentina potenciación de su odio hacia los «criticastros» y los «aguafiestas». Esa incapacidad del *Führer* para soportar cualquier crítica, que no era otra cosa que un síntoma de sus desgastados nervios, también habría de tener consecuencias para los que se reían a su costa. «Los chistes políticos son un residuo liberal», declaró Goebbels, el diligente adlátere de Hitler en *Der Völkischer Beobachter*. La vulnerabilidad de su *Führer* no le había pasado desapercibida.

Por aquel entonces, todavía ninguno de los cabaretistas que se habían quedado en el Reich sospechaba nada de la inminente exacerbación en la manera de actuar de los nazis. Werner Finck, que había salido del campo de concentración de milagro, actuaba ahora en el *Kabarett der Komiker*, un escenario berlinés dirigido por Willy Schaeffer, un hombre más bien afín al Gobierno. Willy Schaeffer había aprobado el contrato de Finck solo bajo la condición de que no hiciera ningún tipo de insinuación política en su número. Finck había aceptado con tranquilizadoras promesas y a partir de aquel momento se presentaba «ligeramente contenido», una perífrasis ambigua para definir una forma atenuada de humor que tenía lugar en las

más pequeñas insinuaciones. En un *sketch*, una mujer le preguntaba la hora. La insolente contestación de Finck: «No me está permitido hablar sobre el tiempo». El público sonreía, porque todo el mundo sabía que le habían puesto un bozal. Sin embargo, Finck continuaba con aquellas pequeñas punzadas. Uno de los chistes preferidos de la gente era el siguiente:

> Un hombre va al dentista. El dentista le dice: «Ahora abra bien la boca». A lo que el hombre responde: «¿Cómo? Yo a usted no le conozco de nada».

Muy pronto los burócratas del aparato nazi se enteraron de que Finck hacía entender al público que le habían cerrado la boca. A finales de enero de 1939, los controladores de la cultura, los espías del Ministerio de Propaganda denunciaron a la Central que en el *Kabarett der Komiker* se mofaban del Estado y del partido con gran atrevimiento. Finck no sospechaba nada de todo aquello. Es cierto que había recibido algunas advertencias, pero por lo demás, tal y como escribió luego, seguía sintiéndose seguro frente a Goebbels[123]. Sin embargo, aquella tranquilidad era engañosa, ya que el ministro de Propaganda quería tener la certeza de que esta vez el tiro no rebotase de nuevo en Göring, su seboso rival. En esta ocasión, el golpe contra Finck fue organizado hasta en el más mínimo detalle. «Esta vez el chiste político será extirpado, de raíz», escribió Goebbels en su diario. El preludio de la gran ofensiva contra el humor fue la exclusión de Werner Finck y de otros tres colegas de la *Reichskulturkammer*, y la prohibición definitiva de ejercer su profesión, dado que, tal y como rezaba la fundamentación, los tres «habían prescindido de cualquier actitud positiva hacia el nacionalsocialismo». A Finck le sorprendió la repentina dureza del golpe dirigido contra su persona. La preocupación de que le encerrasen enseguida en un campo con un nuevo pretexto le llenaba de desazón, como es lógico. De hecho, a lo largo del año le hicieron llegar la información de que en el Ministerio de Propaganda tenían pendiente saldar una vieja cuenta con él. Tras hacerle prometer que su boca estaría sellada, alguien le comunicó que se lo querían quitar de en medio definitivamente. Así que tenía que actuar de manera rauda y resuelta, eso estaba claro. Como la guerra ya iniciaba su imparable curso, no era posible pensar en el exilio. Así que, ¿cómo iba a poder esquivar a los

esbirros del poderoso ministro de Propaganda al que tanto había encolerizado? En esta situación apurada, Finck se decidió por emprender una huida hacia delante: se presentó de voluntario para luchar en el frente.

Si bien Finck se había sustraído al ámbito de influencia del ministro de Propaganda por medio de esta audaz jugarreta, otros peligros le acechaban. Aparte del riesgo que suponía la participación en la guerra, también debía evitar las manifestaciones críticas en presencia de la tropa, porque los «aguafiestas» estaban sometidos desde 1938 a nuevas reglas. El despiadado mariscal de campo Ketel, que se había doblegado por completo a Hitler (en boca del pueblo: *Lakeitel*)[124] se había inventado una nueva ley con un nombre burocrático de enorme longitud: *Kriegssonderstrafrechtsverordnung*[125]. Tras esta monstruosidad verbal se escondía una carta blanca para los nazis a la hora de asesinar a los enemigos o disidentes. En el artículo 5 se preveía la pena de muerte para quien contribuyese a la «desmoralización de las fuerzas de defensa». Quien hablase mal de la guerra, quien hiciese manifestaciones derrotistas y críticas podía ser fusilado. Pero las mujeres, por expreso deseo del *Führer*, debían ser guillotinadas. La decisión sobre quién era un «parásito» y «desmoralizador» dependía totalmente del sano sentido común, lo cual significaba que podía ser determinado de manera totalmente arbitraria por la autoridad. Aquel decreto constituía una vuelta de tuerca más, un paso más hacia el terror del Estado totalitario.

«¡Pero si Varsovia no está en Alemania!» El comienzo de la contienda y los primeros años de la Guerra Mundial

La susceptibilidad de la cúpula del Estado frente a la crítica, las severas leyes contra los derrotistas, todo ello se debía también al hecho de que nadie sentía un verdadero entusiasmo bélico. Los veteranos de la Primera Guerra Mundial aún tenían ante sus ojos los horrores de una guerra de dos

frentes. Por eso, el hecho de que Hitler estuviese a punto de provocar un nuevo enfrentamiento con Inglaterra y Francia por el ataque a Polonia no era visto con buenos ojos por la mayoría de la gente. Innegablemente, la moral del pueblo alemán no pasaba por sus mejores momentos, a pesar del fuego de barrera propagandístico. Heinz Rühmann, que había sido enviado a luchar en el «frente» del entretenimiento, se ocupaba de mantener alta la moral del personal. *Das kann doch einen Seemann nicht erschüttern*[126] se escuchaba por todas las esquinas, cantada y silbada. Es difícil determinar si aquella briosa canción se merecía ser la melodía más famosa de la Segunda Guerra Mundial o si verdaderamente sirvió para preparar a la gente para la guerra. Pero, en cualquier caso, el júbilo no hizo su aparición a pesar de todos los esfuerzos; nadie lo podía conjurar, los alemanes tenían metido muy dentro el miedo a un segundo Verdón. En lugar de eso, el Gobierno decidió tirar de las riendas para acallar las voces críticas, en caso de necesidad, a través de asesinatos legales. Pero la población, intranquilizada por lo precipitado de los acontecimientos, no quería mantenerse en silencio. A la gente no solo le inquietaba el presentimiento, casi la certeza de que iba a estallar una guerra, también le inquietaban las maniobras políticas de Hitler, que poco antes del comienzo de la guerra provocaron incredulidad, confusión y furiosas deserciones en el partido. Durante años, la cúpula nacionalsocialista había perseguido el favor de Inglaterra para tener cubiertas las espaldas en su conquista de espacio vital en el este. Aparte de un tibio acuerdo naval, no habían conseguido nada más en todos esos intentos de acercamiento. Frustrado por las calabazas que había recibido de los obstinados británicos e impulsado por unas consideraciones tácticas erróneas, Hitler se decidió a cerrar un pacto precisamente con su más acérrimo enemigo ideológico. Durante décadas había despotricado contra la presunta amenaza bolchevique, y ahora Hitler tiraba por la borda todos sus principios con el único objetivo de no verse envuelto en una guerra de dos frentes cuando invadiese Polonia. El pacto con la Unión Soviética, que sería violado por el mismo Hitler, fortaleció a las potencias occidentales en su voluntad de responder con firmeza a cualquier acción belicosa que partiese de Alemania. Fue una señal devastadora que a corto plazo evitó la guerra en todos los frentes, pero que a la larga iba a desembocar en una catástrofe

militar. Aparte de las consecuencias estratégicas del pacto con el diablo, Hitler estaba obligado a darle a la gente una explicación. Así al menos lo veía el pueblo, que glosaba con insolencia la trampa de credibilidad en la que había caído su *Führer* con su propia actuación:

> El regalo de Hitler a Molotov con ocasión de la firma de amistad ruso-alemana fue una edición de lujo de *Mein Kampf* con pasajes borrados por la propia mano del *Führer* (los párrafos antirrusos).

Un chiste con una estructura similar decía que Stalin estaba escribiendo sus memorias. El título: *Tu lucha, mi victoria* (puesto que, según el pacto firmado por Hitler y Stalin, la Unión Soviética debía recibir como contrapartida una parte de Polonia). La propaganda oficial no se dejó impresionar por tales insolencias y no se cansó de vender la insólita alianza con Stalin como una jugada genial de Hitler. Así pues, la piel del oso polaco que aún no habían cazado estaba repartida entre Alemania y la Unión Soviética. A las arriesgadas acrobacias diplomáticas, esto estaba claro, le debían seguir ahora los hechos. Los acontecimientos habían adquirido una dinámica funesta. Un chiste que circulaba poco antes de la guerra ya anticipaba lo que sucedería:

> Tres suizos charlan en julio de 1939 sobre sus planes de vacaciones. Quieren conocer Alemania, uno quiere ir a Múnich, el otro a Berlín. El tercero dice: «¡Yo iré a Varsovia!». «Pero Varsovia no está en Alemania», responden los otros. A lo que el otro contesta: «¡Es que no me voy de vacaciones hasta el mes de octubre!».

Ralph Wiener, que registró este chiste, observa con razón que expresa un deseo nazi. Fuera quien fuera el que puso en circulación este chiste, estaba completamente convencido de la legitimidad de la guerra ofensiva[127]. La broma es un testimonio de la fanfarronería nazi, una pulsión firmemente enraizada en la nueva *Volksgemeinschaft*. El escepticismo ampliamente extendido que provocó el belicismo de Hitler no despertó objeciones de orden moral en muchos conciudadanos, sino el miedo a que se repitiera el trauma de 1918. De manera significativa, la preocupación desapareció enseguida tras la campaña en Francia; ahora los alemanes se deleitaban en su sanguinario triunfo. Pero la alegría por las acciones militares sorpresivas no iba a durar mucho tiempo; con la invasión de Polonia, Alemania había quedado definitivamente aislada de la comunidad de naciones. En lucha

contra el resto del mundo, Alemania dependía casi exclusivamente de sus propias fuerzas; el aliado más importante en Europa era Italia, insignificante desde el punto de vista militar.

Incluso el hermanamiento con la segunda dictadura fascista en suelo europeo tan solo se llevó a cabo con dificultades. Al principio, Mussolini era extremadamente escéptico respecto a las ambiciones de Hitler, y sobre todo pensaba que su plan de hacer de los alemanes una legión «de raza pura» era irrealizable. El primer acercamiento tuvo lugar durante la Guerra de Abisinia, una aventura colonial tardía de Italia, brutal y desesperadamente anacrónica, para la que Hitler le echó una mano al *Duce* con sus envíos de materias primas. Los intentos de acercamiento de los dos dictadores no pasaron desapercibidos. Circulaba una broma, según la cual habían mandado a Göring a Abisinia. Y poco después este había mandado un cable a Berlín: «NEGUS HUIDO STOP EL UNIFORME ME QUEDA BIEN STOP HERMANN».

Mussolini agradeció el apoyo de Hitler en la aventura abisinia aceptando sin rechistar la anexión de Austria al Imperio nazi. En 1939, poco antes del estallido de la conflagración mundial, la relación entre ambos Estados había llegado tan lejos que Italia dio el visto bueno a un «Pacto de Acero» por el cual el país se encadenaba militarmente, si ningún tipo de limitaciones, a Alemania. Mussolini se comprometió temerariamente a secundar a su gran aliado en cualquier operación militar, independientemente de que se tratase de un caso de defensa propia o de una guerra ofensiva. Con ello, el dictador italiano había firmado su propia derrota. En el transcurso del tiempo habría de darse cuenta de lo imprudente que había sido su decisión de aliarse con el belicoso Hitler. En cualquier caso, Italia no tomó parte en la invasión de Polonia, en contra de las obligaciones que había sellado con marcial determinación. Mussolini no saltó a los carros de combate hasta que pudo intuir que Hitler iba a ganar la batalla contra Francia, su eterno adversario. Una semana antes de la capitulación definitiva de la *Grande Nation*, el *Duce* puso a sus tropas en marcha. Mientras las divisiones acorazadas alemanas ya rodaban por las calles de París, los italianos se quedaron en la periferia de la región fronteriza de Menton. Mussolini, que se había querido asegurar una parte

del gran pastel francés, pronto fue apodado por los alemanes «El jornalero de la recolección del Reich». A partir de ese momento, los italianos fueron considerados por los alemanes unos aliados poco fiables y oportunistas. Transformando la cita de César, pusieron en la boca del *Duce* la siguiente frase: «Vine cuando vi que él vencía». De hecho, a partir de aquel momento Italia permaneció fielmente unida a Alemania en el camino hacia el desastre. Para subsanar su error, en adelante Mussolini apoyó a Hitler en todas sus empresas, hasta en las más criminales. Pero no lo impulsaba su mala conciencia ni el desvelo por su reputación, sino una codicia desmedida. Mussolini quería quedarse a toda costa con una parte de la Europa fascista con la que había fantaseado. En 1949 sus tropas atacaron Grecia y, cuando tropezaron con dificultades, las divisiones alemanas tuvieron que acudir presurosas en su ayuda para salvarlos de la derrota. Todos los prejuicios que tenían los alemanes sobre la mentalidad meridional se confirmaron repetidamente. De nuevo había nacido un tema inagotable para el chiste político:

> Al *Oberkommando* de la *Wehrmacht* llega la noticia de que Italia ha entrado en la guerra por orden de Mussolini. «¡Entonces tendremos que movilizar diez divisiones en su contra!». «No, ha entrado como aliado nuestro». «¡Vaya, entonces la cosa nos costará al menos veinte divisiones!».

Italia tenía la fama merecida de ser un aliado poco fiable. Pero ello no tenía nada que ver con la idiosincrasia meridional. Aparte de la escasa contundencia militar del ejército italiano, la potencia del Eje había entrado en guerra con mucha desgana. Excepto Mussolini, nadie parecía estar muy motivado; ni el Rey, ni los militares, ni la industria se habían pronunciado a favor de la aventura bélica. En Alemania se contaba un chiste ordinario, pero muy certero, que decía que Mussolini había retirado los retretes de los ferrocarriles italianos «¡porque los italianos se cagaban en el eje!». Y con la misma tibieza llevaba a cabo sus ataques el ejército italiano. La guerra en retirada, esa era desde el punto de vista de los soldados rasos alemanes la única táctica del pequeño aliado del sur. El siguiente chiste de soldados explica que los alemanes tenían que acudir en ayuda de los italianos en todas las ocasiones:

> En Italia hay una novedad, la danza de la retirada. La regla del baile es: un paso adelante, dos pasos atrás, una vuelta alrededor del eje, después empujar hacia delante a la pareja y empezar de nuevo desde el principio.

Pero, en cualquier caso, la fortuna bélica de los alemanes no siempre era la mejor, incluso durante la fase de la victoria inicial. Por eso no había ninguna razón para señalar con el dedo a unos aliados que evidentemente eran más débiles. Sobre todo las operaciones militares dirigidas contra Inglaterra no produjeron ningún éxito digno de mención. La gran batalla aérea por las Islas Británicas durante la que Alemania quiso conquistar la soberanía en el aire fue un completo fracaso. La estrategia de Göring, que comandaba las fuerzas de aviación alemanas, no tuvo éxito. En general, se puede decir que los bombardeos a las ciudades inglesas no parecían hacer mella en la voluntad de resistencia de los británicos, sino más bien fortalecerla. Además, el país estaba gobernado desde 1940 por Winston Churchill, un hombre infinitamente más resoluto que Chamberlain, su antecesor. Con él, que solo prometía «sangre, sudor y lágrimas», el único enemigo europeo que le quedaba a Hitler había reencontrado su lenguaje. Con esta nueva confianza en sí mismos, la moral de lucha de los británicos se fortaleció y convirtieron su isla en una fortaleza con gran determinación. La «Operación León Marino», el desembarco de tropas alemanas en las Islas Británicas, fue retrasada una y otra vez por indicación de Hitler, y después se aplazó indefinidamente. Los alemanes pronto se percataron de que esta vez a la fanfarronería de su Gobierno no le seguían los hechos.

> Tras la derrota de Francia, Hitler está junto al Canal y mira hacia Inglaterra, desesperado, porque la invasión está resultando muy ardua. Entonces se le aparece de repente Moisés y le dice: «Ay, si no hubieras perseguido a mis judíos, entonces te podría contar el truco del mar Rojo». Antes de que Moisés pueda percatarse, la guardia de Hitler lo agarra y lo amenaza con torturarlo si no habla: «Solo tuve que extender sobre las aguas el bastón que me había entregado Dios y ¡entonces se retiraron y el mar se secó!». «¿Y dónde está el bastón? ¡Entréguemelo!», grita Hitler, pero Moisés se encoge de hombros y dice: «¡Lo tienen en el Museo Británico!».

Aunque por fin Hitler había encontrado en Churchill a un auténtico adversario, los alemanes no reaccionaron con preocupación. Todo lo contrario: la expansión del Reich tuvo lugar a una velocidad tan vertiginosa que incluso los más recalcitrantes escépticos se dejaron contagiar por el

incipiente entusiasmo bélico. Solo a unos pocos les inquietaba que Alemania se fuese enredando en guerras de agresión y que los escuadrones de la muerte alemanes campasen a sus anchas en los territorios conquistados. Así que el primer atentado digno de mención que sufrió Hitler fue obra de un individuo que actuó en solitario. El muniqués Georg Elser, un pacifista que con inusual lucidez había adivinado las intenciones megalómanas de Hitler, construyó una bomba altamente eficaz con dinamita robada. Pero cuando estalló durante un importante evento celebrado en el sótano de la Bürgerbräu, Hitler, el orador principal de la velada, ya había abandonado Múnich. Curiosamente, muchas personas pensaron que aquel atentado fallido era un montaje de los nazis, tal y como lo relata Kurt Sellin, el editor de la primera recopilación de chistes políticos. En su libro se puede leer lo siguiente:

> En el atentado contra Hitler del Bürgerbraukeller hubo diez muertos, cincuenta heridos y sesenta millones de personas engañadas[128].

Resulta llamativo que la gente pensara que les habían «tomado el pelo» a la vista de que en el atentado habían perdido la vida varios dirigentes nazis de alto rango. Por otra parte, a Hitler se le creía capaz de cualquier cosa, también de asesinar a su propia gente. Por eso la sospecha no iba tan descaminada. El episodio de Röhm estaba todavía muy presente en la mente de los alemanes, y también el incendio del Reichstag se consideraba de forma generalizada un montaje de los nazis. No obstante, esta vez la gente no tenía razón, como se pudo comprobar ulteriormente: el responsable del atentado no fue otro que el mencionado relojero Elser, que fue detenido poco después de la explosión. Tan solo la decisión espontánea de Hitler de abandonar la reunión antes de lo previsto había arruinado el plan de Elser.

El autor solitario del atentado de 1939, que tuvo un trágico fin en el campo de concentración de Dachau, había reconocido con mayor lucidez que la mayoría de sus coetáneos que Hitler iba a iniciar un camino funesto. En la desbordante embriaguez de los primeros años de guerra no tuvieron lugar más intentos de acabar de forma violenta con la dictadura. La gente empezó a tener sombríos presentimientos cuando Hitler atacó en 1941 a la Unión Soviética. Incluso Rudolf Hess, la mano derecha del *Führer*, quería

evitar la guerra de dos frentes por motivos confusos. Poco antes del comienzo de la delirante Operación Barbarossa intentó negociar la paz con los británicos por su cuenta. Es legendario el vuelo a Inglaterra de Hess el 10 de mayo de 1941, que no condujo a nada, excepto a su inmediata detención. Era la acción de un alucinado, de un hombre que al pasar de los años había perdido todo contacto con la realidad. Cuando Hitler se enteró de lo que había hecho Hess, lo declaró demente y dio la orden de ejecutar al ministro disidente en cuanto regresase[129]. El pueblo interpretó la historia del delirante Hess a su manera. Se contaba que Churchill había saludado a Hess con las siguientes palabras: «¡Así que usted es el loco!», a lo que el alemán contestó con humildad: «¡No, yo solo soy su representante!». Naturalmente, Hess nunca llegó a estar cara a cara con el primer ministro británico. Otros graciosos modificaron los versos de la canción popular «Es ist ein Ros entsprungen[130]» de la siguiente manera:

Un Hess ha brotado,
de un avión ha saltado.
Eso al menos lo ha logrado.
Mas fuera de juego ha quedado.

También en otros chistes espontáneos se adivina el deseo de no participar en la aventura nazi. Se recitaba la siguiente jaculatoria: «Dios mío, antes chiflado que en Escocia aterrizado». Al mismo tiempo se hablaba de la herida ardiente, de la irreductibilidad de Inglaterra. Un cumplido envenenado decía que Hess había sido el único que había logrado conquistar la isla.

Un demente en una época de demencia colectiva, un loco que es el único que tiene las ideas claras… Los chistes sobre Hess adoptaron infinitas formas. Anteriormente, el insignificante colaborador de Hitler apenas había llamado la atención, y ahora era el centro de atención. En lugar del Tratado de Paz, trajo a los alemanes el mejor motivo de risa de la guerra. Especialmente macabro es el siguiente chiste de campo de concentración que se les ocurrió a unos guasones anónimos:

> En el campo de concentración se encuentran dos viejos conocidos. «¿Y por qué estás tú aquí?». «El 5 de mayo dije que Hess estaba loco. ¿Y tú?». «El 15 de mayo dije que Hess no estaba loco». (Hess voló a Inglaterra el 10 de mayo).

Así pues, la arbitrariedad del Estado ya era en el año 1941 un tema candente, pero nadie rechistaba contra ese Estado nazi que se estaba expandiendo desmesuradamente, por miedo, por indiferencia o por afinidad política con los nazis. Parecía que se avecinaba una época tormentosa, el Reich pronto habría de traspasar su cénit. Tras el ataque al enemigo acérrimo del este, que había sido un aliado, Alemania se había excedido definitivamente. Hitler se daría de bruces con la Unión Soviética: el territorio de aquel inmenso país era inabarcable y sus recursos militares eran inmensos. De nuevo la batalla comenzó con una fuerza impetuosa que en el transcurso de los meses habría de debilitarse para quedar finalmente paralizada. Lo que siguió luego fue la época más lóbrega del Tercer Reich, una fase en la que los nazis lucharon encarnizadamente y se radicalizaron hacia fuera y hacia dentro de una manera sin parangón alguno en la historia.

Humor en la guerra propagandística

Ya mucho antes del comienzo de la «Solución final», en el extranjero se sabía que los judíos eran discriminados y perseguidos despiadadamente en Alemania. Pero en las películas anteriores a la guerra no se trataba el tema de los pogromos. La situación política era, desde el punto de vista de los políticos del apaciguamiento, demasiado sensible para poner en la picota a Alemania públicamente. Así pues, en el frente de la propaganda, a excepción de Alemania, todo estuvo tranquilo hasta finales de los años treinta. De todos modos, la creadora de opinión más poderosa del planeta, es decir, la industria cinematográfica de Hollywood, no tenía ningún interés en hacer películas claramente antinazis. La razón tenía más que ver con poderosas consideraciones de orden económico que con las convicciones políticas de los productores. Aunque nadie quisiera reconocerlo, el cine americano dependía del mercado europeo. Pero, en un clima de terror y de miedo a la guerra, nadie en Europa quería ver «películas problemáticas». La

gente ansiaba entretenimiento y Hollywood les ofrecía un escapismo a medida, un entretenimiento ligero en diferentes formatos. Los propios americanos mantuvieron una vergonzosa distancia con la convulsa Europa que se estaba despedazando a sí misma. Bajo el sol californiano, el Viejo Mundo, con sus preocupaciones y miserias, parecía muy lejano. Tan solo un 5 % de la población norteamericana se podía imaginar en 1936 que algún día tendrían que entrar en guerra contra Alemania. En lugar de denunciar el imperialismo acorazado alemán y el delirio racial, Hollywood puso a sus estrellas a mover el esqueleto. Solo cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los estudios comenzaron a movilizarse con grandes películas contra el Tercer Reich. De nuevo las razones económicas jugaban un papel no baladí, ya que desde la invasión de Polonia el mercado del consumo europeo había perdido muchísimo peso, incluso algunas películas no se podían ya vender en aquel continente asolado por la guerra. En cambio, el patriotismo americano pasaba por sus mejores momentos y parece ser que la noticia de que la intervención de Estados Unidos en la guerra iba a ser inevitable le llegó hasta al último jefe de los estudios cinematográficos.

Los orígenes de «El gran dictador» de Chaplin

Un hombre que gozaba de fama mundial como cómico había reconocido mucho antes que sus colegas del ramo cinematográfico la inminencia de la amenaza alemana. Charles Chaplin ya había tratado el tema de la guerra durante la primera contienda mundial; con su película *Shoulder Arms* había plantado cara al *Kaiserreich* militarista. Nadie manejaba como él el arma del humor. Estaba predestinado a contraponer una réplica cinematográfica a ese mundo visual de los nazis tan inflamado de patetismo. Le unían con Hitler curiosos paralelismos. Aparte de la semejanza física debida al bigote recortado, se llevaban pocos días. Pero, curiosamente, la acertada idea de meterse en el papel del dictador sicópata no fue de Chaplin, sino del

director y productor Alexander Korda. Chaplin describió su reacción a la propuesta de Korda:

> Y ahora se estaba cociendo una nueva guerra mientras yo intentaba escribir un guión con Paulette [Goddard]. Pero no avanzábamos. ¿Cómo podía concentrar mis pensamientos en la volubilidad femenina o pensar en cuestiones románticas como las cuitas amorosas mientras se estaba exacerbando la demencia de un ser monstruoso y grotesco llamado Adolf Hitler? Alexander Korda me sugirió en 1937 que hiciera una película sobre Hitler cuyo argumento debía girar alrededor de una falsa identidad, ya que Hitler tenía el mismo bigote que el vagabundo. Pensaba que yo podía representar a los dos personajes. No había tomado en consideración aquella idea, pero ahora era muy actual, y yo ardía en deseos de ponerme a trabajar de nuevo. De repente me vino una inspiración. ¡Naturalmente! En mi papel de Hitler podía arengar a las masas en una jerga de mi invención y hablar todo lo que quisiera. Y en mi papel de vagabundo podía permanecer más o menos callado. En una película sobre Hitler podía unir la burla y la pantomima. Con gran entusiasmo volví apresuradamente a Hollywood y me puse a trabajar en el guión. Necesité dos años para desarrollar el argumento[131].

La ambición de Chaplin también se vio espoleada por los repetidos ataques que los alemanes le dirigían en sus cuadernillos de propaganda. A veces le llamaban «tentetieso judío», a veces la prensa de Goebbels tachaba sus películas de «repugnantes». Así que Chaplin ardía en deseos de vengarse de los nazis en respuesta a la campaña de difamación que había sufrido. El día en que Inglaterra le declaró la guerra al Reich alemán, el guión definitivo de la película *El gran dictador* ya estaba terminado. Poco después comenzaron los trabajos de rodaje de aquel proyecto en el que Chaplin había invertido ya en la fase previa unos 500 000 dólares. El argumento era sencillo pero muy inteligente. Chaplin interpretaba un doble papel: uno de ellos es el de un barbero judío que sufre amnesia tras haber participado en la Primera Guerra Mundial. Cuando los médicos lo dan de alta tras muchos años, «Tomanien» (=Alemania) ha sufrido muchos cambios. Pero el barbero no sabe nada del ascenso al poder de los nazis ni de los pogromos, lo cual conduce a todo tipo de situaciones absurdas. Paralelamente a la acción en el gueto judío, la película salta al palacio gubernamental del megalómano dictador Hynkel, que también es interpretado por Chaplin. Hynkel pronuncia estrafalarios discursos ante las masas en un galimatías seudoalemán, da órdenes a sus esbirros Hering (=Göring) y Garbage (=Goebbels) y libra extravagantes competiciones con un «Duce» italiano.

Como el barbero judío es idéntico al dictador, la película se convierte al final en una comedia de enredo. El barbero adopta el papel de Hynkel, envía a los tiranos al campo de concentración y pronuncia un gran discurso pacifista en el que expresa una fulminante negativa a la política inhumana y racista de su doble. Una escena de la primera versión del guión en la que se ve a la esposa judía del dictador Hynkel sometiéndose a una operación para parecer una muchacha de raza aria, se desestimó por considerarse demasiado drástica.

Chaplin se entregó con entusiasmo al rodaje. Durante semanas se dedicó a estudiar el material de los noticiarios alemanes para empaparse como una esponja de los menores detalles. Para poder interpretar el doble papel de una manera más verosímil, rodó las escenas con Hynkel y las del barbero por separado. Primero las escenas del gueto, y a partir de diciembre de 1939 las secuencias en el palacio del dictador. En marzo de 1940 por fin pudo anunciar la finalización del proyecto a los jefes del estudio. Pero entre tanto se había preparado una tormenta. Ya durante los trabajos de rodaje le habían llegado señales preocupantes del Ministerio americano de Asuntos Exteriores. También los ingleses preguntaron si la comedia anti Hitler era admisible. Hitler representado como un fantoche no cuadraba en el concepto político. En un momento dado se puso en cuestión si la película pasaría la estricta censura. Chaplin tenía toda la razón para estar preocupado. Pero de repente se produjo un giro dramático por el que las cartas se mezclaron de un modo totalmente diferente:

> Antes de terminar *El gran dictador*, Inglaterra declaró la guerra a los nazis. Ese fin de semana me encontraba en Cataluña en mi yate y escuché la estremecedora noticia en la radio. Al principio todos los frentes estaban tranquilos. «Los alemanes nunca cruzarán la Línea Maginot», decíamos. Entonces súbitamente comenzó el infierno: la caída de la Línea Maginot[132], el preocupante y terrible suceso de Dunkerke[133], y la ocupación de Francia. Las noticias eran cada vez más descorazonadoras. Inglaterra luchaba con la espalda contra la pared. […] En ese momento me empezaron a llover telegramas desde Nueva York: «Apresúrese con la película, todos la están esperando[134]».

En aquel momento el Gobierno alemán, en su turbación, comenzó una verdadera campaña diplomática para frenar en el último minuto el proyecto de Chaplin. A pesar de la existencia de numerosos simpatizantes de

Alemania en América, los nazis no consiguieron evitar la distribución internacional de la película. Pero los problemas no habían terminado ahí para Chaplin. Antes del estreno de la película recibió cartas con amenazas. En ellas le anunciaban que durante las representaciones de la película harían estallar bombas fétidas o incluso dispararían contra la pantalla. Pero Chaplin no se dejó amedrentar nunca. La película obtuvo un gran éxito y consiguió más recaudación que el resto de las películas de Chaplin. Solamente la prensa reaccionó con criterios encontrados. En algunos suplementos culturales se acusó al cómico de haber pactado con los comunistas. El discurso sentimental del barbero judío al final de la película no les gustó nada a algunos críticos. De hecho, el ingenuo pacifismo del discurso final llevó a Chaplin a distanciarse prudentemente de su obra al finalizar la guerra. Aseguraba que si hubiera sabido de la existencia de Auschwitz, *El gran dictador* nunca hubiera visto la luz.

La controversia sobre la película de Ernst Lubitsch «Ser o no ser»

El director de la segunda comedia antinazi más importante de los años de la contienda no obtuvo un gran éxito. Por el contrario: *Ser o no ser,* considerada hoy en día con razón un gran clásico, le deparó a Ernst Lubitsch graves dificultades. La culpa de la malaventura, del fracaso ante el público y de las devastadores críticas se puede atribuir sobre todo al nefasto *timing* del proyecto. *El gran dictador* de Chaplin llegó a los cines en 1940, mucho antes de que América interviniese en la guerra. En Estados Unidos todavía se podían tratar de forma lúdica los atroces acontecimientos en Europa, el conflicto aún parecía lejano. Un año después, cuando Lubitsch comenzó con los trabajos de rodaje de su obra maestra, la situación había cambiado radicalmente. La nación de la bandera estrellada se lanzaba al campo de batalla contra la Alemania nazi. La gente ya no tenía ganas de reírse, a la vista de la gran cantidad de sangre que se derramaría para liberar

a Europa del terror nazi. En aquel momento nada parecía menos adecuado que lanzar una película divertida sobre los nazis.

Divertida era desde luego *Ser o no ser,* aunque los folletinistas americanos de la época de la guerra no lo quisieran reconocer. El argumento de aquella cinta políticamente incorrecta era enrevesado y absolutamente genial: un joven teniente de aviación polaco, Stanislav Sobinski (Robert Stack), está enamorado de la actriz de teatro María Tura (Carole Lombard). Cada vez que el marido de esta declama en el escenario el famoso monólogo de Hamlet «Ser o no ser», Sobinski, que espera entre el público a que esas palabras anuncien el comienzo del largo discurso, abandona la sala y se encuentra detrás del escenario con la bella Mimin. Pero en el fatídico momento en el que salen a la luz aquellos encuentros amorosos, comienza la Segunda Guerra Mundial. Sobinski se despide de su amada y marcha al frente. Cuando se vislumbra que Polonia no está a la altura del poderoso agresor alemán, marcha a Londres desde donde, junto con otros pilotos huidos, emprende audaces misiones en el aire. Pero en la unidad polaca en el exilio se ha infiltrado un espía alemán de la Gestapo llamado Profesor Siletzsky. Con un simple truco, el falso profesor se hace con una completa lista de direcciones de la resistencia polaca. Desafortunadamente, María Tura también aparece en esa lista, porque Sobinski le había pedido al Profesor Siletzsky con anterioridad que le transmitiese a su adorada el saludo amoroso «Ser o no ser», que es interpretado por los alemanes como un mensaje cifrado. En el último momento, el atractivo piloto descubre la verdadera identidad de Siletzsky, pero para entonces el falso profesor ya se encuentra de camino a Polonia para entregar la lista a un importante miembro de las SS llamado Ehrhardt. Sobinski quiere evitar la catástrofe y, sin vacilar, salta en paracaídas sobre la Varsovia ocupada. Allí toma contacto con María Tura. Al enterarse de la noticia, la compañía teatral queda aterrada y anonadada. ¿Cómo demonios podrían evitar que Siletzsky le entregue la lista con el nombre de María Tura al jefe de las SS? Acuciados por la necesidad, Sobinski y los Tura conciben un intrépido plan. A toda prisa trasforman el teatro en un cuartel nazi falso. El Profesor Siletzsky tendrá que ser atraído a la trampa cuando llegue a Varsovia. Los actores se disfrazan de nazis, Joseph Tura interpreta el papel de Ehrhardt, el

jefe de las SS. Y de hecho la artimaña funciona, pero durante la conversación entre el supuesto oficial de las SS y el traidor Siletzsky sale a la luz que en el hotel de Sitletzsky ha quedado una copia de la lista con los nombres de los miembros de la resistencia polaca. Lo que sigue es una serie de divertidísimos enredos durante los cuales, entre otras cosas, Tura tiene que suplantar a Siletzsky y hacerse pasar por agente de la Gestapo. Cuando la situación en Varsovia se empieza a poner fea, los Tura disfrazan de Hitler a uno de los actores y huyen de Polonia con toda la compañía en el avión privado del *Führer*…

Lubitsch llevó a cabo la puesta en escena de la película con una gran facilidad; incluso logró las piruetas más arriesgadas sin esfuerzo. A los actores, con Jack Benny a la cabeza en el papel del vanidoso Joseph Tura, se les notaba claramente el placer que les producía interpretar aquella atrevida historia. Pero ya durante las primeras proyecciones de prueba en la primavera de 1942 se puso de manifiesto la catastrófica acogida de la cinta. El público elegido reaccionaba con un silencio glacial a las divertidas gracias. En un pasaje de la película se escuchaba la siguiente frase: «Lo que [Tura] hace con Shakespeare lo hacemos ahora nosotros con Polonia…». Algunos espectadores sensibles estuvieron a punto de reventar al escuchar ese impertinente gag. De hecho, esta frase se cita una y otra vez en las recensiones, y se cita como ejemplo clásico del mal gusto que caracteriza a la película. En las proyecciones, filas enteras de espectadores abandonaban la sala. Sobre Lubitsch arreciaron olas de indignación; le reprochaban que se tomara a chufla el sufrimiento de Polonia. Una crítica típica de esas reacciones que se movían entre la incomprensión y el mero rechazo lo expresó con las siguientes palabras:

> Si soy sincero, no comprendo qué puede tener de divertido este tipo de humor —desde mi punto de vista también lo podemos llamar sátira—. La fantasía y la realidad se mezclan a tontas y a locas. Pero ¿dónde está la relación de esta historia absolutamente artificial a más no poder con el terrible sufrimiento de toda una nación, una de las más grandes tragedias de nuestro tiempo? Díganme ustedes por favor qué tiene de divertido que un oficial alemán suelte la siguiente frase sobre las dotes interpretativas del señor Benny: «Lo que él hace con Shakespeare lo haremos ahora nosotros con Polonia». Incluso aunque atenuemos la terrible tragedia, ¡sigue siendo de mal gusto hacer bromas sobre la masacre de todo un pueblo! Me sorprende que la película alardee de una tal insensibilidad. Se impone la pregunta de si el objetivo de Lubitsch era hacer reír a la gente a toda costa. Y ello nos lleva

> de nuevo de vuelta a la pregunta inicial: ¿qué concepto se oculta tras una película que juega con una gran tragedia humana por puro afán de notoriedad? ¿Qué tenía en mente el director cuando decidió introducir acontecimientos reales en un argumento totalmente ficticio? Si de todos modos quería hacer una película tan inverosímil, por el amor de Dios, ¿por qué no se ha limitado simplemente a la ficción? La respuesta que se impone a la vista de la película es muy simple. Hollywood se imagina que la realidad no es más que una forma de ficción. La gente de allí se ha alejado tanto de la realidad que incluso utilizan las noticias del día, sin mayor escrúpulo, para sus propios fines. Da igual que se trate de Polonia, Francia o Inglaterra: todos esos países, desde su punto de vista, no son más que escenarios para su deplorables historias. Qué más da que civilizaciones enteras se hundan. Si para los héroes de la película hay un *Happy End* les es indiferente[135].

El *Philadelphia Inquirer* lo formuló de un modo aún más drástico. La cáustica crítica estaba teñida de un desabrido antisemitismo. La autora decía que Lubitsch era un director judío embrutecido[136]. Hasta el día de hoy, *Ser o no ser* tiene en la conciencia de los americanos el defecto de haber traspasado la frontera del mal gusto con su argumento. Los historiadores del cine actuales son más indulgentes con la brillante comedia de Lubitsch, pero casi nunca está ausente el reproche o casi la acusación de que determinadas secuencias no habían sido pertinentes considerando el genocidio que estaba teniendo lugar en ese momento en el este[137].

El propio Lubitsch se sintió consternado por los severos comentarios de sus coetáneos. Cuando le pidieron que al menos eliminase la frase con la referencia a Shakespeare y a Polonia, no accedió. Hizo lo correcto y defendió su obra con una ofensiva en la prensa americana y británica. A los hostigamientos del *Philadelphia Inquirer* no reaccionó hasta pasados dos años, pero cuando lo hizo fue con una extensa y bien madurada carta abierta:

> No escribo esta carta con el propósito de que usted reconsidere su crítica, nada más alejado de mi intención. Le escribo tan solo para indicarle que en varios pasajes de su crítica echa usted mano de lo que en los círculos deportivos se denomina «foul». Este propósito se reconoce claramente cuando, al referirse a *Ser o no ser* llama usted la atención acerca de mi «insensible y desabrido esfuerzo por hallar motivo de diversión en el bombardeo de Varsovia». Usted, en su calidad de experimentada periodista, debe ser consciente del efecto que tal alegato ha de tener en los lectores, muy especialmente en estos tiempos que vivimos. Esta clase de propaganda no es en absoluto bienintencionada, pero cuando se basa en hechos falsos, provoca indignación. Su afirmación de que «hallo motivo de diversión en el bombardeo de Varsovia» es absolutamente falsa. Cuando en *Ser o no ser* me he

> referido a la destrucción de Varsovia, lo he hecho con toda seriedad; los comentarios que aparecen bajo las tomas de la Varsovia devastada hablan por sí solos y no pueden despertar dudas en el espectador acerca de mi punto de vista y mi actitud ante ese acto atroz. Lo que yo he satirizado en esta película es a los nazis y su ridícula ideología. También he satirizado la actitud de los actores, que siguen siendo actores por muy peligrosa que sea la situación, observación que considero legítima. Jamás he mostrado en una película menosprecio por Polonia o los polacos. Más bien he retratado la gallardía de ese pueblo que en medio de su miseria no se echa a llorar en brazos de los demás, sino que en las horas más sombrías no ha perdido su valentía y sagacidad y tampoco su sentido del humor. Se puede discutir si el retrato realista de la tragedia polaca de *Ser o no ser* es o no compatible con la sátira.
>
> Creo que es posible y eso creen también los espectadores a los que observé en una proyección de *Ser o no ser;* pero eso es discutible y cada uno tiene derecho a defender su punto de vista. No obstante, entre expresar su opinión y referirse al «director nacido en Berlín que halla motivo de diversión en el bombardeo de Varsovia» media un gran abismo […][138].

No es probable que la estrategia defensiva de Lubitsch produjera algún efecto en el ambiente emocionalmente cargado de los años de la contienda; la película no se convirtió en un clásico reconocido hasta mucho tiempo después de su muerte. El hecho de que se aplicasen dos varas de medir a la hora de juzgar *El gran dictador* y *Ser o no ser* se puede achacar a la incapacidad de los críticos de ver más allá de los acontecimientos del momento. Los nazis tenían que ser unas bestias agresivas y los polacos unas pobres e indefensas víctimas. Otra visión no era admisible. Lubitsch hizo caso omiso de esos dogmas de la propaganda: en su película, los nazis eran pequeños burgueses grotescos, el polaco era un David astuto que daba esquinazo al Goliath de Hitler una y otra vez con nuevas artimañas. Aunque según las reglas del arte todo el argumento estaba muy bien construido, acertó especialmente en su caracterización de los insustanciales y burdos nazis, una caracterización que iba mucho más allá del marco del argumento de una comedia. No sin razón, el biógrafo de Lubitsch, Herbert Spaich, señaló que el director había reconocido mucho antes que sus contemporáneos la «banalidad del mal». Hitler y sus esbirros no eran demonios, sino en la mayoría de los casos pequeños burgueses sumisos que se habían transformado en asesinos. Para la América del año 1942 la interpretación de Lubitsch, que había de verse confirmada en los juicios de la posguerra, era simple y llanamente inaceptable[139].

La sátira con fines propagandísticos. Las emisiones radiofónicas de la BBC

Cuando se trataba de ridiculizar a los nazis, las emisiones radiofónicas producidas por los Aliados no se andaban con remilgos. La BBC emitía desde 1938 también en lengua alemana. El programa era creado casi exclusivamente por emigrantes alemanes y austríacos. Según las estimaciones, hacia el final de la guerra entre diez y catorce millones de alemanes escuchaban emisoras extranjeras. Por supuesto estaba prohibido con severas penas, pero eso no parecía asustar de verdad a nadie. La idea de emitir, junto a los noticiarios y la popularísima música *swing* (prohibida en el Reich), algunas sátiras mordientes era muy atrevida. Pero los responsables del servicio alemán de la BBC se dejaron convencer por su líder, Robert Lucas, de llevar a cabo un primer experimento. Nadie puso objeciones de carácter ético. En diciembre de 1939 cruzó el aire la primera emisión satírica. El protagonista de la atrevida sátira antinazi era un soldado raso de ficción llamado Adolf Hirnschal. Solía contar a su «queridísima esposa» todo tipo de aventuras jocosas desde el frente. A veces la unidad de Hirnschal estaba rodeada, a veces estaban atacando a los rusos. Experimentaba toda la locura de la guerra y de la ideología nacionalsocialista desde abajo. Comentaba cualquier misión por la patria con una sabiduría similar a la del buen soldado Svejk**[140]**. Los alemanes disidentes, que a pesar de la prohibición escuchaban a escondidas la BBC, recibían con gran entusiasmo la botella con mensaje arrojada al éter desde Inglaterra. Así que las emisiones sobre ese soldado ficticio que decía todo lo que se le pasaba por la cabeza tuvieron un gran éxito. Hasta el final de la guerra, Hirnschal pudo caminar por la Europa en llamas riéndose burlonamente y parloteando sin cesar. Los colaboradores de la BBC se fueron inspirando en los acontecimientos del momento. El día después del atentado frustrado contra Hitler en la *Wolfsschanze* Hirnschal salió al aire con una carta especialmente lacónica enviada desde el frente:

21 de julio de 1944

> ¡Adorada Amalia, amadísima esposa!
>
> No te puedes imaginar la que se ha montado aquí con lo del atentado a nuestro querido *Führer*, y Hans-Joachim Blitz dice que es increíble cómo de repente el destino nos puede alcanzar, y que si el autor del atentado hubiera puesto su cartera tan solo un paso más a la derecha o un paso más a la izquierda, tal vez hoy nosotros estaríamos descansando en paz, pero por suerte la Divina Providencia lo ha evitado. Y según lo está diciendo viene el teniente Hanke y suelta un breve discurso en el que explica que ha sucedido un gran milagro, y que esa es la prueba de que la Providencia está de nuestro lado, y que todo el pueblo alemán apoya a nuestro querido *Führer*, y que venceremos con ayuda del *Führer*, la Providencia y las nuevas armas de represalia[141]. […] Entonces de repente suena la alarma aérea y enseguida estallan las bombas y una nos da de lleno. Según estamos buscando a los muertos y los heridos nos damos cuenta de que han alcanzado al pobre Hans-Joachim Blitz y se ha ido al otro mundo. Y mientras Jaschke y yo estábamos delante de él, voy yo y le digo: «Cojeaba un poco, pero era un tipo recto, Emil». Y Jaschke pone un gesto que nunca antes le había visto, y con voz ronca me dice: «Sí, hoy es él. Y mañana tal vez seré yo. Y pasado mañana, tú, Hirnschal». Y yo le digo: «Sí, Emil, así son las cosas. Muchos cientos de miles que hoy aún están con vida, la palmarán miserablemente como Hans Joachim Blitz. Y muchas ciudades, que hoy son orgullosas y bellas, quedarán reducidas a ruinas y a cenizas. Y muchas mujeres y niños morirán de hambre y de enfermedades. Y todo esto solo porque una cartera no estuvo colocada un paso más a la derecha o un paso más a la izquierda. Si la Providencia lo ha querido así…».
>
> Y en este sentido, mi amadísima esposa, te saludo y te beso.
>
> Tu amante Adolf
> CABO EN EL OESTE[142]

El éxito humorístico de la comedia de Hirnschal inspiró a la BBC a llevar a cabo otras emisiones satíricas. El primero en hacerlo fue el autor Bruno Adler, que se inventó un encantador homólogo al simplón cabo: su Frau Wernicke, una resuelta berlinesa que hablaba descarada y cáusticamente contra el Estado totalitario de los nazis. Al mismo tiempo, la dama hacía una simpática publicidad encubierta para las noticias en idioma alemán de la BBC. Naturalmente, no era posible saber cuántos alemanes encendían la radio cuando las cohortes risueñas de Robert Lucas hacían la guerra desde el frente de la propaganda.

En 1940 el actor austríaco Johann Müller, que en el exilio se hacía llamar Martín Miller, le puso la guinda al programa satírico de la BBC. Pronunciaba en la radio atrevidos discursos haciéndose pasar por Hitler. Sabía parodiar la voz del *Führer* tan perfectamente que una vez incluso la

CIA le preguntó al servicio secreto británico MI16 qué tenían que ver con las nuevas declaraciones de Hitler. Tal y como se pudo saber tras la guerra, el falso *Führer* tenía en Alemania una verdadera multitud de seguidores. El testigo berlinés Manfred Omankowsky relata que su padre, un socialdemócrata, se anotaba los discursos de Hitler que pronunciaba Miller y luego los reproducía en una imprenta clandestina. Y luego le encargaba a su hijo que repartiese las octavillas satíricas entre sus correligionarios. Manfred escondía los discursos falsos de Hitler en el fondo doble de un acuario de cristal. Con la excusa de ir a intercambiar peces con otros coleccionistas, iba a la casa de los amigos de su padre y les ponía las octavillas en las manos. Es evidente que los nazis empedernidos no iban a convencerse de la ridiculez de su ideología a causa de los discursos de Miller. Pero los alemanes disidentes sí se sintieron fortalecidos con el cabaret de la BBC. Tuvieron la sensación, tal y como lo expresa Manfred Omankowsky, de no estar solos en su forma de ver las cosas. Miller sabía cómo animar a su audiencia. Metía el dedo en cada herida abierta del *Führer*. Ahí tenemos, por ejemplo, la promesa de Hitler de que la «victoria final» llegaría en 1941. Con este motivo a Miller se le ocurrió una mirada retrospectiva muy especial. El Fin de Año su imitación del Führer anunció en el servicio en idioma alemán de la BBC con un tono inconfundiblemente rechinante:

> Mi mensaje de hoy coincide con el final de un año en el que yo les garanticé la victoria final. Pero este año tan sólo ha transcurrido en el calendario, en aquel calendario gregoriano que le impuso al mundo germánico un Papa romano corrompido por el judaísmo internacional y los masones llamado Gregorio. ¿Acaso nosotros, los nacionalsocialistas, que le hemos regalado al mundo un nuevo orden, vamos a permitir que unos individuos de fuera nos impongan cuándo comienza y cuándo acabo un año? No, camaradas, cuándo comienza el año alemán y cuándo termina, eso tan solo lo decido yo[143].

Emisiones como esta de la BBC eran los momentos estelares de la sátira antinazi. Para los nazis constituían, naturalmente, una inaudita provocación. En cualquier caso, los nazis no sabían cómo luchar contra el arma del humor; no sabían cómo responder a los ataques satíricos. Y sin embargo durante mucho tiempo parecía como si los alemanes hubieran llevado la delantera en la lucha propagandística. En los primeros años de la guerra, el

programa en lengua inglesa de la radio alemana tuvo en Inglaterra, durante algún tiempo, casi tanta audiencia como la BBC. «Germany calling», con esta frase comenzaban las infames emisiones, frase que en la boca del locutor nazi William Joyce sonaba como un «Jermany Calling» con timbre gangoso. Muy pronto la voz de Alemania fue apodado «Lord Haw-Haw». En lugar de sátira, el programa nazi les ofrecía a los ingleses cínicos consejos sobre cómo curar las heridas provocadas por los bombardeos. Todo aquello era pronunciado por Joyce en un perfecto inglés de Oxford con timbre nasal. Pero el director del programa en idioma inglés no era precisamente un aristócrata, sino un resentido bravucón que se había ganado una larga cicatriz en el rostro en el transcurso de una pelea callejera. Tras la guerra lo capturaron en Hamburgo y, como originalmente había sido ciudadano británico, fue ejecutado por alta traición.

«Eso no lo hace un buen alemán»: La sátira nazi «Tran und Helle»

Tras los éxitos iniciales de los alemanes en la guerra radiofónica, la BBC tuvo una clara ventaja hasta la caída del imperio nazi. Goebbels y sus cómplices aplicaron penas draconianas a los «delincuentes radiofónicos». Eso era un signo de su desorientación, puesto que a las autoridades no les fue posible ni siquiera en una primera fase poner freno a la creciente escucha clandestina a pesar de las amenazas, Aquel que escuchase clandestinamente las noticias extranjeras y las difundiese a continuación podía ser condenado, según una ley decretada en 1939, con la pena de muerte. El Boletín Oficial del Estado explicaba prolijamente por qué desde el punto de vista nacionalsocialista se consideraba un delito tan grave exponerse a las ondas del enemigo:

> En la guerra moderna el enemigo no solo lucha con las armas bélicas, sino también con medios para influenciar y desmoralizar psicológicamente al pueblo. Uno de esos medios es la radio. Cada palabra que el enemigo emite es, naturalmente, mentira y tiene el objetivo de infligir daños al pueblo alemán. El Gobierno del Reich sabe que el pueblo alemán conoce esos peligros, y por lo tanto

espera que todo alemán, por sentido de la responsabilidad, se imponga como deber moral abstenerse totalmente de escuchar emisoras extranjeras. Para aquellos camaradas que carezcan de ese sentido de la responsabilidad, el Consejo de Ministros ha promulgado el siguiente decreto para proteger al Reich. El Consejo de Ministros para la defensa del Reich promulga para todo el ámbito del Gran Imperio Alemán con fuerza de ley:

1. La escucha intencionada de emisoras extranjeras está prohibida. Las infracciones serán castigadas con la reclusión en un correccional. En casos menos graves se les podrá condenar a prisión. Los aparatos receptores utilizados serán confiscados.
2. Quien difundiera premeditadamente las noticias de emisoras extranjeras susceptibles de causar perjuicios en la moral de resistencia del pueblo alemán, será castigado con reclusión, y en los casos especialmente graves con la pena de muerte[144].

A pesar del usual afán de denuncia y de algunos repugnantes procesos espectaculares en los que los radioyentes clandestinos fueron condenados a muerte, muchos alemanes no dejaron de seguir escuchando las «emisoras enemigas». En la radio alemana prevalecían las noticias jubilosas; incluso cuando la Wehrmacht se veía obligada a retroceder, las instancias oficiales lo disfrazaban como una «rectificación del frente» y «movimiento de retirada planificado». A pesar de toda la propaganda, la BBC constituía una fuente mucho más fiable. En Berlín se mofaban de los mentirosos discursos que Goebbels pronunciaba en la radio, los llamaban «la hora de los cuentos del cojito». También el refrán «Se agarra antes a un mentiroso que a un cojo» circulaba durante la guerra haciendo referencia a la cojera del ministro de Propaganda. Pero incluso las personas que adivinaban las intenciones de la propaganda nazi tenían que reconocer que los nazis sabían hacer un uso magistral de los medios de comunicación para lograr sus objetivos. Además de la radio, cuya relevancia Hitler había reconocido ya desde el principio, fueron los noticiarios los que sobre todo sirvieron a la propaganda nacionalsocialista. La predilección de Goebbels por el mundo de la cinematografía le inspiró a llevar a cabo un experimento humorístico. En los primeros años de la guerra, el Ministro de Propaganda ordenó que antes de los noticiarios se emitiesen *sketchs* políticos. *Tran und Helle* se llamaba aquella serie extraordinariamente popular. El concepto era simple: el torpe calvorota Tran (Ludwig Schmitz) se indignaba por todo tipo de irregularidades, leía libros de autores judíos y compraba naranjas en el

mercado negro. En pocas palabras: hacía mal todo lo que podía hacer mal un buen ciudadano del Reich. Helle, el esforzado hombre de partido, ponía firme al eterno cascarrabias una y otra vez con enérgicas reprimendas. A veces los consejos «bienintencionados» iban acompañados de amenazas, como por ejemplo en el *sketch* del oyente clandestino:

> HELLE: Qué bien que por fin te has comprado un aparato de radio. Ahora podrás enterarte de lo interesante que es la época que estamos viviendo. Podrás escuchar los grandes noticias de todo el Reich.
> TRAN: Tal vez también pueda escuchar de vez en cuando emisoras extranjeras.
> HELLE: ¿Cómo? ¿Quieres escuchar emisoras extranjeras?
> TRAN: Sí, noticias del exterior; de Londres, por ejemplo.
> HELLE: ¿Londres?
> TRAN. Sí, Londres. ¿Me puedes explicar cómo se hace?
> HELLE: Pues yo no sé cómo conseguir Londres, pero lo que conseguirás si consigues Londres, eso sí lo sé.
> TRAN: ¿El qué?
> HELLE: Ir al calabozo, ¡incluso a la cárcel!
> TRAN: ¿Aunque nadie se dé cuenta?
> HELLE: Da igual que alguien se dé cuenta o no se dé cuenta, esa no es la cuestión. Simplemente un buen alemán no hace algo así.
> TRAN: Pero uno tiene que orientarse y saber lo que pasa fuera.
> HELLE: Naturalmente, y las emisoras extranjeras siempre dicen la pura verdad. ¿Es que nunca has oído nada del sistema de noticias de nuestros enemigos? Entonces deberías saber que todo va exclusivamente dirigido a debilitar nuestra capacidad de resistencia.

Aunque hoy nos parezca incomprensible, los espectadores se tronchaban de risa con los *sketchs* de *Tran y Helle*. Eso, no obstante, no significaba que se dejaran impresionar por las disquisiciones didácticas de Helle. En la mayor parte de los casos incluso sucedía lo contrario. Cuando los espías del Ministerio de Propaganda de Goebbels informaron de que la gente adoraba la serie porque Tran, el cascarrabias, les resultaba simpático, ordenó suspender de inmediato la comedia nazi. Tras aquel resultado tan contraproducente, los nazis nunca más se atrevieron a aproximarse a los *sketchs* políticos. También la serie similar llamada *Líese y Míese* fue desestimada al poco tiempo. Así pues, solo nos queda añadir que Jupp Hussels, que en *Tran y Helle* interpretaba al ideólogo nacionalsocialista, proclamó cándidamente que él en realidad era una persona apolítica. Dijo

que en aquel entonces no se percató de que los *sketchs* eran todo lo contrario de una inocente diversión.

La radicalización interna

A pesar de todas las jugadas maestras propagandísticas, el Gobierno alemán no podía ocultar que la guerra no iba precisamente viento en popa. El indicio del viraje de la guerra fue la catástrofe invernal de 1941/1942 durante la cual una Wehrmacht insuficientemente equipada tuvo que encajar sensibles derrotas en la vasta extensión de la Rusia Soviética. Especialmente la generación que había tomado parte de forma activa en la Primera Guerra Mundial y que era verdaderamente consciente de los peligros de una guerra de dos frentes, comenzó a tener la sospecha de que Hitler se había excedido definitivamente con el ataque a la Unión soviética. Pero no era solo el fantasma de Verdón lo que inquietaba a la gente. El paralelismo histórico con Napoleón, que había sufrido una derrota aplastante en Rusia, se impuso a muchos alemanes. Y, por si fuera poco, la inconmensurable Rusia, convertida en hielo, era tan solo uno de los muchos enemigos con los que debían lidiar los señores de la guerra nacionalsocialista. También en otros frentes, como por ejemplo en Egipto, se evidenciaba que el ejército alemán se había excedido en su despliegue y carecía de los necesarios recursos materiales y humanos. La Luftwaffe de Goering no fue capaz de mantener a distancia a los aviones enemigos, incluso haciendo uso de todas sus fuerzas. Las ciudades alemanes sufrieron bombardeos desde 1940, y desde 1943 las bombas aliadas caían incluso durante las veinticuatro horas del día. Göring dijo que le podían llamar Meier si algún día un avión enemigo sobrevolaba el territorio alemán[145]. Ahora el mote lo perseguía: el presuntuoso Göring se había ganado a pulso aquella burla.

Pero el presagio cruento, el vuelco definitivo de la guerra, llegó con la capitulación de los alemanes en Stalingrado. Con la VI Armada desapareció también la aureola de Hitler, considerado «el comandante más grande de

todos los tiempos» (en boca del pueblo, *Gröfaz*[146]). Su afán de infalibilidad se dio de repente de bruces con la realidad. Reaccionó con obstinación enviando al ejército descabelladas consignas para que siguiera luchando. La distancia cada vez más grande entre la situación real y los espejismos nacionalsocialistas no solamente no provocaron cambios en la actitud de Hitler: el mando nacionalsocialista, sintiéndose acorralado, reaccionó golpeando a diestro y siniestro de forma incontrolada. La «guerra total» se hizo realidad de manera cruenta en todos los escenarios de lucha mucho antes del célebre discurso de Goebbels en el Palacio de Deportes de Berlín. Una parte de la desenfrenada agresión la dirigió Alemania contra sí misma: en el frente se sacrificaron sin ninguna necesidad a cientos de miles de soldados, y tras el frente las SS ostentaban el mando. A la radicalización hacia fuera le siguió una radicalización del Tercer Reich hacia dentro. Mientras la justicia terrorista nazi se había mantenido relativamente contenida durante la embriaguez de las primeras victorias, ahora llovían desde el cielo condenas a muerte contra los «derrotistas». El fundamento de los procesos y las ejecuciones lo constituía el Decreto sobre el Derecho Penal Extraordinario en la Guerra del inmisericorde general Keitel, que había sido formulado con bastante vaguedad intencionadamente:

> Se aplicará la pena de muerte en caso de desmoralización de las fuerzas defensivas […] Aquel que exhorte o incite a rehusar el cumplimiento del deber de servicio en el ejército alemán o de uno de nuestros aliados, o que intente públicamente paralizar o socavar la voluntad del pueblo alemán o de alguno de sus aliados de defender sus propios intereses[147].

La justicia hizo uso en abundancia de esa carta blanca para actuar con la más sangrienta arbitrariedad. Los jueces hicieron una interpretación creativa de la palabra «públicamente». Incluso las observaciones críticas que se expresaban en el más estrecho círculo familiar fueron clasificadas por los tribunales como «sedición y desmoralización». Se apoyaban en un sinfín de diligentes simpatizantes que cada año denunciaban a cientos de ciudadanos de la oposición. A veces, como en el caso de los hermanos Scholl, era el portero, a veces el vecino que tenía alguna cuenta pendiente con la víctima, a veces incluso los propios hijos. Uno no podía sentirse seguro en ningún lugar con tantos ayudantes en acción. Sin los delatores, animados siempre

por la autoridad, el Estado totalitario nacionalsocialista nunca hubiera tenido poder sobre sus ciudadanos. La temible Gestapo no tenía el personal suficiente como para mantener a raya a una población de millones de seres humanos. En lugar de ampliar la policía secreta, los nazis concibieron un pérfido sistema a través del cual las denuncias podían llegar hasta la Gestapo desde muy abajo, desde el simple *Blockwart*.

Chistes ante los tribunales. El comediante Fritz Muliar en el frente

De lo que pasó con los individuos que fueron denunciados por contar chistes derrotistas nos informa la ya mencionada investigación de Meike Wöhlert, basada en un análisis de actas de la Gestapo y el Servicio de Inteligencia. En la mayoría de los casos, los «infractores» fueron previamente citados y advertidos por la Gestapo. La cosa raramente tenía mayores consecuencias. Incluso en los casos que eran remitidos a uno de los tribunales políticos especiales, el proceso desembocaba normalmente en una simple amonestación. Además, en el caso de los chistes, normalmente no se juzgaba a los acusados según el Decreto de Derecho Penal Extraordinario de Guerra, sino según la «Ley de Alevosía», más indulgente. La pequeña minoría que sin embargo fue condenada a prisión preventiva pocas veces tuvo que permanecer más de cinco meses en la cárcel[148]. Resumiendo: en comparación con las manifestaciones derrotistas expresadas en un contexto serio, los chistes políticos eran tratados por la autoridad más bien como minucias.

Sin embargo, no se puede negar que existían algunas excepciones en que los chistes proporcionaron a las autoridades el pretexto perfecto para quitarse de en medio definitivamente a algunos conciudadanos incómodos. Vamos a profundizar en varios de estos procesos que tuvieron lugar en los últimos años de la guerra. Sobre todo en Austria es célebre el caso del actor vienés Fritz Muliar. Aquel enemigo acérrimo de los nazis había sido llamado a filas en 1940 y tuvo que servir al ejército en Francia. Cuando se

enteraron de que era actor le pidieron que montase una «velada de variedades» para la tropa. Eso no era inusual, ya que también otros artistas fueron destacados al frente para entretener a las tropas. Muchos de los cómicos que hicieron carrera tras la caída del Tercer Reich actuaron en «el cabaret de la tropa», entre ellos el propio Heinz Erhardt, así como el que luego fuera locutor de televisión, Peter Frankenfeld. Los nazis esperaban de los actores un humor apolítico y amable que distrajese a los hombres de la rutina bélica. Desde el principio, Muliar no se atuvo a esa ley tácita, tal y como contó en una de las entrevistas que se llevaron a cabo para escribir este libro. Los chistes que contaba a sus camaradas eran muy atrevidos:

> Siempre que contaba algo que no era tan fiel a la línea del partido, los camaradas estallaban en carcajadas. Y naturalmente yo iba subiendo el tono […] Entonces un sargento mayor, un austríaco llamado Müller, que trabajaba en la comandancia de Auxerre me dijo: «ten cuidado, la cosa puede volverse contra ti».

Muliar ignoró aquel consejo. En su *tournée* por la Francia ocupada tuvo contacto con la población a menudo. El odio de los franceses contra sus ocupantes era muy grande. Su interpretación satírica del acrónimo NSDAP era: *Nous Sommens des Allemands provisoires*, somos alemanes provisionales. Los chistes sobre esos «alemanes provisionales» eran mordaces, antialemanes y destilaban una indisimulada amargura. Muliar ayudaba a los franceses, conducía a fugitivos hacia la frontera y siempre estaba dispuesto a realizar acciones subversivas. Los ásperos chistes que había cogido al vuelo se los contaba a la tropa, también a un «camarada» austríaco. El compatriota, que era un profesor de Enseñanza Media del distrito 1, lo denunció inmediatamente. Poco después, mientras Muliar estaba haciendo guardia en un extraño aeropuerto falso lleno de aviones de pega, fue arrestado. En la prisión de Auxerre se enteró de que había sido acusado en virtud del parágrafo 5 del Decreto de Derecho Penal Extraordinario. La acusación era que había debilitado la moral de la tropa con sus afirmaciones y chistes derrotistas. En realidad, el joven soldado no se había mordido la lengua y le había dicho a todo aquel que quisiera escucharle que «Goebbels era un hijo de puta, Hitler un criminal y que la guerra estaba perdida sin remedio»[149]. Es cierto que los oficiales de su unidad —como todo el mundo sabía— se contaban entre ellos chistes

sarcásticos, pero lo podían hacer sin temor a que los castigasen. De cualquier modo, Muliar ya había llamado antes la atención de las autoridades. Su contacto con los franceses y su pertenencia al Frente Patriota austríaco le habían hecho sospechoso a ojos de los nazis. Así pues, los chistes eran el pretexto perfecto para deshacerse del joven rebelde. Muliar estuvo recluido en una celda individual durante siete meses, siete meses de una torturante incertidumbre. Pero salió bien parado del proceso que tuvo lugar ante el Tribunal de Campo de la 10.ª División de Aviación. Al parecer, el juez era de la opinión de que Muliar había hecho esas declaraciones no para expresar sus convicciones políticas, sino impulsado por su vehemencia juvenil. Por la «desmoralización de las fuerzas defensivas» le condenaron a cuatro meses de prisión; a ello se añadieron cuatro meses por un robo que no había cometido. Pero el alivio que sintió Muliar no había de durar mucho. Cuando regresó a la cárcel de Auxerre le comunicaron que iban a reabrir su caso. La razón era que la máxima autoridad judicial de la División, un mariscal de campo llamado Sperrle, consideraba que la sentencia era demasiado indulgente. Eso significaba, tal y como le explicaron crudamente a Muliar, que una vez se retomase el proceso, debía contar con la pena de muerte. Muliar, a la sazón un joven de veintidós años, se sentó en su celda tras recibir aquella terrible noticia y escribió su testamento. Junto a una desgarradora carta a su familia, su «última voluntad» contenía una disposición que indicaba que su amigo Kurt Jelinek fuera el heredero de su reloj de oro y una conocida de Viena la heredera de su ejemplar del *Fausto* de Goethe[150].

El 12 de diciembre de 1942 aquella terrible espera llegó a su fin. Llevaron a Muliar de vuelta a París y lo pusieron ante un tribunal militar. Pero, para gran alivio del joven austríaco, la sentencia fue «solo» de cinco años de prisión que más tarde se conmutaron por libertad condicional en el frente. Muliar fue deportado a la cuenca Donéts y allí tuvo que prestar sus servicios en una de las tristemente célebres «unidades de prisioneros», que en la mayoría de los casos no eran más que comandos suicidas. El prisionero sobrevivió milagrosamente a aquel destino asesino; incluso salió indemne del paso sobre un campo de minas. Pero, como recordaba muchos

decenios después en una entrevista: «Por aquel entonces creía que nunca más en la vida podría volver a reír».

Condenada a muerte por el tribunal del pueblo. El caso de una empleada de la industria armamentística

Aunque la unidad de prisioneros en el este era el preámbulo del infierno, Muliar salió de allí con vida. Pero la dibujante técnica checa llamada Marianne Elise K. de Berlin-Mariendorf no tuvo esa suerte. Un colega de la fábrica de armamento en la que trabajaba la denunció por haber contado el siguiente chiste:

> Hitler y Göring están en la torre de radiodifusión de Berlín. Hitler dice que quiere darles una alegría a los berlineses. A lo que Göring le contesta: «¡Entonces salta desde la torre!».

Su caso fue remitido al célebre Tribunal del Pueblo, que desde hacía mucho tiempo perseguía la notoriedad alardeando de sus rigurosísimas sentencias. El presidente del Tribunal, el Dr. Freiler, cuyo nombre es sinónimo, como ningún otro, de la justicia terrorista de la época nazi, presidió el juicio personalmente. El fallo que se anunció el 26 de junio de 1943 rezaba:

> La Sra. Marianne K., en su condición de viuda alemana de guerra, ha intentado socavar nuestra sólida moral de defensa y nuestro trabajo eficiente en aras de la victoria en una fábrica de armas haciendo uso de palabras malévolas contra el *Führer* y el pueblo alemán, expresando con ello el deseo de que perdamos la guerra. Por eso y debido a que se ha comportado como una checa, aunque es alemana, se ha situado al margen de nuestra comunidad patriótica. Ha perdido el honor para siempre y por lo tanto es condenada a muerte[151].

Marianne K. fue ejecutada en la guillotina en Berlin-Plötzensee. El hecho de que se sintiese apesadumbrada porque su marido había «caído» en una absurda guerra ofensiva no se consideró un atenuante. Por el contrario, desde el punto de vista del tribunal, su culpa era aún mayor por hablar mal de Hitler en su condición de «viuda de guerra». Sin duda, el declarado

objetivo del tribunal era cerrar los ojos ante el sufrimiento de los individuos. «En general, el juez del Tribunal del Pueblo se debe habituar a considerar que lo primordial son las ideas e intenciones del Gobierno y lo secundario el destino humano que está en sus manos», así escribía Thierack, el presidente saliente del primer Senado, a su sucesor, Roland Freisler, con toda claridad[152]. Y este le cogió la palabra. En el transcurso de la guerra, los casos asignados al Tribunal del Pueblo fueron aumentando año tras año. También el número de sentencias de muerte aumentó vertiginosamente: en el año 1942, cuando el viraje de la guerra ya se veía venir, se multiplicó por diez en comparación al año anterior:

1937: 32 penas de muerte.
1938:17 penas de muerte.
1939: 36 penas de muerte.
1940: 53 penas de muerte.
1941:102 penas de muerte.
1942:1192 penas de muerte.
1943:1662 penas de muerte.
1944: 2079 penas de muerte[153].

Los «derrotistas» como la dibujante técnica Marianne K. fueron condenados casi sin excepción a pena de muerte. No se establecían diferencias entre simples ciudadanos o figuras prominentes. Una de las víctimas, el pianista de fama internacional Karlrobert Kreiten fue denunciado por haber profetizado que en la dirección del régimen nazi pronto decapitarían a alguien. Incluso la intervención personal de Furtwängler, el director de orquesta mundialmente conocido, no sirvió de nada. La sentencia a muerte de Kreiten se celebró con un jocoso comentario en el *12-Uhr-Blatt* berlinés: «Artistas: ejemplo y modelo». El autor del vergonzoso artículo era el periodista Werner Höfer. Höfer hizo carrera tras la guerra en *Westdeutsches Fernsehen*. A pesar de que la opinión pública conocía desde los tempranos años sesenta su turbio pasado, pudo llegar a ser el presentador del programa político *Internationaler Frühschoppen* y hacerse llamar «director de televisión».

Denuncia y ejecución de la estrella de cine Robert Dorsay

Otro «derrotista» famoso fue el actor Robert Dorsay, que en muchas películas de la UFA interpretaba el papel de rompedor de corazones y lisonjero de turno. Además de sus habilidades interpretativas, Dorsay sabía contar chistes cómicos con una gracia impresionante y lo hacía cada vez que se le presentaba la ocasión. Le encantaba divertir a la gente en las fiestas glamurosas de la UFA con sus chistes sobre Hitler y Goebbels, que no siempre eran inofensivos:

> Durante la entrada de Hitler en una ciudad, grupos de niñas provistas de ramos de flores se agolpan a ambos lados de la calzada. Una de ellas le tiende al *Führer* un manojo de hierbas. «¿Y qué voy a hacer con esto?», le pregunta Hitler. «Plantarlo», contesta la pequeña. «La gente dice todos los días: solo cuando el *Führer* críe malvas, vendrán mejores tiempos».

Parece que a Dorsay no se le pasó en ningún momento por la cabeza que no a todos los colegas podía agradarles este tipo de humor. Siempre hizo oídos sordos a las señales de advertencia; cuando le exigieron expresamente que se afiliara al NSDAP dio la negativa por respuesta**[154]**. Dorsay, como todo el mundo sabía, despreciaba a los nazis. Y fue sistemáticamente castigado por su orgullosa actitud y sus valientes palabras. Primero la UFA se ocupó de que no le ofreciesen ya más papeles importantes. Fue una dura caída para el que hasta entonces había sido una fulgurante estrella. En la repugnante película *Robert und Bertram* interpretó el papel del criado judío del comerciante Ipelmeyer, una aparición como estrella invitada que duró un segundo y en la que aparece como una caricatura viviente de *Der Stürmer*. Pero su desganado guiño a los nazis a través de esa incursión en los abismos del antisemitismo más primitivo no detuvo su caída. Durante los años de la guerra, Robert Dorsay pudo actuar todavía, si bien como cómico mal pagado, en los teatros del frente, pero ya no le permitieron rodar películas. En la cantina del Deutsches Theater de Berlín se encontraba con compañeros afines que desahogaban su frustración en la compañía del vino y la cerveza. Dorsay animaba la tertulia con los chistes más recientes

sobre el *Führer* y muy pronto fue denunciado a las autoridades por un alto funcionario que se encontraba casualmente por allí. La consecuencia de la denuncia fue que un Tribunal Extraordinario del Consejo de Guerra del Reich condenó al actor en agosto de 1943 a dos años de prisión. Y cuando Dorsay estaba empezando a cumplir su condena, su caso adquirió mayores proporciones. En aquel momento el Estado intentaba compulsivamente mantener unida a la desmoronada *Volksgemeinschaft* nazi a través de medidas brutales. Heinrich Himmler, nombrado ministro del Interior del Reich en 1943, revisó todas las sentencias de los tribunales especiales: por lo visto le parecían demasiado indulgentes. El 8 de octubre de 1943, Dorsay tuvo que comparecer de nuevo ante el Tribunal. Esta vez el proceso acabó con la pena de muerte. Apenas veinte días más tarde, Dorsay fue guillotinado en Berlin-Plötzensee. En el *Völkischer Beobachter* y en numerosos periódicos, su muerte fue anunciada con una lacónica nota:

> Traición castigada con la muerte: Berlín, uno de noviembre. El actor Robert Stampa, conocido como Dorsay, fue condenado a muerte por su continuada hostilidad contra el Reich unida a la más grave actividad de desmoralización de la capacidad defensiva alemana. La sentencia ya ha sido ejecutada[155].

De esta manera, el nombre de Robert Dorsay se pudo ver por última vez en un cartel en el penúltimo año de la guerra. Esta vez no se trataba de un cartel cinematográfico, sino de un afiche con una columna de anuncios en color rojo púrpura que anunciaba al mundo sucintamente su ejecución.

¿Cuándo se convirtió la risa en algo peligroso?

Con el caso de Dorsay había quedado demostrado una vez más que, en el Estado nacionalsocialista, el delito de contar chistes políticos contrarios al régimen se podía medir con diferentes raseros. En algunas ocasiones los acusados salían bien librados con una simple amonestación, en otras los enviaban a prisión y en algunos casos extremos terminaban en el patíbulo. La razón de estas diferencias extremas se debe atribuir, tal y como lo ha

demostrado Meike Wöhlert de manera impresionante, no solo a la arbitrariedad de la Justicia. Tras la actuación de los jueces se escondía un sistema. En los procesos contra los así llamados «derrotistas», lo que contaba en primera instancia no era el acto, sino las convicciones, el credo político del autor del delito. Cuando un hombre como Dorsay, que ya se había hecho notar con sus críticas al régimen, se encontraba ante un tribunal a causa de un chiste, tenía que contar con una sentencia mucho más severa que un ferviente nacionalsocialista que hubiera contado el mismo chiste. Este principio fundamental de la jurisprudencia nacionalsocialista procedía, tal y como se puede colegir de una instrucción dada por Reinhard Heydrich en el año 1936, del propio Hitler[156].

Las draconianas sentencias impuestas por el Tribunal del Pueblo tenían una función ejemplarizante que culminó con éxito. Cuando el número de penas de muerte creció desmesuradamente en los últimos años de la guerra, también aumentó la sensación de amenaza al contar chistes críticos con el régimen. Sin embargo, la tesis de que reírse en el Tercer Reich significaba la muerte no se puede sostener en los mismos términos en que siempre ha sido formulada. No era la narración en sí de un chiste lo que ponía en peligro de muerte al que lo contaba, ese peligro solo existía por regla general cuando los nacionalsocialistas andaban buscando un pretexto para eliminar a un individuo. Lo decisivo no era el «delito» en sí, sino la imagen que las autoridades tenían de la actitud del acusado frente al nacionalsocialismo. Con el siguiente ejemplo de este chiste documentado en diversas fuentes esto queda bien claro:

> En la escuela cuelgan el retrato del canciller [Hitler] y del ministro Göring. En el medio, es decir, entre los dos cuadros queda aún espacio. El profesor pregunta: «¿Qué hacemos con el espacio que ha quedado libre?». Un niño se levanta y dice: «Colgaremos a Jesús en medio, porque él también estuvo colgado entre dos criminales».

En el año 1933 este chiste era considerado una bagatela por la Gestapo y los tribunales especiales, como puede comprobarse fehacientemente. Pero cuando durante los últimos años de la guerra un sacerdote disidente contó una variante del chiste, el Tribunal del Pueblo, que intervino por iniciativa

propia, ordenó una pena de muerte. Y eso que en esta ocasión la burla estaba disimulada y el chiste había perdido bastante causticidad:

> Un herido yace en el lecho de muerte y quiere saber en nombre de quién ha muerto. Llama a la enfermera y le dice: «Muero como soldado y quisiera saber por quién he dado mi vida». La enfermera le contesta: «Usted muere por el *Führer* y el Pueblo». Entonces el soldado pregunta: «Entonces ¿el *Führer* no puede acercarse a mi lecho de muerte?». La enfermera le contesta: «No, eso no es posible, pero le traeré su retrato». Entonces el soldado ruega que le pongan el retrato a su derecha. Y prosigue diciendo: «Pertenezco a la Luftwaffe». Así que la enfermera le trae el retrato del mariscal Göring y se lo pone a la izquierda. Y entonces el soldado dice: «Ahora muero como Cristo».

En las páginas siguientes pretendemos bosquejar cómo se produjo el trágico encadenamiento de hechos que condujo a esta sentencia draconiana. La víctima fue el sacerdote católico Joseph Müller, nacido en 1884. Müller provenía de una familia ultraconservadora y profundamente religiosa. Tomó parte como voluntario en la Primera Guerra Mundial, al igual que muchos otros jóvenes de su generación. En Francia y Rumanía lo hirieron y regresó de la guerra traumatizado. No obstante, finalizó sus estudios de Teología y se ordenó sacerdote en 1922. Ya en su primer destino en Duderstadt se puso de manifiesto que poseía un gran talento para trabajar con la juventud cristiana. En los años treinta llegó a impartir hasta diecisiete horas semanales de clases de religión. Aquel hombre más bien grave y con tendencia a la depresión desde la Primera Guerra Mundial florecía literalmente cuando tenía ocasión de hacer apostolado. La política no quedaba excluida de su actividad docente; a menudo advertía de las posiciones extremas, de aquellos «espejismos» que la juventud no debía perseguir[157]. De esta manera entró inevitablemente en conflicto con los nazis locales, que querían ver a la juventud no en la iglesia, sino en las Juventudes Hitlerianas y en la Liga de Muchachas Alemanas. En Heiningen, un pueblo de la Baja Sajonia, penúltima estación de Müller en su carrera sacerdotal, no era solo la juventud católica la que se daba cita en el jardín de la parroquia. Su casa también se convirtió en punto de encuentro para los trabajadores polacos condenados a trabajos forzados, a los que ofrecía consuelo espiritual. Los hacía llamar para que arreglasen su jardín, pero era solo un pretexto para que pudieran participar en la misa y en

los encuentros cristianos. Naturalmente, aquello iba en contra de las disposiciones jurídicas, exactamente igual que su afirmación «derrotista» y pública de que Alemania nunca ganaría la guerra[158].

Aunque en Heiningen nunca había entrado en conflicto oficialmente con las autoridades, con todo ello —según la interpretación de los nazis— ya no tenía las manos limpias. Cuando el 1 de agosto de 1943 tomó posesión de su nuevo cargo en la localidad de Gross Düngen, cerca de Hildesheim, ya era una persona políticamente sospechosa. Pero el propio Müller no era plenamente consciente de su precaria situación. Incluso sus amigos lo caracterizaban como una persona cándida; un superior suyo le atribuía una mediana inteligencia y añadió que Müller no tenía mucha «agilidad mental»[159].

En Gross Düngen, el párroco hizo rápidamente amigos que muchos años después aún seguirían alabando su bondad. Pero al recién llegado se le pasó por alto que un maestro artesano del lugar que a menudo realizaba reparaciones en la casa parroquial era un nazi fanático.

Apenas un mes después de su llegada a Gross Düngen, el párroco Müller tuvo una breve conversación, tras la clase de religión, con el maestro del pueblo, B. Durante esa charla, B. le contó el chiste antes mencionado del soldado agonizante. El maestro B. había escuchado el chiste en un bar, donde según los testimonios de los allí presentes, unos campesinos lo estaban contando a voz en grito. De vuelta a casa, el párroco Müller se encontró casualmente con el padre, gravemente enfermo, del artesano de Düngen. Para animarle, pero posiblemente también para callarle la boca al hijo, que en su presencia siempre contaba chistes antirreligiosos, el párroco Müller le contó el chiste que acababa de escuchar. El joven maestro artesano N. se dirigió de inmediato al jefe del grupo local del NSDAP y denunció al párroco. La primera piedra, a la que después debían seguir muchas otras, había sido lanzada. Cuando los habitantes de Gross Düngen pusieron el caso en conocimiento de la Gestapo de Hildesheim, el desastre inició su curso. Durante el servicio divino aparecieron de repente en la iglesia unos policías secretos que se colocaron en el pasillo central y comenzaron a garabatear ostensiblemente en sus cuadernos. Después el párroco fue citado por la Gestapo. Tras el interrogatorio lo dejaron marchar

porque los de Hildesheim esperaban indicaciones de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA, *Reichssicherheitshauptamt*) que ahora llevaba el caso. La maquinaria del Estado sin derechos, ese pérfido sistema que solo podía funcionar gracias a los delatores como el joven maestro artesano, empezó a trabajar a toda máquina. Los párrocos contrarios al régimen ya ocupaban, de todos modos, los primeros puestos de la lista negra de los nazis. Tan solo un año antes el párroco de Harzburg, una comunidad perteneciente al obispado de Hildesheim, había sido asesinado en el «bloque de párrocos» del campo de concentración de Dachau[160].

En el transcurso de siguiente trimestre, el párroco Joseph Müller fue citado varias veces por la Gestapo. En los interrogatorios afirmaba repetidamente que él no había querido hacer un chiste sobre el *Führer*. Que, en realidad, la historia del soldado agonizante era para él más bien una parábola cristiana sobre «el recuerdo a las víctimas». Y que al contarlo había querido animar al padre agonizante del artesano N. Esta enrevesada estrategia defensiva fue la que mantuvo de manera consecuente en los meses siguientes. A pesar de todas las amenazas, no delató el nombre del maestro que le había contado el chiste. Para colmo de desgracias, el temido Tribunal del Pueblo había intervenido en la investigación en curso y exigía una rápida detención del «derrotista». Entre tanto el denunciante N. había comenzado a sentir remordimientos y se citó en secreto con Joseph Müller en una taberna de un pueblo vecino. Durante la conversación dio muestras de arrepentimiento, pero el intento de paralizar las pesquisas en curso retractándose de su denuncia no tuvo éxito. El 11 de mayo de 1944, Müller fue detenido en la casa parroquial. Tal y como lo relatan algunos testigos, los policías entraron por la puerta de atrás para impedir la huida del párroco. Primero lo llevaron a la cárcel de Hildesheim. Pocos días después, la Gestapo se lo llevó a la penitenciaría de Berlin-Moabit con la excusa de que tenían que tratarlo de una aguda afección gastrointestinal en el hospital militar. El 15 de julio, al párroco de Gross Düngen le pusieron ante los ojos el sumario del Tribunal del Pueblo. El juicio contra él por «desmoralizar a las fuerzas defensivas» tuvo lugar veintiún días después, tan solo unos pocos días tras el atentado frustrado de Stauffenberg contra Hitler. El momento no hubiera podido ser peor para el acusado. Ahora el Estado

quería actuar de manera ejemplarizante. Cuatro hombres valientes de Gross Düngen que se habían presentado como testigos de descargo ni siquiera tuvieron oportunidad de declarar ante el Tribunal del Pueblo. La vista escenificada por el presidente, Roland Freisler, se convirtió en un aterrador proceso de cara a la galería. Freisler interrumpía una y otra vez al acusado y se deshacía en imprecaciones. Tal y como contó más tarde Oskar Müller, el hermano del párroco, Freisler no paró de hacer chistes hostiles sobre la Iglesia durante la intervención de los testigos:

> Freisler organizó la audición del testigo totalmente a su manera. Merece ser recordado que también durante la audiencia de testigos Freisler se permitió hacer una y otra vez chistes y ataques violentos, incluso cínicos, contra el cristianismo, contra el Papa, los obispos, los sacerdotes y las instituciones religiosas, que se fueron agravando hasta llegar a la blasfemia con ocasión de un chiste contado por uno de los testigos, que ridiculizó y degradó la fe cristiana en el cielo y el infierno de una manera infame. Fue precisamente Freisler el que transformó las palabras del testigo en una vil mofa. También el registro de pruebas dejó claro que en los círculos del partido nacionalsocialista consideraban necesario tener bajo observación al párroco de Gross-Düngen porque a través de su actividad —se referían seguramente a su incansable celo en el trabajo con la juventud de su parroquia— podía destruir todo lo que el Partido había puesto en pie allí.

Así que en aquel proceso no se trataba en absoluto del delito en concreto, sino de un ajuste de cuentas general con un sistema de creencias que era contrario al nazismo.

Freisler fue capaz de argumentar coherentemente incluso en medio de sus descontrolados arrebatos. Y tal y como demuestran los protocolos de sus procesos, también fue tremendamente sagaz en los momentos de sus más diabólicos excesos. Puesto que Freisler era indudablemente un hombre perspicaz, durante el proceso a Müller tuvo que darse cuenta por fuerza de que Alemania iba a perder la guerra. Al menos aquello estaba claro para aquel hombre sobrio en 1944. Pero al diagnóstico de su entendimiento, Freisler le contraponía una fe casi religiosa en el *Führer* y en la «victoria final»[161]. Aquel que ponía en duda aquella fe sacudía los frágiles cimientos de las convicciones de Freisler. En el penúltimo año de la guerra, la diferencia entre los sueños nacionalsocialistas y la realidad ya se había hecho tan enorme que las dos cosas solo podían ponerse bajo un denominador común a través de un gran esfuerzo intelectual. Para Freisler,

los representantes del cristianismo no eran más que herejes que lo amenazaban enfrentando al nacionalsocialismo un sistema de creencias que le hacía competencia. Así se explica la obstinación de la que hizo gala Freisler con sus gritos histéricos y sus sarcásticas peroratas contra los «curas». En el proceso de Müller no se trataba de un chiste o de las manifestaciones derrotistas de un individuo, sino de la desesperada defensa de una posición llevada al extremo y por lo tanto vulnerable: la posición de aquellos que pensaban que el nacionalsocialismo, por un acto de voluntad, aún podría derrotar a sus enemigos. Ante el escenario de los síntomas de desintegración de los que daba muestras la sociedad nacionalsocialista, sobre todo después del atentado de Hitler, desde el punto de vista de Freisler no quedaba otra salida que la pena de muerte. Solo a través del derramamiento de sangre, así lo expresaban sus considerandos, el «frente interior» se podría cerrar de nuevo. En el caso de Müller, el proceso terminó, como sucedía a menudo, con una terrible orgía de gritos:

> Después siguió uno de aquellos accesos de furia de Freisler en los que, a voz en grito, le reprochaba a la pobre víctima, con unos modos incalificables, su instigación, su odio y su voluntad de destruir el nacionalsocialismo justo en el momento en que estaba teniendo lugar una terrible guerra en la que se dirimía el ser o no ser del Reich. Decía que la víctima se había introducido como un gusano en la médula del pueblo alemán y había corrompido su voluntad defensiva. Y que un acto tal solo podía tener una expiación: la pena de muerte[162].

Müller fue conducido el 11 de septiembre de 1944, a las 13 horas al patíbulo y a las 12.04 lo guillotinaron. Como sucedía siempre en la Alemania nacionalsocialista, todo se hizo constar en acta y se certificó de forma minuciosa. La cuenta por el cruento acto fue enviada por correo a los familiares de la víctima. Se prohibió cualquier acto de conmemoración. En Gross-Düngen se le comunicó «amablemente» a la dueña de un restaurante que estaba en el primer lugar de la lista negra porque en su local se hablaba demasiado sobre el fallecido. Incluso en los últimos meses antes de la caída, el aparato represivo daba muestras de su gran capacidad. Pero Roland Freisler solo sobrevivió unos pocos meses a su víctima; a principios de febrero de 1945 murió víctima de un bombardeo.

«Conserva la salud y cuida de mi tumba»: el hundimiento

En 1944 la guerra estaba definitivamente perdida para Alemania. Incluso el comandante en jefe del frente occidental, von Rundstedt, reconoció en su círculo íntimo ya en septiembre que el colapso militar del Reich nazi era inevitable[163]. Desde el desembarco de los Aliados en Normandía, el 6 de junio, todo se había desbordado. Ya el 25 de agosto los franceses y los americanos liberaron París. Mientras tanto, el ejército expedicionario de los Aliados siguió avanzando y se fueron sucediendo las victorias. Sobre todo el III Ejército del general americano Patton ganó rápidamente terreno y avanzó desde Metz rumbo al Mosela. En agosto, el general Alexander Patch había llegado con el VII Ejército a la costa mediterránea francesa y movía sus tropas con una fulminante velocidad Ródano arriba; simultáneamente, el I Ejército británico-canadiense bajo el mando del general Montgomery liberaba Bruselas y la ciudad portuaria de Amberes, de gran importancia estratégica. Algunos días las enormes divisiones acorazadas de las potencias aliadas recorrían más de 80 kilómetros. La Wehrmacht tenía poco que contraponer; el *Führer* puso en marcha los pocos recursos que le quedaban sin orden ni concierto. En lugar de enfrentarse a la guerra de maniobras de los ejércitos desembarcados a través de movimientos flexibles de tropas, Hitler, al igual que había sucedido en el desastre de Stalingrado, le dio a la Wehrmacht la orden de aguantar. Algunos bastiones especialmente prestigiosos fueron defendidos, contra todo sentido común, hasta que las divisiones embolsadas en ellos fueron totalmente aniquiladas. Aquello no le importaba gran cosa al *Führer*: prefería trabajar en un utópico contraataque que sellaría la caída de su ejército.

En otros escenarios bélicos de la periferia de ese Imperio tan compulsivamente conquistado, la cosa pintaba aún peor. A pesar del arrojo del general Rommel, glorificado con todo tipo de adornos propagandísticos, el norte de África había caído en manos de los británicos. Evidentemente, Hitler nunca fue consciente del significado estratégico de esta pérdida. Su pueblo lo veía con toda claridad y bautizó la caída de Túnez con el nombre

de «Tunisgrado», una alusión a la derrota de Stalingrado. Pero lo más preocupante era la situación en el este, donde se había reunido un inmenso ejército soviético. La ofensiva de verano de la Armada Roja, de la que el generalato siempre había advertido enfáticamente a sus altos comandantes en jefe, venía rodando por Europa Oriental. En agosto, las oleadas cada vez más raudas de las divisiones rusas habían exterminado al Grupo de Ejércitos Centro, había conquistado Rumanía con sus importantes campos petrolíferos y había alcanzado la frontera de Prusia Oriental[164].

Como la guerra iba a llegar en pocas semanas al territorio alemán y ya no se podría detener, la máquina propagandística de Goebbels intentó animar a la opinión pública con un nuevo truco de prestidigitación. En la prensa se difundió que los científicos nazis trabajaban en una *Wunderwaffe*, un arma milagrosa que en el último minuto lograría que la guerra diese un giro. Había algo de verdad en ello, puesto que desde junio de 1944 estaban ya disponibles la bomba V1 (*Verweltungswaffe 1*, arma de represalia) y desde septiembre otra «obra maestra», el cohete V2[165]. Ambos cohetes eran, de hecho, milagros de la técnica. Pero no eran unas armas tan efectivas que pudieran tener efectos notables sobre el equilibrio militar de fuerzas. La V1 fallaba muchas veces su objetivo y además era tan lenta que podía ser derribada fácilmente por los cazas interceptores británicos. La V2, si bien volaba a una increíble velocidad de 5500 kilómetros por hora, era insignificante desde el punto de vista militar. En el montaje de las máquinas diabólicas de Wernher von Braun se mataban a trabajar unos 10 000 trabajadores forzados en un campo de concentración subterráneo («Dora Mittelbau»), Uno de los terribles absurdos del programa de cohetes alemanes fue que la producción del V2 costó más vidas humanas que su uso.

No podemos saber cuánta gente se dejó engañar por el cuento de las «armas milagrosas». Muchos tenían puestas sus esperanzas en esas armas: a la vista de la derrota, los alemanes se agarraban a un clavo ardiendo. Que había un número considerable de «derrotistas» que no compartía la cándida fe de sus coetáneos lo demuestran los irrespetuosos nombres que la gente le dio a la V1: *Volksverdumrmmgsmittel1*, *Verzweiflungsmittel1* o simplemente *Versager1*.[166] Además, los graciosos que nunca dejaban de sacarle punta a

las cosas se inventaron nuevas armas milagrosas, como la V3, un cohete espacial con un radio de acción de 4000 kilómetros que podía volver por sí sola con prisioneros a bordo; la V4, un acorazado gigante para cien hombres (cuatro hombres están sentados y 96 lo empujan) y finalmente la V15, una bandera grande y blanca que se debía ondear de forma visible según se iban acercando los Aliados.

Un «arma milagrosa» verdaderamente a tener en cuenta desde el punto de vista militar eran los ultramodernos submarinos de la clase XXI que podían permanecer bajo el agua hasta cien horas sin necesidad de emerger. Aquellos submarinos extremadamente difíciles de localizar hubieran podido provocar grandes daños. Pero se empezaron a fabricar en serie demasiado tarde como para influir en la guerra naval de un modo significativo. Así que la utilización de submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial fue una historia de catástrofes, de pérdidas totales, de féretros flotantes. Una y otra vez los anuncios de la propaganda y la realidad eran cada vez más contradictorios. Un chiste hallado en varias fuentes y con numerosas variantes toca el tema:

> «¿Tú sabías que la Marina tiene una nueva arma milagrosa?». «No, ¿qué es?». «Un submarino para dos hombres con una cubierta de goma de 1,5 metros de grosor». «¿Se trata de una protección contra las radiaciones de los radares de búsqueda?». «No, no, ¡el submarino se va moviendo permanentemente alrededor de Inglaterra y la borra del mapa!».

En ese momento el pueblo estaba más interesado por su propia supervivencia que por las quimeras de Goebbels. Alemania sufría bajo los bombardeos desde 1940. Mientras las filmaciones del año 1942 nos muestran un Berlín sumido en la más profunda paz, la capital se fue transformando de forma lenta pero segura en un inmenso montón de escombros. Por las calles corría el rumor, no en serio del todo, de que el general Rommel pronto sería nombrado *Gauleiter* allí, porque era el que mejor se manejaba en el desierto. Un testigo contó que de niño pasó un día por delante del Palacio de Deportes, severamente dañado por las bombas, y un compañero de clase dijo: «¡Ahora el bonito escenario de Bums Been está quemado!». «Bums Been» era el poco lisonjero mote del tullido Joseph

Goebbels, que en 1943 había exigido el acuerdo del pueblo, en un discurso pronunciado en el Palacio de Deportes, para llevar a cabo la «guerra total».

Berlín sufrió severamente bajo la guerra que ahora había llegado con toda su intensidad a Alemania. La Luftwaffe de Göring, ya casi desintegrada, no podía hacer frente a las incursiones de los mil bombarderos de los Aliados. Y eso que Goebbels se había vanagloriado en repetidas ocasiones de que ningún avión extranjero llegaría jamás a sobrevolar Alemania. Aquella promesa tan manifiestamente rota era una de las pocas cosas que las masas le tomaron realmente a mal a Göring. Hacia el final de la conflagración, cuando el humor se fue haciendo cada vez más negro, en Berlín circulaba el siguiente chiste:

> El dominio de los nazis ha llegado a su fin. La suerte está echada. Hitler, Göring y Goebbels están en el patíbulo a punto de ser ahorcados. Entonces Göring se vuelve una vez más hacia Goebbels, queriendo tener como siempre la razón, y le dice en los estertores de la agonía: «Ya te lo decía yo siempre: la cosa se decidirá en el aire».

Los chistes sobre el Gobierno se hacían cada vez más ácidos. Un chiste que los testigos contaron en diferentes variantes en Viena, Berlín y Colonia apuntaba directamente a Hitler. El sarcasmo venía envuelto en una pequeña historia:

> Hitler y su chófer van en coche por el campo. De repente, ¡bum! ¡una explosión! Han atropellado a una gallina. Hitler le dice al chófer: «Tenemos que comunicárselo al campesino. Déjeme hacer a mí, yo soy el *Führer*, lo entenderá». Tras dos minutos, Hitler vuelve corriendo con las manos en el trasero: el campesino le ha propinado una paliza. Los dos prosiguen su camino. Pero de repente, ¡bum!, ¡otra explosión! Han atropellado a un cerdo. Hitler le dice al chófer: «¡Esta vez vaya usted a contárselo al campesino!». El chófer obedece la orden, pero no vuelve hasta pasada una hora, totalmente borracho y con una cesta llena de salchichas y regalos al brazo. Hitler se queda de una pieza: «Pero bueno, Dios mío, ¿qué le ha dicho usted al campesino?». A lo que el campesino responde: Solo le he dicho: «¡*Heil Hitler*!, el cerdo está muerto! ¡Y entonces me han dado todos estos regalos»».

Hitler había caído muy bajo, ya no era un *Führer* de carácter casi divino, para mucha gente ya solo era un cerdo. Pero, para la mayoría, los enemigos estaban en otras partes, en Londres, Moscú, Washington. Noche tras noche, cada hora, los inmensos escuadrones de bombarderos de los Aliados

llevaban a cabo ataques a las ciudades alemanas. Como la Luftwaffe había fracasado de forma tan palmaria, el *Führer* hizo construir inmensas ciudadelas con cañones dirigidos por radares, para disparar a los aviones enemigos. Ralph Wiener contó que voces anónimas habían transformado la letra de una canción de soldados que ahora corría entre las tropas con el siguiente texto:

En el techo del mundo
hay unos cañones antiaéreos
disparan toda la noche
¡y nunca dan en el blanco[167]!

También transformaron la letra de la famosa canción *Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei*, cantada por Lale Andersen en la película *kitsch* del mismo nombre estrenada en el año 1942. En el original, la letra dice:

Todo pasa
y todo tiene un final.
Pero dos que se aman
siempre juntos seguirán.

Lucie Mannheim, una judía emigrada a Londres, cantaba en el programa de lengua alemana de la BBC una versión «mejorada» de la canción en la que se decía:

Todo pasa
y todo tiene un final.
Primero se irá Adolf Hitler
luego el partido le seguirá.

A todo invierno
le sigue una primavera.
Primero se irá Hitler
y luego toda su recua.

La melancólica tonadilla antinazi se convirtió en un *hit* clandestino en Alemania. El texto también circulaba sin melodía y en diferentes versiones entre la población, a veces como una poesía política, a veces como un chiste. En esta última forma también se puede encontrar repetidamente en los documentos de la policía secreta y de la Gestapo. La travesura propagandística de Mannheim era tan pegadiza e inteligente que puede ser considerada la ocurrencia más efectiva del apartado satírico del programa en alemán.

En el año 1944, las cosas aún no habían pasado ni habían llegado a su final. Junto a las bombas aliadas seguía tronando la propaganda implacable de Goebbels, que continuaba fantaseando con la «represalia». Esa «represalia» por los bombardeos a las ciudades alemanes consistía fundamentalmente en agotar los despojos de la Wehrmacht en una absurda ofensiva en Francia. Las cosas estaban tan mal en el diezmado ejército alemán que el 25 de septiembre de 1944 Hitler llamó a filas al *Volkssturm*[168]. Esta última leva se componía de jóvenes hitlerianos formados a marchas forzadas en el uso de los lanzagranadas y de hombres no aptos para el servicio militar, algunos de los cuales contaban ya sesenta años. Así que esa miserable milicia no podía hacer nada contra las divisiones curtidas en la lucha y bien equipadas del Ejército Rojo y de los Aliados occidentales que se iban aproximando. Al final de la guerra, se dieron por perdidos 170 000 miembros del *Volkssturm*, la mayor parte de ellos probablemente muertos. La gente se inventó rimas sobre el tema de que ahora los niños y los ancianos fueran enviados a una absurda guerra defensiva:

¡Mariquita, alza el vuelo!
El padre está en el frente,
y se llevan al abuelo.
¿Será esto la revancha?
¡Mariquita, alza el vuelo!

También era macabro otro chiste que se desarrollaba en un cementerio. A un hombre que está cavando la tierra con una pala le preguntan si está

reclutando a los sustitutos del *Volkssturm*. En vista de que estaban empleando las ultimísimas fuerzas, no era posible otro humor que el más negro.

> ¿Quién tiene oro en la boca, plata en el pelo y plomo en los miembros?
> Respuesta: los hombres del *Volkssturm*.

En diferentes variantes circulaba otro chiste que declaraba al *Volkssturm* como la tan largamente deseada «arma milagrosa», porque al verla los rusos se morirían de risa y entonces la guerra estaría ganada. La población debió de sentir lástima a la vista de los jubilados («la cosecha tardía de las Juventudes Hitlerianas») y de jóvenes en uniforme. Irónicamente, se decía que pronto la generación de 1943 iría al frente en carritos infantiles; también se contaba que Hindenburg le había pedido vacaciones a San Pedro, porque los de su quinta iban a ser enviados al frente. A pesar de su insolencia, se trataba de chistes que nacían de la desesperación y no solo de la burla sobre la carne de cañón del *Volkssturm*.

Pero el inminente final de la guerra se anunciaba también entre la población civil alemana a través de otras circunstancias. Debido a las experiencias en la Primera Guerra Mundial, Hitler siempre se había cuidado de que los alemanes tuvieran suficientes víveres. No lo hacía por compasión, sino para fortalecer la moral del «frente interior». Para garantizar el avituallamiento de los alemanes, en las zonas ocupadas se llevaba a cabo un saqueo descarado. Los polacos y los ucranianos sufrieron horriblemente bajo aquellas medidas. Pero en el transcurso de los meses se fueron perdiendo cada vez más países conquistados. Además, las vías de aprovisionamiento fueron bloqueadas por los bombardeos. Debido a todo ello, la situación de avituallamiento de Alemania empeoró visiblemente. Aunque la población civil alemana no se moría de hambre como en los países bajo el yugo de la ocupación, tenía que apretarse el cinturón considerablemente. La gente se quejaba a todas horas de las estrecheces económicas; el hecho de que en otros lugares se estuvieran desangrando regiones enteras para mantener a Alemania en un nivel de alimentación soportable se ignoraba conscientemente. Los vieneses se tomaron el

problema de los racionamientos con humor; para ser más exactos, con ese sarcasmo mordaz que caracteriza desde siempre a esa ciudad:

> Hitler, Göring, Goebbels y el ministro de Alimentación Backe celebran un consejo de guerra. Hitler le dice a Göring: «¿Para cuánto tiempo más tenemos aviones y gasolina?». Göring contesta: «¡Para cinco años, *mein Führer*!». Hitler le dice a Goebbels: «¿Durante cuánto tiempo podrá la propaganda asegurarnos el apoyo del pueblo?». «¡Diez años, *mein Führer*!». Hitler le pregunta a Backe: «¿Y cuánto tiempo más nos puede usted alimentar?». Backe: «¡Veinte años, *mein Führer*!». Entonces Hitler dice con su acostumbrada energía: «¡Entonces podemos continuar con la guerra durante mucho más tiempo!». Entonces Backe le interrumpe con timidez: «¡Pero yo me refería solo a nosotros cuatro!».

Aunque el plan de los Aliados de desmoralizar a los alemanes con bombardeos ininterrumpidos había fracasado, el pueblo intuía la posibilidad de que el enemigo les hiciese morir de hambre. También sobre este tema circulaba un chiste típico de los últimos dos años de guerra, cuyo humor negro y resignado se diferencia claramente del humor de los chistes de la fase eufórica de la *Blitzkrieg*[169].

> Churchill hace un vuelo de reconocimiento sobre Alemania. Vuelve desesperado y dice: «No hay quien mate de hambre a los alemanes, se han aprovisionado tanto que los sacos ya asoman por los ventanas de los sótanos»[170].

Noche tras noche la población civil, que en aquel momento ya estaba constituida casi exclusivamente por mujeres, niños e inválidos, se hacinaba en los refugios antiaéreos. Al principio la sirena de alarma sonaba una media hora antes del comienzo de los ataques; pero en el caos de los últimos meses sonaba a veces tan solo unos minutos antes de los primeros impactos. Aquel que no se ponía a salvo a tiempo en el búnker quedaba indefenso a merced de los bombardeos masivos. Gracias al diario de una autora anónima sabemos del estado de ánimo que reinaba en los sótanos, envueltos en las luces parpadeantes de emergencia. En ese diario se describe la situación en la que se solían contar los chistes en los últimos días del Tercer Reich:

> En el sótano, las 22 horas. Tras la cena me eché un rato en la cama para descansar, pero luego me fui corriendo para abajo. El sótano comunitario ya estaba a rebosar. Hoy no tiraban muchas bombas, y aunque suelen empezar en este momento, hasta ahora no hay ni un bombardeo. Una alegría nerviosa estalla. Circulan todo tipo de historias. La Sra. W. dice a gritos: «Mejor un Ruski encima

de la barriga que un Ami sobre la cabeza». Un chiste que no pega nada con su luto. La señora Behn cacarea por el sótano: «Por favor, seamos sinceras: aquí ya no queda ninguna virgen»[171].

Hacia el final de la conflagración, el este de Alemania no solo estaba expuesto a los bombardeos enemigos; se iba acercando la terrible «arma milagrosa» de la Segunda Guerra Mundial, esos lanzacohetes primitivos que debido al ruido silbante que la lanzadera hacía al disparar fueron bautizados como «los órganos de Stalin». El efecto de aquellos aparatos poco precisos que podían disparar hasta 54 misiles simultáneamente era devastador. Los berlineses rebautizaron sus barrios, y ahora las estaciones de una nueva línea de autobuses se llamaban *Reichstrümmerfeld, Klamottenburg, Neustehnix* y *Trichterfelde-West*[172]. La gente se saludaba diciendo «Que pase una noche sin metralla» o simplemente «Conserva la salud y cuida de mi tumba».

En el último año de la contienda todo sucedió como a cámara rápida. La última ofensiva desesperada de Hitler en el oeste fracasó estrepitosamente después de un mes, el final era inminente. El Ejército Rojo conquistó la región carbonífera de Silesia. «La guerra está perdida», le notificó lacónicamente a su *Führer* el ministro de Armamento, Albert Speer, en un memorándum[173]. El 9 de abril de 1945 se entregó Königsberg, el lugar declarado por Göring como «fortaleza», ahora totalmente destruido. El 23 de abril, la lucha por la capital ya estaba en plena marcha. El Ejército Rojo tuvo que ir tomando trabajosamente calle a calle. También en Viena el Tercer Reich fue defendido encarnizadamente hasta el último momento: en el barrio de Simmering hubo que ganar casa por casa. Pero, a pesar de toda aquella resistencia, el Estado germánico de Hitler se desmoronaba estrepitosamente día a día. El pueblo hizo gala de su humor negro.

Un hombre le dice a otro: «Dime, ¿qué vas a hacer después de la guerra?». «Pues por fin me tomaré unas vacaciones de verdad y viajaré por la Gran Alemania». «Ah, ¿y qué harás por la tarde?».

Una pregunta muy frecuente que la gente se hacía en los chistes de aquellos días era lo que haría Hitler tras la guerra. A la vista de la ineludible derrota, ese tema era de gran actualidad.

> «¿Por qué el *Führer* hace el saludo hitleriano de un modo tan extraño?». [Hitler estiraba el brazo derecho tan solo un poco, y ponía la palma de la mano a menudo hacia arriba]. Respuesta: «¡Porque tras la derrota quiere trabajar de camarero!».

El 30 de abril, las especulaciones sobraban. Entre tanto los rusos habían puesto los pies en la Cancillería del Reich. Varios pisos más abajo, Hitler se disparaba un tiro en la boca. No nos ha llegado ningún chiste sobre el suicido del *Führer*; a pesar de todo el desencanto que había sufrido en los últimos meses, la población se quedó anonadada por la muerte de Hitler. Muchos alemanes habían adorado a su dictador hasta el último minuto, con una incomprensible y pueril candidez. Ahora ya nadie tenía ganas de bromear.

Heinz Rühmann, escena de *Der Gasmann*, 1939.
Con permiso del *Filmmuseum* de Berlín: Filmoteca alemana.





Ludwig Schmitz (izq.) y Jupp Hussels. Fotograma de *Tran y Helle*

[illegible]
Con permiso del *Filmmuseum* de Berlín: Filmoteca alemana.

Fotograma de *Ser o no ser*, Ernst Lubitsch, 1942.
© Spiegel Media GmbH.





Un descanso durante el rodaje de *El gran dictador*, 1940.



Foto de Fritz Muliar en uniforme, aprox. 1941.

Frankreich 31. Oktober 1942.

Mein letzter Wille!

Obwohl ich hoffe noch lange unter den Lebenden weilen zu dürfen, sehe ich mich doch veranlasst diese Zeilen niederzuschreiben. Es ist Krieg und ich weiss nicht was mir bevor steht. Ich habe auch keine Reichtümer oder Kostbarkeiten zu verschenken aber ich möchte den Menschen, die mir lieb sind und an die ich immer gerne denke, ein Andenken zurücklassen. Ich gehe aus dieser Welt, ohne jemandem zu grollen, auch denen nicht die mir Böses angetan haben. Ich habe das Bewußtsein, daß mein Leben schön war und daß es sich ausgezahlt hat zu leben. Meine ganze Liebe gehörte meinem Beruf und meiner Vaterstadt Wien. Für diese beiden Begriffe einzutreten war bis zum letzten Tag meine Aufgabe.

Zu danken habe ich vor allem meiner Mutter. Was ich bin und was ich habe, danke ich ihr. Sie allein hat mir meine Wege geebnet und war mein treuester Freund. Ich werde nie aufhören ihr zu danken. Besonders gerne gedenke ich meines alten, lieben Großvaters, den ich sehr lieb habe. Mit aufrichtigen Gefühlen sei auch meines Vaters gedacht.

Meinem Freund Kurt Nachmann, drücke ich zum Abschied die Hand. Möge er vollenden was ich begonnen und in meinem Sinne weiter arbeiten und nicht zu dem Theater ganz verschicken. Es soll sich auch um meine Mutter kümmern.

Es ist mir nicht leicht Euch allen adieu zu sagen. Ich hoffe daher daß es dort, wo wir alle hin müssen ein Wiedersehen gibt. Meinen Freunden danke ich für alle schönen Stunden und grüße sie. Vergeßt nie Eure Heimat u. unser Wien zu lieben und denkt hin und wieder an mich. Lebet wohl!

F. Muliar.

Testamento de Fritz Muliar

del 31 de octubre de 1942, cuando contaba 22 años.
© Profesor Fritz Muliar.

Francia, a 31 de octubre de 1942

¡Mi última voluntad!

A pesar de que espero poder permanecer durante mucho más tiempo entre los vivos,

me veo inducido a dejar escritas estas líneas. Estamos en guerra y yo no sé qué será de mí. Tampoco tengo riquezas ni objetos valiosos que pueda regalar, pero deseo dejar un recuerdo a las personas a las que tengo cariño y en las que me gusta pensar con mucha frecuencia.

Dejo este mundo sin guardarle rencor a nadie, ni siquiera a aquellos que me han hecho mal. Soy consciente de que mi vida ha sido bella y de que ha valido la pena vivir.

He amado con todo mi corazón mi profesión y mi ciudad natal, Viena. Estos dos conceptos le han dado sentido a mi vida hasta el último día. Le estoy especialmente agradecido a mi madre; quien soy y lo que tengo se lo debo a ella. Solo ella me apoyaba cuando yo comencé a abrirme camino en la vida y ha sido mi más fiel amiga. Nunca he dejado de agradecérselo. También recuerdo con cariño a mi anciano y amado abuelo, a quien profeso un gran cariño. Recuerdo a mi padre también con el más sincero afecto.

A mi amigo Kurt Nachmann le estrecho la mano en esta despedida. ¡Qué él termine lo que yo he emprendido y siga trabajando conforme a mi pensamiento! También él se ha entregado, por completo, al teatro. Espero que cuide también de mi madre.

No es fácil deciros adiós a todos. Por ello espero poder volver a veros en el más allá, en donde algún día todos nos encontraremos. A mis amigos les agradezco todas las bellas horas que hemos pasado juntos y les saludo.

Nunca olvidéis amar vuestra patria y nuestra Viena y pensad de vez en cuando en mí.

¡Adiós!

Fritz Muliar

Sollte mir etwas zustoßen so sind zu verständigen, respektive ist den Genannten zu übergeben:

Was ich besitze gehört meiner Mutter Frau L. Muliar Wien VII/62 Kandlg. 1

Meinem Freund Kurt Nachmann Wien II. Zirkusgasse 10, vermache ich meinen Gold-Ring mit dem Onyx. Er soll ihm Glück bringen.

Meinem Freund Kurt Jelinek (Wien) vermache ich zu treuen Händen meine kleine Gold-Uhr. Er hat diese seinem Sohn Gregor an dessen 10. Geburtstag zu übergeben.

Frau Grete Heinz-Schröter, sie erhält die Prachtausgabe von Goethes Faust aus meiner Sammlung.

~ · ~

Zu benachrichtigen und zu grüßen sind:

Frau Friedl Hofman-Feldmann Wien III. Theresianumgasse 6

Frl. Maria Kieslich Wien IV. Joh. Straußg. 37.

Herr Alfred Epstein Wien VII Neubaug. 80

Familie Dony Wien II. Meiner Cousine Hilde ist ein Andenken zu übergeben.

Herr Leo Förster u. Herr Felix Bernovid beide Wien.

Herr Dr Peter Wehle Wien III. Am Heumarkt 7.

Aus meinem Gold-Siegelring soll sich meine Mutter ein Kreuz machen lassen und dieses als Anhänger tragen.

Ich wünsche beerdigt zu werden, nach Möglichkeit in Wien im Grabe unserer Familie am Zentralfriedhof.

Mein letzter Wille.

Nur von meiner Mutter Frau L. Muliar Wien VII/62 Kandlgasse 16/9 zu öffnen.

Testamento de Fritz Muliar

del 31 de octubre de 1942, cuando contaba 22 años.
© Profesor Fritz Muliar.

En caso de que algo me sucediera ruego que, si procede, den aviso a las siguientes personas y les hagan entrega de los objetos que a continuación detallo:

Todo lo que poseo le pertenece a mi madre, señora L. Muliar, Viena VII / 62

Kanalgasse 1.

Mi amigo Kurt Nachmann, Wien II, Zirkusgasse 10, recibirá, en concepto de legado, mi anillo de oro con ónix. Deseo que le traiga suerte.

A mi amigo Kurt Jelinek (Viena) le confío mi pequeño reloj de oro, objeto que le entregará a su hijo Gregor en su décimo cumpleaños.

La señora Grete Heinz Schröter recibirá la edición de lujo del Fausto de Goethe de mi colección.

Se debe avisar y saludar de mi parte a las siguientes personas:

Señora Friedl Hofmann-Feldmann, Viena III, Theresianumgasse 6

Señorita Maria Kieslich, Viena IV

Señor Alfred Epstein, Viena VII, Neubaugasse 80

Familia Donug, Viena II. Recuerdos para mi prima Hilde.

Los señores Leo Förster y Felix Bernand, ambos de Viena

El doctor Peter Wehle, Viena III, Am Heumarkt 9

Deseo que mi madre se haga un colgante en forma de cruz con mi anillo de sello de oro.

Deseo ser enterrado, si fuese posible, en Viena, en la tumba de nuestra familia, situada en el Cementerio Central.

(Sobre)

Mi última voluntad

Lo debe abrir únicamente mi madre.

L. Muliar, Viena II / 62

Kanalgasse 16/9

Begl. Abschrift
1o J 4o5/43 g
1 H 158/43

Jm Namen des Deutschen Volkes

In der Strafsache gegen
die technische Zeichnerin Marianne Elise K [redacted] geb. Tomandl aus Berlin-Mariendorf, geboren am 1o. August 1921 in Elsterberg (Vogtland),

zur Zeit in dieser Sache in Untersuchungshaft,
hat der Volksgerichtshof, 1. Senat, auf Grund der Hauptverhandlung vom 26. Juni 1943, an welcher teilgenommen haben

als Richter:

Präsident des Volksgerichtshofs Dr. Freisler, Vorsitzer,
Landgerichtsdirektor Stier,
SS-Standartenführer von Dolega-Kozierowski,
Generalarbeitsführer Voigt,
Ortsgruppenleiter Kelch,

als Vertreter des Oberreichsanwalts:

Erster Staatsanwalt Ranke,

für Recht erkannt:

Frau Marianne K [redacted] hat als deutsche Kriegerwitwe unseren Willen zu mannhafter Wehr und tüchtiger Arbeit für den Sieg in einem Rüstungsbetrieb durch gehässige Worte über den Führer und das deutsche Volk und den Wunsch, wir möchten den Krieg verliere zu untergraben gesucht.

Sie hat sich so und dadurch, daß sie sich als Tschechin aufführte, obgleich sie doch Deutsche ist, außerhalb unserer Volksgemeinschaft gestellt, ihre Ehre für immer verwirkt und wird deshalb mit

dem T o d e

bestraft.

Die Richtigkeit der vorstehenden Abschrift wird beglaubigt und die Vollstreckbarkeit des Urteils bescheinigt.

Berlin, den 28. Juni 1943

Thiele, Amtsrat

als Urkundsbeamter der Geschäftsstelle.

Beglaubigt:

Justizsekretär

als Urkundsbeamter der Geschäftsstelle.

El castigo de los «derrotistas»: el caso de Marianne K.

Sentencia contra Marianne Else Kürschner.
Con permiso del *Bundesarchiv*, archivo NJ 3670 (AZ: 10 405/43g).



Bl.2 R/3,8/R. Einige Tage später suchte der A. den Vater des Zeugen H.N. in seiner Wohnung auf, um ihn mit Rücksicht auf seine Erkrankung zu besuchen. Er unterhielt sich mit ihm zunächst über seine Krankheit und häuslichen Angelegenheiten. Nach einiger Zeit kam auch der Zeuge H.N. hinzu und versuchte, das Gespräch wieder auf die Kriegslage zu bringen. Der A. wich jedoch aus, weil er offenbar über diesen Gegenstand nicht sprechen wollte. N. begann nun einen (22) Witz von einem Bauer, der nach seinem Tode zu Petrus kommt, zu erzählen. Der A. erklärte jedoch, daß er die Geschichte kenne, und erklärte, selbst etwas erzählen zu wollen. Er berichtete dann folgendes:

"Ein schwerverwundeter Soldat liegt im Sterben und wünscht diejenigen zu sehen, für die er sein Leben lassen muß. Darauf werden je ein Bild des Führers und Reichsmarschalls geholt und zur Rechten und Linken des Sterbenden aufgestellt. Dieser sagt darauf: Jetzt sterbe ich wie Christus!!! (Hier deckt sich der Wortlaut nicht mit dem Protokoll der Gestapo, wo steht ... zwischen zwei Verbrechern)

In diesem Augenblick wurde N. von seiner Ehefrau an den im Obergeschoß des Hauses aufgestellten Fernsprecher gerufen und mußte sich deshalb entfernen. Er nahm an, daß der A. durch seine Erzählung hatte zum Ausdruck bringen wollen, wie einst Christus zwischen zwei Schächern gestorben sei, so habe hier der Soldat zwischen zwei Verbrechern sein Leben enden müssen. Darüber, daß der Führer und Reichsmarschall in dieser Weise von dem A. als Verbrecher bezeichnet wurde, war N. auf das tiefste empört. In der Überzeugung, daß der A. eine Gefahr für den Nationalsozialismus sei, wandte er sich an den stellvertretenden Ortsgruppenleiter der NSDAP, den Molkereibesitzer Rierk, bat diesen, zunächst mit niemandem darüber das, was er ihm mitteilen würde, zu sprechen, und teilte ihm dann das von dem A. Gehörte mit, um mit ihm zu besprechen, was gegen den Angeschuldigten zu unternehmen sei. Rierk erklärte jedoch, daß sie derartiges nicht für sich behalten dürften und erstattete gegen den A. Anzeige.

III.

Bl.7/8. Der Ang. hat zugegeben, bei den beiden von N. geschilderten Gelegenheiten mit diesem zusammengetroffen zu sein. Nach seiner Darstellung hat er im übrigen N. erklärt, niemand könne sagen, ob der Krieg von Deutschland gewonnen werden würde, oder ob er etwa so wie der erste Weltkrieg enden würde. Die Lage sei ernst. Es würde ihm bitter weh tun, wenn die Jugend aus dem jetzigen Kriege ebenso heimkehren müsse, wie er selbst aus dem ersten Weltkriege. - Der Bolschewismus würde sich aber von den schweren Schlägen, die er erhalten habe, nicht erholen können, sondern verblute sich. - Der Nationalsozialismus sei vom historischen Standpunkt aus betrachtet durch die Arbeitslosigkeit, die Inflation und das Versagen der anderen politischen Systeme zur Macht gelangt. - Bei seiner Unterhaltung mit N. hat er auch davon gesprochen, daß sich Ostarbeiter im Reich in Arbeit befänden. Er habe aber daran keine abfällige Kritik geübt. In seiner Erzählung von dem sterbenden Soldaten habe er lediglich den Tod des Soldaten mit dem Tode Christi vergleichen und darlegen wollen, daß der Soldat wie Christus in Erfüllung einer Aufgabe für eine Idee stürbe.

Foto del párroco Joseph Müller (hacia 1943) y escrito de acusación del Tribunal Popular.

y escrito de acusación del Tribunal Popular
© Bistumsarchiv de Hildesheim.

Bl. 2 R/3, 8/R
(ubicación: Bl. = hoja; R = registro o línea)

Unos días después, el imputado se desplazó a la vivienda del padre del testigo H. N. para hacerle una visita, dado que estaba enfermo. Los dos conversaron primero sobre la enfermedad y sobre asuntos domésticos. Transcurrido un tiempo, también acudió el testigo H. N. e intentó reconducir la conversación hacia la situación bélica.

El imputado, sin embargo, volvió, a su vez a desviar la conversación, dado que evidentemente no quería hablar sobre ese asunto. Entonces, N. empezó a contar *un* (22) chiste sobre un campesino que, después de fallecer, se presenta ante San Pedro. El imputado, sin embargo, declaró conocer dicha historia, por lo que él mismo iba a contar algo. Y contó lo siguiente:

«Un soldado malherido en su lecho de muerte quiso ver a la persona por la que estaba dando su vida. Entonces le trajeron dos retratos, uno del Führer y otro, del mariscal del Reich.

Colocaron los retratos a derecha e izquierda del soldado moribundo.

Entonces este dijo: «Ahora muero como Cristo» (aquí *no* coinciden las palabras literalmente con el protocolo de la Gestapo, en el que se recogen las palabras... «entre dos delincuentes»).

En este momento, la esposa de N. llamó por teléfono. Como el aparato está instalado en la planta alta de la casa de N., se tuvo que ausentar.

Suponía que el imputado había querido expresar la situación sufrida, en su momento, por Cristo, el cual había muerto entre dos ladrones, igual que el soldado, que tenía que abandonar este mundo entre dos delincuentes.

N. se enojó profundamente ante el hecho de que el imputado ofendiese de esta manera al Führer y al mariscal del Reich.

Convencido de que el imputado era un peligro para el nacionalsocialismo, se dirigió al vicepresidente de la agrupación local del «Partido» (NSDAP), llamado Rierk, dueño de una lechería, y le rogó que no hablara todavía con nadie sobre lo que él le iba a

le rogó que no hablara todavía con nadie sobre lo que él le iba a

comunicar. A continuación, le transmitió la información recibida del imputado, con el fin de acordar con él la acción que procediera en relación con el imputado. Rierk, sin embargo, declaró que no se podría guardar un secreto de tal alcance y procedió a denunciar al imputado.

III.
Hojas 7/8

El imputado ha admitido haber coincidido con N. en las dos ocasiones indicadas. Según su exposición, le explicó a N. que nadie podía decir si Alemania iba a ganar la guerra o si iba a acabar de igual manera que en la Primera Guerra Mundial.

Tambien dijo que la situación era grave. El pensamiento de que la juventud destacada en el frente de la guerra actual volviese a casa en las mismas condiciones en que él mismo había regresado de la Primera Guerra Mundial le dolía amargamente

Sin embargo, el bolchevismo no se iba a poder recuperar de los duros golpes recibidos, se estaba desangrando. El nacionalsocialismo había llegado al poder, desde el punto de vista histórico, debido al desempleo, a la inflación y al fracaso de los demás sistemas políticos.

Durante la conversación con N., también se había hablado de que existían trabajadores del este que se habían incorporado, en términos laborales, al Reich.

No obstante, él no se había pronunciado, de forma desfavorable, con respecto a este hecho. En su cuento del soldado moribundo, solamente había querido comparar la muerte del soldado con la muerte de Cristo y había expuesto que el soldado moría, igual que Cristo, en la realización de sus deberes, sacrificándose por una idea.

XI.

Ein bezeichnendes Gerichtsdokument

Abschrift: Gerichtskasse Moabit 13099/44. Anschrift

An die Erben des Joseph Müller
z. Hd. von Herrn Pfarrer Müller
in Achtum, Post Hildesheim.

Stempel der
Gerichtskasse
in Moabit

Reichsanwaltschaft beim Volksgerichtshof — Staatsanwaltschaft.
Geschäftsnummer 5 J 170/44.

Kostenrechnung
in der Strafsache gegen Joseph Müller
wegen Wehrkraftzersetzung.

Lfd. Nr.	Gegenstand des Kostensatzes und Hinweis auf die angewandte Vorschrift	Wert des Gegenstandes	Es sind zu zahlen RM	Pfg
1	2	3	4	
	Gebühr für die Todesstrafe .		300	—
	Postgebühren		—	24
	Zeugen- u. Sachverständigengebühren		63	50
	Transportkosten		31	—
	Haftkosten			
	a) für die Haft vom 12. Mai 1944 bis 11. September 1944 = 123 Tage à 1,50 RM . .		184	50
	Porto		—	12
			579	36
	Von der Strafanstalt werden eingehen		131	—
			448	36

Absender: Berlin NW 40. Turmstraße 91.

den 10. Oktober 1944.
Kassenstunden von 9 bis 13 Uhr
Fernsprecher 35 67 01.

Gerichtskasse Moabit
Postscheckkonto Berlin 34 564

Kassenzeichen:
13099/44.

Factura por la ejecución del párroco Müller.
© *Bistumsarchiv* de Hildesheim.

Geheime Staatspolizei — Staatspolizeileitstelle Düsseldorf

Aufgenommen Tag Monat Jahr Zeit	Raum für Eingangsstempel	Befördert Tag Monat Jahr Zeit
24. Dez. 1941 * 1 6 von durch Ke	2 5. DEZ. 1941 — IV 6 - 5884/41	an durch
		Verzögerungsvermerk
IV 6 Nr. 13574	Telegramm — Funkspruch — Fernschreiben — Fernspruch	

+[DR - BERLIN NUE 209 837 24.12.41 1545 = = KN -

AN DIE STAATSPOLIZEILEITSTELLE D U E S S E L D O R F.-

SS-GRUPPENFUEHRER WEINREICH HEUTE HIER VORSTELLEG GEWORDEN

WEGEN DER ERNEUTEN INSCHUTZHAFTNAE DES TENNO-ANGEHOERIGEN

BERNHARD N [redacted], [redacted], DER EINER DER EIFIGSTEN UND

AUCH ERFOLGREICHSTEN MITARBEITER DES SS-GRUF. WEINREICH

DARSTELLEN SOLL UND FUER DESSEN POSITIVE EINSTELLUNG ZUM

NATIONALSOZIALISMUS WEINREICH GEWAEHR UEBERNIMMT.-

N[redacted] SOLL UNTER ALKOHOL MIT EINEM SA-FUEHRER STAATSABTRAEG

LICHE WITZE EZAEHLT HABEN. VOR DEN SCHNELLRICHTER GEFUEHRT,

HAT DIESER VON EINER VERUTEILUNG DES N. ABGESEHEN.-

SS-GRUF. WEINREICH BAT UM ENTLASSUNT DES N., DA DIESER

FAMILIENVATE SEI UND INSBESONDERE DURCH LAUFENDE EFINDUNGEN

DIE TENO BESONDERS BEREICHET HAT.-

ICH GEBE HIERVON KENNTNIS MIT DER BITTE, NOCH HEUTE DIE

ANGELEGENHEIT N. ZU UEBERPRUEFEN. FALLS N. TATSAECHLICH

LEDIGLICH WEGEN DES WITZEERZAEHLENS ERNEUT IN SCHUTZHAFT

GENOMMEN WORDEN SEIN SOLLTE, BIN ICH IM HINBLICK AUF DIE

HERANSTEHENDEN FEIETAGE MIT EINER UNTERBECHUNG DER SCHUTZHAFT

BIS ZUM JANUAR EINVERSTANDEN.-]

REICHSSICHERHEITSHAUPTAMT - M U E L L E R, SS-GRUPPENFUEHRER.+]

Dauerdienst

Düsseldorf, am 24.12.1941

FS-IV 6 13 575 24. Dez. 1941 * 1 6 Befördert durch Ke

1. Fernschreiben:

An die Aussebdienststelle

in W u ppert a.l.

Einsetzen von [bis] aus vorstehendem FS.

Dann fortfahren: Von dem Veranlassten bitte ich mir Mitteilung zu machen.

Stapoleit. Düsseldorf
– Dauerdienst –

2. Zum Vorgang.

Im Auftrage:

Krim. Ass.

Algunas sentencias sobre los chistes eran benévolas.

Gestapo: petición para la puesta en libertad de un narrador de chistes encarcelado.
Fuente: Landesarchiv NRW, Hauptstaatsarchiv Düsseldordf, RW 58-250083 Bl.17.

Robert Dorsay, hacia 1939.
Fuente: Ulrich Liebe: *Verehrt, verfolgt, vergessen*,
Beltz Verlag, Weinheim, Berlín 1992.



Gericht der Wehrmacht-
kommandantur Berlin
Abteilung X
Berlin-Charlottenburg 5
Witzlebenstr. 4-10

Bln.-Charlottenburg 5, den 30.10.43
Witzlebenstr. 4-10
Fernruf: 30 05 81

17

St.L. X Nr. 2020/43a

Frau
Louise Stampa-Dorsay
Berlin W 62
Lutherstr. 21
Pension Hemmann

Anl.: 1 Brief.

Das am 8.10.43 ergangene Todesurteil ist nach Bestätigung am 29.10.43 vollstreckt worden.

Todesanzeigen oder Nachrufe in Zeitungen, Zeitschriften und dergl. sind verboten.

Ausgefertigt
Heeresjustizinspektor

I.A.
gez. Dr. Haas
Kriegsgerichtsrat

Certificado de defunción de Luise Stampa-Dorsay.

Fuente: Ulrich Liebe: *Verehrt, verfolgt, vergessen*,
Beltz Verlag, Weinheim, Berlín 1992.

Fotograma de *The Producers*, Mel Brooks, 1968.
© Crossbow Productions / MGM /
Springtime Productions / Cinetext Bildarchiv.





Fotograma de *La vida es bella*, Roberto Benigni, 1997.



Cómic de Walter Moers, *Adolf, die Nazi-Sau*
(*Adolf, el cerdo nazi*).

06
Humor y exterminio

«Uno no puede aguantarlo todo, hay que defenderse»: el Holocausto en el chiste judío

A la sombra de la guerra de exterminio en el este comenzó el capítulo más tenebroso del Tercer Reich. Hitler quería liberar a su pueblo de las supuestas «alimañas» y los supuestos «parásitos». Y le confió la asesina tarea a su mejor organizador: Heinrich Himmler. El jefe de las SS se llamaría a partir de aquel momento «Comisario Político del Reich para el Fortalecimiento de la Reserva Étnica Alemana». Aquello significada de forma concreta que debía implantar el concepto hitleriano del espacio vital en los territorios conquistados en el este. Había que colonizar con alemanes las amplias llanuras ucranianas y rusas para labrar la tierra en «asentamientos defensivos» como en los antiguos tiempos germánicos. Pero la población que estaba allí establecida desde hacía siglos debía ser expulsada o esclavizada. Para los judíos que habían permanecido en Alemania y en la Europa ocupada, los nazis habían tramado un plan inhumano: la «Solución final», cuya realización técnica fue el tema de la famosa conferencia de Wannsee. Mientras el proyecto de reasentamientos del «Plan general del Este» debía llevarse a cabo en toda su magnitud tras haber ganado la guerra, la exterminación de los judíos tenía la más alta prioridad para Himmler y sus esbirros. Con una energía criminal siguieron

perfeccionando la mortífera maquinaria. Apenas la Wehrmacht avanzaba, le seguía una segunda avanzadilla que llevaba a cabo pogromos y ejecuciones en masa detrás del frente. Aunque actualmente nos suene extraño e impropio, también se hacían chistes sobre las matanzas organizadas. En cualquier caso, los autores no eran los alemanes indiferentes o los propios asesinos. Eran los judíos que se querían dar ánimos unos a otros a través de un humor negro extremo y brutal. Porque incluso la situación más desesperada perdía una parte de su espanto cuando uno podía tomársela a risa. Algunos de los chistes se han conservado milagrosamente, contados por los pocos supervivientes de las acciones de exterminio. Un ejemplo especialmente drástico y en el fondo profundamente triste nos llega a través del recuerdo de Manès Sperber:

> Durante la época nazi, una aldea judía del este sufre ataques, pogromos y ejecuciones cada vez más terribles. Uno va al pueblo de al lado y lo cuenta. Entonces le preguntan: «¿Y qué es lo que habéis hecho?». Contesta: «La última vez no solo hemos rezado 75 salmos, sino los 150 completos. Y hemos ayunado como en el Día de la Expiación». «Eso está bien», le contestan, «uno no puede aguantarlo todo, hay que defenderse».

El chiste refleja la idea generalizada de que los judíos se dejaron llevar como corderos al matadero. Sin embargo, la gracia del chiste no contiene un reproche: fue precisamente ese pacifismo ingenuo lo que hizo al propio pueblo tan vulnerable ante un entorno en el que cada vez se iban cometiendo crímenes más sangrientos. El siguiente chiste de la recopilación de Salcia Landmann, que tiene como tema las ejecuciones en masa en el frente, es también negro como el azabache y conmovedor:

> Unas víctimas judías van a ser fusiladas por la Gestapo. El jefe de las SS al mando se acerca caprichosamente a un judío y le dice entre dientes: «Bueno, usted tiene un aspecto aceptable de ario. Le voy a dar una oportunidad. Tengo un ojo de cristal que no es fácil de reconocer. ¡Si usted adivina inmediatamente cuál es, le perdonaré!». La respuesta del judío no se hace esperar y dice sin titubeos: «¡El izquierdo!». «¿Cómo lo ha sabido?». «¡Es que tiene una expresión tan bondadosa…!».

Mientras los «grupos operativos» llevaban a cabo asesinatos en masa en el frente oriental, las SS ya estaban trabajando en el siguiente paso del terrible plan de exterminio. Si bien los asesinatos en masa de los judíos tenían lugar

en el este, el objetivo de Hitler no era solo la aniquilación de los judíos ortodoxos del este, sino la matanza organizada de todos los judíos europeos. Desde el 1 de septiembre de 1941 todas aquellas personas que tenían «sangre judía», fueran alemanas, holandesas o francesas, estaban obligadas a llevar la estrella amarilla de David en la solapa de la chaqueta. El sentido de aquella medida era identificar a los judíos de forma visible para todo el mundo y excluirlos de la *Volksgemeinschaft*. Todos aquellos que llevaban la estrella quedaron expuestos a la vergüenza pública. Los judíos reaccionaron a las ofensas cotidianas con un imperturbable humor; a la estrella le dieron el nombre de *Pour le Semite* («Para el semita»), como si se tratase de una condecoración honorífica especial. Pero más que todas las discriminaciones pesaba ahora en ellos el miedo a las deportaciones al este que comenzaron en la primavera de 1941. «Reasentamiento», así se llamaban oficialmente los traslados en vagones para ganado; a veces se los llamaba cínicamente «traslados de residencia». A casa no regresaba ninguno de los «desplazados», pero sus conciudadanos alemanes callaban y miraban a otro lado. Que el viaje no conducía a unas paradisiacas aldeas judías en el este estaba claro para todo el mundo, pero de la manera más dolorosa para los propios judíos, tal y como lo pone de manifiesto este chiste:

> ¿Cuántos tipos de judíos hay? Respuesta: dos, optimistas y pesimistas. ¿Y en qué se diferencian? Los judíos pesimistas están en el exilio, los optimistas en los campos de concentración alemanes.

Lo que estaba sucediendo en el este era tan inimaginable que pocos intuían la magnitud del sistema infernal que habían puesto en marcha los Himmler y los Eichmann. Solo una cosa estaba clara: la deportación era un viaje a ninguna parte. Ya al comienzo de la guerra la situación en los campos de concentración había empeorado de forma dramática. Aunque en 1939 todavía no tuvieron lugar exterminios organizados en masa, miles de personas murieron en los campos a causa del hambre y de las enfermedades[174]. Pero no solo la situación de los deportados y los prisioneros era espantosa y totalmente inhumana. También en la entrega de las raciones de víveres en las zonas ocupadas se medía con doble rasero. Aquel que tenía la mala fortuna de ser judío tenía todas las de perder. Está

documentado el siguiente cumplido (envenenado) que los hambrientos le hicieron a los invasores alemanes:

> Los ocupantes entienden algo de nutrición: han constatado científicamente que los alemanes necesitan 2500 calorías diarias, los polacos 600 y los judíos 184.

Otro chiste similar procede de la ciudad ocupada de Amsterdam, donde los judíos también pasaron mucha hambre. Los alemanes les daban intencionadamente poquísimas cartillas de racionamiento, una medida terrible e inhumana. Un afectado relata:

> De las cartillas no se puede vivir, o al menos no de manera adecuada. Sobre eso hay un chiste muy bueno. Alguien quería suicidarse ahorcándose. Pero la soga era de tan mala calidad que se rompió. Después quiso asfixiarse con gas, pero el gas estaba cortado (el invierno pasado lo cortaban siempre entre las dos y las cinco). Después vivió solo de su cartilla de racionamiento y lo logró al primer intento[175].

Los judíos pagaban, en la medida en que les era posible, sumas ingentes para conseguir cartillas suplementarias en el mercado negro. Ahorrar dinero no tenía sentido, porque la gente vivía con la certeza de que los podían deportar en cualquier momento. Todos intuían que a los que deportaban al este el dinero ya no les era de ninguna utilidad. Por eso cambiaban cada centavo por alimentos.

Matar de hambre a los judíos era naturalmente tan solo una parte de aquel plan diabólico. De nuevo habían dado una vuelta de tuerca más, ahora ya no había escapatoria. Entre las víctimas se extendió un sentimiento de profunda desolación, porque el camino hacia la libertad, al extranjero, había quedado cerrado para los judíos definitivamente desde el comienzo de la guerra. La desesperación de aquellos seres humanos a merced de los nazis encontró en el humor un lenguaje propio:

> Tras la entrada de Hitler en Austria, un judío se estaba informando en una agencia de viajes vienesa sobre las posibilidades de emigración. La empleada de la agencia de viajes tenía ante sí el globo terráqueo y señalaba con el dedo país por país diciendo: «La emigración a Palestina está bloqueada, la cuota americana ya se ha alcanzado; el visado para Inglaterra es muy difícil de conseguir; para China. Paraguay y Brasil se piden garantías financieras; Polonia ni siquiera admite de vuelta a los judíos polacos». El judío señala con el dedo índice el globo y pregunta en tono de resignación: «¿Y aparte de este no tiene usted algún otro?».

Los judíos acorralados en los guetos estaban a merced de sus perseguidores y el camino hacia la libertad estaba cortado. Tan solo unos pocos pudieron escapar al largo brazo de aquel Estado nazi entregado a orgías de violencia cada vez más terribles. Pero algunos consiguieron pasar desapercibidos con documentación falsa o esquivar a las SS, como Anne Frank, al menos durante algún tiempo. Pocos «camaradas del pueblo» les prestaron una verdadera ayuda, la mayoría hizo oídos sordos a los judíos fugitivos que precisaban ayuda. Un chiste judío hace balance con resignación:

> Se contaba que un judío había pedido refugio a un amigo de los tiempos de la escuela. Este le contestó con temor y con ciertos reparos, así que el judío se despidió resignado de él, no sin antes entregarle una botella de vino. «¿Qué voy a hacer yo con esto?», le preguntó el amigo extrañado. «Así podrás afirmar con la conciencia tranquila», le explicó el judío, «que tuviste escondido en tu sótano a un tal Oppenheimer[176]».

Aquel que era capturado por los esbirros de Himmler se encontraba enseguida en un vagón de ganado rumbo al este. Algunas veces iban a parar primero a un campo de transición, pero para muchos el destino del viaje era al mismo tiempo la rampa de selección hacia Auschwitz. Cada día morían allí hasta 10 000 personas asesinadas en las cámaras de gas. A pesar de todo el hermetismo que rodeada esos crueles asesinatos, las matanzas en masa de aquella magnitud no podían pasar desapercibidas a la población alemana. No obstante, no todo el mundo conocía aquellas prácticas espeluznantes de exterminio, puesto que solo puede saber aquel que quiere saber. Los alemanes jugaron el infame juego de los tres monos: cerraron los oídos, los ojos y la boca. No querían enterarse del sufrimiento infligido en nombre de la *Volksgemeinschaft*, los abismos que se abrían eran demasiado hondos. Eso se puede constatar también en las aseveraciones de la generación de la guerra, incluso mucho tiempo después del fin del Tercer Reich: ellos no sabían nada de la existencia de los campos de concentración. Y eso que las chimeneas de los crematorios humeaban tanto en el este como en la cercanía de pintorescas poblaciones alemanas. Aquel que quería mirar al horror directamente a los ojos tenía ocasión de hacerlo incluso ante la puerta de su casa. Las informaciones, los detalles terribles solo quedaron ocultos ante la opinión pública de forma insuficiente. En Amsterdam, los

judíos sabían incluso de las cámaras de gas, tal y como lo demuestra con crudeza el siguiente chiste judío:

> El profesor Asscher y Cohen [los dos jefes del Consejo Judío a los que siempre se les reprochó haber sido cómplices de los nazis] son llamados ante la presencia de los nazis y se les comunica que hay que gasear a los judíos, a lo que el profesor responde con la siguiente pregunta: «¿Ponéis vosotros el gas o lo tenemos que poner nosotros[177]?».

Este tipo de humor negro no era infrecuente. Tal y como sabemos por el músico de jazz berlinés Coco Schumann, que fue deportado a Auschwitz, los propios judíos se contaban en los campos de concentración chistes escabrosos para darse ánimos. Lo mismo nos dicen las cartas de un judío de Amsterdam recluido en el campo de concentración de tránsito de Westerbok[178].

El cabaret a la vista de la muerte: los cómicos Fritz Grünbaum y Kurt Gerron en el campo de concentración

Tras los números, tras los cerca de seis millones de judíos que fueron asesinados durante el Tercer Reich, había seis millones de destinos individuales. Ahí tenemos, por ejemplo, al pícaro cómico Fritz Grünbaum, que desde la entrada de los alemanes en Viena tuvo que llevar una terrible existencia en un campo de concentración. Este espantoso destino solo alcanzó de forma tan repentina a unos pocos de sus compañeros de infortunios. Su perdición fue su inconfundible fisionomía, esa complexión delicada y ese rostro que hacía de él, en opinión de los nazis, un ejemplar clásico de semita. Los nazis proyectaron en él su animadversión como en ningún otro judío vienés. No demoraron en despachar a Dachau a ese hombre menudo y astuto que se reía hasta de su sombra. A Grünbaum lo separaron para siempre de su esposa, solo estuvieron unidos de nuevo en la muerte. En el campo de concentración le esperaban a este hombre de cincuenta y muchos años los más duros trabajos forzados, pero nunca

perdió el humor. Para animarse él mismo y a sus compañeros de prisión, en los pocos momentos libres que le quedaban daba muestras de su arte de cabaret. Los presos se lo agradecían con aplausos y pequeños regalos. En Buchenwald, a donde fue trasladado en septiembre de 1938, sus condiciones de vida empeoraron considerablemente. Allí pasó el terrible invierno de hambre del primer año de guerra. Pero, por si las miserables circunstancias no fueran lo suficientemente terribles, una desafortunada casualidad hizo que su reclusión fuera aún más insoportable. Los vigilantes habían reconocido a ese cómico famoso más allá de las fronteras de Austria. Así que ya no lo dejaron en paz ni un minuto. Grünbaum tenía que servir de pérfido entretenimiento para hacer reír a los hombres de las SS; cuando no lo lograba, le pegaban. Aquella infernal humillación era fruto de un insoportable sadismo. Afortunadamente sus compañeros le libraban del duro trabajo en las canteras, al que seguramente no habría sobrevivido por mucho tiempo. Primero trabajó zurciendo medias. Pero poco después lo sacaron de allí, porque según las nuevas reglas de la dirección del campo, aquella tarea era demasiado fácil para los judíos. En lugar de eso, las SS le hicieron limpiar las letrinas a aquel hombre menudo: la misión tenía el nombre de «columna 4711». Los guardias fueron «complacientes» una sola vez. Cuando habían torturado hasta la muerte a su colega, el cómico Paul Morgan, Grünbaum pudo transportar el cadáver hasta la entrada principal del campo[179] junto con el cantante folclórico Hermann Leopoldi.

A un cómico nato no se le puede arrancar el sentido del humor a través de ningún tipo de violencia. Grünbaum hacía bromas sobre el mortificante hambre: decía que la desnutrición sistemática era el mejor remedio contra la diabetes. Pero su atrevido humor negro no podía ocultar que la prisión había hecho mella en su salud. En octubre de 1940 lo trasladaron a Dachau; en aquel momento, Fritz Grünbaum padecía ya de una avanzada tuberculosis gastrointestinal[180]. Su última actuación tuvo lugar allí, tras el alambre de espinos. Contó chistes descarados y cantó una vez más sus cuplés más conocidos. Tras aquella animada actuación, así lo relata un testigo, se derrumbó agotado. Un intento de suicido que llevó a cabo pocos días después fracasó. El 14 de enero de 1941 murió el gran cómico. En el

certificado de defunción escribieron, con un enorme cinismo, que la causa de la muerte fue una «parálisis cardiaca».

En 1941 también comenzó a torcerse la suerte para Kurt Gerron, el exitoso cómico y director de la UFA. Hasta 1937 estuvo rodando películas en el exilio holandés; además, elaboró la versión sincronizada en neerlandés de la película de dibujos animados de Disney *Blancanieves y los siete enanitos.* En pocas palabras, se había consolidado lejos de la patria y había demostrado su capacidad. Pero en 1940 los Países Bajos fueron invadidos por los alemanes. También aquí los invasores dieron una vuelta de tuerca. Gerron ya estaba en la lista negra de los nazis. En su condición de esperpento semítico, tal y como lo veían los nazis, le habían obligado a aparecer como estrella invitada en la peor película propagandística del Tercer Reich, la célebre chapuza *El judío eterno.* Allí Gerron aparecía en una breve secuencia que había sido cortada de otra película. En la mano sostenía una sopa humeante, llevaba los brazos desnudos y sobre el pecho un delantal de cuero. El infame tono del comentario que los creadores de *El judío eterno* presentaban cuando salía, instruía al espectador de que las «películas de judíos» y Gerron perseguían «la representación de lo repugnante» para crear efectos humorísticos. Aquella película demagógica le fue servida al público holandés en todos los cines por orden especial del Ministerio del Reich para la Ilustración Pública y la Propaganda. Por muy paradójico y terrible que suene, *El judío eterno* fue la última actuación cinematográfica de Gerron ante el gran público.

También la carrera teatral de Gerron se acercaba a su fin. Junto con su amigo Otto Wallburg, que se alojaba en la misma pensión de Amsterdam, había tomado parte en varias veladas de cabaret de exiliados. Durante la época de la ocupación tales actuaciones de cómicos y actores judíos solo eran posibles todavía en la Joodsche Schouwburg, un teatro en el centro de Amsterdam que antes de la invasión alemana se llamaba Hollandse Schouwburg. Ahora, en aquel escenario, por orden de los nazis, debían actuar exclusivamente los judíos para los judíos. El edificio neoclásico, ubicado en la Plantage Midenlaan 24, pronto se hizo tristemente célebre: lo convirtieron en el punto de encuentro para las deportaciones a los campos de concentración. Allí también aterrizó en 1943 Kurt Gerron, el cual, tras el

cierre del teatro judío, se había ganado las lentejas trabajosamente como profesor de interpretación. Lo mandaron al campo de transición de Westerbok, junto a la frontera de Holanda con Alemania. De allí partían los transportes hacia el este; los deportados aterrizaban la mayoría de las veces directamente en las cámaras de gas de Auschwitz. Gerron se encontró en prisión con viejos conocidos como el presentador Willy Rosen y el cómico Max Ehrlich. Por orden del comandante del campo, al que le gustaba imaginarse como una especie de mecenas del género chico, el trío actuó en un cabaret fundado por ellos en el propio campo de concentración. El primer *show*, una producción llamada *Da Capo!* fue estrenada poco después de la llegada de Gerron ante un público compuesto por los presos y el cuerpo de vigilantes. El cabaret de Westerbok se convirtió al pasar de los años en una institución de mal agüero. De forma escalofriante, así lo contaban *a posteriori* algunos reclusos del campo, las funciones siempre se fijaban un día antes de la partida de uno de los transportes en vagones de ganado. No es posible saber si Konrad Gemmecker, el director del campo, determinaba las fechas por puro sadismo o si con ello quería entretener a los presos aterrorizados ante su inminente destino. La bondad, en cualquier caso, no era un rasgo distintivo de aquel hombre.

En 1944 metieron de nuevo a Gerron en un vagón de ganado, No volvió a pisar Alemania nunca más. Esta vez el tren se dirigía al campo de concentración de Terezin, en territorio checo. No fue enviado directamente a Auschwitz gracias a su fama como director de cine y actor. A las personalidades prominentes a veces se les concedía un pequeño respiro, un aplazamiento antes del transporte definitivo a un campo de exterminio. Gerron, tal y como lo demostraba su expediente, había dado muestras de su valor en el frente durante la Primera Guerra Mundial; tal vez eso fue una razón más para no enviarlo inmediatamente a la cámara de gas. La penúltima etapa en la vida de Gerron lo condujo a una pequeña ciudad que hoy en día, con el nombre de Theresienstadt, guarda horribles recuerdos. En tiempos de paz, cuando era un puesto avanzado del Imperio austro-húngaro, no había sido más que una plaza militar aburrida, y durante la época nazi Theresienstadt ocupó un lugar en la historia como uno de los campos de concentración más conocidos. Reinhard Heydrich, el más siniestro de los

colaboradores de Himmler, había instalado en la antigua fortaleza un gueto de muestra para los judíos deportados desde toda Europa. A los visitantes extranjeros se les hacía creer que a los prisioneros les iba muy bien bajo los cuidados de los alemanes. El campo servía de pantalla tras la que la maquinaria diabólica de la «Solución final» podía trabajar sin estorbos. Para causar una buena impresión a las comisiones extranjeras, los subordinados de Heydrich idearon todo tipo de «medidas de mejora». Como el campo siempre estaba horriblemente abarrotado, las SS enviaron a una gran parte de los judíos a Auschwitz antes de la llegada de los visitantes extranjeros. Después se abrieron apresuradamente algunos cafés en el recinto del campo y algunos presos interpretaron óperas por orden del comandante. El sentido de aquel macabro montaje era que los visitantes tuviesen la impresión de que a los judíos les iba mucho mejor en prisión que a muchos soldados en el frente. De hecho, con aquel truco barato de prestidigitación, consiguieron engañar incluso a la Cruz Roja, que estaba visitando Theresienstadt por deseo del Gobierno danés. En cuanto las delegaciones extranjeras se despidieron, desmontaron los bonitos cafés y los teatros. La realidad de Theresienstadt no tenía nada que ver con el encanto de aquellos cafés. La vida allí era terrible, inhumana, asesina. De los cerca de 144 000 ocupantes del campo, solo una pequeña parte sobrevivió al dominio de terror de las SS. En Theresienstadt se propagaron numerosas epidemias, los presos sufrían inanición. Solo en el año de 1942 murieron en Terezin 16 000 presos a causa del hambre y las enfermedades. Cuando Kurt Gerron pisó aquella antesala del infierno, ya habían salido de allí miles de presos rumbo a una muerte segura en Auschwitz.

Evidentemente, la fama de Gerron lo había precedido, porque poco después de su llegada también se fundó un cabaret en Theresienstadt. El comandante del campo, un hombre de las SS llamado Karl Rahm, le encargó al exdirector de la UFA la dirección de aquel extraño establecimiento. Un templo del buen humor le iba de perlas al concepto cínico de las SS, puesto que en Theresienstadt solo les interesaba dar una buena impresión hacia el exterior. Gerron bautizó su cabaret con el nombre de *Das Karussell*, un nombre caprichoso que sonaba a feria y que sin embargo evocaba cosas terribles, porque en Theresienstadt solo giraba un

carrusel que catapultaba a cualquiera que estuviera en la lista negra de las SS directamente hacia Auschwitz. A pesar del miedo permanente a ser deportado, Gerron asumió la nueva tarea tranquila y metódicamente. No faltaban artistas en el «gueto judío» para llevar a cabo aquella tarea. La flor y nata de la escena teatral y artística judía estaba internada en la antigua fortaleza, desde brillantes compositores hasta artistas de cabaret de primera clase, y desde glamurosas cantantes de cuplé hasta los más ágiles acróbatas. No sin razón, *Das Karussell* es considerado el mejor cabaret en lengua alemana de los años cuarenta. Como era de esperar, Kurt Gerron no desaprovechó la ocasión de subirse al escenario. Pero aquello no eran los felices años veinte: ante el cómico de *Der Blaue Engel* ahora estaban sentadas unas figuras demacradas en traje de rayas y vigiladas por brutales hombres de las SS con insignias en forma de calavera. Una vez la compañía tuvo que actuar en una sala en la que estaban amontonados docenas de cadáveres desnudos. El espanto era inenarrable, pero la actuación no se canceló. Como la compañía de *Das Karussell* sentía una horrible repugnancia antes los cadáveres, Gerron llamó a todos los prisioneros ciegos y les hizo formar una cadena, Los ciegos sacaron los cadáveres de la sala bajándolos por la escalera. Abajo, en el rellano, esperaba un carro con el que se llevaron los cuerpos tumefactos. Como los ciegos no podían ver los cadáveres horriblemente desfigurados, aquella macabra tarea les resultó un poco más fácil. Esa misma tarde tuvo lugar en la sala un gran *show* de cabaret, una grotesca danza macabra, en medio del campo de concentración de Theresienstadt. Era extraño y absolutamente esquizofrénico provocar grandes risas en aquel lugar. Gerron, que ya no tenía nada que perder, se dedicó a sus producciones con toda su energía.

«El Führer regala a los judíos una ciudad»: la película de Theresienstadt

De hecho, las representaciones tenían tanto éxito que las SS le hicieron una nueva oferta al talentoso director del cabaret en el verano de 1944. Esta vez

tenía que sentarse por primera vez desde hacía cuatro años en la silla de director para llevar a cabo una producción cinematográfica. El título del proyecto era: *Theresienstadt: un documental sobre el reasentamiento judío.* Para la película, una invención de un *Sturmbannführer*[181] de las SS llamado Hans Günther, se calculó un presupuesto de 35 000 marcos. El dinero procedía, hasta el último centavo, de los bienes confiscados a los judíos, una malvada ironía al gusto de los nazis, porque el «documental» debía convertirse en una película propagandística especialmente pérfida. La película mostraba el campo de concentración como una bella utopía, como un gran sanatorio para judíos. De nuevo los observadores extranjeros, sobre todo los de países neutrales, debían ser víctimas del engaño acerca de la verdadera naturaleza del campo. El guión preveía escenas en los cafés de Theresienstadt y (por supuesto inexistentes) avenidas de entretenimiento. También debían aparecer un hospital y otras instituciones útiles. Que los prisioneros morían como moscas, que eran enviados en serie a las cámaras de gas de Auschwitz… Naturalmente todo aquello no debía verse reflejado en aquel infame *seudodocumental*.

Kurt Gerron se convirtió a la fuerza en cómplice de los nazis. Llevó a cabo la tarea que le habían impuesto con la acostumbrada minuciosidad y entrega, no tenía otra elección. Para una escena incluso se situó ante las cámaras: actuó en un programa de variedades al aire libre, en una pradera situada fuera de los muros del gueto junto a un dúo musical y un trío de cabaret. Su última actuación como cabaretista, eternizada aquel día en una grabación, está desaparecida. Tras la guerra, la última obra de Gerron, que solo constaba de fragmentos, se hizo tristemente célebre a nivel internacional con el título *El Führer regala a los judíos una ciudad.* Hasta hoy en día nadie ha sido capaz de explicar cómo es posible que la película llegara a ostentar aquel título tan cínico. Seguramente se trataba de una invención de los propios prisioneros; en cualquier caso, es seguro que el título no se lo pusieron las SS. Karel Margry lo considera un ejemplo típico de ese humor negro que estaba tan extendido entre los judíos de los campos de concentración[182]. De hecho, el músico berlinés Coco Schumann, que sobrevivió a Auschwitz y a Theresienstadt, confirmó que los prisioneros solían contarse chistes entre ellos, uno más negro que el otro. Por lo tanto,

la tesis de que los prisioneros fuesen los autores de aquel título no es tan descabellada.

La historia de la película de Theresienstadt terminó, no podía ser de otra manera en el mundo de pesadilla de Heinrich Himmler, con una tragedia. Los numerosos actores que habían recreado un mundo feliz ante la cámara fueron deportados a Auschwitz y asesinados. A Kurt Gerron, el director, le llegó el turno a finales de octubre. Algunos testigos cuentan que Gerron soportó la condena a muerte con orgullo y dignidad. Otros cuentan que antes de que partiera el tren se puso de rodillas ante un guardia rogándole que le perdonase la vida. Independientemente de cómo fueran aquellas últimas horas de Gerron, de lo que no cabe ninguna duda es de que el 28 de octubre de 1944 fue transportado en un convoy desde Theresienstadt hasta Auschwitz. Nada más llegar lo enviaron a la cámara de gas. Junto a él fue asesinado el cómico Otto Wallburg, ya gravemente enfermo, al que los nazis también habían atrapado en la Holanda ocupada. Así, encontraron un final miserable y cruel dos de las grandes estrellas de la época de Weimar. Tan solo unos días más tarde se suspendió el programa de la «Solución final» en Auschwitz[183]. La cinta de Gerron fue acabada por el cámara checo Karel Pecený y cortada por su compatriota Ivan Fric. Se sabe tan solo de unos pocos visionados del falso «documental», pero en cualquier caso, hacia el final de la guerra, cuando el horror de los campos de concentración nazis ya era conocido en el extranjero, no pudo engañar a nadie más.

07
«¿Carcajadas en Auschwitz?» Humor y nacionalsocialismo desde la posguerra hasta la actualidad

La época inmediata de posguerra y la evolución hasta comienzos de los años noventa

En la inmediata posguerra en Alemania reinaban el hambre y el caos. A la gente, todo lo que había sucedido hasta ese momento le parecía algo secundario, porque lo que le urgía a la autodenominada «raza superior» era la pura y simple supervivencia. El tiempo pasó y Alemania quedó dividida, en el oeste tuvo lugar el milagro económico y en el este el socialismo. Los occidentales no querían acordarse de nada, porque estaban ocupados en construir un estado industrial rico; los orientales no tenían que acordarse de nada, porque según la interpretación de la República Democrática Alemana solo había nazis en el oeste. Así pues, apenas nos han llegado chistes políticos sobre la Alemania nazi de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. En cambio había, tal y como lo relata la superviviente de Auschwitz Ruth Kluger, chistes de muy mal gusto sobre los judíos que regresaban para reclamar las propiedades que les habían sido incautadas. En Viena circulaba la pregunta: «¿Qué? ¿Ya ha vuelto tu judío?». Algunas

personas no habían aprendido nada de lo sucedido, no porque fueran estúpidas, sino porque no querían aprender. Así pues, los miserables simpatizantes «al ciento cincuenta por cien» se abrieron paso rápidamente hacia arriba en ambos lados de la Alemania dividida. En pocas palabras, era una época en la que retornó una repugnante superficialidad en la que los alemanes se pusieron anteojeras y siguieron pronunciando groserías antisemitas en los salones.

La voluntad de cambio no llegó a la Alemania occidental hasta que tuvo lugar el cambio generacional. En los años sesenta y setenta se superó finalmente el vergonzoso pasado; no porque así lo deseara la generación de la guerra, que se defendía enérgicamente, sino porque los jóvenes lo demandaban. En el transcurso de ese doloroso proceso se abrieron abismos inconmensurables. Los viejos repetían una y otra vez la misma letanía: «¡No sabíamos nada!», una posición que la mayoría mantuvo hasta su muerte. En aquella época de tanta carga emocional no se podían hacer bromas sobre Hitler, habría sido algo inconcebible. En lo que se refiere a la representación del Holocausto en el arte, se configuraron tres leyes tácitas, tres «convenciones» que el anglicista de Nueva York Terrence Des Pres formuló de la siguiente manera:

> — El Holocausto debe ser representado como una totalidad, como un acontecimiento extraordinario, como un caso especial y un ámbito bien definido, antes o después de toda la historia o separado de ella.
> — Las representaciones del Holocausto deben ser tan exactas como sea posible para hacer justicia a los hechos y a las circunstancias del acontecimiento; no hay razones legítimas ni artísticas para llevar a cabo transformaciones o manipulaciones.
> — Uno debe aproximarse al Holocausto como si se tratase de un acontecimiento significativo, tal vez incluso religioso, con una gravedad que excluye cualquier reacción que pudiera oscurecer su extraordinario significado o deshonrar la muerte de tantos seres humanos[184].

Naturalmente se produjeron transgresiones a estas convenciones, pero fueron valoradas de maneras muy diferentes. Ocasionalmente, algunos cineastas y cómicos obtuvieron «licencia» para satirizar el régimen de Hitler. Los críticos alemanes de posguerra no pusieron ningún reparo a *El gran dictador.* Ninguno de ellos quiso hacer reproches a Chaplin, que no sin razón ya se había convertido en vida en un icono del mundo anglosajón. Se

reconocía de forma generalizaba que tenía las mejores intenciones cuando hizo la película. Aunque la cinta se cuenta entre las comedias más divertidas de todos los tiempos, la motivación de Chaplin era muy seria: poner en evidencia la peligrosidad del delirio nazi. También se reconocieron las buenas intenciones de Billy Wilder, en cuya comedia titulada *Un, dos, tres*, del año 1961, aparecen todo tipo de personajes nazis estrafalarios que golpean marcialmente sus botas.

La crítica alemana observó con lupa otras producciones. Pero los criterios según los cuales se valoraba el género de las comedias antihitlerianas fueron cambiando en el transcurso del tiempo. Cuantos más años pasaban, de manera más distendida se contemplaban las representaciones del «ridículo Führer». Kathy Laster y Heinz Steinert añadieron dos reglas más a las convenciones de Des Pres en un artículo sobre la «nueva moral en la representación de la *Shoa*» con el objetivo de hacer justicia a la nueva mentalidad:

> — Las representaciones del Holocausto deben tener lugar en el ámbito de la «alta cultura». Los productos populares son automáticamente sospechosos y en cualquier caso menos significativos. Las comedias se dirigen en la mayor parte de los casos a un público que no es necesariamente culto, y por eso es más difícil considerarlas propias de la alta cultura.
>
> — El artista debe tener la actitud adecuada y la motivación adecuada: altruismo, las mejores intenciones, las metas adecuadas de orden moral y didáctico. Incluso cuando el producto es cómico, el artista debe dar muestras de una adecuada seriedad[185].

Ya a finales de los años sesenta Mel Brooks se había situado más allá de todas las reglas tácitas. Si bien en su cinta *The Producers* (1968) el Holocausto no constituía el centro de interés, el argumento era de todo menos políticamente correcto. Dos productores de Broadway quieren engañar a unas inversoras. Para ocultar sus maquinaciones criminales acuerdan producir un gran *flop*. Su intención es que cuando se produzca el fracaso económico, la contabilidad no sea auditada y las huellas de su engaño queden borradas. Para asegurarse de que la película sea un estrepitoso fracaso, le encargan a un célebre neonazi la tarea de escribir un musical. Cuando aquel tipo estrafalario les entrega la indescriptible pieza *Springtime for Hitler*, los productores creen que lo tienen ya todo ganado.

Pero esa obra escrita con total seriedad por el autor en la que los nazis bailan con ligueros, se convierte en un grandísimo éxito de taquilla. Las artimañas de los dos productores quedan al descubierto y dan con sus huesos en la cárcel.

«Seriedad adecuada»: de eso no hay nada en el popular espectáculo de Mel Brooks. Y desde luego tampoco es una película del ámbito de la «alta cultura». Pero esa película atrevida y poco convencional obtuvo una gran acogida entre el público. Mel Brooks incluso recibió el Oscar al mejor guión. «Cuando uno se sitúa en un pedestal y se pelea con un dictador, puede que no gane la pelea […] Pero si se le ridiculiza y se le bajan los humos, no puede ganarnos». Como la película resultó un extraordinario éxito, la crítica la apoyó incondicionalmente. Al fin y al cabo, *The Producers* era una producción americana de éxito y además de un director judío. Si se hubiera tratado de una producción nacional que no hubiera contado con un decisivo «voto de confianza» anticipado, tal vez el veredicto no habría sido tan indulgente. El tema escabroso del «Führer ridículo» no estaba superado, sobre todo en Alemania.

El *remake* menos exitoso que hizo en 1983 Mel Brooks de la película de Lubitsch *Ser o no ser* también provocó amables reacciones. Pero eso no significa que todas las producciones anglosajonas estuvieran por encima de cualquier crítica. En 1990, una ola de indignación recorrió Alemania. La causa de aquel arrebato fue que el canal británico Galaxy había emitido una *sitcom* en la que Adolf Hitler aparecía retratado como un burgués suburbano. En *Heil, Honey, I'am home*, el *Führer* y Eva Braun, que han sobrevivido a la guerra, viven en una urbanización de chalés adosados. Hitler siempre anda a la greña con sus vecinos, la pareja judía Goldenstein. El dictador aparecía retratado como un tiquismiquis de poca monta, como el protestón de la puerta de al lado; y, partiendo de ese concepto, los autores de la irreverente serie concibieron todo tipo de estúpidos gags. La prensa británica se declaró *no amused*[186]. Su veredicto fue que la serie trivializaba el Holocausto y ofendía a los británicos que sobrevivieron a los crímenes de guerra. La emisora, asustada por la protesta general, retiró aquella serie de tan mal gusto y solo emitieron el primer capítulo de ocho; en cualquier caso, algunos fragmentos fueron reutilizados en un *show*

producido posteriormente llamado *100 Greatest TV Moments from Hell*, una recopilación de los programas de televisión más penosos de todos los tiempos.

El fin de un tabú: «Adolf, el cerdo nazi» de Walter Moers y «La vida es bella» de Roberto Benigni

Unas malas críticas tan unánimes no constituyen sin duda un buen presagio para una estrella de la comedia internacional que se quiere aproximar a un tema especialmente delicado. Roberto Benigni, conocido fuera de Italia sobre todo en su faceta de cómico, rodó en 1997 *La vida es bella*. El tema de la comedia era el Holocausto. Un número en la cuerda floja más peligroso que este apenas hubiera sido imaginable. Y sin embargo la película de Benigni comienza de un modo relativamente inocente: nos va contando con todo lujo de detalles la historia del encantador Guido, un soñador habitante de la ciudad de Arezzo. Haciendo uso de toda clase de trucos, el héroe consigue quitarle la novia, la bella Dora, al secretario local del partido. Le sirve de ayuda su ingenio con el que consigue hacer realidad lo que parece imposible. El soñador deja fuera de juego al malvado con una gran elegancia. Guido vive tan inmerso en su mundo de fantasía que no se da cuenta de cómo se va enrareciendo el ambiente político a su alrededor. Rapta a la novia a lomos de un caballo que le ha prestado su tío judío; los nazis acaban de pintarrajear el cuerpo del pobre animal con todo tipo de insultos. Pero Guido solo tiene ojos para su idolatrada Dora e ignora el odio de los antisemitas. Entre tanto tiene lugar la boda y Guido y Dora tienen un hijo, Giosuè. Un día los nazis ordenan reunir a todos los judíos de la ciudad de Arezzo para deportarlos a un campo de concentración. También Guido, Dora y Giosuè son arrastrados. El escenario de las secuencias que siguen es un campo de concentración ficticio que se parece lejanamente a Auschwitz.

Guido se da cuenta enseguida de que están en juego no solo su vida, sino la de su mujer y la de su hijo. Como no quiere inquietar al niño, le hace creer que el terror nacionalsocialista es en realidad un gran juego en el que se trata de ganar la mayor cantidad de puntos posible. Le cuenta al niño que le darán puntos, por ejemplo, si se queda escondido todo el día mientras Guido va a realizar los trabajos forzados. Así, Giosuè se libra de la cámara de gas sin sospechar nada del espanto que le rodea. Como premio final del juego, Guido le promete al pequeño un tanque de verdad. Y al final lo «gana» cuando los americanos liberan el campo. Pero para Guido es demasiado tarde, las SS lo fusilan poco antes de la llegada de los libertadores.

Indudablemente, la historia era dura de tragar: Auschwitz como escenario de una tragicomedia… Eso no se había visto nunca. Hasta entonces, el director y protagonista de la película era famoso por sus cándidas y triviales comedias. Y encima era de Italia, un país que había pertenecido al «Eje». El humor negro, así lo formularon Laster y Steinert, estaba reservado tan solo a las víctimas, no a alguien que no lo hubiera vivido directamente. Aquello hacía el proyecto doblemente problemático[187]. Es de suponer que Benigni era consciente de que corría un gran riesgo. Pero la gran tormenta de la indignación no se produjo. Las pocas críticas negativas estaban formuladas amablemente. Incluso los espectadores más críticos tuvieron que reconocer que el delicado juego de equilibrio se había resuelto con éxito. Benigni había puesto en escena el filme con valentía y con mucha sensibilidad. En ningún momento *La vida es bella* busca el efectismo o cae en la minimización o el mal gusto. Los reproches que se le hicieron tenían que ver la mayoría de las veces con la representación poco realista del campo de concentración. Es cierto que el Auschwitz de Benigni tan solo se asemeja esquemáticamente al histórico campo de exterminio. Para hacer la película, se limitaron a utilizar una antigua fábrica como escenario. Los violentos desmanes del personal de vigilancia y los asesinatos en masa quedaron más bien al margen. El periódico *The New Yorker* protestó enseguida diciendo que Benigni había llevado a cabo una falsificación de la historia, que ni en los campos de exterminio reinaba tal sosiego ni en Auschwitz vivían niños[188].

La distribuidora americana reaccionó con nerviosismo y presentó la película con un texto introductorio en el que indicaba de forma expresa al carácter ficticio del argumento. Pero esa medida resultó ser totalmente superflua. En todo momento queda claro que *La vida es bella* está narrando un cuento. Precisamente es ese enfoque, en el que el Holocausto queda estilizado de una manera tan consecuente, lo que hace que la película sea tan efectiva. Por supuesto todo el mundo tiene en mente las espantosas imágenes de Auschwitz. Lo que en la película simplemente se bosqueja puede ser completado fácilmente por cualquier espectador. Durante la primera mitad de la película, en la que Guido va dando trompicones a través de una enrevesada historia romántica, Benigni alcanza momentos estelares. Cuando la familia es deportada, las tres figuras protagonistas ya se han ganado nuestro corazón. Su caída en desgracia, el paso por el campo de exterminio hitleriano no tienen que ser representados hasta el último detalle como si del campo original se tratase, porque el viraje del destino, la entrada del horror en el cándido mundo de Guido también resultan efectivos de esta manera. Benigni no cae en la trampa de introducir una ruptura fundamental de estilo a mitad de película. Precisamente porque lo fantástico se mantiene de manera consecuente y porque muchas cosas permanecen sin descifrar, la película obra en la fantasía del espectador.

La vida es bella es, a pesar del asesinato del protagonista, una película sobre la supervivencia. La esperanza que no se apaga pese al horror se manifiesta en la figura del inocente Giosuè. Tras la máscara del mal hay algo ridículo, banal, que es pasajero y que en algún momento será derrotado. Aunque se lleve por delante a Guido, Giosuè vivirá y crecerá en un mundo sin nacionalsocialismo. Puede sonar ingenuo, pero los cuentos pueden ser idealistas, es parte de su esencia. La conciliadora, cómica y profundamente triste película de Benigni ganó en 1997 cuatro Oscar, un reconocimiento merecido por ese sensible tratamiento del trauma del Holocausto que en ningún momento roza la trivialidad.

Enigmáticamente benévola fue también la crítica con la drástica sátira de Hitler de Walter Moers, el cómic *Adolf, die Nazi-Sau* (*Adolf, el cerdo nazi*) del año 1998. Sin embargo, el contenido de ese vulgar espectáculo era de todo menos fácil de digerir. «Adolf», con su habitual raya al lado y su

bigote recortado, sobrevive a la guerra y aparece en la Alemania actual cuando sale del sumidero en el que se ocultaba. Pero el mundo postmoderno es demasiado para el dictador anclado en el pasado. Un estrafalario embrollo sigue al otro. A veces el colérico ex *Führer* sufre un ataque de furia porque toma por error a Alfred Biolek por un judío, a veces deja morir de hambre a su Tamagochi porque es japonés («¡Esos japoneses! ¡Miserables traidores!», vocifera, «¡tiraron la toalla por dos insignificantes bombas atómicas!»). El único que lo conforta es el viejo camarada Hermann Göring, que ahora es un transexual gordinflón que hace la calle en St. Pauli**[189]**. Consuelo es lo que necesita ese Adolf urgentemente, porque Moers envía al resucitado con raya al lado a un periplo despiadado. Adolf tiene que familiarizarse con todos los clichés del moderno mundo de los medios de comunicación, desde la princesa Diana hasta los extraterrestres que secuestran a amas de casa. Ronco y profundamente perturbado, el dictador sin trabajo va deambulando por un país que ya no sabe qué hacer con un tipo como él. Expresa su frustración desgañitándose. Cuando escucha «Hey Jude» de los Beatles, cree enseguida que se trata de nuevo de «los judíos». Pero sus estridentes discursos ya no interesan a nadie en ese paisaje delirante y estridente del cómic. La Alemania postmoderna, con sus sandeces de *talkshow*, puede que sea superficial, pero en ella no queda sitio para un *Führer*. El Hitler de Moers, con su nariz de pepino, no puede hacer otra cosa que llevar una existencia miserable en este nuevo mundo.

«Los verdaderos fans de Adolf lo encuentran, por supuesto, tan poco divertido como los antifascistas», escribió *Die Junge Freiheit* sobre el cómic. Sin embargo, nadie en la prensa alemana se atrevió a expresar su propia opinión. Ningún crítico quería reconocer que la estridente obra de Moers le parecía buena. Pero nadie escribió tampoco nada malo sobre ella; como mucho se dijo que a Michel Friedman, por aquel entonces vicepresidente del Consejo Central de los Judíos, el cómic le parecía «fallido». El veredicto definitivo sobre *Adolf, el cerdo nazi* lo fallaron los lectores, que vaciaron las estanterías de los delgados volúmenes. Se vendieron en total 170 000 ejemplares.

¿Es lícito reírse de Hitler?

El cambio generacional trajo consigo una actitud más relajada hacia la representación del «ridículo Führer» también en Alemania. Entre tanto, incluso el humorista Helge Schneider puede hacer de Hitler. Hasta hace pocos años se hubiera interpretado como un terrible agravio, pero hoy se juzga más benévolamente. Lo que antes solo era posible en el extranjero, ahora también se acepta y se tolera aquí. La indignación de los medios parece fingida, sin la carga ideológica de los años ochenta. La distancia de los años ha hecho el resto. Al mirar con nuevos ojos, las películas propagandísticas del Tercer Reich se adivina no solo lo monstruoso, sino también lo infinitamente ridículo de esa época. No por ello se minimiza el Holocausto. Por el contrario, uno se pregunta cómo es posible que algunos cometieran tales crímenes inimaginables por culpa de ese agitador de bigote recortado. El tiempo de la demonización ha quedado atrás. No por ello resulta más fácil responder a la cuestión de cómo se pudo llegar tan lejos, en realidad resulta más difícil. Resulta absolutamente enigmática la fascinación que la gente sentía por su *Führer*, al que las generaciones posteriores solo conocen por sus estrafalarias apariciones en los noticiarios.

Así pues, ¿es lícito reírse de Hitler?, ¿es inmoral una comedia como *The Producers* de Mel Brooks? Ciertamente no, porque en la película no se minimiza humorísticamente el Holocausto, sino que se presenta la figura de Hitler en su verdadera dimensión, de manera que el espectador no lo percibe como el malvado demonio que veía en él la historiografía de los años cincuenta. En la época nazi los alemanes no estaban poseídos por un espíritu maligno, ni el *Führer* les había sometido a una hipnosis colectiva. La atenuante de que su culpabilidad había quedado disminuida por la hipnosis no se les puede conceder. Cuando uno se ríe de Hitler, entonces lo está despojando de las capacidades metafísicas y demoníacas que le atribuían los apologetas de la posguerra. Y aún más lacerante surge la cuestión de cómo fue posible que, a pesar de esa magia barata de los nazis, desenmascarada en numerosas glosas contemporáneas y testimonios literarios, se pudiera llegar al final al Holocausto.

También el argumento ampliamente utilizado tras la guerra de que en el Tercer Reich la gente no se había percatado de las jugadas maestras demagógicas de Hitler y por eso había sido fácilmente «seducible», ha demostrado ser insostenible tras una observación más atenta, porque el «Führer ridículo» privado de toda pose de emperador no es en ningún caso, tal y como ha quedado demostrado, una invención de la posguerra. Las caricaturas en las que se representaba a Hitler como un pequeño agitador, como un dictador de poca monta, eran moneda de cambio habitual a principios de la época nazi. Los numerosos chistes despectivos que circulaban sobre los dirigentes del Tercer Reich nos permiten llegar a la misma conclusión: los alemanes no fueron en ningún caso víctimas pasivas de la propaganda, en amplios círculos ya eran conscientes del fraude que estaban llevando a cabo Goebbels y sus consortes. Pero ello no evitó que su país se viera arrastrado en el transcurso de unos pocos años por un torbellino criminal.

Bibliografia

Allert, Tilman: Der deutsche Gruss — Geschichte einer unheilvollen Geste, Berlín, 2005 (Eichborn Berlín).

Anónimo: *Eine Frau in Berlín — Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni* 1945, Frankfurt am Main, 2003, Eichborn.

Blasius, Anke: *Der politische Sprachwitz in der DDR*, Hamburgo, 2003, en «Philologia», volume 54 (Editorial Dr. Kovac).

Bolle, Mirijam: *«Ich weiss, dieser Brief wird dich nie erreichen» — Tagebuchbriefe aus Amsterdam, Westerbok und Bergen-Belsen*, Berlín, 2005 (Eichborn Berlín).

Broer, Wolfgang: *Wort als Way ss.e — Politischer Witz undpolitische Satire in der Republik Österreich (1918-1927)*, Viena, 1973 (Verlag der Wiss. Gesellschaften Österreichs).

Danimann, Franz: *Flüsterwitze und Spottgedichte unterm Hakenkreuz*, Viena, 2001 (Ephelant Verlag).

Fest, Joachim: *Hitler*, Frankfurt am Main y Berlín, 1973 (3.ª edición, 1992; Ullstein Verlag).

Finck, Werner: *Alter Narr, was nun?* Múnich, 1992 (Herbig-Verlag). — (2): *Spassvogel-Vogelfrei*, Berlín, 1991 (Henschel-Verlag).

Focke, Harald und Strocka, Monika: *Alltag der Gleichgeschalteten — Wie die Nazis Kirche, Kultur, Justiz und Presse braun färbten*, Reinbek bei Hamburg 1988 (Rowohlt-Verlag).

Fyne, Robert: *The Hollywood Propaganda of World War II*, Metuchen, NJ, 1994 (The Scarecrow Press).

Gamm, Hans-Jochen: *Der Flüsterwitze im Dritten Reich*, Múnich, 1963 (reeditado y ampliado en agosto de 1990; List-Verlag).

Grimmelshausen, Hans Jakob Christoffel von: *Der abentheuerliche Simplicissimus teutsch*, Weinheimm 1988 (reimpresión de la primera edición de 1668 en VCH).

Hahn, Fred: *Lieber Stürmer! — Leserbriefe and das NS-KampFblatt 1924 bis 1945*, Stuttgart, 1978 (Seewald Verlag).

Hanfstaengl, Ernst: *Hitler in der Karikatur der Welt*, Berlín, 1933 (Verlag Braune Bücher).

Hartmann, Rudi: *Flüsterwitze aus dem Tausendjährigen Reich*, Múnich 1983 (Knaur-Verlag).

Hertling, Viktoria, Koepke, Wolf und Thunecke, Jörg (editores): *Hitler im Visier, Literarische Satiren und Karikaturen als Waffe gegen den Nationalsozialismus*, Wuppertal, 2005 (Arco-Verlag).

Hippen, Reinhard: *Satire gegen Hitler — Kabarett im Exil*, Zúrich, 1986 (Pendo-Verlag).

Hirche, Kurt: *Der braune und der rote Witz*, Düsseldorf/Viena, 1964 (Econ-Verlag).

Kleinhans, Bernd: «Propaganda im Film des Dritten Reichs», en www.shoa.de/Filmpropaganda.html, 2004.

Klemperer, Viktor: *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten*. Tagebücher 1933-1945, edición a cargo de Walter Nowojski, 3.º edición, Berlín 2005 (Aufbau TB).

Kluger, Ruth: *Landscapes of Memory — A Holocaust Girlhood Remembered*, Londres, 2001 (Bloomsbury).

Kogon, Eugen: *Der SS-Staat — Das System der deutschen Konzentrationslager*, Múnich 1974 (Heyne-Verlag).

Koch, Hanns Joachim W.: *Volksgerichtshof— politische Justiz im 3. Reich*, Tübingen, 1988 (Universitas Verlag).

Körner, Torsten: *Ein guter Freund — Heinz Rühmann*, Berlín, 2001 (Aufbau-Verlag).

Kreimeier, Klaus: «Antisemitismus im nationalsozialistischen Film», en: *Jüdische Figuren in Film und Karikatur*, Stuttgart, 1995 (Jan-Thorbecke-Verlag).

Kühn, Volker: *Deutschlands Erwachen — Kabarett unterm Hakenkreuz 1933-1945*, Berlín, 1989 (Quadriga Verlag).

Landmann, Salcia: *Jüdische Witze — ausgewählt und eingeleitet von Salcia Landmann*, Múnich, 1983 (DTV).

Laster, Kathy und Hanss Steinert: «Eine neue Moral in der Darstellung der Shoa? — Zur Rezeption von *La Vita è Bella*», en: *Lachen über Hitler - Auschwitz-Gelächter?* Frankfurt am Main, 2003 (Text + Kritik), págs. 181-197.

Liebe, Ulrich: *Verehrt, verfolgt, vergessen — Schauspieler and Naziopfer*, Berlín, 1992 (nueva edición revisada 1995; Quadriga Verlag).

Lucas, Robert: *Teure Amalie; vielgeliebtes Weib! — Briefe des Gefreiten Hirnschal*, Frankfurt 1984 (Verein zur Förderung und Erforschung der Antifaschistischen Literatur).

Margry, Karen: «Das Konzentrationslager als Idylle: “Theresienstadt” — Ein Dokumentarfilm aus dem jüdischen Siedlungsgebiet», en: *Auschwitz — Geschichte, Rezeption und Wirkung*, Jahrbuch 1996 zur Geschichte und Wirkung des Holocaust. Frankfurt am Main, New York, 1996, págs. 319-352.

Mills, Robert William: *The American Films of Ernst Lubitsch — A Critical History*, Ann Arbor, 1976 (Diss. Univ. of Michigan).

Moers, Walter: *Adolf, die Nazi-Sau*, Frankfurt am Main, 1998 (Eichborn).

Muliar, Fritz: *Melde gehorsamst das ja! — Meine Lebensabenteuer*, Graz, 2003 (Steyria).

Müller, Oskar: *Ein Leben in und Für Christus — Leben, Wirken, Leiden und Opfertod des Pfarrers Joseph Müller*, Gross Düngen und Celle, 1949 (Eigenverlag).

Plauen, E. O. (=Erich Ohser): *Politische Karikaturen, Zeichnungen, Illustrationen und alie Bildgeschichten von Vater und Sohn*, Konstanz, 2000 (Südverlag).

Rühmann, Heinz: *Das war's — Erinnerungen*, Berlín, 1985 (Ullstein Verlag).

Sauder, Georg: *Die Bücherverbrennung 10. Mai 1933*, Múnich, 1983 (Carl-Hanser-Verlag).

Scharf-Wrede, Thomas: «Pfarrer Joseph Müller — Zeuge für Jesus Christus», Hildesheim 1994 (Colección del Bistumsarchiv de Hildesheim).

Schnelle, Frank: *Charles Chaplin's* Der Grosse Diktator, Stuttgart, 1994 (Verlag Robert Fischer + Uwe Wiedleroither).

Sellin, Kurt: *Geflüstertes — die Hitlerei im Volksmund*, Heidelberg, 1946 (Freiheit Verlag).

Shirer, William L.: *The Rise and Fall of the Third Reich*, New York, 1950 (edición 34,1992, Random House).

Spaich, Herbert: *Ernst Lubitsch und seine Filme*, Múnich, 1992 (Heyne Verlag)

Steinert, Marlies: *Hitler*, Múnich, 1994 (Verlag C. H. Beck).

Süss, Wilhelm: *Lachen, Komik und Witz in der Antike*, Zúrich, 1969 (Artemis Verlag).

Troller, Georg Stefan: *Das Fidele Grab an der Donau — mein Wien, 1918-1938*, Düsseldorf y Zúrich, 2004 (Artemis und Winkler).

Wiener, Ralph: *Gefahrliches Lachen — Schwarzer Humor im Dritten Reich*, Reinbek bei Hamburg 1994 (Rowohlt Verlag).

Wiener, Meike: *Der Politische Welt in der NS-Zeit am Beispiel ausgesuchter SD-Berichte und Gestapo-Akten*, Frankfurt 1997 (Europäischer Verlag der Wissenschaften).



Debido a la trágica dimensión de los horrores cometidos por el régimen nazi mucha gente tiene dificultades para adoptar una mirada cómica sobre Hitler y el nazismo. Cada vez que alguien lo hace es acusado de restar importancia y trivializar el Holocausto, pero lo cierto es que hay una larga historia de chistes al respecto. En este libro, el primero sobre la comedia y la sátira en el Tercer Reich, Herzog reúne todas las manifestaciones del humor: caricaturas, cabaret, espectáculos de variedades, entretenimiento, películas, canciones pop y musicales. De esta manera nos muestra cómo la imagen ridícula del *Führer* no fue en absoluto una invención de la posguerra.

En los primeros años del régimen muchos alemanes se burlaron de Hitler y otros altos funcionarios, una historia fascinante y aterradora: la supresión de la escena de cabaret antifascista de la década de 1930, las bromas durante la Segunda Guerra Mundial, las colecciones de "chistes susurrados" publicadas en los medios al terminar la guerra, los numerosos alemanes encarcelados y ejecutados por contar chistes sobre el *Führer* y su entorno. Las bromas aquí recogidas también muestran que no todos los alemanes fueron hipnotizados por la propaganda nazi.

«UNA VENTANA FASCINANTE Y DESGARRADORA A LA PSIQUE ALEMANA»
DER SPIEGEL

«EL HIJO DE WERNER HERZOG COMPARTE EL INGENIO CURIOSO Y MORDIENTE DE SU PADRE»
FINANCIAL TIMES





RUDOLPH HERZOG (Alemania, 1973). Escritor, actor y director de documentales alemán, Rudolph Herzog es hijo del prestigioso director de cine Werner Herzog. Entre sus obras más conocidas cabe destacar el documental *El agente* (2013) que trata sobre Werner Stiller, el agente doble de la Stasi que escapó de Alemania Oriental y se convirtió en un millonario en Goldman Sachs. También realizó *Amundsen: Perdido en el Ártico* (2010), un documental de National Geographic / ZDF sobre la misteriosa muerte del explorador polar Roald Amundsen.

Su documental *Heil Hitler, el cerdo está muerto* (2006) sobre el humor en el Tercer Reich obtuvo fantásticos resultados de audiencia en la televisión alemana, y su posterior libro sobre el mismo tema fue revisado a nivel internacional por medios de comunicación tan relevantes como *The Sunday Times* o *Al Jazeera*. Su segundo libro, *Una historia corta de la locura nuclear* (2013), ha sido publicado recientemente en el Reino Unido, los

Estados Unidos y Canadá; y próximamente, en 2014, será lanzado un documental basado en el libro y dirigido por él mismo.

Notas

[1] *Volksgemeinschaft* es un término del nacionalismo étnico que hace referencia a la unidad de un pueblo entendida desde el punto de vista de la raza («comunidad del pueblo o comunidad popular»). Desde la Primera Guerra Mundial fue utilizado por casi todos los partidos alemanes y durante el nacionalsocialismo se convirtió en un concepto básico de la propaganda política. La vuelta a la «comunidad» se convirtió en un programa de rechazo a la sociedad moderna y al sistema parlamentario y democrático. *(N. de la T.)* <<

[2] El 28 de abril de 1939, Adolf Hitler convocó a los parlamentarios del Reichstag para pronunciar un discurso en respuesta al mensaje que Roosevelt le había enviado el 14 de abril. Algunos extractos del discurso de Hitler fueron sacados de contexto y usados como propaganda; por ejemplo, cuando en el discurso mencionó el «Reich de mil años» refiriéndose al Imperio alemán desde el Primer Reich, se usó la frase para atribuirle que presagiaba un «Tercer Reich Nacionalsocialista que duraría mil años». *(N. de la T.)* **<<**

[3] Entre esas antologías cabe destacar la colección de SELLIN: el especial valor de esta fuente reside en su publicación inmediatamente posterior a la caída del Tercer Reich (1946), mientras que otras recopilaciones de chistes carecen de tal cercanía temporal al objeto histórico. <<

[4] Wöhlert, página 7f. <<

[5] Juego de palabras con *Folgen* (verbo *folgen*, que significa «seguir» y con mayúscula *Folgen*, sustantivo que significa «consecuencias»): *Führer befiehl, wir folgen* («Führer, ordena, nosotros te seguimos») y *Führer befiehl, die Folgen tragen wir* («Führer, ordena, nosotros cargamos con las consecuencias»). *(N. de la T.)* **<<**

[6] Auxilio de Invierno del Pueblo Alemán (*Winterhilfswerk*) era una fundación nazi que recaudaba fondos y donativos para ayudar a las personas más desfavorecidas. Con ella el régimen nazi intentaba mitigar la miseria de algunos sectores de la población para mantener la estabilidad interna. Y al mismo tiempo también contribuía a cimentar el sentimiento de unidad de la *Volksgemeinschaft. (N. de la T.)* <<

[7] Landmann, pág. 12. <<

[8] El término *Gleichschaltung* («unificación» o «coordinación») se usa para describir el proceso mediante el cual el nazismo difundió su doctrina y su ideología para implantar un sistema totalitario en Alemania, eliminando el individualismo, la resistencia o la discrepancia. En este contexto es un eufemismo que se utiliza como sinónimo de «nazificación». *(N. de la T.)* <<

[9] El *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad), cuyo nombre completo era *Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS* (SD), era el servicio de inteligencia de las SS. *(N. de la T.)* <<

[10] Wöhlert, pág. 15. <<

[11] Anagrama del escritor alemán Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen (1622-1676). *(N. de la T.)* **<<**

[12] Kurt Tucholsky (1890-1935) fue un escritor alemán de origen judío conocido por su ideología izquierdista, pacifista y antimilitarista. Como periodista editó junto a Carl von Ossietzky el semanario *Die Weltbühne*, en el que publicó numerosos textos alertando sobre las tendencias antidemocráticas y la amenaza del nacionalsocialismo. *(N. de la T.)* **<<**

[13] El *Hermannsdenkmal* es un monumento ubicado en Renania del Norte-Westfalia. El monumento conmemora a Arminio, jefe de los queruscos y la Batalla del Bosque de Teutoburgo, en la que las tribus germanas lograron una gran victoria sobre los romanos. *(N. de la T.)* **<<**

[14] *Der schwarze Kanal* (en español «El Canal Negro») era un programa de televisión de la República Democrática Alemana, presentado por Karl-Eduard von Schnitzler, que se dedicaba a criticar las noticias y programas de la República Federal Alemana con comentarios de carácter propagandístico. *(N. de la T.)* <<

[15] *Schnitz* significa en alemán un «gajo», un «pedazo». En este caso es un juego de palabras con el apellido de Karl-Eduard von Schnitzler. *(N. de la T.)* <<

[16] *Zurücktreten* es el verbo utilizado por el jefe de estación, que dependiendo del contexto puede significar «retroceder» o «dimitir». En este caso se refiere a la dimisión de Stresemann. (N. de la T.) <<

[17] El *Kabarett der Komiker* (Cabaret de los Cómicos) era un famoso cabaret de Berlín. *(N. de la T.)* **<<**

[18] *Nazionalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei,* Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. *(N. de la T.)* **<<**

[19] *Universum Film AG*, más conocido como UFA, fue el estudio cinematográfico más importante de Alemania durante la República de Weimar y la Segunda Guerra Mundial (desde 1917 a 1945). Estaba constituido por un conglomerado de industrias alemanas del sector cinematográfico. *(N. de la T.)* **<<**

[20] Heinz Rühmann (1902-1994) fue uno de los actores alemanes con mayor fama internacional del siglo XX. El director de la película fue Wilhelm Thiele, y la película fue la primera comedia musical del cine alemán. *Los tres de la gasolinera* es, además, una de las películas pioneras del cine sonoro. *(N. de la T.)* **<<**

[21] «Un amigo, un buen amigo es lo mejor que hay en el mundo». *(N. de la T.)* <<

[22] Pat y Patachon era un dúo cómico danés que rodó más de cincuenta películas entre 1921 y 1940. La expresión «como Pat y Patachon» hace referencia a una pareja compuesta por dos personas de constitución física muy diferente. También se utiliza para decir que, aunque parezcan diferentes, son tal para cual. La expresión paralela en español sería la de «como el Gordo y el Flaco». *(N. de la T.)* <<

[23] La frase significa literalmente: «¿Qué? ¿Tú también buscas un enchufe?», y el juego consiste en que las letras iniciales forman las siglas del NSDAP, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. *(N. de la T.)* **<<**

[24] *Deutschtum* significa «germanidad», incluyendo también a los pueblos de habla alemana que estaban fuera de su ámbito geográfico nacional. También quiere decir «espíritu germano», «valores germanos», todo aquello que los nazis consideraban genuinamente alemán. *(N. de la T.)* <<

[25] Fest, pág. 356. <<

[26] Hans Herbert Schweitzer, cuyo seudónimo era *Mjölnir* (1901-1980), fue un dibujante alemán. Era uno de los publicistas y caricaturistas al servicio de la propaganda del Partido Nazi. Fue uno de los fundadores del periódico nacionalsocialista *Der Angriff*. En la mitología nórdica, Mjölnir es el martillo del dios Thor. *(N. de la T.)* **<<**

[27] *Der Angriff* era el periódico del NSDAP berlinés y fue publicado desde 1927 hasta la disolución del partido. Su título significa «El Ataque» o «La Ofensiva». *(N. de la T.)* **<<**

[28] *Amtswalter* es el nombre que se daba en los primeros años del nacionalsocialismo a los dirigentes o funcionarios del NSDAP. Su función era sobre todo la de vigilar a la población, propagar las ideas nacionalsocialistas y educar a la población. *(N. de la T.)* **<<**

[29] *Blockwart* o *Blockleiter* es la denominación de los funcionarios de rango inferior del Partido Nacionalsocialista. *(N. de la T.)* **<<**

[30] Ulrich Friedrich Willy Joachim von Ribbentrop (1893-1946) fue un político y diplomático alemán que ocupó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores desde 1938 hasta 1945. *(N. de la T.)* <<

[31] Wiener, pág. 85. <<

[32] Juego de palabras en el original con el verbo *wählen*, que significa «marcar un número de teléfono» y también «elegir» o «votar» en el contexto de unas elecciones políticas. *(N. de la T.)* <<

[33] Se llama «los caídos de marzo» a las víctimas de la revolución de 1848 en Viena y en Berlín y del golpe de Estado de Kapp en 1920. En 1933 se retomó esta palabra por parte de los nazis para referirse de forma irónica a los cientos de miles de personas que, tras las elecciones de marzo de 1933, se hicieron miembros del NSDAP por motivos oportunistas. *(N. de la T.)* **<<**

[34] En Alemania, los chistes sobre los habitantes de Frisia Oriental vienen a ser lo mismo que los chistes sobre los habitantes de Lepe que se hacen en España *(N. de la T.)* <<

[35] *Tünnes y Schäl* son dos figuras legendarias del teatro de marionetas típico de la ciudad de Colonia. Estos dos caracteres forman parte de la cultura y el humor de la ciudad, y se dice que personifican algunos rasgos de los habitantes de la misma. *(N. de la T.)* <<

[36] «Heilkräuter» significa en alemán «hierbas medicinales»; el verbo «heilen» significa «curar, sanar, salvar». *(N. de la T.)* <<

[37] «Tres litros». *(N. de la T.)* **<<**

[38] Allert, pág. 25 <<

[39] Allert, pág. 87. <<

[40] Erich Kurt Mühsam (1878-1934) fue un anarquista alemán, escritor, poeta y dramaturgo. Alcanzó fama internacional en su faceta de artista de cabaret, con obras satíricas sobre la figura de Adolf Hitler y el nazismo. Murió en 1934 en el campo de concentración de Oranienburg.

Cari von Ossietzky (1889-1938), fue un escritor y pacifista alemán que fundó el movimiento *Nie wieder Krieg* (Nunca más una guerra) y denunció el rearme alemán. Fue encarcelado en distintos campos de concentración, donde enfermó de tuberculosis. En 1934 fue propuesto para el Premio Nobel de la Paz y se consiguió que lo trasladaran a un hospital de Berlín. Finalmente le fue concedido el Premio y dos años más tarde murió en el hospital de la prisión. *(N. de la T.)* <<

[41] Steinert, pág. 264 <<

[42] Viktor Klemperer (1881-1960) fue un escritor, periodista y profesor de universidad alemán de origen judío que sufrió la persecución nazi. Después de la guerra regresó a la RDA, donde se convirtió en una importante figura cultural. *(N. de la T.)* **<<**

[43] Klemperer, volumen 1, pág. 8. <<

[44] SA + SS. Los hermanos Sass eran los jefes de una famosa banda de delincuentes. *(N. de la T.)* <<

[45] Véase nota 8 del capítulo 1. *(N. de la T.)* **<<**

[46] *Braun-Schweiger*, juego de palabras entre la ciudad de Braunschweig y *braun* («marrón, pardo») y *Schweiger* («silenciosos, mudos»). *(N. de la T.)* <<

[47] El *Pfarrernotbund* fue fundado en septiembre de 1933 por un grupo de teólogos y pastores evangélicos para evitar que el Partido Nacionalsocialista introdujese los parágrafos referidos a la pureza de raza aria en la Iglesia Evangélica. De este impulso surgió la Iglesia de la Confesión o Iglesia Confesante (*die Bekennende Kirche*). *(N. de la T.)* **<<**

[48] Obispo del Reich. *(N. de la T.)* **<<**

[49] *La Iglesia de la Confesión (Bekennende Kirche)* fue un movimiento de la Iglesia Protestante alemana fundado en 1934 como oposición al intento de los nazis de controlar las iglesias. *(N. de la T.)* **<<**

[50] Escorzo de *Reichbischof* que también significaba «rabí». (N. de la T.) <<

[51] Literalmente «De cirio a candelabro»: se trata de un juego de palabras: *Kirchenlicht* («cirio, vela de iglesia») es una palabra que también se utiliza en alemán para referirse a una persona con pocas luces, y *Armleuchter* («candelabro») para referirse a alguien estúpido. En español se puede parafrasear como «De las pocas luces a las tinieblas». *(N. de la T.)* **<<**

[52] El beato Clemens August Graf von Galen (1878-1946), de origen nobiliario, fue obispo de Münster y cardenal de la Iglesia católica. Se educó con los jesuitas. Fue un crítico abierto del régimen nazi y denunció la persecución de la Iglesia y los programas de eutanasia nazis. Le apodaron «El León de Münster». *(N. de la T.)* **<<**

[53] Focke/Strocka, pág. 143. <<

[54] *Pfarrerblock* o *Priesterblock* se llamaban aquellas barracas en las que fueron recluidos, dentro de los campos de concentración, los clérigos de diferentes confesiones y diferentes nacionalidades, con una gran mayoría de polacos. *(N. de la T.)* **<<**

[55] El término *Unrechtsstaat* es un modo peyorativo de referirse a un Estado que no es un *Rechstsstaat*, esto es, un Estado de derecho. Se usa en el contexto de la jurisprudencia y de la política. *(N. de la T.)* **<<**

[56] La *Reichskulturkammer*, Cámara Cultural del Reich, fue una institución creada por el ministro de Propaganda Joseph Goebbels, como un instrumento de la política cultural nacionalsocialista que perseguía la unificación de todos los ámbitos de la vida cultural del país. *(N. de la T.)* **<<**

[57] Liga o Federación cultural *(N. de la T.)* **<<**

[58] El 10 de mayo se envió una circular a las asociaciones estudiantiles que contenía frases que debían convertirse en «decretos de fuego contra el espíritu antialemán», y que debían constituir la base simbólica de la quema de libros que tuvo lugar al día siguiente. Los estudiantes debían pronunciarlas cada vez que tirasen los libros degenerados al fuego. De esta manera se pretendía dotar de un carácter ritual a la quema de libros. *(N. de la T.)* <<

[59] *Reichskulturkammer* es un juego de palabras en el que se sustituye la palabra *Kammer* («cámara») por *Jammer* («calamidad», «miseria»). *(N. de la T.)* <<

[60] Kühn, pág. 336 <<

[61] Se trata de tres periódicos nacionalsocialistas: entre ellos, el *Völkischer Beobachter (Observador Popular)* fue el periódico oficial del NSDAP desde 1920 hasta 1945. Otros diarios importantes de la época nazi eran *Der Stürmer* y *Heildelberger Volksgemeinschaft. (N. de la T.)* **<<**

[62] SA, *Sturmabteilung* (tropas de asalto), SS (*Schutzstaffel*, escuadras de defensa). La Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*), la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas. El NSKK (*Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps*, Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas). *(N. de la T.)* <<

[63] HJ, *Hitlerjugend*, Juventudes Hitlerianas. El *Jungvolk* (DJ) era una organización para chicos entre diez y catorce años. *NS-Kindergärten*, las guarderías nacionalsocialistas. *(N. de la T.)* <<

[64] Ernst «Putzi» Hanfstaengl (1887-1975) fue un periodista y editor, de padre alemán y madre norteamericana, que tuvo una gran influencia en la ascensión al poder de Hitler. Era un hombre alto, grande y bastante desgarbado, por lo que le llamaban «Putzi», que significa «bonito», «gracioso», «mono». *(N. de la T.)* <<

[65] Hanfstaengl, pág. 14f. <<

[66] El Pacto de los Cuatro fue propuesto por Mussolini y firmado por la Italia fascista, Francia, Gran Bretaña y la Alemania nacionalsocialista el 15 de julio de 1933, pero que nunca fue ratificado. *(N. de la T.)* **<<**

[67] Hanfstaengl, pág. 110. <<

[68] Hanfstaengl, pág. 32 <<

[69] E. O. Plauen, pág. 43 <<

[70] *Vater und Sohn* (Padre e Hijo) son las figuras más conocidas del dibujante alemán Erich Ohser (1903-1944). *(N. de la T.)* **<<**

[71] *Standartenführer*, literalmente «jefe de regimiento», era un rango militar nazi dentro de las SA y las SS. Eran oficiales que estaban al frente de formaciones compuestas por 300/500 hombres. *(N. de la T.)* **<<**

[72] En el nacionalsocialismo se denomina *Kampfzeit* la época del ascenso del NSDAP, entre 1919 y enero de 1933. *(N. de la T.)* **<<**

[73] El *Reichsgesetzblatt* (RGBl) era el boletín legislativo del Reich alemán que era publicado en Berlín desde 1871 hasta 1922 por el Ministerio de Justicia del Reich y que pasó a ser publicado de 1922 a 1945 por el Ministerio del Interior del Reich. *(N. de la T.)* **<<**

[74] *El hitlerismo en boca del pueblo. (N. de la T.)* **<<**

[75] Sellin, pág. 19 <<

[76] Wöhlert, pág. 95 ff <<

[77] Finck (2), pág. 75. <<

[78] Finck, pág. 69. <<

[79] Kühn, pág. 80. <<

[80] Kühn, pág. 280. <<

[81] *Lager* significa «almacén» pero también «campo (de concentración)». Se trata de un juego de palabras. *(N. de la T.)* **<<**

[82] Aquí Finck utiliza la palabra *diesreihig*, que suena como *Dies Reich* («este Reich»), ya que la pronunciaba entre dientes. **<<**

[83] *Ibid*.: las medidas se corresponden con las fechas de las revueltas de 1918/1919 y el asalto al poder de 1933. El cliente primero hace el saludo comunista, después estira la mano imitando el «saludo alemán». <<

[84] *Gauleiter* fue el término utilizado en el Partido Nazi para denominar a los «líderes de zona» (Gau), que era la forma organizativa más grande del partido a nivel nacional. *(N. de la T.)* **<<**

[85] *After* en alemán significa «ano». *(N. de la T.)* **<<**

[86] *Po* en alemán significa «popó», culo. Juego de palabras con el río Po. *(N. de la T.)* <<

[87] Fest, pág. 636. <<

[88] Wiener, pág. 131. <<

[89] Fest, pág. 577. <<

[90] Cf. la entrevista con Magda Schneider en la película *Prisoners of Paradise*, USA, CAN, USA, D, 2002. **<<**

[91] El Frontismo fue un movimiento suizo de extrema derecha, formado a semejanza del nacionalsocialismo alemán. *(N. de la T.)* **<<**

[92] Juego de palabras: Wotan, el dios germánico y Notan, una construcción parecida con la palabra *Not* («pobreza», «escasez»). *(N. de la T.)* **<<**

[93] Cita según Hippen, pág. 18. <<

[94] «Política de apaciguamiento» es el nombre con el que históricamente se ha conocido la política conciliadora llevada a cabo por Chamberlain como primer ministro del Reino Unido antes de la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la T.)* <<

[95] Hippen, pág. 23 <<

[96] Kühn, pág. 55f <<

[97] Hippen, pág. 14 <<

[98] «Seis judío» es la denominación de la nariz judía según los nazis, con la punta hacia abajo, con la forma del número seis. *(N. de la T.)* **<<**

[99] Fest, pág. 64 <<

[100] Hahn, pág. 225 <<

[101] Lítvinov se llamaba realmente Meir Henoch Mojszewicz Wallach-Finkelstein. *(N. de la T.)* <<

[102] «Un puro ario puede abofetear a un Itzig»: *Itzig* es un insulto hacia los judíos, en realidad es un nombre de persona que proviene de la variante *yiddish* del nombre Isaak. *(N. de la T.)* **<<**

[103] Nota del autor: Hermann Göring era ministro del Aire. <<

[104] La asociación nacionalista Kraft durch Freude («Fuerza a través de la alegría») era una organización política que tenía como tarea organizar el ocio y el tiempo libre de la población alemana. *(N. de la T.)* **<<**

[105] Juego de palabras: *Dä ne Mark* es dialecto y hace referencia al marco alemán, al dinero. *(N. de la T.)* **<<**

[106] Steinert, pág. 327 <<

[107] Kühn, pág. 81 <<

[108] Wlener, pág. 37f. <<

[109] Wiener, pág. 36. La palabra significa «gallina histérica o convulsiva». *(N. de la T.)* **<<**

[110] En español «El médico de la risa». *(N. de la T.)* **<<**

[111] Obersalzberg es una zona montañosa junto al pueblo de Berchtesgaden, en Baviera. Allí se ubicaba la residencia de montaña de Adolf Hitler, el *Berghof*. Cerca está el Kehlsteinhaus, conocido como «El Nido del Águila». *(N. de la T.)* <<

[112] Citado según Kleinhans, pág. 6. <<

[113] Rühmann, pág. 149. <<

[114] Nota del autor: La UFA ya lo había contratado mucho tiempo antes de la llegada al poder de los nazis, lo cual no solía pasarles casi nunca a los cómicos. <<

[115] *Vierteljüdin* era, según el sistema de clasificación nazi de los judíos, «un cuarto de judía». *(N. de la T.)* <<

[116] Kreimeier, pág. 2. <<

[117] Kreimeier, pág. 5. <<

[118] *Ostmark* y más tarde *Donau- und Alpenreichsgaue* fue el nombre dado a la mayor parte del territorio austríaco durante el nacionalsocialismo y la anexión (1938) que subsistió hasta 1945, cuando las potencias aliadas se repartieron el territorio. El 1955 las cuatro potencias concedieron la independencia a Austria de nuevo. Aquí se refiere a los habitantes del *Ostmark* (Marca Oriental). *(N. de la T.)* <<

[119] Jefe de distrito durante el Tercer Reich. *(N. de la T.)* **<<**

[120] Tramposo jefe de la cerveza. *(N. de la T.)* **<<**

[121] Danimann, pág. 58. <<

[122] En el original se produce un juego de palabras entre *Morgengebet, Mittagsgebet* y *Abendgebet* (oración de la mañana, del mediodía y vespertina), con la palabra *Gebet* («oración») y el imperativo de segunda persona de plural *gebet* («dad»). *(N. de la T.)* **<<**

[123] Finck, pág. 111. <<

[124] Juego de palabras entre el apellido del mariscal y la palabra *Lakai*, «lacayo». *(N. de la T.)* <<

[125] Decreto de Código Penal Extraordinario en la Guerra. *(N. de la T.)* **<<**

[126] Título de una de las canciones de la película *Paradies der Junggesellen (El paraíso de los solteros),* una comedia de Kurt Hoffmann del año 1939 protagonizada por Heinz Rühmann: «¡Eso no le puede asustar a un marinero!». *(N. de la T.)* <<

[127] Wiener, pág. 105. <<

[128] En el original pone sesenta millones de personas *verkohlen*, que en alemán significa «carbonizadas», pero el verbo *verkohlen* también significa «engañar, tomar el pelo». El escritor juega aquí con los dos significados: sesenta millones de carbonizados, es decir, personas a las que se engañó. *(N. de la T.)* <<

[129] Shirer, pág. 1099. <<

[130] Canción popular alemana cuya letra dice: *Es ist ein Ros entsprungen, aus einer Wurzel zart*: «Una rosa brotó de una tierna raíz». *(N. de la T.)* **<<**

[131] Citado por Schnelle, pág. 92. <<

[132] La Línea Maginot era una línea de fortificaciones construida por Francia en la frontera con Alemania e Italia después de la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)* **<<**

[133] La Operación Dinamo o Milagro de Dunkerke fue una operación desesperada de evacuación de las tropas aliadas en terreno francés después de que Francia fuese tomada por el ejército alemán. Tuvo lugar en mayo de 1940 y significó la salvación de más de 200 000 soldados británicos y más de 100 000 franceses y belgas. Por desgracia, las pérdidas humanas y materiales fueron desastrosas. *(N. de la T.)* <<

[134] Cita según Schnelle, pág. 95. <<

[135] Mills, pág. 186. Traducción del autor al alemán. <<

[136] Spaich, pág. 358. <<

[137] Fyne, pág. 75. En ese libro del año 1994 se dice que la secuencia final de *Ser o no ser* es «de mal gusto». <<

[138] Spaich, pág. 358. <<

[139] *Ibíd*., pág. 361. <<

[140] *El buen soldado Švejk* es una novela satírica inacabada del escritor checo Jaroslav Hasek publicada en 1921 y 1922 que narra las aventuras de un soldado durante la Primera Guerra Mundial. En alemán, el adjetivo *schweijksch* se utiliza para caracterizar una forma absurda de ver las cosas, pero también sabia. *(N. de la T.)* **<<**

[141] *Vergeltungswaffen* es el término alemán para referirse a las «armas de represalia», cuyo objetivo era el bombardeo estratégico a grandes distancias durante la Segunda Guerra Mundial: el misil de crucero, el misil balístico y el cañón multicarga. *(N. de la T.)* <<

[142] Lucas, pág. 157ff. <<

[143] Kühn, pág. 360. <<

[144] Boletín Oficial del Reich 1, 1939. <<

[145] «Wenn auch nur ein feindliches Flugzeug unser Reichsgebiet überfliegt, will ich Meier heißen!», fue la frase que dijo Göring en un discursos radiofónico de septiembre de 1939: «¡Si un solo avión enemigo sobrevuela el territorio del Reich, podéis llamarme Meier!». Meier es un apellido judío y estas declaraciones hicieron que muchos alemanes comenzaran a llamarle «Meier» burlonamente. *(N. de la T.)* **<<**

[146] *GröFaZ* es un acrónimo formado a partir de la expresión *Größter Feldherr aller Zeiten* («comandante más grande de todos los tiempos»). Se usó para referirse a Adolf Hitler en el Tercer Reich. La abreviatura se utilizaba para mofarse de Hitler y sus seguidores. *(N. de la T.)* **<<**

[147] § 5 Del Decreto de Derecho Penal Extraordinario en la Guerra del 17 de agosto de 1938. <<

[148] Wöhlert, pág. 97. <<

[149] Muliar, pág. 58. <<

[150] Muliar, pág. 6of. <<

[151] De los considerandos de la sentencia del Volksgerichtshof (Tribunal del Pueblo, tribunal especial nazi). <<

[152] Koch, pág. 217. <<

[153] *Ibid*., pág. 222. <<

[154] Liebe, pág. 21. <<

[155] Liebe, pág. 27. <<

[156] Wöhlert, pág. 137. <<

[157] Scharf-Wrede, pág. 6. <<

[158] *Ibíd*., pág. 11. <<

[159] Scharf-Wrede, pág. 18. <<

[160] Scharf-Wrede, pág. 16. <<

[161] Koch, pág. 231. <<

[162] Müller, pág. 25. <<

[163] Shirer, pág. 1413. <<

[164] Shirer, pág. 1409. <<

[165] El cohete V2, del alemán *Vergeltungswaffen*, «arma de represalia», fue un misil balístico desarrollado en la Segunda Guerra Mundial por ingenieros alemanes que se empleó específicamente contra Bélgica y algunos lugares del sudeste de Inglaterra. *(N. de la T.)* **<<**

[166] «Arma para atontar al pueblo 1», «arma desesperada 1», «fracaso 1». *(N. de la T.)* **<<**

[167] Wiener, pág. 113. <<

[168] El *Volkssturm* (que se puede traducir como «fuerzas de ataque del pueblo») fue la milicia creada en los últimos días del Tercer Reich por orden de Goebbels, constituida por hombres de dieciséis a sesenta años, para llevar a cabo el plan de defensa contra el Ejército Rojo y las tropas angloamericanas. *(N. de la T.)* **<<**

[169] «Guerra relámpago». *(N. de la T.)* **<<**

[170] Nota del autor: se refiere a los sacos de arena que se podían delante de las ventanas para protegerse de la metralla de las bombas. <<

[171] Anonyma, pág. 28. <<

[172] *Reichstrümmerfeld* significa «campo de ruinas del Reich» y hace referencia a la estación *Reichssportfeld* (campo de deportes del Reich); *Klamottenburg* significa «ciudad de los cascotes» y hace referencia a *Charlottenburg; Neustehnix* significa «no queda nada nuevo» y hace referencia a *Steglitz*, y *Trichterfelde-West* significa «campo de cráteres» y hace referencia a *Lichterfelde. (N. de la T.)* **<<**

[173] Shirer, pág. 1424. <<

[174] Kogon, pág. 137. <<

[175] Bolle, pág. 103. <<

[176] *Oppenheimer* es un apellido judío y también la denominación de un famoso vino blanco alemán. *(N. de la T.)* **<<**

[177] Bolle, pág. 144. <<

[178] Bolle pág. 218. <<

[179] Troller, pág. 258. <<

[180] Liebe, pág. 122. <<

[181] *Sturmbannführer* (jefe o líder de la unidad de asalto) fue uno de los rangos militares de la Alemania nazi que se usaba en las *Sturmabteilung* (SA, unidad de asalto) y en las Schutzstaffel (SS, cuerpos de protección). *(N. de la T.)* <<

[182] Kluger, pág. 62f. <<

[183] Liebe, pág. 216. <<

[184] Laster/Steinert, pág. 184F. <<

[185] Laster/Steinert, p. 186f. <<

[186] «No divertida». *(N. de la T.)* <<

[187] Laster/Steinert, pág. 183. <<

[188] Laster/Steinert, pág. 190. <<

[189] Sankt Pauli es el centro de la vida nocturna de Hamburgo y uno de los barrios rojos más famosos de Europa. *(N. de la T.)* **<<**

Document Outline